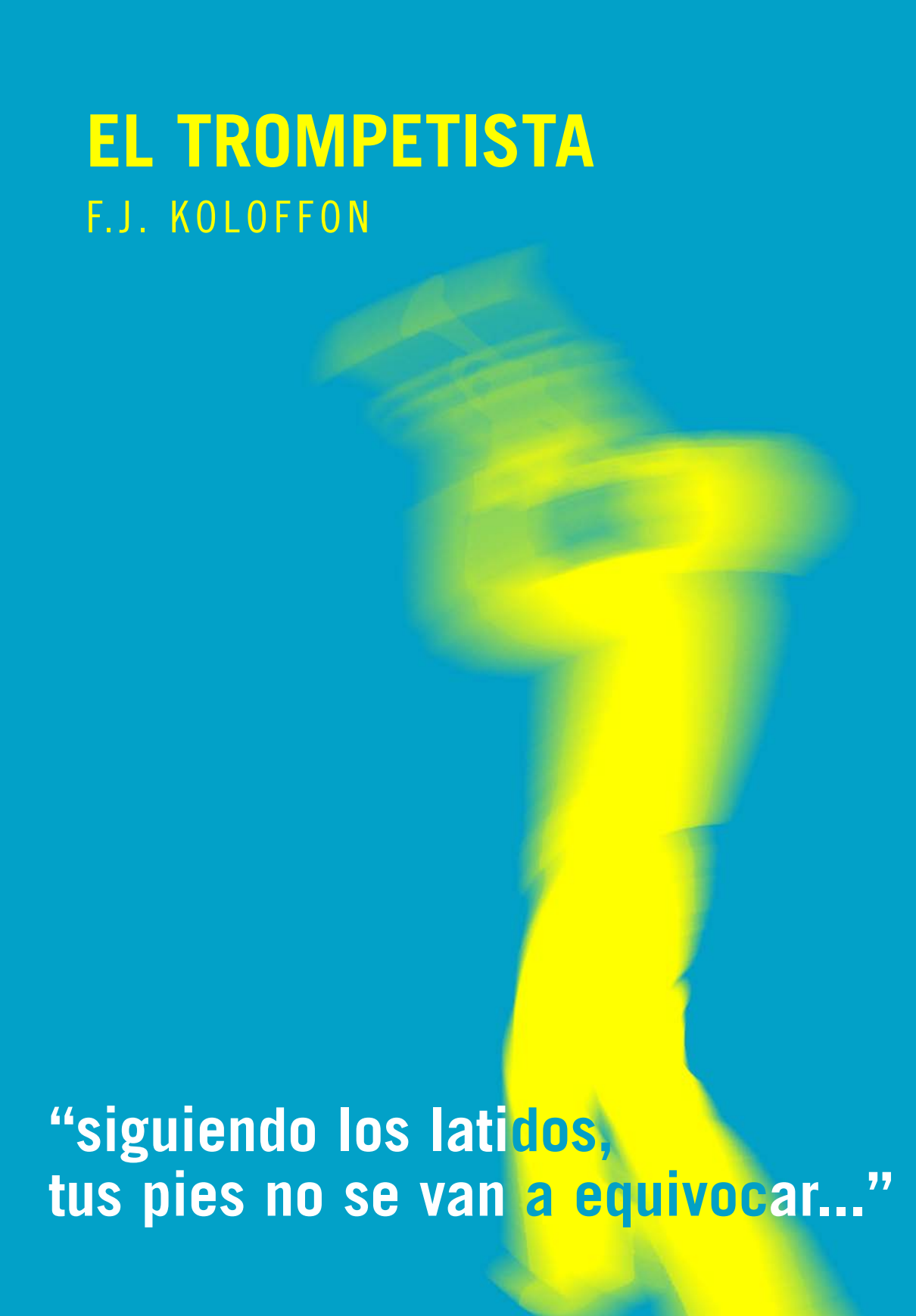
EL TROMPETISTA

F.J. KOLOFFON



**“siguiendo los latidos,
tus pies no se van a equivocar...”**

F.J. KOLOFFON

Nació el 16 de enero de 1976 en la Ciudad de México.

Abogado de papel, publicista de oficio y escritor de corazón, pasión que mantuvo en el anonimato hasta el 2005, año en que se descubre con su ópera prima, El Astronauta Terrestre, la cual publica de manera independiente con una buena recepción por parte de lectores desubicados y necios que, al igual que él, sufren de amores platónicos, de alergia al empleo y del mal del salmón (nadar contra la corriente).

Abandonó el deporte el día de su matrimonio pero actualmente corre la maratón de la vida.

Página web: www.fjkoloffon.com
Contacto: fjkoloffon@fjkoloffon.com
Twitter: @FJKoloffon
Facebook: www.facebook.com/fj.koloffon

Sonidos Urbanos Producciones es una editorial mexicana con títulos como:
Sonidos Urbanos / DF y Sonidos Urbanos / Guadalajara
Para mayor información: www.sonidosurbanos.com
Twitter: @SonidosUrbanos

EL TROMPETISTA

F.J. Koloffon

EL TROMPETISTA

F.J. Koloffon

DISEÑO
Daniela Rocha

FORMACIÓN
Susana Guzmán de Blas

EDITOR RESPONSABLE
María Fernanda Olvera Cabrera

CORRECCIÓN
Yeicko Sunner

PUBLICADO POR
Sonidos Urbanos Producciones S.A. de C.V.
Ámsterdam 33 A, colonia Condesa,
C.P. 06700, en México D.F.
Teléfono 4171 2961
www.sonidosurbanos.com.mx

© EL AUTOR: por su texto

ISBN: 978-607-95451-3-0

IMPRESIÓN
Ciudad de México, 2011

A Mario, un ser extraordinario.

"Cuando me muera y me tengan que enterrar
Quiero que sea con dulces y no con piedras
Por si alguna vez me buscas…"[1]

[1] Caifanes, *Caifanes*, "Mátenme porque me muero".

I
El señor del elevador

Gracias a Dios, me sentía satisfecho. No de comer, sino de haber vivido. Amanecí muy cansado pero desperté contento. La sensación era esa, la de haberla hecho. Y es que a veces uno esta cansado por triste, pero yo estaba cansado de viejo.

Aunque claro, tuve días en los que rogué al cielo que la tierra me tragara, días en los que no deseaba saber más. Tuve días tristes y días que no estaba contento, días en los que deseaba morir. Mas el estado era pasajero, igual que yo y el tiempo, y por lo general bastaba el transcurso de la noche y el descanso del cerebro para que la mañana me devolviera lo sereno. Entonces prefería quedarme y averiguar qué sería de mí en unos años. La curiosidad me salvó más veces de las que los dedos cuentan.

Hay días en que uno solamente desea irse, días en que uno está mal y pide morir. Ese día no era mi caso. Sólo estaba fatigado y necesitaba descansar. Era esa la única razón, era yo un viejo feliz muy viejo y simplemente tenía que partir. Había llegado la hora.

A pesar de mi edad, esa mañana tenía agendada una conferencia de prensa. Hasta aquel día, mi persona y mi experiencia se apreciaron más que mis pasos torpes y mi voz

lenta. Caminaba despacio pero solo, sin caridad ajena ni silla de ruedas. Otra vez, gracias a Dios.

La gente aún creía en mi cabeza. En mi lucidez y mi consciencia. Extraño pero cierto, porque a los abuelos no se les concede mucho crédito. Ni los bancos, ni los nietos, ni nadie. A mí sí, hasta el día final. Y nuevamente lo agradezco.

La cita tuvo lugar en el rascacielos más alto de la ciudad donde vivo, que es cualquiera. Un suntuoso edificio vanguardista de nada menos y nada más que cien pisos. Y a ese iba, al cien, al último, donde un auditorio panorámico, lleno de medios y periodistas, aguardaba mi presencia, mi discurso y sobre todo mis respuestas. Hablaría de mi último libro, de todos, sin lugar a dudas, el que más sorprendió a los críticos y a la prensa.

—Deja pasar al abuelo —ordenó una huesuda y despeinada madre a su regordete y rojizo hijo, quien ignorándola se coló entre mis piernas y abordó en primer lugar el ascensor primermundista que, debido a la cantidad exagerada de pisos, no contaba con un botón para cada uno, sino con un teclado del 0 al 9 para ingresar los correspondientes dígitos.

Con astucia, el chapeado aprovechó que mi andar eterno le bloqueaba el paso a la bruja y cerró la puerta. La dejó afuera. Y casi a mí de no ser por mi esqueleto que con apuros se impulsó adentro para librarme de las puertas, que a mis ochenta y ocho funcionan como guillotina.

—¡Niño baboso! —le grité y alcancé a estirarle una patilla.

En venganza el glotón picó todos los números a su alcance y atinó varios pisos mientras mamaba a una velocidad exorbitante una barra de chocolate, que manchaba sus me-

jillas, manos, dedos y camisa. Acto seguido se desató una persecución abordo, que, al abrir de las puertas, presenciaban los oficinistas que pretendían subir. Pero al mirarnos preferían no hacerlo, supongo para permitir que continuáramos divirtiéndonos.

—¡Yo quiero un abuelo así! —alcancé a escuchar a una ejecutiva que como otros esperaba su ascenso.

Varias paradas antes de la mía, el gordito maloso escapó escudado por las piernas de una chica que subía. Sus medias de nailon sepia no salieron limpias. El chocolatoso pingüino salió corriendo, tambaleándose veloz como un acelerado péndulo, con la cara más roja que como se la conocí. Yo palidecí. Jalaba aire y refunfuñaba, forcejeaba con el saco y el cuello de la camisa. Continuaba la ascensión y mientras los pasajeros bajaban y subían, yo me acomodaba los cabellos blancos al amparo de los espejos interiores del elevador, que en público generalmente se evitan, porque preferimos ignorarnos si los demás nos atestiguan. Pero yo debía lucir presentable, era un acto solemne al que acudía.

Finalmente, a la altura del piso noventa me quedé solo. Aproveché y revisé dientes y fosas nasales. Centraba mi corbata y miraba atento al marcador que anunciaba el piso 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103… "Ah qué raro, no puede ser —pensé—. Si este edificio es de cien pisos, no hay más. ¿Qué está pasando? ¿Qué está sucediendo?"

Y fue en ese pensar cuando un recuerdo olvidado de mi niñez regresó nítido y se apoderó de mi mente: intercambié papeles con el regordete, ahora yo hecho él, con menos carnes y sin golosinas, pero el mismo niño malcriado que

exacerbaba a un pobre anciano que subía cansado por el elevador a la cita más importante de la vida: la muerte.

Con tres años y medio acompañé a mi padre a conocer las oficinas a las que su trabajo mudarían, ubicadas en el nuevo y único edificio de La Cuna, el pequeño pueblo en que vivíamos. Una construcción moderna que contrastaba con el pueblo chapado a la antigua, ansioso de transformarse en metrópoli.

—¿El trabajo es divertido, papi? —le pregunté en el coche que le prestaba la compañía.

—Es más bien cansado y aburrido.

—¿Y entonces por qué trabajas?

—Para alimentarnos y divertirnos.

—No entiendo —respondí confundido.

—Es complicado, el trabajo es aburrido pero sirve para divertirnos y para mantener el refrigerador surtido, para que la casa funcione y para salir de vacaciones. Es indispensable para comprar pelotas y juguetes. Y para guardar dinero en los bolsillos.

—El trabajo sirve para muchas cosas, ¿no, papi?

—Así es, hijo.

—Yo quiero trabajar sólo para comprar pelotas y jugar en la playa con mamá y contigo.

Y respondía y respondía mis incansables preguntas, él atento al volante y yo al mundo hecho bolas, y que poco a poco conocía, siempre a la espera de las monedas de los domingos para comprar más pelotas y hacerme menos.

—Ya llegamos —dijo papá y apagó el motor—, éste es el edificio —y en el sótano bajó del auto y abrió mi puerta.

—¿Se quedan, jefe? —le preguntó uno de los tantos señores que laboraban ahí abajo. Unos recibían y estaciona-

ban coches, unos atendían visitas y posibles compradores, y unos lavaban el piso. Otros hacían no sé qué cosas y otros sólo veían y veían.

—Sí, nos quedamos —contestó y le entregó las llaves—. Es increíble toda la gente que trabaja aquí abajo —agregó mi padre sorprendido.

—Y también allá arriba —contestó el hombre en voz baja, como no contestándole a nadie.

—¿A dónde arriba? —le preguntó papá extrañado, pues el edificio era nuevo y recién comenzaban a ocuparse las oficinas.

—Pues allá, arriba... —respondió como en secreto.

Entre tanto, yo aproveché la distracción de papá y, antes de que ese personaje tan raro le explicara dónde específicamente arriba trabajaba mucha gente, me escabullí y le pedí al anciano que controlaba el ascensor que me llevara allá, arriba.

—Arriba, señor. Por favor.

—¿A dónde arriba, muchachito? ¿A qué piso?

—Arriba.

—Tan chiquitito y tan solo. ¿Dónde están tus padres?

—¡Arriba! —insistí, y para solucionarle la duda al pobre hombre oprimí los pocos botones del antiguo elevador y subimos. Casualmente apreté el botón de *cerrarpuerta* y a continuación el de *pararriba*. Al descubrir la huida, papá corrió demasiado tarde tras de mí para impedirla—. Adiós, papi. Adiós, papi —le dije sin que lo notara el viejillo y ondeé la mano con una sonrisa. Tita, la mamá de mi papá, me enseñó que siempre hay que despedirse así, con una sonrisa, por si es la última vez. Inmediatamente se azotaron las puertas.

—¿En cuál piso están tus padres? —insistió el sordo, miope y terco ascensorista, quien nunca se percató que se encontraba frente a un joven escapista—. ¿Arriba en el diez?

—Más arriba, hasta arriba.

—No, no, este edificio es sólo de diez niveles, no hay más arriba. El diez es hasta arriba, ¿te llevo al diez?

—¡Más arriba, más arriba! —y sin receso aplasté los botones y lo mordí cada que intentaba reapoderarse del mando.

—¡Niño malcriado, pero la culpa no es tuya sino de tus padres que no te han educado! ¡Suelta ese botón que vas a descomponer esto! ¡No hay más arriba del diez! ¡No hay más arriba! —gritó colérico pero no solté. Y para sorpresa del anciano llegamos más arriba—. ¿Qué es esto? Yo manejo el ascensor y sé bien que sólo hay diez pisos, nadie ha subido más arriba. ¿Dónde estamos?

—Más arriba —respondió solemne al abrirnos el portal del piso trece un hombre gigante, fuerte y transparente, de edad incalculable.

—Oye, señor, ¿aquí es donde dicen que trabaja mucha gente? —le pregunté.

—Sí, aquí es, aquí arriba —respondió y con el extender de su mano nos mostró el lugar, el tan nombrado *arriba* en el que el viejo no creía.

—¡¿Qué broma es esta?! —insistía.

—Ninguna broma, aquí es arriba y usted tiene una cita —confirmó el señor de arriba.

—¡Demonios, qué es esto! ¡¿Una casa de citas?! ¡Si no me responde llamaré a la policía!

—Tranquilo, señor Schindler. Esto es una oficina, somos consultores a larga distancia, brindamos asesoría y auxilio a quien lo solicita. También prestamos atención personalizada a quien tiene cita.

—¡Yo no hice ninguna cita! ¡¿Y cómo sabe mi nombre si no se lo he mencionado?! ¡Es usted un delincuente, no quiero estar aquí ni un segundo más!

—Es normal, en el fondo nadie quiere venir. Pero todos acaban viniendo. Y créame, todos llegan con cita y todos alegan no haberla hecho. Respecto a su nombre, cómo desconocerlo, usted es el famoso señor del elevador, el señor Schindler —le contestó amable el de la puerta del piso trece mientras hojeaba la lista de citas en la que buscaba y buscaba con sus anteojos y su dedo—. Mire, aquí está —y con el índice señaló el nombre del ascensorista—. ¿Ve? Usted tiene agendada una cita precisamente hoy, a esta hora, a pesar de no haber llamado. La verdad, señor Schindler, es que la persona que se le ocurra tiene cita y aparece en esta lista. Esta lista no es exclusiva, esta lista es distinta y en ella aparecen todas, todas las personas que respiran. Es más, ¿cuál es tu nombre, niño? —me preguntó.

—Lukas —le respondí y nos acercó las hojas luego de buscarme en ellas, y con el mismo dedo nos enseñó ahora mi nombre. Y mi fecha. La fecha de mi cita, que, por cierto, no era ese día sino en muchos años, el día que fuera yo el viejo.

—La vida tiene un principio y un después. Es el momento de partir, señor Schindler —habló serio el portero y lo ayudó a salir del ascensor, apoyando una mano sobre su hombro izquierdo en gesto de consuelo.

Nos guió entonces a una sala espectacular en la que los tres nos sentamos y desde la que se contemplaba el pueblo entero, la ciudad contigua, el país, el continente, el mundo, el planeta y el cielo, de día en un extremo y de noche en el opuesto. Estábamos encima de las nubes, posiblemente más arriba del piso trece.

Luego de una larga conversación entre ambos, el señor del elevador consiguió recordar que, precisamente antes del inicio de su vida, agendó una cita para el día final con el Señor del Cielo, para la cual acordaron que aquél recorrería, en un cerrar de ojos, los momentos más trascendentales de su existencia: sus amores, sus lamentos, sus derrotas y sus éxitos. Sus gritos de felicidad, sus lágrimas y sus miedos. Soledad, traiciones, besos. Nacimientos y entierros, sueños y deseos. En pocas palabras, la vida y el hacerse viejo, sus días íntegros, sus momentos. Y, al terminar de recorrerlos, ya con los ojos abiertos, tendría que responder si los vivió o no de lleno.

—Porque eso es la vida, los momentos, y hay que entregarse a ellos —explicó el Señor del Cielo.

Y al abrir los ojos, llorando como si estuviera lloviendo, el señor Schindler respondió:

—¿Por qué hoy?

II
El Señor del Cielo

—La vida es los momentos —recalcó el Señor del Cielo—. Uno y cada momento, porque un momento puede durar una eternidad, así como una eternidad es susceptible de reducirse a un parpadeo. La vida puede ser corta o larga, nunca se sabe. Por ello es necesario preguntarse y responderse cada día si se vive o no contento, si se vive o no el momento. Si se vive, vaya. Las personas olvidan la fecha de su cita, pero aquí arriba la recordamos y esperamos su regreso. Y su respuesta a la pregunta, claro.

—Por favor avisen en mi casa que estaré bien. Recuérdenles a mi esposa y a mis hijos que los quise mucho y que los quiero, que aunque hice mal y tonterías, también hice cosas buenas, siempre pensando en ellos. Díganles que fueron mi razón de vivir y que, desde donde esté, los voy a cuidar. Que pidan por mí y que cuando tengan que partir sepan que aquí los espero… que no tengan miedo —el señor Schindler se despidió del Señor del Cielo y de mí con un *hastaluego*—. Gracias por apretar el botón de *pararriba* y no el de *parabajo* —me dijo y sonrió resignado mientras iba desapareciendo.

En una amplia televisión de tantas que reproducían imágenes en el piso trece, se proyectaba el funeral del señor

Schindler. "Funeral".[2] Su mujer, su hija, su hijo y sus nietos lloraban y, entre sollozos, decían de él cosas buenas. Revivieron su vida y hablaron de lo bueno, de lo malo nadie se acordó en ese instante. Los asistentes a la despedida escuchaban y se acercaban a la familia con palmadas de calor y palabras de aliento con oxígeno.

Misteriosamente, entre ellos, reconocí personas que segundos antes trabajaban en el piso trece. Y es que arriba, me pareció, el tiempo corre diferente, a veces es más rápido y a veces es más lento, es posible detenerlo, echarlo atrás o recorrerlo. No acelera a los hombres ni los hace viejos. De hecho, dudo que le llamen así, tiempo, o siquiera que exista.

—Él está bien y querrá que igual vivan —le dijo a la esposa uno de los de arriba. Ella, entre el dolor y la confusión, se esforzó por reconocerlo. A través de las pantallas, que supongo serían de rayos X o ultravioletas, observé que al abrazarla alumbraba por dentro su espalda con potentísimos destellos de luz anaranjada que brotaban a chorros de sus manos y que aparentemente le aliviaban un poco el dolor—. Los quiso como a nadie y los quiere como siempre. Y nosotros, para lo que sea, estamos con ustedes —finalizó el hombre y se retiró.

La viuda permaneció quieta y el desconocido se alejó poco a poco mientras ella lo buscaba sin éxito en su mente. Por fin se rindió, agitó la cabeza para sacudirse la duda y agradeció el mensaje en un silencio que hizo eco en las alturas.

[2] Band of Horses, *Everything all the time*, "Funeral".

—Eres afortunado, Lukas, muy pocos nos visitan antes de su cita. Por lo regular, sólo ofrecemos asesorías y auxilio a larga distancia. No a cualquiera le damos nuestra dirección para que nos visite, nada más los buscadores nos hallan. Y tu presencia, Lukas Duncan —pronunció con toda familiaridad mi nombre y apellido—, indica que eres uno de ellos.

—Señor, y ¿qué hace tanta gente aquí arriba? —pregunté.

—¡Uy, muchas cosas, Lukas! Acá arriba trabajamos mucho, resolvemos problemas, contestamos correspondencia y aclaramos dudas. Analizamos casos, clasificamos peticiones y recibimos agradecimientos. Cotejamos también solicitudes y organizamos todo tipo de encuentros. Mientras unos descansan y otros vigilan, unos velan sueños y otros los encaminan. Y, como te habrás dado cuenta, aquí somos muchos más de los que ves.

—¿Por qué? —pregunté como preguntan los niños.

—Como bien dice tu padre, es igualmente impresionante la cantidad de gente que trabaja allá abajo. A veces hay que ir a colocar señales o a regalar alegrías, a presentar solitarios y a sembrar semillas. Otros bajan a despertar consciencias y algunos a prevenir caídas, a sonar alarmas o a revelar pistas. Algunos se dedican a encontrar personas perdidas, a conseguir empleos y a curar heridas. Guiamos conductores, entrenamos alpinistas, atendemos enfermos y ayudamos a ancianitas. Reconstruimos casas y salvamos vidas. Nos gusta disfrazarnos y ser quienes menos imaginas.

Más tarde comprendí que no es extraño que una persona sea la que menos imaginas. "La vida te da sorpresas,

sorpresas te da la vida…"[3] Aunque para sorpresas, la mía. Recorrí el piso trece completo y encontré miles y miles de señores, señoras, niños y niñas. Tantos que pensé no cabrían. Impresionante, tal cual susurró el del estacionamiento. Y después, en las pantallas encendidas, con la ayuda del Señor del Cielo, descubrí muchos otros señores de arriba que trabajaban abajo disfrazados para evitar ser reconocidos.

—Ese es de arriba, ese también y ese, ella y aquellos… —identificaba el Señor del Cielo a señores y señoras, niños y niñas.

Y me contó un poco de la vida y otro poco de la muerte. Con palabras fáciles me explicó que vivos deseamos servir y muertos que se nos recuerde. En el fondo, cualquiera anhela que su vida sirva de algo. Es un deseo tan humano y natural como el de mojarse las plantas de los pies con el mar. O el de volar al cielo, vivos o muertos. "Todos hemos querido ir al mar".[4] Todos hemos querido ir al cielo, somos tan iguales como las aguas de los distintos océanos.

—Con la experiencia sabrás más de la vida para comprender mejor la muerte. Eres demasiado joven y apenas conoces el mundo. De hecho, es hora de que vuelvas abajo, seguramente tu padre te busca preocupado —predijo y me encaminó al ascensor, que abrió las puertas a su paso—. Adentro, Lukas Duncan, los mundos te esperan. Adentro. Recórrelos y ándalos con cuidado, sin prisas y con las pausas necesarias que te permitan encontrar los caminos cuando te sientas despistado. Y si necesitas ayuda, pídela.

[3] Rubén Blades, *Siembra*, "Pedro Navaja".
[4] Mexican Favorito, *El trompetista (B.S.O.)*, "Todos hemos querido ir al mar".

La recibirás. Recuerda que existen personas arriba y abajo que siempre cuidarán de ti. Nosotros aquí estamos, los trescientos sesenta y cinco días del año y, desde donde tú estés, puedes buscarnos. "*If you need me, If you need me, If you need me. I can always be found, I can always be found… If you need me, I will stand by your side*…"[5] Es cuestión de mirar arriba y llamarnos, solicita ayuda cuando necesites cuidados.

—Cuando mis papás salen de fiesta o a cenar, me cuida Tita, mi abuela. Una noche podrías cuidarme tú en lugar de ella.

—Ya veremos si ella acepta, las abuelas son bastante celosas.

Antes de que las puertas se cerraran, el Señor del Cielo pegó una estrella en mi frente. Una estrellita parecida a las que usan las maestras del kinder para premiar a sus alumnos, con la diferencia de que ésta latía invisible entre mis cejas. Después advertí que sólo yo la veía.

—Lukas, la vida se observa con los ojos abiertos y se contempla con los ojos cerrados. Por ningún motivo permitas que tus ojos se olviden del cielo. Y tampoco del llanto. Las lágrimas los limpian y sólo limpios seguirán mirando. Jamás te apartes del que mira por tus ojos ni del que habla por tus labios, su mirada reconocerá caras escondidas y su voz callada te comunicará con sabios. Hasta después.

[5] The Liars, *Drum's Not Dead*, "The Other Side of My Heart Attack".

III
Tita y los amigos invisibles

They love me like a was a brother
They protect me, Listen to me…[6]

—¡Adiós, papi! ¡Adiós, papi! —sarcástico rezongaba papá de regreso a casa en el auto—. ¡¿Dónde te metiste, niño?! ¡Me sacaste canas verdes, no te vuelvas a desaparecer así! ¡¿Entiendes?! Pensé que la ambulancia venía por ti y no por el anciano —cambió de tono al recordarlo—. Pobre, ¿qué le habrá pasado?

Mamá y Tita nos esperaban a comer en casa, que olía a *québienhuele*. A cada bocado mi padre olvidaba el enfado. La comida tiene esas propiedades, además de las nutritivas. Para el postre, el susto ya lo había digerido en risa; la reseña de mi visita al cielo les pareció graciosa y, encima, imaginativa.

—Éste va a ser escritor. Y de los buenos —dijo mi madre entre sonrisas.

Tita era linda. Me consolaba regaños y me compraba pepitas. Me llevaba al parque, al cine y me quería. No hacía falta que lo declarara, yo lo sabía. También me cuidaba cuando mis papás salían de noche. La noche no le daba miedo a Tita, por eso mamá y papá me encargaban con ella si cenaban fuera. Se quedaba a dormir y le gustaba contarme cuentos.

[6] Radiohead, *The Bends*, "Nice Dream".

Yo los oía y me dormía. Claro, antes jugábamos a las escondidillas. Una vez me le escondí tan bien que llamó a la policía.

—¡Un-dos-tres por mí y por todos mis compañeros! —aparecí en escena entre luces de torretas y sirenas de policía y grité apresurado en la base para salvarnos a mí y a todos mis compañeros, mis amigos invisibles. Mis padres y el pediatra los consideraban imaginarios. No creían en ellos ni los veían, pero eran tan reales como el viento o la alegría.

—¡Lukas, por Dios santo! —gritó Tita y me cargó de un abrazó. Agradeció después a los patrulleros, les regaló una propina y se marcharon—. ¡Qué susto me metiste! —al rato reímos y me preguntó de los invisibles.

—¿A cuántos salvaste?

—A cuatro. ¿Tú sí crees en ellos, Tita?

—Creo en ti, viejito —así me decía. Viejito, enunciado con tal cariño que definitivamente me crecía. Me hacía grande. Me hacía viejito. Me hacía sentir considerado a pesar de lo novato, de lo nuevo. Y es que igual que los abuelos, los niños excepcionalmente obtienen crédito. Políticas del banco. Y de la casa—. Sí —reconfirmó luego de pensarlo unos segundos—, sí te creo, viejito.

Digan lo que digan o crean lo que crean, yo tenía amigos invisibles. A partir de la visita al piso trece, mis ojos comenzaron a captarlos. Sospecho que la estrella entre mis cejas tenía que ver. Por lo que haya sido, pero realmente veía personas diferentes a las comunes. Principalmente niños y niñas que se caracterizaban por ser tímidos. Aparecían en mi soledad y se evaporaban al menor acercamiento

de la gente. Me visitaban una vez y rara ocasión volvían. Conversábamos una noche o jugábamos un día y no volvía a saber de ellos, el siguiente encuentro un relevo los suplía. Y venían solos, no en pandilla, a menos que tocara jugar a las escondidas, porque entonces sí jugábamos en bola. Les fascinaba refugiarse en mis guaridas y sonreír a oscuras conmigo mientras nos buscaba Tita.

"Soy de arriba", se identificaban invariablemente al llegar. Yo lo agradecía, aunque realmente resultaba difícil confundirlos con los de La Cuna. Los de arriba algo tenían. Portaban una etiqueta de especiales que los distinguía. Mientras más conocía más fácil los identificaba. Los delataba la paz que transmitían al primer contacto, el de las miradas, que me provocaba una ensoñación instantánea, parecida a la del calor adormecedor de un coche silencioso aparcado al sol de mediodía.

—Gracias por cuidarme, Tita —le agradecí con la luz apagada, entre bostezos.

—Siempre te voy a cuidar.

—¿Y a ti quién te cuida, Tita?

—Dios, viejito, Dios.

—¿Y quién cuida a Dios, Tita?

—Otro dios.

—¿Otro dios? —pregunté somnoliento.

—Sí, viejito. "Hay un dios detrás de Dios…"[7]

—Ok, Tita, si tú lo dices yo también te creo. Hasta mañana.

[7] Monocordio, *La hora del tiempo*, "La hora del tiempo".

Y cómo no iba a creerle que había un dios detrás de Dios si ella me creía que mis amigos se escondían detrás de las cortinas. Inclusive, la vez de las patrullas, una niña morena de aproximadamente mi edad, se ocultó bajo el cielo oscuro. Justo ahí nadie husmeó, ni las linternas ni los sabuesos, porque muchas veces lo que está más a la vista pasa desapercibido.

Una madrugada de truenos conocí a Pablo. En mi recámara solitaria los estruendos de la naturaleza cimbraban el suelo despertándome temores a la altura del estómago. La lluvia enfurecida y las ramas de los árboles agresivas golpeaban las ventanas al vaivén de las ráfagas de aire que aullaban como lobos hambrientos. Deseaba salir corriendo a la habitación de mis padres pero el terror me lo impedía, así que permanecí hundido en el colchón con las cobijas cubriéndome el pánico.

—No tengas miedo —escuché y di un salto. Tiritaba escudado por las mantas y rezaba al dios santo al que Tita invocaba a cada susto—. No tengas miedo, es sólo una tormenta y ya está pasando. Siempre pasan —insistía la voz—. Soy de arriba y me llamo Pablo.

Poco a poco, los relámpagos se apagaron y los truenos se callaron, la voz también. El nervioso silencio mosconeaba. Deseaba asomar la cabeza y no me atrevía, hasta que emergí lento y corroboré que ahí seguía, de pie, observando. Lo miré y guardé la cabeza de nuevo. Al rato quité otra vez las mantas de mi cara y él continuaba junto a mí.

—Soy de arriba, no tengas miedo. Me llamo Pablo —me volvió a decir.

—No tengo miedo, sólo estoy asustado.

—Es feo dormir solo, ¿no?

—Sí, más si caen rayos.

Toda la noche permanecí despierto, igual que permaneció su imagen real y mis nervios tensos. A primera vista brillaba, despedía centello. Rayos de luz trémulos rodeaban el contorno de su cuerpo y sus ojos impactaban de lo azules, igual que su destello. Así fue aquella madrugada. Y la mañana siguiente y la noche después. Y al otro día. Y al nuevo. Regresó. Y regresó y regresó hasta que era extraño no verlo. Los demás partían con el sol o al finalizar los juegos, en cambio Pablo disfrutaba los cuentos. Tita leía y él permanecía atento.

Pronto se convirtió en mi testigo incondicional, en mi nuevo y único amigo. No nos separábamos. Ni de noche ni de día. A donde yo fuera él iba, a cualquier lado, a cualquier hora. Dormía en el suelo sobre un grueso tapete rojo a lado de mi cama. Le prestaba una de mis dos almohadas y el edredón para que se tapara. Yo aguantaba el frío con la sábana y una frazada. Algunas noches mi madre inspeccionaba la alcoba y devolvía a mi cama el tiradero. Pablo se levantaba molesto y reclamaba su lecho.

—¿Qué le pasa a tu madre, Lukas? Me quitó la colcha de nuevo —la recuperaba y dormíamos.

Y por la mañana al desayuno, mi madre se quejaba:

—Por favor, deja de tender camas en el piso, Lukas. El edredón y la almohada se ensucian. Además no descansas, te duermes en la cama, te bajas cuando nadie te ve y acabo encontrándote de regreso arriba. Qué obsesión la tuya, caray. ¡Debes dormir toda la noche de corrido!

Yo prefería no explicarle, mamá no consentía amistades paranormales, míticas a sus ojos, místicas a los míos. Para qué causarle preocupaciones y conflictos o, peor aún, la posibilidad de que descubriera la autenticidad de mi amigo y me prohibiera verlo. Aunque existen prohibiciones que por lo regular carecen de efecto, como las de la amistad, las del amor, las de los vicios y los deseos, para qué complicar la situación.

Pablo fue mi primer gran amigo, con quien jugué de pequeño y con quien anduve en triciclo. Tita me enseñó a manejarlo. Ella fue mi maestra. Y las caídas. Uno aprende mucho de las caídas en triciclo, desde caer hasta sobarse las rodillas, ponerse de pie y atacarse de risa. En las más violentas se aprende a llorar y a recibir consuelo. Quién no ha sufrido una caída en triciclo. Y en la vida.

Rápidamente mis tres años se convirtieron en seis, el triciclo en bicicleta y mi abuela en más vieja. Y mientras más vieja más la quería. Después de varias clases particulares de manejo en el patio de mi casa, un mediodía subimos a una colina. Tita, Pablo, yo y la bicicleta con rueditas, pues no era experto todavía. Una vez que alcanzamos el punto más alto, me acomodó el casco, coderas, rodilleras y una bendición.

—Ahora sí, viejito, ¡a disfrutar de la vida! —me animó divertida y yo recogí los pies un poco nervioso para ensartarlos en los pedales—. ¡Todos listos! —me previno—. ¡Arrancan! —y me impulsó calle abajo. Yo me aferré al manubrio, con las piernas tensas y un susto en el estómago. La velocidad aumentaba vertiginosamente conforme descendía y los cabellos lacios se me despeinaban a pesar de la gomina.

Ya no me divertía. Ni mi abuelita. Los dos sufríamos. Retrocedí la vista, porque el paso no podía, y la miré gritar fruncida y pálida.

—¡Viejito, viejito, cuidado con el poste! —entonces cambié de rumbo la atención de mis ojos y lo ubiqué enfrente, a unos cuantos metros. Tremendo poste metálico de luz que en breve apagaría la mía.

Cerré los ojos, me protegí la cara con los brazos y aguardé el impacto que nunca llegó. Inexplicablemente esquivé el metal y, con ambas manos de regreso en el manubrio, continué sorteando la cuesta más rápida a cada metro, imposibilitado de controlar la bicicleta y mis pies, que sin éxito intentaban frenar con desesperación.

Me acerqué a una zona transitada por peatones y por corpulentos coches, atravesé una calle, libré por milímetros a una elegante mujer y a su carriola para precipitarme a toda velocidad a una concurrida avenida del creciente pueblo. Por fortuna gané el paso a un auto negro de lujo, que al igual que otros se detuvo al sonar el silbato un policía, quien milagrosa y apuradamente concedió el paso a Pablo, a quien excepcionalmente observaron los conductores y el agente de tránsito, mientras aquél cruzaba la avenida con la mirada bien fija en mí. No evoco otra escena en que Pablo se haya dejado ver.

—¡Dios santo, de lejos pero la vi cerca! —exclamó Tita afligida del susto y exhausta de la carrera—. Muchas gracias, señor policía, le ha salvado usted la vida.

—No hay qué agradecer, señora. Ese es mi trabajo. Además, no me dé las gracias a mí, déselas a… —el agente buscó el rastro de Pablo sobre el paso de cebra pero ya no lo encontró.

—La gente sólo te ve cuando te dejas ver —me dijo en secreto a un lado de Tita y del policía, que ya no podían verlo.

—Gracias, amigo.

—De nada, hermano —y me estrechó la mano.

Entonces comprendí que de niños los hermanos te dan la mano, la tengas sucia o limpia. De más grandes, los que tienen la fortuna de contar con uno, aseguran que los auténticos hermanos son capaces de abrazarte cuando en realidad mereces un tiro, y que, inclusive, te abrazan más fuerte cuando el del arma jala el gatillo. De niños o de viejos los hermanos se dejan ver cuando los necesitas.

IV
La niña del arenero

—¿Señora, no lo habrá imaginado?

—No, no, señor cura. No lo he imaginado, era real y lo ha salvado. Lukas dice que se llama Pablo —respondió Tita al sacerdote de la iglesia a la que acudía a orar a diario. Tita era muy religiosa. Dios santo.

—Los años dan engaños, señora. Tanto los pocos años de un niño, como los muchos de un anciano. Más vale que descansen, fue un día exaltado.

Regresamos a casa después de que Tita agradeció al dios santo y, por supuesto, a Pablo. En el camino charlamos y exhalamos el susto a suspiros.

—Los años son sagrados, más bien pienso —dijo Tita en el camino con la mirada perdida—. Mientras más edad acumulo, más cosas me creo. Como cuando tenía menos.

Desde niño el asunto del tiempo me causó conflicto, aún me cuesta mucho trabajo comprenderlo. Recuerdo una conversación en que Pablo trató de explicarme que su naturaleza es ser incierto.

—Es tan raro que corre diferente en los niños que en los viejos.

—No te entiendo.

—Mira, Lukas, por ejemplo: tu papá cumplió veinte años cuando tú naciste de cero. En ese instante él era veinte veces más viejo que tú. Cuando cumplas diez él cumplirá treinta y entonces ya sólo será tres veces más viejo. Y cuando cumplas veinte él llegará a cuarenta, por lo que únicamente será el doble de viejo que tú. ¿Te das cuenta que tú te haces viejo más rápido que él?

La verdad es que no entendí. Por aquellos días las matemáticas y las cuentas nada tenían que ver conmigo. Posteriormente las conocería y me causarían algún dolor de cabeza, las matemáticas en la escuela y las cuentas a fin de mes.

El caso es que Pablo aparentaba mi edad pero en ocasiones hablaba como si tuviera muchos años. Platicábamos de cosas importantes y no tanto. Nos gustaban los perros y también las tortugas que nadaban en el acuario que visitábamos con Tita. También de repente discutíamos. Con él aprendí a jugar gato en el vapor de la ducha.

—No es recomendable jugar contra uno mismo —me aconsejó mi madre una noche mientras me enredaba en la toalla para que me secara y borró las secuelas de nuestra partida del vidrio empañado de la regadera.

—Juego contra Pablo, mamá —por fin le dije.

—¿Pablo? ¿Quién es Pablo?

—Es mi amigo.

—No empecemos, Lukas. No veo aquí a nadie más que a nosotros.

—Le gente sólo ve lo que quiere ver —dijo Pablo.

Papá y mamá concluyeron que la convivencia con niños reales liquidaría a los imaginarios, según sus creencias, inventados por mi cerebro. La recomendación del médico los

convenció de inscribirme en el colegio. Por aquella época los niños empezaban la escuela a los seis o siete años, los tiempos andaban menos rápido que hoy.

Y justo en el colegio, donde suponían me curaría de lo que padecía, me topé con cientos de ellos. Niños de arriba que convivían con los de carne y hueso. Niños de abajo y niños de arriba que corrían en el mismo jardín. Los de abajo no advertían la presencia de los del cielo, no obstante que los acompañaban hasta a comprar caramelos.

Yo sí los veía, a unos y a otros, y la verdad es que prefería la compañía de los de arriba. Me resultaba más fácil platicar con ellos luego que se acercaban con espontaneidad y me compartían sus secretos. Pablo y yo conocíamos nuevos amigos cada recreo, su estancia era efímera y al siguiente día los suplía uno nuevo, así sucede por lo regular con los del cielo. Su rotación es constante.

"Soy de arriba", como siempre advertían, aunque con la paz que infundían sus ojos brillantes resultaba realmente difícil confundirlos. Así transcurrieron meses y los maestros notificaron a mis padres mi falta de amigos, por lo que desayuno, comida y cena me rogaban que socializara.

—Hablar solo es de locos —me recriminaba en la escuela un niño, probablemente reproduciendo las palabras de quienes lo mantenían—. Voy a patear a tu amiguito, loquito —pero Pablo esquivaba con agilidad las patadas que aquél soltaba con una sonrisa macabra a diestra y siniestra, hasta que terminaba por descargar su ira contra mis espinillas—. ¡¿Ves?, junto a ti no hay nadie, loquito! ¡O dime por qué tarda tanto en aparecer tu amigo para defenderte! —y los demás se divertían.

—Hablar solo es un logro, y quien habla solo es capaz de hablar con el mundo entero —me reconfortaba Pablo en casa antes de que durmiéramos. Este tipo de secretos me regalaban él y los del cielo—. "Lo esencial es invisible para los ojos",[8] Lukas.

—No te entiendo, a veces hablas como los viejos.

—Es muy fácil, por más complicado que parezca. Te voy a explicar: la noche es especial por los sueños, y el mar por los delfines que no vemos. El arcoíris es especial por el tesoro que esconde, y una estrella porque en ella vive alguien que ha muerto. De igual forma, una persona es especial por su corazón.

—Entonces, ¿lo especial no lo ven los ojos?

—Correcto. Y justo con el corazón es con lo único que podrás verlo. Sólo con él se aprecian las cosas especiales y la esencia, lo importante de la vida y de las personas.

—¿Tú eres especial porque no te ve la gente?

—Yo soy diferente.

—¿Y por qué yo te veo?

—Porque lo deseas. Los deseos puros del corazón son poderosos. Y si tus ojos no me vieran, nunca olvides que con tu corazón podrás aparecerme. Siempre estaré contigo, aun cuando no me veas.

—Nunca te vayas.

—Los hermanos siempre se van, pero siempre se quedan.

Días después en la escuela, dentro del salón, Pablo me dijo:

—Nos vemos al rato, voy a dar una vuelta.

[8] Antoine de Saint-Exupéry, *El principito* (Francia, 1958).

Más tarde salí a recreo y me sentí solo. Di también una vuelta y mis ojos no lo vieron. Mi corazón tampoco, pero una corazonada me guió al arenero.

De lejos no alcancé a distinguirlo. Jugaban ahí muchos niños, se ensuciaban el pelo y construían castillos. Más de cerca escudriñé con la mirada y tampoco logré ubicarlo. Entré y mis zapatos se hundieron en la arena, mis pasos se volvieron lentos. Permanecí unos instantes atascado en el desierto en el que no encontré a mi amigo, hasta que con todas mis fuerzas di una zancada para desenterrar los pies y regresar a tierra firme. En el intento tropecé y caí seco de nalgas en la polvosa arena amarilla.

Mi espalda sintió otro cuerpo, otra espalda, otros hombros. Largos, rizados y desconocidos cabellos dorados acariciaban los míos. La electricidad de esa melena fluía por mis circuitos, mientras el fugaz roce de mi brazo con el suyo me provocaba potentes descargas de energía que me transportaron al infinito. Traté de moverme pero me habían crecido raíces, así que permanecí plantado como un árbol al centro de la Tierra. No conseguí moverme, me sentía adormecido, zambullido en una paz celestial.

Opté por quedarme ahí, sentado en la arena y quieto. Resultó imposible levantarme, ni intenté. La tierra se había movido. Y mi cuerpo, pero más mi corazón, que no requería de ojos para reconocer lo especial del otro cuerpo, al alma atrincherada en sus vísceras.

Por fin giré la cintura. Ella giró al unísono y nuestras caras se encontraron a milímetros. Reposé en el soleado terciopelo de su piel blanca. Su mirada azul dormía mis pensamientos y despertaba mi corazón que latía acelerado.

Sus ojos enormes. Su brillo intenso. Me faltaba aire pero sus pestañas me hacían viento. Respiraba su aliento, impedido de palabras e invadido de silencio, de ese lenguaje que exclusivamente se utiliza en casos así y en las conversaciones con Dios o con los muertos.

—Hola —dijo sin perderme la mirada y yo, mudo y sin pestañeos, esperé la señal. La señal del cielo. Confiaba en que al escucharla recuperaría la normalidad, la voz y lo sereno. Siempre se identificaban antes de que yo siquiera abriera la boca. Sin embargo, ella aguardaba paciente y exacerbaba mis nervios—. Te dije hola —insistió.

—Hola —repliqué tímido y pensé qué más decir pero no se me ocurría nada.

—¿Te gusta la arena? —rápida preguntó mientras llenaba sus puños de ella para enseguida vaciarlos con delicadeza por las rendijas de sus dedos, como el cuello de un reloj que cuenta los segundos al hervir de un huevo.

—Sí, pero me gusta más la de la playa.

—Esta arena es especial porque viene de muy lejos. Si cierras los ojos, con ella aparece el mar hecho recuerdos. Por eso es especial, porque te hace ver cosas que a simple vista no se miran. Me lo explicó la maestra el otro recreo —agregó.

—¿Entonces este arenero es mágico como el desierto? —la cuestionó un niño que a un lado de nosotros se enterraba hasta el cuello.

—Sí, este arenero es mágico, aunque no sé qué tenga de mágico el desierto —le respondió ella.

—El desierto es mágico porque en él se escucha el silencio, a mí me lo explicó mi abuelo.

—¡Un momento! —los interrumpí—. ¿Tú la ves y la oyes? —interrogué incrédulo al invasor, quien no tenía facha celestial. No conocía a nadie que pudiera ver a los de arriba y menos sostenerles un diálogo.

—¡Pues claro que la oigo y la veo, ni que fuera sólo para tus ojos!

—¿Qué no eres del cielo? —pregunté a ella.

—¿Del cielo? No —sonrió y observó allá—. Del cielo son las nubes y los cerros.

V
Círculos y rompecabezas

Con disimulo y discreción sometí su visibilidad a distintas pruebas y confirmé lo advertido: no era sólo para mis ojos, todos la veían. Eso sí, nadie como yo. Para mí era diferente. Inédita. Especial. Un sueño. Por más que razonaba, no comprendía por qué si era sobrenatural no era invisible, como una indulgencia. Y juré y sigo jurando que llegó de arriba. Mi corazón, que es necio, lo sugería. Y lo sigue haciendo.

Dediqué la tarde a recordarla y la noche a revelar su fotografía. Su olor a arena se impregnó en mi alma y su voz quedó grabada en mi espíritu y, a partir de la mañana siguiente, resonó en mi interior a cada canto del gallo.

Me pregunto ahora si un niño con tan pocos años alcanza a sentir tanto. Y recuerdo que sí. Aquella remota mañana su cara se convirtió en mi razón, y yo en rehén del corazón por vez primera. Y por más que su rostro me fue robado de la memoria rasgo a rasgo por el transcurso de la vida, todavía no la olvido. El amor de un pequeño es el amor más grande.

Al día siguiente rondé la escuela en su búsqueda. Y en la de Pablo, quien continuó desaparecido. Jamás, desde la noche de la tormenta, se había ausentado. La carencia de ella

me provocaba soledad y la de él espanto. Los extrañaba a ambos, a pesar de que a ella no la conocía. Es sorprendente como en ocasiones bastan tres minutos junto a una persona para desear la vida a su lado.

Al cabo de un rato la encontré nuevamente en la arena, como a un tesoro. Me escondí a escasos metros, detrás de un grueso árbol, y contemplé la escena que la desconocida protagonizaba sin notarlo, mientras jugaba nuevamente como un reloj de arena. Enfoqué su cara y sus manos. Debía corroborar la justificación de mi entusiasmo. Su mirada resplandecía con la intensidad del último destello que el Sol obsequia por la tarde al guarecerse en el océano, "mar adentro".[9] Su fuerza de atracción me arrancó la inocencia de los huesos y lanzó bruscamente mi ser al campo de los enamorados, donde las razones incomprensibles del corazón maduran al alma en instantes, como a la siembra el verano.

Me pareció increíble que los demás no la admiraran como yo, y que tampoco los hipnotizara con sus movimientos, pues, sin duda, por más que de allí no viniera, representaba al firmamento.

"Los ojos de ellos la observan
Sin el corazón bien atento
Yo de atrás del árbol contemplo
A un ángel que es sin saberlo…"[10]

[9] Alejandro Amenábar, *Mar adentro* (España, 2004).
[10] Anónimo, "Poema al ángel".

Sí la observaban, mas no le fijaban la vista. Cambiaban rápido el rumbo de sus ojos. No percibían su encanto. A mí me dejó absorto. Al contemplarla percaté que lo hacía, contemplarla. Y descubrí un misterio, una mujer que es especial para un hombre, para otro puede no serlo. Es la química, el reconocimiento ciego de los corazones, que distingue a distancia a quién llevaras adentro una vida, unos años o unos instantes.

Desde chico fui enamoradizo, al grado que para quererla bastaron los tres minutos del día anterior y los tres detrás del árbol que ahora rememoro. Ciento ochenta segundos por dos, trescientos sesenta. Una eternidad o un momento. La vida completa. Es la memoria de la primera mujer que me hizo sentir hombre, no en un colchón sino donde descansa el aliento.

No me hizo falta estudiar para entender que la química es un juego de azar que consiste en unir piezas y trazar círculos en el amor y en los amigos, en la cama y el idilio, con los maestros y en la vida. La química es el instinto del espíritu que súbito estudia las propiedades de los cuerpos y de los otros espíritus. De su sabio juicio nos valemos para autorizar o negarles el acceso a nuestro mundo, a nuestros círculos.

Las vidas se van uniendo como un rompecabezas. Las primeras que se encuentran son las pertenecientes al primer círculo, el de los padres, los hermanos y los abuelos. Más adelante, en la misma circunferencia, hallamos a los hijos. Se presentan pequeños y desprotegidos, llorando. Escurriendo. Algunos arriban con panes, unos con mensajes y otros con la misión de ser más que herederos. Bajo

el brazo ofrecen una gama de posibilidades y sentimientos. Su vida se convierte en la de quienes los concibieron, sin título de propiedad de por medio, pues son un préstamo del Cielo para mejorar la Tierra, el Universo. Un hijo concede a un padre el don de comprender la vida y la razón de ser de sus viejos, sus preocupaciones y sus consejos. Son la puerta a nuevas dimensiones de conocimiento.

Ése es el primer círculo, el más cercano, donde reina, casi siempre, el amor incondicional y fraterno. Consideran las creencias populares que la familia no se escoge, sino que es un regalo. O una maldición, depende quién lo diga. Pero permítaseme dudarlo. Presiento que por alguna causa que suele descubrirse más tarde que temprano, a los progenitores los elegimos antes de bajar y desde las alturas les confiamos la vida previo al nacimiento.

El segundo círculo es el de los esposos y los amigos, los amantes y familiares ajenos al primero; personas bien allegadas con quienes se comparten intimidades o trozos de ser. No es que la pareja sea menos importante que un padre o un hermano, sólo que, igual que con los amigos, existen condiciones y entendidos para conservar con ellos el lazo, como son la fidelidad, la lealtad, los domingos, la constancia y los abrazos.

Existe también el tercero, que honra su nombre. El círculo de los terceros. Lo integran conocidos poco cercanos. Aquellos que surgen en nuestros días sin aparentemente imprimir un sello, aunque pueden acabar estampándonoslo, porque cualquiera carga tinta en las palabras y cincel en las manos. El menos pensado, con un sencillo comentario, es capaz de revivir a nuestros muertos. La palabra de un

extraño y la sonrisa de un extranjero, poseen la fuerza suficiente para levantar letargos y sacudir suelos firmes. Alterar destinos es su especialidad. Se hospedan en este círculo la vecina, el abogado, el cartero, la de la tienda, el del banco, la colega, el psicólogo y quien avienta las noticias abajo de la puerta. Personas que ves pero que generalmente no miras.

—¡Oye, tú! ¡¿Por qué me miras?! —preguntó a la distancia la niña del arenero dirigiéndose a mí, que regocijaba la mirada extraviada en su juego, asomado por los troncos, descubierto in fraganti, así como es en ocasiones sorprendido el sol anaranjado que nace de dos montañas cuando las ciudades apenas despiertan. Fingí demencia y volteé atrás buscando a quién le hablaba—. ¡Tú, no te hagas! ¡El de atrás del árbol¡ —me señalaba y yo me apunté con el dedo para verificar si se trataba de mí—. ¡Sí, tú! ¿Por qué me miras?

—Pues… no sé, tenía ganas desde ayer que dejé de hacerlo —contesté sincero, sin pensarlo, protegido por el cedro.

Nos miramos más y nos quedamos viendo. Congelados. Me acerqué a la arena. Un silencio profundo invadió la escuela. Los pájaros callaron, el viento detuvo sus soplidos. Los niños, quietos. Pausa.

"Era una de las niñas más guapas que había visto en el colegio. Era una de las más bonitas.

—¿Tú no juegas con los otros niños, verdad…?"[11]

—No —contesté.

—¿Por qué no?

[11] Charles Bukowski, *La Senda del perdedor* (1982).

—"Ya los veo lo suficiente en el colegio".[12]

—Me llamo Luli —dijo ella.

—Yo Lukas.

Siguió mirándome. Y yo seguí sentado en la arena mirándola.

—"¿Quieres verme las bragas?

—Bueno…"[13]

—Pues no, no las verás. Tendrías que ser mi novio para verlas. Sólo los novios se enseñan las bragas.

—¿Quién puso esa regla?

—Mi hermana me lo explicó una tarde que la encontré mostrándoselas a su novio en la despensa.

—Entonces seamos novios —propuse sin ninguna pena.

—No, no tan rápido. Para ser novios antes tendríamos que besarnos muchas veces.

—¿Cuántas?

—Como mil.

—¿Y esa regla también es de tu hermana?

—No, esa es de mi hermano. Una tarde detrás de la puerta de su cuarto escuché que se lo dijo a su amiga, la que quería ser su novia.

—Pero con tanta regla, seguro para besarnos tendremos antes que cumplir otra.

—Sí.

—Ya lo sabía. ¿Y qué hay que hacer?

—Cerrar los ojos.

Y me los apagó con las yemas de sus dedos.

[12] *Ídem.*

[13] *Ídem.*

Jamás sentí a nadie tan cerca y tan adentro. Concentró todas mis emociones en un beso que expandió mi alma y me contrajo el verbo. Logró llevarme donde el color acaba y se mira todo negro, donde el infinito comienza y culmina, al final y al origen de la vida. Al silencio.

No fue un sueño, sin embargo, desperté y rodeado de gente. El mundo recobró su movimiento. Maestras y niños curiosos se amontonaban en torno a los caídos para reconocerlos.

—Son la rara y el que habla solo —escuché de una boca.

Luli parecía un ángel dormido y yo un atropellado. Dudé por un instante si lo que pasó había pasado. Poco a poco recuperé el sentido y al rato la sensación que, efectivamente, había terminado en desmayo. El tacto de sus manos en mi cara me hizo sentir lo que siente un enamorado silencioso cuando por fin su piel roza *por accidente* la de la persona que secretamente ama, una intensa descarga de energía. Y la caricia de sus labios húmedos a los míos nuevos fue lo que terminó por catapultarme al cielo. El primer beso. Un corto circuito, electricidad pura que recorrió mi cuerpo colapsado por el amor. Porque aunque nadie me había hablado de él, sabía que era eso. Amor.

Mientras nos reanimaban con azúcar, permanecimos tendidos en la arena. Ahí nos descubrimos los ojos. Los dos reconocimos esa fuerza sobrenatural que por las noches, a solas, saca llantos a los corazones vírgenes que se enredan con sus venas tiernas, como los dedos nerviosos de dos manos inexperimentadas que se atraen.

—¿Sabes qué? —le susurré al oído mientras los demás nos levantaban como a dos resucitados—. Así no creo que lleguemos a los mil besos —y volvimos a mirarnos y sonreímos.

Y reconfirmo que a esa edad sí se siente tanto. Con seis años sentía tan bien cuando su voz pronunciaba mi nombre, que me atrevo a afirmar que la misma sensación podría únicamente gozarla un adulto si el presidente de su país lo llamara por su santo. Y probablemente ni así.

El patatús amoroso concluyó en visita a la enfermería. A nadie le confiamos la razón del desvanecimiento. Quién la creería. Así que los expertos y las familias lo atribuyeron al sol y a la fatiga. Luli y yo guardamos la verdad y sellamos el primer secreto de los tres que unirían para siempre nuestras vidas, como dos piezas encontradas de un rompecabezas inseparable.

En la vida igualmente merodean personas quizás pertenecientes a un cuarto y último círculo, el llamado esotérico, donde circulan las almas y los seres con quienes guardamos un parentesco espiritual, de vidas y de milenios. La familia cósmica que existe más allá del firmamento.

Desde que conocí a Luli sentí que la conocía hacía tiempo.

VI
El trompetista

—¿Por qué te dicen rara?

—No lo sé, a lo mejor porque soy distinta.

—¿Y por qué eres distinta?

—Porque soy princesa.

—¿Ah, sí? ¿Y de dónde eres princesa?

—Dice papá que de donde sea.

—Nunca había conocido una princesa. A mí de grande me gustaría ser rey, pero también trompetista.

—Según papá, cada quien es lo que quiera. ¿Pero… y por qué te gustaría ser trompetista?

—Es que la trompeta hace la diferencia —le respondí sin comprender claramente el significado de la respuesta, evocando verbos que proclamó Tita durante un viaje familiar a una ciudad con un famoso río.

A los lados de éste, la gente caminaba o se sentaba en bancas parecidas a las de los parques de La Cuna. Unos leían el periódico, otros comían y otros reposaban adormilados la comida, conteniendo cabeceos o disimulándolos cuando los vencían. Otros más paseaban a sus perros y los artistas exponían sus cuadros al aire libre. Mamá hojeaba la guía de turistas en busca de monumentos aburridos, mientras en voz alta mi padre se preguntaba de qué vivían los que ahí vivían.

—¿Éstos a qué hora trabajan? —cuestionaba quejumbroso al aire como si se tratara de sus obreros.

Y Tita, contemplativa, al oído me dijo:

—Si borramos al de la trompeta, esta escena es igual en donde sea, aun donde no corra un río. Pero la trompeta hace la diferencia —recalcó y apuntó al rincón del que provenían las notas melancólicas del instrumento musical que somete la rigidez de los hombres y los calzones de las mujeres, porque un buen trompetista enamora a quien sea.

Y es que la trompeta ablanda, aunque eso lo descubrí con el tiempo, porque entonces no entendí lo que mi abuela entendía. Por eso grabé bien su discurso y seguido lo recuerdo, sobre todo cuando visito ciudades con ríos. O sin ellos.

"Esta escena es igual en donde sea, aun donde no corra un río. Pero la trompeta hace la diferencia. Si te fijas, los que caminan admiran el río y no se ven unos a otros, por más que cada uno lleve un río adentro. Al único que observan es al que arrulla al agua, al que toca la trompeta, al único capaz de alterar el sentido a la corriente y nadar contra ella. La fuerza que transportan los soplidos del trompetista es capaz de movernos. Por dentro, viejito. A todos juntos. La gente lo sabe y por eso lo respetan.

"Las personas conocen de sobra el valor y la conciencia que se requiere para sentarse frente al mundo y hacer sonar una trompeta, porque el sonido de la trompeta es la voz del alma, esa que muchos prefieren guardar para mejores ratos, que quizá nunca llegan. Porque has de saber que existen personas que jamás dedican un momento a su consciencia y, por el contrario, los trompetistas viven de ella. Por eso,

aquél que vive de su consciencia es digno de considerarse un trompetista…

Esas fueron, entre otras, las palabras de mi abuela, y a pesar de que su voz se apagó hace muchos años, mi memoria las pronuncia hoy íntegras con el exacto tono de ella. Para Tita un trompetista representaba más que un hombre que toca la trompeta, un trompetista auténtico le significaba alguien que goza del don de tocar las almas y los corazones, con sus actos, sus palabras, con sus letras o su ejemplo. O con su música, en efecto. Aquél que encarna la consciencia en los demás, porque la consciencia se siente en la carne y en la coronilla, da escalofríos cuando la contagian.

Cada nota de la trompeta entona un sentimiento, un desgarro o una sonrisa del alma. Sus sonidos transportan la vida que todo ser anhela cuando vive un buen momento. Esos instantes que el propio cuerpo reconoce y mejor todavía el espíritu, especialmente cuando navega libre como el río. El espíritu, que siempre quiere hablar, que siempre debe hacerlo, porque cuando no lo hace enferma y contamina al cuerpo, que es bien susceptible de los malestares de lo interno.

"El trompetista es distinto de la muchedumbre que camina a las orillas del río sin dirigirse la mirada. Y no se diga el habla. Claro que no es fácil ver a los ojos, es más fácil mirar al agua o sumergirse en ella, fingir demencia. En cambio, el trompetista se arriesga, mira y permite que lo vean, es diferente a ellos, no lleva prisa, no está durmiendo, no se cuestiona acerca del oficio del que pasa corriendo. Él simplemente se adentra y saca los mensajes del silencio en claves que provocan el vibrar de los cuerpos. Es un guerrero

que lucha por sus fantasías, en las que otros dejan de creer conforme acumulan días, tareas, desilusiones y peros; él sabe que la casualidad de la vida puede presentarse en cualquier día, en cualquier momento, en cualquier lugar y a cualquier sujeto. El trompetista hace de su vida lo que quiere, no conoce de ratos libres porque él es libre de tiempo completo.

"Un trompetista sacude almas, despierta consciencias, le habla a los corazones y ayuda a que se muevan; es un especialista en el lenguaje de los niños que los adultos perdemos. No es un doctor, ni forzosamente quien toque una trompeta. Un trompetista es más bien un señor cuya historia da vida a quien la lea…

—¿Te fijas en el de la corbata y la chaqueta? —me preguntó Tita, señalando dos veces con la barbilla al susodicho—. Ese pobre hombre seguramente soñó con actuar y ser estrella, no con fingir felicidad detrás del escritorio donde muy probablemente despacha quejas de otros inconformes. Lo delata la mirada cuando observa al músico o a los atletas, pues una virtud adicional de las trompetas es que sus melodías despabilan los sueños dormidos. Ya depende del soñador encausarlos o condenarlos al pago del finiquito, equivalente a frustración más sinsentido menos multas e impuestos.

VII
"Cumpleaños total"[14]

Luli tampoco jugaba con los demás niños de la escuela, así que fuimos mejores amigos. Además de por gusto, por falta de alternativas. Definitivamente no éramos compatibles con el resto. No fuimos aceptados, ni hicimos el intento. No es que nos señalaran, sin embargo, nos ubicaban ajenos. Preferían no invitarnos a sus cumpleaños con payasos y magos que desaparecían y aparecían conejos de sus sombreros, según escuchábamos luego.

En consecuencia, optamos por celebrar nuestros propios festejos con juegos personalísimos. Los viernes jugábamos al doctor en mi casa o en la suya al concluir la escuela. Tras mucho insistir, finalmente la convencí y me enseñó sus calzones. Eran blancos y con agujeros. Agujeros chiquititos, no de pobreza, de adorno. Inocentemente exploramos nuestros cuerpos y nos permitimos palparlos con las manos, sin tocar el punto del noviazgo nuevamente. A los niños no les gustan las complicaciones.

Otra ocasión jugamos al jardinero y podé todos los rosales del jardín de su madre, quien desencajada atestiguó el último tijeretazo de la colorida masacre y se cogió los

[14] Los Planetas, *Canciones para una orquesta química*, "Cumpleaños total".

cabellos como también queriendo arrancárselos. Con desconsuelo recogió los botones agonizantes en la tierra húmeda, que en represalia me prohibió pisar de nuevo. Pero igual que la gente olvida las porquerías y los abusos de gobernantes y políticos, las señoras olvidan las travesuras de los amigos de sus hijas con tal de que éstas tengan compañía.

Así que regresé a casa de mi amiga y continué conviviendo con su insólita familia, que al cabo de las visitas me parecía menos anómala. De chico no se concibe otra familia que no sea la propia, por eso al principio las usanzas de hogares ajenos resultan estrambóticas, y no es sino el transcurso de la vida el que abre las puertas del criterio, el que transmuta lo indescifrable en *ahoraentiendo*.

—La próxima semana cumplo años. Siete —avisé a Luli.

—Mamá está organizando una fiesta y contrató un mago.

—¿Quieres que aparezca un conejo?

—No, quiero que aparezca a Pablo —y por fin le hablé de él y de que desapareció cuando ella y yo nos encontramos. A nadie más le revelé la historia, únicamente Tita sabía de su existencia, y de su paradero no preguntaba demasiado. Era una mujer mayor que vivía tranquila sin necesidad de encontrar respuestas o soluciones a temas no exactos.

A Luli fue a la única que enteré de los detalles de Pablo y los demás *imaginarios*, de sus secretos y sus presagios. Requería compartirle la confidencia que representó el segundo de los secretos que aliaron nuestra complicidad en la vida.

—¿Cómo son?

—Como tú, especiales. Cuando te conocí creí que eras uno de ellos, juré que venías de arriba. A veces pienso que

no me dices la verdad y me da miedo que un día desaparezcas como Pablo.

—Yo lo más arriba que he subido es una montaña en el campo, y de ahí el cielo parecía igual de lejos que desde acá abajo. Papá me contó que para llegar al cielo hay que hacer un viaje muy largo y que quien va allá siempre deja aquí algo.

—Lo mismo decía Pablo y ya ves, se fue y no ha regresado. Y lo peor es que no dejó rastro, ni una carta ni un regalo de cumpleaños.

—Seguro no has buscado, imagínate que cuando se fue escondió un regalo especial para ti, así como el conejo que en pascuas oculta chocolates en las plantas.

Puntual sonó el primer timbrazo de mi fiesta de cumpleaños y corrí a la puerta presto. Era Luli con un inmenso moño rosa amarrado a sus cabellos dorados. Parecía un regalo.

—Me chocan tus moños horribles y exagerados, mamá —reclamó berrinchuda a su madre, quien antes de marcharse me deseó felicidades y en nombre de su familia me obsequió un telescopio.

—Luli cuenta que te gustan las estrellas, ojalá te gusten más ahora que podrás mirarlas de cerca. Esta niña te lo escogió —y guiñó delatoramente a Luli, quien pareció acalorada con el comentario—. Bueno hija, pórtate bien y no te quites por favor el moño. Vengo por ti en la noche.

Los demás invitados eran hijos de amistades de mis padres y creo que ni me felicitaron. Pero nada me importaba, sólo Luli. Pasamos juntos todo el día excepto las idas al baño. Me sentía especial y afortunado, enamorado y correspondido,

que es lo mejor, pues no existe en el mundo sensación más electrizante que esa. Ni siquiera la de vaciar la vejiga o la de llenar la cuenta del banco, porque si no hay con quien compartirla da lo mismo que sume pesos o centavos.

Y aunque de su sombrero de copa el mago sacó nomás patos, en mi corazón saltaba Pablo, celebrando la vida conmigo cada ocasión que mi princesa me tomaba de la mano para jalarme aprisa a los columpios. Al anochecer observamos el cielo y encendimos las estrellas. Más tarde apagué las velas del pastel con un soplido que ventiló un deseo mudo, clausurando así el festejo de mi vida. Mi cumpleaños total.

—Está linda la niña. Me gusta para ti, Lukas.

—A mí también —le confesé a Tita.

—Tú no le desagradas —presumió.

—Los dos nos gustamos.

—¿Cómo sabes?

—Nos lo dijimos en los columpios —agregué colorado.

—Qué modernos vienen los niños, ahora resulta que a los siete años se enamoran —concluyó y, por su cara, reflexionó algo—. A veces creo que son seres evolucionados, sus palabras de repente me permiten sospechar que con anterioridad han deambulado por la Tierra bajo nombres y apellidos extraños.

—¿Sí, Tita?

—Los años seducen al olvido y los ancianos olvidamos que una vez fuimos los niños, los nuevos, los que en nuestro turno transformamos al mundo derrumbando estructuras, demoliendo principios, asombrando abuelos y reformando las leyes universales. Tú no te canses de enamorarte de la vida y siempre recuerda que algún día fuiste niño. Es la receta

para serlo y hacer de esta vida algo divertido. Recuérdalo siempre, Lukas.

—Lo recordaré —le prometí metido en la cama antes que cerrara la puerta de mi habitación para irse a su casa—. Buenas noches, Tita.

—Buenas noches, viejito.

En otro cumpleaños, Tita me dijo que éstos son importantes porque representan comienzos y finales de ciclos. Son fechas en las que solemos pedirle deseos al infinito y es entonces cuando el Universo es más propenso a cumplirlos. Por eso es importante escogerlos bien y definirlos. Asimismo, según ella, en las cercanías del natalicio los portales internos permiten el ingreso de nuevos seres a nuestras vidas y la salida de personas con quienes hemos saldado cuentas o disipado relaciones.

VIII
Los mundos raros

Antes de dormir pensaba en ella con los ojos cerrados. Suspiraba y sentía un hueco placentero en el estómago que me mantenía despierto un rato largo, soñaba hasta quedar dormido.

—Tenías razón, sí dejó Pablo un regalo para mi cumpleaños —informé la mañana siguiente a Luli.

—¿Cuál regalo?

—Tú.

—Yo no soy ningún regalo, soy un ser humano.

—¿Y los seres humanos no pueden ser un regalo?

—Lukas, estás chiflado. Tienes problemas en la cabeza.

—Y tú un moño —ahora color violeta.

En la escuela, mientras los demás correteaban la pelota, Luli y yo hablábamos. Tanto me gustaba y me sentía tan bien a su lado, que opté por no perseguir más balones y perseguí mejor sus zapatos. Siempre me esforcé por perseguir mis sueños, que día a día cambiaron: un día un juguete, uno unas piernas y otro mi apellido heredado. Una casa en el pacífico y una en el mediterráneo, publicar un libro, dos o tres, el amor de la vida y llegar a anciano. Sin enfermeras, por supuesto. Sueños de todo hombre que dan sentido a su existencia en las diversas épocas que atraviesa.

Corrieron igual los meses y culminó el año escolar que dio pie al verano. Su familia poseía una hacienda en el campo a las afueras de La Cuna, donde se extendían los prados verdes, el cielo algodonado y la libertad de dos niños para correr y tenderse en la hierba húmeda a comer raíces blandas de pasto. Pasé dos semanas con ellos. Dormía en un cuarto frío de madera, arropado con una torre de mantas de lana y con los brazos de seda de Luli, quien al amparo de la penumbra de la media noche se filtraba en la recámara como agua entre las tejas.

Próxima a nosotros la sexualidad dormía, no éramos precoces en el asunto. En realidad, pocas oportunidades nuestras bocas se quisieron, la del arenero y tres que cuatro más. No obstante, los arrimones inocentes motivaron la primera erección de mi sexo.

—Lukas, se puso dura tu pilila —advirtió Luli espantada mientras sacábamos chispas bajo las cobijas. Cada familia apoda los sexos como mejor le acomoda—. ¡Se paró, se paró tu pilila!

—Nunca me había pasado —contesté asombrado pero consciente de lo que me erguía, y con los ojos brincados de la vergüenza le ofrecí una disculpa por el espontáneo rigor.

—Ojalá no sea peligroso, porque a mi tío se le paró el corazón y se murió. ¿Y si le aviso a mis papás para que te den una medicina?

—¡No, no! ¡No les avises! Voy a estar bien, no te preocupes.

A la mañana siguiente salimos temprano a tirarles cachos de pan a los peces anaranjados del estanque, que peleaban sin tregua por el alimento. El más listo, con sus cachetes inflados y sus bigotes largos, saltaba para cogerlos. Cada

que atrapaba los migajones en el aire nosotros también brincábamos de júbilo.

—Si el siguiente lo cacha te doy un beso. Y si no, un pellizco —apostó Luli y sin demora eché el trozo de pan con suavidad para facilitarle el bocado.

—¡Bien, pececito!

—Eres un tramposo, Lukas —reclamó contenta y sin mayor queja cerró sus ojos y plantó el beso en mis labios. En un instante los suyos se pusieron morados y se enfriaron como un hielo. Enseguida perdió color y equilibrio y desguanzó el cuerpo. Se desvaneció pero impedí que se cayera, la detuve y la acosté con cuidado sobre la hierba espesa que rodeaba el agua de los peces anaranjados.

"Otra vez", pensé y por unos segundos la contemplé, recordando el desmayo en el arenero. "Qué bonita. Y le gusto". Desde el arenero no se desplomaba en un beso, así que atribuí el soponcio al engrandecimiento del amor.

Pero a los dos minutos no reaccionó pese a que le salpiqué el rostro con el agua del estanque, así que muy alarmado pedí auxilio a gritos. No recobraba el sentido, ni con agua ni con soplidos. Su rostro se desteñía y de lo blanco brillaba como porcelana china.

Su padre llegó aprisa y al verla tirada le pidió a Dios que por favor no todavía. La madre lloraba y yo no comprendía nada. Su angustia me arriesgó a explicarles que se debía a un beso.

—Un beso no mata a nadie —dijo su padre con lágrimas en los ojos.

—Ella no está muerta, está dormida.

—Se está muriendo. Está enferma, Lukas —añadió su madre desencajada.

—¡No, está enamorada! —clamé con desesperación.

—Lukas, Luli está enferma. Tenemos que llevarla rápido al médico —insistió.

Por la vereda, a lo lejos, levantaba el polvo una carcacha que de ambulancia servía. Una hora más tarde, en el hospital de La Cuna, Luli no respondía. El doctor urgió que prepararan sueros, quirófano y socorristas, temía que el mal se esparciera y matara a mi amiga.

Sus padres me confesaron que una enfermedad terrible le comía los huesos. No hay remedio, decían. Y después no decían nada y extraviaban la mirada cerca de la mía. Oprimí los labios y apreté los ojos para que no se me derramara la tristeza. Busqué aire y lloré la inundación en la calle de la amargura, una rúa húmeda, sin luces, esperanza o sonrisas.

Aprisa por el pasillo mi mamá apareció al poco rato consternada, con el semblante lívido y el miedo fugándosele también por los ojos. A los padres les aqueja la paranoia cuando caen en cuenta que sus hijos puede caer enfermos como cualquiera, en cualquier momento. Entonces me abrazó bien fuerte, consoló mi llanto y saludó a los de Luli con otro abrazo.

—Los milagros curan más que la ciencia —comentó no muy convencida—. Vámonos a casa, Lukas.

El pronóstico fue siniestro y como a una lata de sopa, a Luli le estamparon fecha de caducidad. Un mes de vida. La plaga invadió su cuerpo y el parte médico la condenó a sufrir hasta el último día.

Su familia desafió la muerte con toda su vida y prendieron una vela de esperanza que a rezos se encendía. Rompieron el silencio asesino e informaron a Luli la noticia, y con su anuencia ordenaron a los médicos agotar alternativas. Resolvieron tratarla con un reciente descubrimiento que experimentaron en los conejos que los magos aparecían y que vislumbraba la posibilidad de salvar vidas humanas consideradas perdidas.

Por desgracia, el tratamiento no surtió efectos en ella, la enfermedad no cedió y continuó diseminándose rápido. Luli lloraba mucho porque su pelo se caía, razón suficiente para que una mujer solloce y prohíba las visitas.

—Luli, es Lukas —le anunció su madre cuando fui a visitarla a su casa.

—Dile que estoy dormida —le pedía sin advertir que yo escuchaba cerca de la puerta abierta de su alcoba.

—Ya la oíste, Lukas. Perdónala, no quiere que la miren así.

—Mañana vuelvo.

—Esta es tu casa, ven cuando quieras. Aunque no te garantizo que te reciba.

Al día siguiente regresé con flores y con Tita y ocurrió lo mismo. La exacta escena se repitió cuatro días consecutivos y de plano al quinto irrumpí en su habitación como un bandido.

—¡Soy tu amigo y quiero estar contigo! —grité abatido y la ubiqué decaída en su cama, triste y pálida como el papel sin letras y con unas ojeras oscuras y hondas como un abismo. Sin un solo cabello. Su cráneo desnudo, puntiagudo y mohíno. Mi osadía ultrajó su agonía y ofendida escudó su apariencia tras las sábanas.

—¡No me veas! ¡No quiero que seas mi amigo! ¡Vete, no quiero verte! ¡Vete!

Salí con en el corazón partido, desahuciado como ella. Cuando la persona que quieres no te quiere cerca, poco importa si el mundo da o no vueltas. O el corazón latidos. Para un dolor así no existe anestesia. Ni cirugía. Un dolor tan abrasador únicamente lo enfría un abrazo.

—Tranquilo, viejito, tranquilo —me apaciguaba Tita el camino—. Recapacitará cuando anochezca, a esa hora se asientan las ideas y afloran los sentimientos. Está enferma y debes entenderla. Yo aprendí bastante de las enfermedades porque tu abuelo a los cuarenta años enfermó, padeció el mal de la botella…

—¿El mal del botella? ¿Cuál es ese? —interrumpí.

—El de los que ahogan sus penas y con ellas se sumergen. Quienes lo sufren creen no sufrirlo, pues con unos tragos se sienten sanos y fornidos, pero nada más falso. Sus pensamientos se convierten en botellas y el contenido los hincha de vacíos, les roba la conciencia y deforma sus sentidos —aclaró y regresó al mensaje curativo—. Lo que quiero decirte es que no lo tomes a pecho, no es verdad que Luli te quiera lejos. Sucede que las víctimas de una enfermedad cruel suelen percibirse distintas al resto, y quien se percibe distinto al resto busca la compañía de sus iguales para conversar con ellos sobre lo que los hace parecidos. Tu abuelo, por ejemplo, charlaba de su enfermedad con quienes padecían el mismo vicio, el mal de la botella. Según él, el resto no los comprendíamos. Cada semana acudían al sitio de costumbre a sentarse en un gran círculo y atentos escuchaban a los que por primera ocasión

asistían. Relataban sus tristezas y excesos. Los que ya no bebían festejaban cada año con refrescos y compartían su historia y el secreto. Al final muchos lloraban y la mayoría aplaudía. Se requiere valor para desnudar el alma en público, el cuerpo es puro espectáculo.

—Pobre abuelo.

—Sí, él no celebró aniversario de sequía. Sufrió un mal terrible que lo degradó a cenizas. Sin embargo, como todas las enfermedades, la suya contagió a familiares y amigos un sentimiento positivo: el deseo por la vida.

—Yo deseo por las noches que Luli y yo lleguemos a abuelitos.

—Ese, viejito, es precisamente el deseo que contagia una enfermedad.

Sus palabras me distrajeron el sueño y se enredaron en mi cerebro igual que las sábanas en mi cuerpo. Las vueltas del insomnio me zambulleron en las cálidas aguas de los recuerdos, cuando la claridad del día y la huida de un amigo permitieron el encuentro de dos almas iguales en un mundo distinto. A partir de que nuestras miradas se descubrieron en la arena de la vida, como el abuelo y su grupo, compartimos nuestro mundo, "un mundo raro",[15] apartados de otros mundos aun más raros y distintos.

Emergí y la oleada de pensamientos del Mar del Desvelo continuó la embestida, revolcándome hasta la Isla de la Esperanza, frecuentemente sobrevolada por aviones de rescate en búsqueda de náufragos que peligran. Perdido en medio del océano salado, me sorprendí de rodillas evocando al Señor

[15] José Alfredo Jiménez, "Un mundo raro".

del Cielo. "Si necesitas ayuda, pídela", ofreció años atrás en su oficina. Inmediatamente rogué que me enfermara para volverme nuevamente distinto, igual que ella. Idéntico.

—Quiero enfermarme de los huesos —le imploraba en silencio sin recibir respuesta ni mal óseo o de ningún tipo—. Te lo pido —insistía.

Si los enfermos del vicio se reunían con los enfermos del vicio, los enfermos de los huesos debían reunirse con los enfermos de los huesos. Suponía.

La extrañaba.

Noche tras noche requerí lo mismo y, o nadie oía, o todos fingían estar occisos. Ninguno de arriba se apersonaba conmigo desde que Luli surgió de las arenas benditas.

Ante la silenciosa negativa, escapé a la peluquería. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la peluquería. La atendía, en la esquina de la casa, un amable gordinflón que ganaba la preferencia de su clientela repartiendo periódicos en los que insertaba revistas de chicas posando lencería (por aquellas épocas el *Full Monty*[16] estaba prohibido). Los hombres gustamos hojear el periódico en la peluquería, no importa si en la mañana lo leímos.

—¡Lukas, niño! ¿Qué haces aquí solito? ¿Dónde se mete tu padre que hace meses no ha venido? —preguntó el barbero—. Los niños de tu edad no suelen recorrer solos el mundo y menos elegir el corte de su cabello.

—A papá le salieron garrapatas en el culo, por eso no ha venido, porque le duele sentarse en estos asientos tan duros —respondí con la verdad, medicada en casa.

[16] Peter Cattaneo, *Full Monty* (Reino Unido, 1997).

De lo sincero, los trasquilados abrieron la boca y algunos soltaron las revistas que encubrían los diarios de sus sueños.

—¡Pero, Lukas, si acaso serán almorranas! ¡Y las almorranas son un tema íntimo, no se divulga en público!

—Quiero que me cortes el pelo —le solicité, restándole importancia al misterio del culo.

—¡Niño, niño! —exclamó y tomó una pausa—. ¿Y cómo quieres el cabello?

—Como lo tienen los enfermos —y le expliqué cómo cortarlo, porque él no sabía que los enfermos de los huesos pierden el cabello con el tratamiento de los conejos.

—¡A ver si no el que acaba muerto soy yo, a manos de tu padre! —expiró al mostrarme al espejo—. ¡Él siempre pide que te peine de raya en medio!

Salí con la frente en alto. Sin pagar, por supuesto. Sin un solo cabello. Mi cráneo encuerado y puntiagudo. Feliz y feo.

Me dirigí a casa de Luli. Soné la campana y su madre abrió la puerta. Y la boca, como los clientes del barbero. Sus ojos se encharcaron, tal vez de lo feo.

—Lukas, ¿qué has hecho? —preguntó con la voz entrecortada.

—Estoy enfermo —respondí sanísimo.

—Hijo, tú estás loco no enfermo. Te admiro y agradezco —sonrió con gratitud en las comisuras y cogió mi mano con dirección a la estancia donde mi amiga yacía—. Vamos a ver si hoy no está dormida.

A paso lento entramos, yo detrás de ella. Tocó suave tres veces la madera y Luli permaneció tendida, de lado, de espaldas a las visitas, mirando a la ventana, queriéndose salir.

—Es Lukas, preciosa.

—Dile que estoy dormida —contestó sin despegar del vidrio la vista.

—Hija, será mejor que mires —le sugirió con un tono que causaría curiosidad a cualquiera.

Luli mantuvo la postura unos segundos y luego jaló aire para absorber un poco de energía. Con dificultad viró su cuerpo y finalmente me encontró a un lado de su cama, pelón. Me contempló sin parpadeos, como un bebé que mira atento sin protegerse. Su boca apretada empezó a castañear en preludio al llanto. Mis vísceras se entumieron y las manos y los ojos me escurrieron. A su madre le sucedió algo parecido y lloró de vernos, invadida de los mismos sentimientos que nos permitió desahogar a solas.

—¿Estás enfermo? —me preguntó entre lágrimas y risas, envuelta en su cobija—. Nos vemos horribles.

—Nos vemos iguales. Distintos.

—Ajá —asintió contenta.

IX
El tercer secreto

—Tu papá te va a matar cuando te vea. Y después al peluquero —advirtió Luli con menos lágrimas y más juego.

—¿Estás asustada?

—Sí, tengo miedo.

—No quiero quedarme aquí solo.

—Aprovecha el tiempo.

—Quiero detenerlo.

—Gracias por cortarte el pelo.

—Por ti me cortaría un dedo. "*You're My Best Friend*".[17]

—Pensé que te ibas a asustar al verme —comentó con tono de disculpa.

—Lo que me asustaba era no verte.

Todavía no partía y yo sufría aunque la tenía enfrente. El dolor se metía en mi corazón como una navaja caliente y amenazaba con rajármelo en dos el día de su muerte. Sus facciones afiladas y las oraciones clementes en la antesala de su casa, presagiaban el fin. Familiares y amigos de los familiares, porque amigos tuvo sólo uno, rezaban a Dios por Luli entonando el padre nuestro al unísono.

[17] Queen, *A Night at the Opera*, "You're My Best Friend".

"Desde las alturas la Tierra se observa como una enorme esfera repleta de focos diminutos. Las concentraciones de individuos que unen plegarias por una causa común, son los conductores de energía que prenden cada bombilla, iluminando el planeta en el punto exacto del susurro colectivo, que basta con dos personas para considerarse así, colectivo. La luz de una casa se extiende a las vecinas y la de una ciudad se propaga a las contiguas, formando una larguísima cadena de luces que terminan por activar íntegro el circuito eléctrico del planeta, generando consciencia colectiva a chorros. Eso es tecnología", aseguró Pablo el día que me lo expuso, tiempo atrás. "Y de la fe de los hombres depende su funcionamiento y buen uso".

Subí a la cama y reposé mi cuerpo rendido junto al de ella mientras escuchábamos las súplicas y los lamentos al otro lado del muro. Toqué su mollera aterciopelada y ella la mía. Las sobamos y nuevamente sonreímos. Grabé en mi mente su alegría agónica y esforzada. Anochecía y mirábamos las estrellas despertar. Pensábamos. Temíamos. Hablábamos y callábamos. De pronto, en un silencio prolongado salimos de la habitación por la ventana, para brotar, como las flores silvestres, en un majestuoso monte verde.

Nos cobijaba la noche azulosa, tapizada de cuerpos celestes y adornada con una luna llena que pintaba en su esplendor uno de esos conejos que los magos aparecen. Parecía que hubiésemos sido ahí plantados desde siempre.

—Buenas noches, jóvenes. Y buena suerte —saludó un hombre muy moreno con turbante anaranjado y túnica verde, collares de oro, barbas incipientes y pantuflas puntiagudas rosa fosforescente—. ¿Qué hacen en el Reino de la Mente?

—No sé. Ni siquiera me acuerdo del camino —respondió Luli confundida—. A lo mejor nos quedamos dormidos, estábamos en mi cama y de repente aquí aparecimos.

—El camino lo conocen los sueños, pero no los dormidos.

—¿Quién eres tú? —pregunté al desconocido.

—Mi nombre es Muktán y soy el guardián de estas tierras. Y, cual buen cuidador, debo preguntarles qué hacen aquí.

—Estamos perdidos —justifiqué la invasión.

—Nadie que encuentre este sitio podría estar perdido. El que pisa estos dominios conoce dónde está y ubica su destino, el único problema que cargan es el miedo que los detiene. Incluso por siglos.

—Quiero regresar —dijo Luli y en un brusco pestañeo a su recámara volvimos.

Su piel lloraba frío y sus ojos miraban al techo, su cuerpo se convulsionaba y el mío permanecía inmóvil ante el brusco retorno. Su voz desesperada combatía el mutismo sin conseguir vencerlo, sus ojos en cambio berreaban y en el otro cuarto persistían los rezos sin advertir el fatal epílogo. Su mirada comenzaba a marchar fúnebre y me arrastraba consigo. Luli lloraba del dolor que la mataba y del miedo que la retenía, mis lágrimas albergaban impotencia y luto.

De pronto recordé que en los cuentos, el beso de un enamorado es la cura de una princesa, y el supuesto aplicaba a la medida: un enamorado y una princesita. *A Little Princess.*[18]

[18] Alfonso Cuarón, *A Little Princess* (EUA, 1995).

"Quisiera quitarte los miedos, darte mis huesos, pasarte la vida y darte un beso…",[19] pensé; reparé en su agotado rostro y la besé en su boca tersa.

La fricción de nuestros labios alumbró la noche sobrecogida, que terminó de iluminarse con el inmediato destello de las bombillas y la explosión de los fuegos pirotécnicos, que junto con letreros de "!Bienvenida!" decoraron el firmamento que contemplábamos en la cima del monte.

—Aunque la mente las visualiza, las travesías trascendentales de la vida las conspira el corazón y las lleva a cabo el espíritu —dijo el vigilante de los terrenos de la mente a Luli—, así que ahora despídete de esta tierra, despréndete de los miedos y de tu cuerpo, y con el corazón en la mano dirígete a tu destino, aquél que poblaremos todos los que un día nacimos.

Entonces, la costura del horizonte, que resguarda millones de sueños, abrió sus finos puntos que separan a la tierra del cielo y a los vivos de los muertos, y una luz más potente que la de los oftalmólogos deslumbró mi vista que, con esfuerzo, distinguió una silueta resplandeciente que se acercaba a Luli, quien antes de convertirse en una similar me dijo:

—"Si pudieras ver lo que veo, tú conmigo al final del horizonte, arriba en el monte. Si pudieras ver lo que veo, tú conmigo al final del horizonte, arriba en el monte…"[20]

Y acompañada por la luz cruzó el confín de lo visto, despidiéndose con un brillo póstumo, como la última chispa del Sol cuando se retira a descansar a su cama de agua en la

[19] San Pascualito Rey, *Sufro, sufro, sufro*, "Si pudieras ver".
[20] *Ídem*.

costa. Así partió a las tierras del adiós y yo me quedé muy triste en la oscuridad, sin ella y con un vacío.

—No temas, volverás a verla. Es cuestión de cerrar los ojos y… —trataba Muktán de consolar mi duelo pero lo único que consiguió fue colmarme la paciencia.

—¡Su técnica no sirve, con los ojos cerrados nada más se ven puntitos! Lo mismo prometió un amigo y desde que se fue no lo he visto. ¡No creo en sus dichos!

—Comprendo tu pena y la siento, sin embargo, debes confiar. Si lo intentas, hallarás cerca a quienes lejos han ido, primero en el territorio de los sueños y luego en el de los símbolos, más tarde en los recuerdos, después en el corazón y al final en el infinito. Allá nos dirigimos todos.

—Suena a mentira.

—Conforme uno crece los mensajes van adquiriendo sentido —advirtió y posteriormente me explicó de la luz que guía a las almas de los desaparecidos para que encuentren rápido el camino de regreso—. Los hombres sabemos llegar, pero no partir. Por eso, además de un guía que domine la ruta, requerimos señales luminosas que anuncien la muerte y alumbren el camino, porque a veces ni muertos abandonamos la mente y pensamos que aquí seguimos.

Desperté en el sanatorio del pueblo a los tres días sin que los análisis revelaran la causa de mi ausencia. Ignoro si dormí tanto o si la estancia en tierras de Muktán duró más de lo debido, considerando la posibilidad de que la concepción del tiempo difiera en uno y otro sitio.

Mi preocupada familia observaba con congoja mi coco melancólico y desnudo. Todavía después de que me dieron

el alta del hospital, constantemente preguntaban cómo me sentía y si recordaba lo ocurrido, interrogante que invariablemente respondí con un "no" rotundo. Exclusivamente platiqué el episodio del monte a Tita y años después a mi madre, el día que falleció papá, a quien, por cierto, no le gustó mi corte de pelo.

La excursión a los suburbios del más allá, alojó por semanas visiones y sueños enigmáticos en mi cerebro, los cuales desembocaron una noche en un lago tan inalterable como un espejo. Las estrellas y la eternidad del cosmos flotaban en el agua como tenues lumbres, remembrando las flamas que navegan las corrientes en Oriente para rendir homenaje e indicarle la ruta a los difuntos.

Me recosté bajo la bóveda celeste sobre una grandísima piedra lisa, al borde de la paradisiaca laguna mental. Las luces de las estrellas iluminaron mis ojos, que las contemplaban atónitos, especialmente a una que descubrí centellear en sincronía con los latidos de mi corazón. Pum-pum… pum-pum…pum-pum. Presioné mi pecho con la palma de mi mano y confirmé la coincidencia de mi pulso cardiaco con el ritmo del astro.

—Prueba con esto —propuso Luli, quien surgió de la nada, y me alcanzó el telescopio que me regaló de cumpleaños—, se ve más cerca y más bonito—. Se veía recuperada y preciosa con sus enormes ojos azules despiertos, sus largos rizos dorados y un vestido blanco sin mangas y a la rodilla—. La imagen de las cosas depende de la perspectiva desde la que se miran. De donde vivo, las cosas se ven distintas, al grado que los hombres del pueblo parecen hormigas.

—¿Y dónde vives?

—¿Puedo confiarte un secreto y prometes no decírselo a nadie?

—Sí.

—Ni a mi mamá si te pregunta.

—Te lo prometo.

—Vivo arriba. Mi casa está allá, en aquella estrella —confesó y señaló la más bella—. ¡Esa, esa que brilla a cada latido de mi corazón! ¿La ves? —preguntó emocionada y colocó mi mano en su pecho, que efectivamente palpitaba también a la par de su estrella—. Allá vivo.

—¡Sí, tu estrella! ¡La veo! —salté de alegría y para verla más cerca, y luego nos estrechamos en un abrazo inmortal que selló el tercero y último de nuestros secretos—. Diario la enfocaré de la azotea.

—Con un telescopio parecido al tuyo, desde allá arriba consigo ver tu casa, la mía y el pueblo entero. Todo el rato te veo.

—¿Hasta en la regadera?

—Cuando te bañas cierro los ojos.

—¿Sabes algo? Mi corazón también late a la velocidad que brilla una estrella, acababa de descubrirla antes que aparecieras —y apunté donde titilaba la mía. Apenas la ubicó, pegué su mano a mi centro—. ¿Te das cuenta?

—¡Sí, es cierto, parpadean al mismo tiempo!

Encima de la colosal piedra observamos detenidamente el espacio y los cuerpos celestes que hospeda. Imaginé en voz alta que tal vez por cada corazón existe una estrella y que así como un lago manso refleja su centellear, quizás una noche despejada retrata la chispa divina de todos los corazones de la Tierra. Disfrutamos las palabras, el silencio y arribó la despedida.

—Es hora de partir, Lukas. Me esperan.

—Te voy a extrañar.

—Cuando quieras encontrarme busca mi estrella.

—Un día iré de visita.

—Te estaré esperando.

—¿Y si me tardo?

—Ojalá. Arriba el tiempo no se cansa y tú no llevas prisa. Buenas noches, trompetista.

—Buenas noches, princesa.

A media madrugada desperté absorto y reproduje varias veces el sueño, quería conservar la sensación y el secreto en mi memoria, el tercero. Descalzo y de puntitas subí sigiloso al tejado. Instalé el telescopio, me acomodé y escudriñé la vía láctea en búsqueda de mi amiga. Localicé su casa, cerré los ojos y la contemplé por horas, dormida.

La lente de mi corazón apreció lo que mis pupilas no percibían y por vez primera constaté que lo especial los ojos no lo miran.

X
"La enfermedad de los ojos"[21]

La tristeza marchitó el verano que feneció enseguida. Apachurrado lo empaqué en una maleta que desparramaba tristeza a cada abrir de la puerta corrediza del clóset, donde invernaba en compañía de mis ánimos colgados, a los que ni las bufandas ni los suéteres calentaron.

El tiempo tardó en curar y ejercer su sabiduría y antes aplicó el dicho de "pueblo chico, infierno grande", porque en La Cuna las noticias corrían y las intrigas volaban. A raíz del padecimiento mortal de Luli, una epidemia rumorosa aquejó a su familia y a todo aquél que próximo atestiguó su postrimería. El pánico al contagio propagó el rechazo popular que incluso la servidumbre adolecía. Pero principalmente yo, porque la fraternidad y la cabeza desvestida me señalaban como el primer infectado.

El clamor de la gente que protestaba en la plaza del ayuntamiento, incomodó lo suficiente al alcalde para que, aun prescindiendo de auscultación sanitaria, decretara cuarentena a los potenciales portadores del síndrome infeccioso imaginario. Sin pruebas o estudios, nos internaron en una clínica para desequilibrados mentales y moribundos de

[21] Gepe, *Gepinto*, "La enfermedad de los ojos".

enfermedades desconocidas. Hasta en los pueblos fantasmas mora la injusticia.

Permanecimos recluidos los cuarenta días en cuartos individuales que las enfermeras rociaban con antisépticos, cubiertas del rostro a las uñas de los pies con trajes de plástico que las protegían de las infecciones del pavor, porque en realidad convalecíamos de luto y no de patologías.

Al término del periodo la mayoría obtuvo el alta, sin embargo a unos nos negaron la salida. En mi caso atribuyeron la negativa a la falta de pelo y a las recurrentes pláticas que sostenía con Pablo, con Luli y con el Señor del Cielo, a quienes me esforzaba por mirar con los ojos cerrados a pesar de no verlos. Les solicitaba socorro, necesitaba salir, echaba de menos a Tita y a mis viejos.

—Nos preocupa tu estado, niño. Particularmente que hables solo y que tu cabello no dé señales de vida —jodía el jefe de los doctores en lo que analizaba mi cabeza rapada que demoraba en poblarse más de lo debido—. Te quedarás aquí cuanto sea necesario.

—No hablo solo, hablo con mis amigos —aclaré apesadumbrado y tímido.

—Yo no veo a tus amigos y únicamente creo en lo que miro —afirmó seguro de sí mismo y de lo mío.

—¿Entonces por qué cree en mi enfermedad? —le pregunté desconcertado, pues el mal que me achacaba era igual de invisible que mis camaradas.

—Pues… —calló y pensó la respuesta sorprendido—, pues…, ¡pues porque de la enfermedad vivo!

—Y yo de mis amigos —repliqué con la verdad, porque en el abandono y el exilio los espíritus son la única compañía.

—¡Hay indicios de tu enfermedad, niño! ¡Hay indicios! —insistió furioso y empañó de rabia la careta de plástico que lo inmunizaba del virus.

—¿Y cuando usted está solo, no hay indicios de que no es así? —le preguntó con tono misterioso un tipo enorme, robusto, cachetón y risueño, poco más grande en años que mi padre, de piel y gafas oscuras, quien inesperadamente entró al cuarto ayudado de un bastón blanco alargado.

—¡¿Tú qué haces aquí?! ¡El acceso está prohibido, sal ahora mismo o también te encierro! —amenazó el médico y acto seguido el hombre de color se disculpó por la intromisión equívoca y procedió a retirarse despacio, esquivando obstáculos y tentando con el báculo el piso—. Éstos desgraciados no ven pero qué bien oyen —despotricó el abominable galeno cuando aquél cerró la puerta.

—Vaya que oímos —aseveró el ciego con su potente voz rasposa desde el pasillo—. Y vemos.

—La enfermedad de los ojos tiene aplastado a cualquiera, pobre infeliz —remató ahora el doctor en voz baja.

—Yo lo vi contento —corregí.

—¡Qué raro! —ironizó—, si tú sólo ves cosas que los demás no vemos. Por algo estás aquí adentro.

Con resignación esperé un milagro que me liberara del confinamiento y a los pocos días, curiosamente, apareció en la ducha una botella con un menjurje casero que garantizaba la regeneración del cabello, según las instrucciones adheridas:

> Aplíquese diariamente, masajeé la cabeza y repose los pensamientos. Enjuague y repita el procedimiento y en breve

> nacerá cabello. Compruebe los resultados y guarde silencio. Se recomienda no divulgar las recetas y los planes porque también las envidias producen efectos. Para mayores informes consúltese dentro. Llame igualmente en silencio porque las paredes escuchan y confunden las palabras del corazón con cuentos y delirios.

Obedecí las indicaciones al pie de la letra, cada mañana lavé mi pelo con el espeso líquido mágico y noche a noche establecí conversaciones mudas conmigo, con el firmamento y con mis amigos. Del silencio germinaban respuestas y consuelos al llanto de la soledad forzosa que humedece emociones y entume entusiasmos. Pasados dos meses mis cabellos sumaron seis centímetros, crecían con la rapidez de los frijoles que entre algodones sembramos de niños y, pese a que no autorizaron mi salida, permitieron que caminara por los pasillos.

Los recorrí uno a uno, me aburrí de ellos, del techo, del piso y de las paredes que con ocio examiné centímetro a centímetro, memorizando la ubicación de cada monstruo, perfil, animal y demás figuras subjetivas que vivían petrificadas en las vetas del mármol frío.

Una mañana, al final del largo y principal pasillo, reconocí al de las gafas y el bastón postrado plácidamente en la ventana abierta. Aspiraba el aire gélido y lo agradecía a chiflidos.

—Qué lindo día —dijo.

—Pero si está nublado y frío. Casi llueve —lo contradije arrepentido al recordar que no veía.

—La libertad reside en el corazón, no en los ojos. Tampoco en las manos o en los pies, mi amigo —dijo el hombre

sombrío al quitarse las gafas que ocultaban unos ojos invidentes y tremendamente amarillos—. Así como las nubes no demeritan un día lindo, la libertad no la cercan las bardas sino los pensamientos. La atadura más resistente contra la movilidad del hombre es el miedo. No temas estar aquí, que estás contigo.

—Extraño a mi familia.

—Es feo vivir solo, ¿no?

—Sí, y más de niño.

—No te creas, a cualquier edad es difícil. La soledad no es cuestión de años, todos hemos sido la persona más sola del mundo. Pero iniciemos por el principio —rectificó y extendió su mano—. Charlie Boobles, mucho gusto.

—Yo soy Lukas —respondí y apreté su mano con la mía como se saludan los adultos, sólo que a continuación él posó la izquierda sobre las de ambos, haciéndome sentir protegido.

Diario nos topábamos divagando por los corredores de la clínica y podría asegurar que Charlie Boobles percibía mi presencia a muchos metros de distancia, porque a lo lejos invariablemente me decía: "¡Amigo, amigo, fíjate por dónde caminas!", y enfrente: "Qué gusto verte, amigo".

—Tu voz hoy suena triste, ¿qué tienes? —preguntó un día.

—Extraño a Luli, una amiga. La única que he tenido. Se enfermó y murió antes que me trajeran a este lugar. Ahora vive arriba, en una estrella.

—Las estrellas son muy bonitas. Y las mujeres también. Los hombres siempre volteamos a verlas —comentó y abundó en roncas risas—. ¿En cuál estrella vive tu amiga? —preguntó interesado y recobró la seriedad.

—Es un secreto, no puedo decirte.

—Ah, comprendo, también me agradan los secretos. Y sobre todo las personas que los cuidan, quienes los rompen no son buena compañía —y regresó al tema de los cuerpos celestes y las féminas—. Te contaré algo que probablemente sepas: existen millones de mujeres y millones de estrellas, y a cada hombre le corresponde una. Una mujer en la vida y a la muerte una estrella. El hombre que localiza a su mujer y a su estrella es afortunado, porque entre millones de posibilidades resulta complicado elegir la correcta. Sin embargo, el corazón es sabio y se agita cuando las localiza.

—Pues yo entonces ya perdí a las mías, porque, si es verdad lo que dices, yo encontré a las dos. Pero llevo tanto sin ver el cielo que olvidé cómo brilla mi estrella y seguro cuando salga, si es que salgo, la confundiré con otra. Y la mujer era Luli, mi amiga. Mi corazón latió más rápido que nunca al descubrirla.

—Descuida, existen las segundas oportunidades. Y las terceras si las solicitas. Por lo que a las estrellas se refiere, quien ubicó la suya jamás la olvida aunque le aparte demasiado la vista. Es difícil distinguirla, amigo, y tú lo conseguiste. Tu estrella te guiará a donde quiera que te dirijas, por eso cuando te pierdas mira arriba y ella brillará para que la sigas. Persíguela hasta el día de tu muerte y entonces descansarás en paz, porque tu estrella es el símbolo de tus sueños.

—Luli vive en una cerquita a la mía.

—Tu amiga está tan cerca que su luz resplandece en tus pupilas. Pertenecen a la misma constelación.

—¿Tú cómo sabes tanto, o cómo lo ves, o cómo lo averiguas si eres ciego?

—La enfermedad de los ojos abre ventanas por las que el alma mira lo que los sentidos no registran. Los ciegos desarrollamos capacidades especiales, inclusive para detectar estrellas escondidas.

XI
Los navegantes y los barcos

"A lo largo de la historia ha existido la preocupación de saber y conocer nuestra ubicación y destino, a dónde nos movemos, hacia dónde nos dirigimos. Los pioneros de la navegación aprendieron a utilizar la salida y puesta de las estrellas para encontrar su rumbo. Situada en el extremo de la constelación de la Osa Menor y en un punto que coincide aproximadamente con la prolongación del eje de rotación de la Tierra, la Estrella Polar ha sido desde tiempos inmemoriales una de las guías más importantes para navegantes y exploradores. Su posición nos señala la ruta hacia el Norte, una referencia fundamental para poder orientarnos sobre la superficie terrestre…"[22]

Los libros de Charlie explicaban fenómenos increíbles y narraban aventuras extraordinarias, posibilidades ilimitadas de sus protagonistas, amores incorruptos y misterios fantásticos de la vida de los que jamás leí en libros de ciencias naturales o civismo. De hecho, nunca antes leí por gusto, sino para evitar cincos.

Él disfrutaba que leyera en voz alta no obstante mi acentuado silabeo de aprendiz. Visualizaba perfectamente lo que oía, pues una vez sus ojos sirvieron y además leyeron mucho, apreciaron los colores y las montañas de los paisajes que en su juventud conquistó. Así es que optó por conservar sus novelas, sus libros de cuentos, de arte, de ciencias,

[22] Roberto Junco Sánchez, *Las rutas del universo* (México, 1974).

de filosofía y de temas diversos, por si alguien alguna vez quería leer junto a él en fuerte.

Según el de astronomía, desde la antigüedad los marinos imaginaron figuras en el cielo nocturno, como yo en el mármol, y les otorgaron nombres provenientes de leyendas y mitos para hacer del infinito un lugar más allegado. El texto explicaba que en la oscuridad las estrellas son la guía de navegantes y viajeros desde hace miles de años y que gracias a ellas se orientan los barcos que pierden rumbo en la inmensidad del océano. En la vida todo explorador se extravía.

Mi amistad con Charlie prosperó a la par que mi afición por los libros, en especial de fantasía y del espacio. Cada tarde nos reuníamos en una sala reservada a los internos menos estropeados y devorábamos sus páginas. Las letras me expulsaban de mi mundo aburrido a lugares exclusivos de la imaginación y los magos. Ahora dormía en un calabozo húmedo y arcaico, custodiado por guardias enemigos a los que a media noche combatía en armadura de acero abordo de un caballo blanco. Mis poderes difuminaban la materia y mi cuerpo desaparecía, bajaba decenas de escalones de un salto y descolgaba el puente del castillo en el que se localizaba la prisión para luego escapar volando.

Entablé batallas a diario. Desde las profundidades del corazón deseaba vencerlos y regresar a casa a consolarme en los brazos de mi madre. Necesitaba tumbarme de madrugada en la azotea a divisar la estrella de mi amiga, porque desde el hospital no la veía. El ángulo de visibilidad de las ventanas impedía ver la totalidad del cielo, y fuera de esa posibilidad quedaban la estrella de Luli y la mía. De hecho,

el sol no alcanzaba a asomarse durante el día como esa deslumbrante pelota anaranjada que es. Solamente se colaba por los cristales su claridad, pero los únicos rayos de luz que directamente los traspasaban era los que proyectaban los espejos de mis padres y Tita.

Tenían prohibido el acceso, pero desde afuera reflectaban la esperanza del Sol, que sólo así me entibiecía en la planta alta las mejillas. Las tres manchas luminosas revoloteaban a mi alrededor como mariposas que jugaban. Al atraparlas los tres gritaban mi nombre, quebrado por el llanto del añoro y la impotencia de un abrazo. Es doloroso que los seres queridos lloren y peor que no esté en tus manos remediarlo.

Acudían los miércoles a la hora exacta. Semana a semana aguardaba con ansia la cita, el acontecimiento sumo de aquella etapa de mi historia, porque incluso en las épocas malas, la vida concierta situaciones que devuelven ilusión a las almas rotas, cuando la permanencia no es voluntaria sino irremediable. Mi vista los arrimaba, aunque a sus manos y las mías las distanciaba la lejanía, ese territorio donde la nostalgia llueve a cántaros. Desde allá el amor y lo bueno se aprecian claro.

En cuanto los veía ondeaba mi mano para saludarlos. Y Charlie hacía lo mismo a mi lado. Ignoró si intuía o si el viento de mi entusiasmo chocaba contra su cara, pero él también aleteaba feliz, con la facilidad con que se saluda la gente de barco a barco, cuando a la distancia y en sentido contrario los desconocidos se dicen "hola" como hermanos, al revés que los pasajeros de una misma embarcación, quienes suelen evitar las miradas y las manos.

Pasado el año adentro, recibí la noticia por la que un preso aguanta tanto.

—Aquí está tu alta, niño —y me la entregó de mala gana el detestable tipo que ostentaba el título de médico—. Vete antes de que me arrepienta.

—Ojalá usted se arrepienta antes de irse, se lo deseo de corazón —le dijo serio Charlie y el otro mutó el semblante de malo a obnubilado.

—¿Tú cuándo sales, Charlie? —le pregunté con un hoyo en el estómago.

—Éste únicamente saldrá si desaparece —sentenció el apócrifo médico y recuperó lo malvado—. ¡Y tú apúrate! Tienes tres minutos o la puerta se cierra —amenazó y se alejó raudo.

—No te preocupes, mi amigo, ya nos veremos —confortó Charlie mi desasosiego y en señal de afecto golpeó suave con sus palmas mis mejillas. Agachó las gafas, fijó sus ojos en los míos como si de verdad viera y se despidió con risas alegres que dejaban asomar sus grandes dientes perfectos—. Ya nos veremos.

Afuera encontré el cielo azul y la algarabía de los pájaros y de los que se reencuentran luego de un tiempo. Nos fundimos los cuatro en uno, mamá, papá, Tita y yo, y nos estrechamos los corazones que nos brincaban igual de felices que los zapatos, mientras el hombre de colores descansaba desde la ventana la ceguera en nuestro festejo con una inmensurable sonrisa.

Pregunté si traían los espejos y en un segundo me prestó mi padre el suyo. Lo posé a los rayos del esplendoroso sol de invierno para proyectar su calor en la frente de Charlie Boobles, quien gozaba de una sensibilidad sobrenatural. De inmediato entendió qué sucedía y saludó eufórico como

una bandera a los mil vientos. A través de una delgada rendija, lanzó con acierto un avión de papel que aterrizó en mis pies con un mensaje escrito en las alas:

"Sé afuera tan libre como adentro."

—¡Adiós, amigo! ¡Cuídate bien y fíjate por dónde caminas! —gritó fuerte desde la planta alta.

El retorno al hogar dotó sentido a mi vida. Desafortunadamente la escuela y las reminiscencias del pasado lo hurtaron enseguida. El pueblo recordó mi cara y la de mi amiga, y la soledad se reapoderó de mí para acompañarme recurrente en la vida, porque aun entre tumultos viví solo. El estigma de la soledad es un tatuaje que difícilmente se borra, a veces ni raspando el alma se quita.

Antes los niños me ignoraban, ahora la gente me evadía. Pequeños y grandes. Y si un recreo sin amigos es difícil, peor la infancia y la adolescencia. Previo al deceso de Luli no huían, únicamente caminaban sin prestarme atención. A mi regreso me miraban y corrían, temían todavía el contagio y la transmisión de la anomalía que me hacía distinto.

Con el tiempo el temor lo convirtieron en tormento y a diario descargaban ataques que dolían. Por las calles sufría señalamientos, al advertirme protegían su boca y contenían la respiración. Yo andaba con la mente aislada y el cuerpo otro tanto y sólo a veces descubría ojos piadosos que ocultos me compadecían.

Desde entonces puedo leer las miradas y con facilidad distingo a los temerosos de los temerarios. Sabía que unos de-

seaban acercarse o invitarme a jugar y no se atrevían, pues la opinión de la masa es persuasiva y difícil de contradecir, así que el contacto visual y un fugaz gesto de aliento bastaban para alegrarme un poco el existir.

Mis padres y Tita enfurecían a cada desafortunado incidente, enfrentaron las muestras de desprecio de las que fui víctima y encararon a la mitad del pueblo. Pelearon con cuanto individuo me ofendió hasta que a los quince años aprendí a defenderme con mis propios puños, gracias a un libro de defensa personal de los varios que Charlie Boobles metió sin que me diera cuenta en mi maleta la tarde que dejé la clínica.

En sus páginas relataba que una vez un hombre de tamaño pequeño batió en duelo a un gigante invencible, porque, sostenía, "la victoria, en toda batalla, está en manos de quienes luchan con el corazón. A las circunstancias las derrotan los anhelos. Los verdaderos anhelos".

Debí partirle la nariz al tipo más fuerte del colegio para que nadie osara aventarme nuevamente objetos, maldiciones o injurias. Ni un dedo volvieron a poner encima de mi magro cuerpo adolescente. Pero a pesar del respeto ganado, me sentía extraviado, fuera de sitio. Necesitaba alejarme de La Cuna y en casa lo sabían, aunque poco podían hacer debido a la situación económica que deprimía a la familia por la quiebra de la empresa para la que papá trabajaba, razón por la cual mamá comenzó a laborar doce horas al día en una farmacia y él de noche en una mina, ambos ocupados en cubrir cuantiosas deudas que les espantaban el sueño. La vida gira y la suerte cambia.

Entre tanto yo leía narraciones fantásticas y epopeyas repletas de héroes, gloria, princesas y puertas mágicas de

salida. De repente hasta inventaba yo unas historias y las escribía, lo cual me producía una especie de satisfacción existencial y alivio. Allí sí que era libre y hacía lo que quería, tenía amigos y una vida emocionante. Cada cuento y cada libro representaba un pasadizo secreto a dimensiones nuevas que me brindaban asilo y una gama de posibilidades que la tediosa realidad me negaba.

Escapaba del albergue de la imaginación exclusivamente para contemplar de madrugada la estrella de mi amiga, lo demás me aburría y prefería transportarme en las letras y la tinta a lugares que sólo yo conocía y en los que no había otro protagonista.

El final de un libro implicaba el comienzo del siguiente y cada nueva odisea que leía reverberaba en mi interior como un gran cocido de anhelos a punto de ebullición, el cual despertaba el apetito de mi espíritu. Pilas y pilas consumía, desde escritores clásicos hasta revolucionarios profetas que hablaban de tierras prometidas, de espacios exteriores e internos y de civilizaciones perdidas. Novelas, dramas y lo que por casualidad encontrara, porque los libros hallan al lector y lo pescan en el momento adecuado. Son precisos como la hora.

Estudié algunas corrientes de la metafísica y discursos de maestros de India. La mayoría coincidía en una fuerza sobrenatural que conllevan el fluir de la vida y la inercia del destino, al que solamente frena el miedo, que no es sino una proyección de la mente al futuro, a una situación incierta, aún desconocida. La vida se enfrenta mejor en el presente, concluían con palabras más, palabras menos, atrás inmoviliza, a largo plazo mortifica y al final mata.

A los dieciséis años por vez primera cuestioné cuál sería mi destino, qué me depararía el porvenir. Ninguna respuesta surgió a la pregunta de cualquier individuo, sin embargo vislumbré que por mucho tiempo no permanecería en el recóndito pueblo que me vio nacer y que morir no me vería. Pensé por qué a veces las cigüeñas depositan los encargos en ciudades equívocas, inclusive en países o continentes distantes y distintos al que elegiría el *nasciturus*.

Yo nunca fui de los que se les ve la patria en la cara. Esos nunca despegan el pasaporte del corazón, aun en su tierra lo cargan siempre en la bolsa de la camisa. Yo pertenezco al grupo de los ajenos, y ni la costumbre ni el tiempo me habituaron a La Cuna.

Por el contrario, la sensación de extravío empeoraba y el sentimiento de pertenencia simplemente no existía. Apátrida, yacía desubicado en un mar de dudas e incógnitas, desorientado cual navegante en medio del océano, a la mitad de la nada. Desde el tejado, en una noche callada, despejada y fría, observé las estrellas y les imploré auxilio. "Diríjanme a mi destino", supliqué como los marineros. Y de pronto, exactamente arriba de mí, una intensificó su brillo.

Era la mía, la que late al ritmo del pulso que me mantiene vivo, escoltada por la de Luli. Lenta se desplazó a otro punto del cielo, despidiendo destellos que la destacaban entre los demás cuerpos siderales. Con una fina estela de polvos cósmicos, rayó el cielo recorrido, como lo traza el rastro de los aviones supersónicos en días limpios. Tras un trayecto prolongado por fin se detuvo y, justo después de encenderse al voltaje máximo, recuperó su luminosidad normal y asumió

su nuevo espacio, supongo encima de un poblado llamado El Destino.

Rápido bajé, abrí la puerta de la casa dormida y corrí a donde mi estrella varada resplandecía. Dejé atrás el barrio, los límites del municipio y en piyama crucé el campo cual gacela. Andaba bien aprisa y luego de bastantes kilómetros de carrera noté que el trecho entre ambos no cedía, permanecía idéntico que al inicio. Conforme yo avanzaba ella lo hacía, sin moverse un centímetro. Necio decidí perseguirla, mas los primeros síntomas del amanecer la desvanecieron y dificultaron la travesía. Al borrarse definitivamente paré la marcha confundido, giré con lo pies adoloridos, empapado en sudor, y a paso lento emprendí el regreso a casa, a la que llegué a medio día, deprimido.

Varias noches apuré las zancadas para llegar al lugar sobre el que titilaba tímida, manteniendo, eso sí, el compás que nos unía. Rebasé pueblos, ciudades y estados a la velocidad del pensamiento, pero a la alborada culminaban las carreras y exhausto retornaba a La Cuna apenas a tiempo para la escuela, en preparatoria, vespertina. Mis padres, inmersos en sus deberes, ignoraban lo ocurrido y nomás de repente consultaban al médico el porqué de mis ojeras de vampiro.

Harto y consciente de la imposibilidad de pisar aquel remoto y recóndito paraje, desistí del objetivo. Exánime, recosté el cuerpo en el cemento húmedo de mi observatorio clandestino, abracé el telescopio al pecho como si se tratara de Luli o de mí mismo y al contacto el corazón me brincó feliz y vigoroso como un niño. Cerré los ojos y, a punto de quedarme dormido, escuché profundo los latidos, así como se oye bajo el agua el golpeteo de un martillo.

Abrí los ojos espantado y respiré como si llevara dos minutos sumergido, me tallé la vista para enfocar lo que creía haber visto. Mi estrella, otra vez alterada, centellaba al tempo mío con un brillo cegador. Cercioré la cadencia y embelesado corroboré que pulsábamos al unísono. Gracias a la fe, estimulada por las señales del Universo, me permití una última oportunidad y con urgencia calcé los zapatos deportivos.

La fe es un instinto, al que el diccionario define como "impulso natural que determina los actos de los animales; intuición, sentimiento espontáneo". Para mí, instinto significa intuición orientada a la supervivencia, definición que implícitamente explica a su vez el concepto de la fe, esa sensación gratificante del espíritu que a unos salva de la muerte y a otros al morirse. La fe es el coraje de sostener la duda.

Avancé velozmente sin perder de vista mi estrella. Dejé atrás el barrio, el municipio, el pueblo, la ciudad y atravesé el campo, el estado lindante y las fronteras que debía superar para llegar a la meta. Pero ocurrió exactamente lo mismo. A la altura de una ranchería el Sol comenzó a despertar y las estrellas desveladas a despedirse. La mía resistió al último, como la más valiente brasa de una fogata moribunda, pero terminó por extinguirse. Al apagarse, el paraíso tiñó de rosas y púrpuras, y mi cara de abatido. Detuve el paso, exhalé y miré arriba, quieto y absorto en el cielo y en la distancia que nos separaría.

—Qué bonito es lo bonito. Qué bonito —declaró sereno un campesino de pinta humilde, bondadosa y pura, apariencia característica de los indígenas. Regaba los árboles y araba la tierra mojada, dizque contemplando los tonos del alba—. ¿A dónde tan temprano, señorito?

—A El Destino. Es un pueblo lejano, ¿lo conoce?

—Sí —respondió conciso.

—¿Dónde es? —cuestioné exaltado—. ¿A cuánto está de aquí?

—No está lejos, de hecho es aquí mismito. Y allá *cercas*.

—No le entiendo.

—Es que El Destino no es un pueblo, es un camino.

—¡Bah, olvídelo! —mascullé y me di la media vuelta para caminar resignado a La Cuna—. ¡Usted no tiene idea, si no sabe mejor no diga! —reclamé molesto sin voltear a verlo.

—La ignorancia es amiga de la sabiduría, señorito —contestó con voz tímida y atrajo mi atención—. ¿Ya se va? —preguntó en cuanto modifiqué el rumbo de mi vista nuevamente hacia él.

—Creo que sí —contesté meditabundo.

—Quien parte sin despedirse está condenado a volver como el solsticio, hasta que el adiós lo redima —apercibió el nativo y retomó su tarea.

Digerí sus palabras y en el acto agradecí el mensaje. Le dije adiós y me dirigí a casa pensando en la familia, en la generosidad de papá y en los sacrificios de mi madre, en su bondad y en sus lentejas con chorizo, cuyo sabor perseguí después por todas las cocinas del mundo. Imposible olvidar los cuidados, los apapachos y el cariño de Tita. Ese amor de pura sangre de los abuelos que desbocado compite por el primer puesto.

Sentados los cuatro a la mesa en domingo, notifiqué la decisión de zarpar. La causa, la de un marino, el viaje al que toda persona tiene derecho: el de su búsqueda.

—No pertenezco aquí —expliqué a mis padres y a Tita, quien preveía la noticia—. Los navegantes se pierden y yo

me siento perdido, supongo que soy uno de ellos. Además, cuando pido auxilio las estrellas brillan y eso nada más lo experimentan los exploradores y los marineros. Es hora de partir.

—¡Lukas, no puedes irte así! ¡Yo tenía otros planes para ti! —gritó papá en rotunda oposición al aviso.

—Y yo para ti —le acordó Tita—. Tú le regalaste la vida y hoy él es su dueño, eso aprendemos de los hijos los viejos. Despídete del tuyo y deséale buen viaje —le ordenó como nunca antes lo había hecho y le sobó el cabello—. Y tú, Lukas, recorre el mundo y haz de él tu patria, porque el hogar se lleva adentro y sólo es cuestión de escoger un lugar bonito donde construirlo —concluyó y besó mi frente, escabulléndose por las cortinas.

—Ha sido un placer cuidarte y mostrarte el mundo desde mi perspectiva —tocó el turno a mi madre para despedirse—. Recuerda que lejos es más fácil ser uno, pero también acuérdate que el lejos invariablemente se convierte en cerca, por lo que un hombre podría pasar la vida entera y otras cien recorriendo el planeta para encontrarse. Un día habrás de volver a La Cuna para confrontar al pueblo con el rostro que el tiempo y las enseñanzas te develen. Entonces serás quien verdaderamente eres.

—Te quiero mucho, hijo —añadió papá acongojado.

—Y yo a ustedes, los tendré siempre presentes. Gracias por todo, especialmente por la vida.

Tras varias horas de viaje el sueño me tumbó precisamente en la ranchería, justo bajo un frondoso naranjo en la parcela del campesino. Antes de dormir miré la noche despejada y de entre todas las estrellas que palpitaban identifiqué la

de Luli y la mía. De reojo observé por unos segundos la de ella y la añoré.

—"Y todas las noches bajo la Vía Láctea parecen eternas si tú no estás, todas las noches desde mi ventana conjuro tu nombre inmortal…".[23] Buenas noches, Luli. Adiós —me despedí y cerré los ojos. Y, sin saberlo, un ciclo.

Dormí al aire libre, emancipado de los pendientes y manumiso de las trabas del pasado, abierto a los caminos de la vida y a la ruta del destino. Avanzada la madrugada apareció el del campo con un caldo de verduras y un jugo fresco para mí.

—Tómelos, señorito, le caerán bien. El Destino es un camino largo, los peregrinos necesitan nutrir el cuerpo y el alma para llegar al final en buen estado.

—¿De qué es el jugo? —cuestioné al percatar el inusual color de la bebida.

—Del néctar de las manzanas y de la luna dorada, esa que despierta la consciencia de los dormidos —y apuntó a ella—. Es una mezcla interesante, también lleva betabel, zanahoria y pepinos.

—¿Qué cosas siembra, de todo?

—No, no, claro que no. Hay que tener cuidado con lo que se siembra, porque toda semilla genera cosecha. Lo que cultive tarde o temprano florece, por imposible que parezca. Por eso sea selectivo y escoja lo que en verdad quiera que crezca. Muchos del feudo siembran semillas que no desean y al rato están plagados de maleza.

[23] Zoe, *Memo Rex Commander y el corazón atómico de la Vía Láctea*, "Vía Láctea".

—Gracias por el consejo, lo tomaré en cuenta —me levanté, bebí la sopa, el jugo y cargué a la espalda la bolsa de dormir y la pequeñísima mochila con ropa, pasta de dientes y cepillo—. Adiós, señor.

—Hasta luego, señorito.

A los pocos kilómetros, aún con la noche y las estrellas encima, llegué a un puerto en el que decenas de individuos preparaban un gran barco para levar anclas. La majestuosidad de la nave atrajo como un imán mis expectativas y, convertido en polizón, abordé la embarcación con dirección al País de la Fantasía.

Far away
This ship is taking me far away
Far away from the memories
Of the people who care if I live or die

Starlight
I will be chasing the starlight
Until the end of my life
I don't know if it's worth it anymore… [24]

[24] Muse, *Black Holes and Revelations*, "Starlight".

XII
Los caminos de la vida

El barco silbó estruendosamente y las chimeneas expulsaron humo negro. La Luna permanecía en su cenit, curiosamente no amanecía y las estrellas festejaban su desvelo con la misma algarabía que yo al reparar que nos dirigíamos al punto sobre el que chispeaba la mía. Fluíamos por el río en la noche eterna.

El sabor de lo inédito me provocó una dulce sensación que por vez primera deleitaban mis papilas. A los dieciocho años, con la rienda suelta y el vigor de los anhelos, y sin mayor responsabilidad que la de sostener la vida propia, resulta sencillo conquistar el mundo. La fuerza de la inocencia es contundente, por eso quien la conserva consigue lo que imagina.

Los motores de hélice y el cauce natural del río empujaban al navío. La tripulación limpiaba cubiertas, ordenaba la carga y atendía pasajeros, casi todos turistas vestidos con elegancia y sombreros. Ostentaban joyas presumidas e historias que impresionarían a pobres y ricos.

Yo no contaba con anécdotas interesantes ni con pase de abordar. No cargaba documentos, ni identificación o dinero, por lo que transcurrí la mayor parte del viaje oculto en el almacén de la comida, donde tomé agua prestada,

jitomates, pan, caviar y bocadillos, un sinfín de provisiones exquisitas. Inclusive me hice de un mechero y un paquete de cigarrillos, sonsacado por las ganas de probar el vicio que desde pequeño se me antojaba expulsar a bocanadas. Satisfice la inquietud acostado en las gruesas cuerdas que dormían en la proa solitaria, desenredando con cada tosijoso soplido los pensamientos que amarraban mi alma.

La oscuridad no cedió paso al Sol en días y en la continua noche mi estrella esplendorosa permanecía. En un libro de geografía leí una vez que en ciertas zonas del planeta, en determinadas épocas del año, ocurren fenómenos así. Sin embargo, creí que se trataba de un libro de ficción, pero en esta vida todo es posible, tanto que el día es capaz de durar meses y la noche el tiempo suficiente para alcanzar una estrella. Conforme el barco reducía la distancia que nos marginaba, mi corazón se emocionaba igual que sus chispas.

Navegaba lejísimos de La Cuna, deduje por lo prolongado de la velada, cuando por el altavoz el capitán previno a los viajeros que tuviéramos a la mano pasaportes y visas porque en breve autoridades migratorias subirían a la embarcación a revisarlas y estampar sellos. Al escuchar el aviso sufrí un susto terrible que echó por la borda mi hombría, mas la suerte y la corriente me arrastraron a la orilla.

Desde el borde del río aprecié como el barco se alejaba, pero de inmediato me calmó el resplandor de la capital del País de la Fantasía que por fin se veía a lo lejos. Me encaminé allá, donde las luces seducían, a través del bosque. Me interné empapado en su espesura, que poco a poco obstruyó la tenue aura de la ciudad y la luz de la Luna, hasta quedar a ciegas.

Avanzaba a paso lento para evitar las peligrosas zanjas, y con las puntas de los pies tentaba el terreno con precaución por aquello de las arenas movedizas. Los brazos estirados servían para protegerme de las ramas y para espantarme las telarañas de la cara. Al mirar arriba caí en cuenta que mi estrella tampoco se veía y al cabo de unos metros el ánimo y yo nos hundimos en la desolación y en el fangoso miedo.

De pronto, unos rugidos escalofriantes surgieron de lo oscuro a unos metros. Quedé paralizado, salvo por los temblores que abrumaban mi desprotegido cuerpo, en espera del inminente ataque del oso o de la bestia que estaba por comerme.

Ni las manos alcanzaba a verme y menos las ideas. Los gritos salvajes arreciaban y el pánico junto con los rezos. En un ataque de desesperación recordé que cargaba el encendedor en el bolsillo y presto lo saqué y lo sequé con el aliento. Luego de varios intentos por fin prendió una flama tímida, que milagrosamente despertó a miles y miles de luciérnagas. Una a una encendían hasta que el bosque se iluminó como un árbol de navidad.

Los bichos de luz revoloteaban a mí alrededor y entorno al oso, que se desplazó hacia mí en dos patas y cual hombre habló:

—La luz que irradia Dios, alumbra las tinieblas y muestra los caminos —dijo, y atrás de él las luciérnagas sobrevolaron por el inicio de un sendero al que un letrero identificaba como El Destino—. Siento el calor de las luces saludarme y recuerdo el despedirse de un amigo, ¿acaso eres tú? —preguntó y calló y los insectos voladores descubrieron el rostro de Charlie Boobles, más avejentado que tiempo atrás, pero el mismo tipo risueño, grande y corpulento, con la fisonomía

de un oso y el color de las noches azabaches—. Huelo tu perfume, amigo.

—¡Dios mío! —exclamé como Tita cuando se sorprendía.

Nos sentamos en la tierra para descansar un poco y para actualizarnos de nuestras vidas. Narró su fuga de la clínica inhóspita, de la que increíblemente nadie lo vio salir, y hablamos brevemente de otras cosas previo a que cada quien emprendiera su camino.

—¡Tú tampoco pareces exactamente un niño! Los años no pasan en balde, aunque siempre sea uno el mismo —respondió a mis impresiones acerca de él—. A mí me da igual de gusto encontrarte, Lukas. No es casualidad que las personas atinen la hora y el sitio. Y disculpa el susto, en ocasiones la naturaleza invoca mi voz animal: "*I change shapes just to hide in this place but I'm still, I'm still an animal…*"[25] ¿Tú nunca has salido del yo para introducirte en otras formas y regresar después a ti mismo?

—Creo que no…

—Inténtalo con las aves y experimenta su vuelo —aconsejó y con un guiño insinuó que quizás bajo esa forma escapó del reclusorio médico—, o con los leones y domina el reino. Sobre todo, no dejes de intentarlo en otra persona para palpar sus sentimientos. Es un ejercicio interesante, te lo recomiendo.

—¿A dónde vas? —pregunté con la esperanza que fuera adonde yo.

—A El Corazón. Es una villa pacífica que se localiza centímetros arriba del centro del mapa. Desde allí la vida se

[25] Mike Snow, *Animal*, "Animal".

aprecia de una manera especial. Cuando requieras reencontrarte búscala, es un asentamiento precioso, con mucha luz, donde la gente vislumbra la simpleza de la verdad. Es el sitio ideal para reposar y gozar de la vida. Tengo ahí un refugio, que también es tuyo, en el que pasaré el resto de mis días.

—Lástima que nos dirijamos a lugares distintos, yo voy al País de la Fantasía y acabo de encontrar el camino que conduce allá.

—Bueno, el camino es el mismo para todos. Es una vía en todas direcciones, sólo que cada quien arma el recorrido conforme a un plan personal, por ello es difícil la sincronía. La gente vive tiempos distintos, unos van para allá y otros para acá, y a pesar de que el sendero es uno, existen brechas distintas. Cada quien escoge la suya, aunque al final todas se encuentran. Yo voy al centro, tú a la izquierda —dijo y tentó la tierra con el alargado bastón blanco para ciegos.

—Me impresiona que no te caigas o te pierdas.

—¡Claro que me caigo! —explotó en risas—. ¡Y vaya que me pierdo! Son riesgos de la naturaleza, amigo. Y, además, quien no se pierde no se encuentra.

—Yo tengo miedo de perderme —confesé.

—No te aflijas, mantén los ojos abiertos y encontrarás señales dondequiera. Síguelas y confía en la intuición, es una brújula infalible. Nada más no te confíes demasiado, avanza atento porque es fácil confundirse entre tanta vereda y extraviarse en laberintos interminables. Ten cuidado porque algunas conducen a aldeas habitadas por malas tribus.

—Gracias, Charlie. Tú también ve con cuidado. Me voy aprisa.

—Mejor con calma, disfruta el trayecto —sugirió—. ¡Y acuérdate de visitar el refugio en El Corazón cuando lo desees, allá tienes tu casa!

—¡Hasta luego!

—¡Fíjate por dónde caminas y que Dios bendiga tus pasos, viajero! —gritó a la distancia con su potente voz de oso y se enfiló a El Corazón por el camino que le correspondía.

XIII
El País de la Fantasía

Al cruzar la frontera advertí que el territorio lo poblaban jóvenes, adultos y viejos, pero no niños. Un anuncio espectacular de bienvenida informaba que éstos vivían en otra tierra, La Ciudad de los Niños, donde la fantasía es realidad gracias al maravilloso don de la inocencia, un poder creativo extraordinario que los seres humanos perdemos, según mencionaba el propio texto del anuncio, con el tiempo.

Por eso en el País de la Fantasía, ésta únicamente se experimentaba timando los sentimientos o emborrachando los sentidos, y para conocer la verdadera magia la gente adulta requería forzosamente transportarse a la Ciudad de los Niños, a donde los pasajes escaseaban en ese entonces y creo que también hoy.

En cuanto ingresé al País de la Fantasía los neones encandilaron mi vista, luces alucinógenas por doquier y chicas preciosas en las esquinas. La piel se les asomaba sin vergüenza, igual que el Sol que finalmente salía. Las estrellas se apagaron y entre ellas la mía, postrada en línea recta encima de mí, arriba del territorio de las ilusiones ópticas y las sonrisas obsesivas.

Con los bolsillos llenos de pobreza, vagué por calles que albergaban gente las veinticuatro horas del día. Vías

repletas de restaurantes, antros, cabarets y tugurios, tiendas departamentales, estéticas, lectores de la fortuna, casinos y las demás atracciones dignas de una urbe para adultos. Bajo el *slogan* de "Fiesta interminable para gente acabada", el País de la Fantasía publicitaba sus alternativas de divertimento.

Mis tripas aullaban de hambre y mi boca de sueño. No tenía pan, lecho, ni techo. Ni un vaso de agua ni una cobija. Desamparado me senté en una banca. En otra, en la acera de enfrente, un hombre con su trompeta. La sonaba con melancolía, con melodías punzo-cortantes que me rajaron la callada voz.

La música evocó capítulos de mi vida que me hundieron en la soledad y me ahogaron los ojos en el mar de los recuerdos. A la distancia, con la mirada limpia, en cada memoria distinguí una parte bonita. Entonces, con la silenciosa voz todavía rasgada, agradecí al Cielo. La magia de la gratitud cura la nostalgia.

Aquel instante creí entender qué significaba para Tita un trompetista. Quien compone notas de las que emerge el silencio, quien reencuentra a las personas consigo mismas o quien posee el don de seducir a las almas hasta desvestirlas. Un artista, un músico (no necesariamente el de la trompeta). Un valiente. Un rescatista.

En el País de la Fantasía escaseaban esas personas y pululaban los fantoches y los engreídos, por eso cuando algún trompetista raramente aparecía, la gente lo rodeaba de inmediato y aplaudía. No concluía la primera pieza cuando una multitud se aglomeró frente a él para vitorearle y arrojarle puñados de monedas. "¡Maestro, virtuoso!", lo aclamaban

los curiosos. Entretanto, una linda y joven mujer de rojo lo fotografiaba incesante, como si se tratara de un famoso.

Su boca a tono del vestido, sus lacios cabellos negros al hombro y la sofisticada cámara que colgaba de su cuello, llamaron mi atención. Carisma, supuse. Atracción, sentía. Disparó varias veces el *flash*, caminó y decidí, no sé por qué, seguirla. Con todo y cansancio, sed, apetencia y mochila. Hay veces en que uno actúa sin pensar o conocer el porqué. Serán los impulsos del alma. O los empujones del destino.

Anduvo ligera por la avenida central y entró a un teatro que tenía fachada de principal. Bajó unas escaleras que conducían al pasillo de los camerinos y se dirigió a una de las salas de prensa donde tendría lugar la conferencia de un afamado y distinguido director de orquesta. Adentro, decenas de fotógrafos ubicaban el mejor ángulo para retratar al de la batuta, mientras los reporteros ocupaban los asientos y preparaban las preguntas. Apuntaban notas en libretas típicas de periodista y escogían canapés, galletas y bebidas que los camareros ofrecían en rebosantes charolas.

—A la prensa hay que consentirla —escuché el comentario de un columnista con pinta de bandolero—. Nuestros comentarios son capaces de hacer de la vida de cualquier mortal una película. O una pesadilla.

Escogí un bocadillo de jamón con queso y aceitunas y tomé un jugo de mandarina, a comentar de los meseros, recién exprimidas. Sorbí la última gota del vaso y devoré las migajas del plato a lamidas. Moría de hambre y parecía que el resto de los asistentes también, a excepción de ella, quien con clase y elegancia presenciaba el espectáculo del atragantamiento desde su lugar en primera fila. Con poquísimo

disimulo los demás disputábamos los embutidos y las bebidas, que minutos previos a la presentación del músico ya no habían.

Me senté tres sillas atrás de la periodista de rojo y bebí té de manzanilla, acompañado de crema y galletas. A los diez minutos de iniciada la conferencia, la digestión y el agotamiento me vencieron como cuando en la escuela la voz de los profesores me rendía. Dormí la hora completa que duró el intercambio de preguntas y respuestas entre la jauría mediática y el concertista. Desperté con las fuerzas repuestas y advertí que aquella mujer ya no estaba. En mis adentros agradecí que me orientara a la comida y lamenté perderla de vista sin haber guardado con precisión los detalles de su rostro en mi memoria.

De salida descubrí una pizarra con la agenda de las próximas ruedas de prensa, a las que diario asistí, en ocasiones de a tres veces. Comía sin un centavo. Y mal dormía en una sucia estación de trenes sumamente concurrida, porque al País de la Fantasía viajaban mucha gente cuya realidad les aburría. Lo habitaban millones de personas y turistas que solían deambular por sus provincias abordo de aviones, trenes y pastillas. Vagones llenos arribaban y vagones llenos se iban, porque también cierta gente, luego de vivir un tiempo allí, reconocía lo que realmente deseaba, donde realmente quería estar, y partía.

En los lavabos de la terminal me aseaba como podía para poder pasar desapercibido a la sala de prensa con mi mochila. Y, claro, con la seguridad que presumían los que sí portaban gafete. Eso es fundamental para llegar a donde uno pretende.

Cada semana que transcurría me familiarizaba más con los periodistas y ellos conmigo, al grado que comencé a colaborar con uno de un importante rotativo, quien de repente requería apoyo para cubrir eventos. Hay oficios para los que es dispensable ser un diestro y éste afortunadamente era uno de ellos, ya que consistía en simplemente transcribir al pie de la letra la ponencia de los conferencistas, incluyendo carraspeos, toses y risas.

A decir de aquel hombre bondadoso, la lectura me había brindado una amplitud de vocabulario que debía aprovecharse, así que fue asignándome y remunerando nuevas tareas con las que pude pagar un techo. Y no sólo eso, ahora llegaba satisfecho a las conferencias y sobraba un poco de dinero en mi cartera para enviar a casa y ayudar a mi familia. Incluso, me alcanzaba para gastar en distracciones dignas de gente mayor, como las que experimenté en El Lupanar, un ambientado congal donde me deshice de la virginidad y de quién sabe cuántas quincenas.

Gracias a Olivia, una pequeña y esbelta rubia de sendos pechos y treinta y tantos años, hallé, a mis dieciocho, el placer de los rasguños y las mordidas, así como el excitante aroma que provoca una cama sudorosa. Comencé a frecuentarla y después de la tercera salida me cobró menos. "Precio amigo", decía.

—Contigo es diferente. Con los demás es trabajo, pero contigo es delicioso, mi niño —así me decía. O "bebé', si había bebido—. Tu juventud me excita y tu inocencia me fascina, bebé. Eres el más grandote de todos, papi —repetía cada que le dejaba los billetes en el buró del motel, del que también ganaba una comisión por acostón.

A pesar de que los mismos piropos, dignos de jugosas propinas, seguramente los repartía a diestra y siniestra entre su clientela, yo me los tomaba a pecho y le besaba los suyos con estima. Continué frecuentándola y la verdad es que le agarré, entre otras cosas, cariño. A Olivia se le quería por doquier. La estimaba el portero, los que servían copas en el antro, los encargados del hotel y quien la trataba por cualquier circunstancia. Todo el mundo la apreciaba. Tanto que la cigarrera le fiaba el vicio menor y el casero en ocasiones el alquiler. Yo a veces le prestaba para que siguieran fiándole y ella me prestaba para que le siguiera prestando. Toda una cadena humana.

—Tamaño cuerpecito para tamañas porquerías —se reprochó a sí misma una noche al asentársele el alcohol—. Estoy cansada, Lukas. Me siento como alcancía de pobre, vacía —confesó desnuda al enfriársenos el instinto. Cuando me llamaba por mi nombre algo serio ocurría—. ¿Qué pasará cuando el cuerpo no dé para más?

—Quizás el alma salga al rescate —sugerí muy filosófico para sus pulgas.

—Te digo que estoy vacía, papito. "*You'd better give something, to fill the hole…*"[26] —contestó fatigada—. Un cliente que es poeta dice que el vacío es ausencia de pasión o de uno mismo. No entiendo bien, pero sí sé que quien vive sin pasión está condenado al olvido. O al fracaso en el caso del trabajo, sobre todo quienes nos dedicamos al curro del placer —añadió entre risas sarcásticas y soplidos arrepentidos.

[26] Eels, *Beautiful Freak*, "Novocaine for the Soul".

Las palabras insatisfechas de Olivia perforaron mi cabeza y permanecieron ahí incrustadas lo que duró la noche, tiempo suficiente para poner en riesgo la estabilidad de un acomedido. Debía extirparlas pronto, así que me levanté temprano a laborar para reconocer si me movía la pasión o la codicia.

Esa mañana la conferencia de un ilusionista convocó cientos de medios, cámaras fotográficas, de televisión, radios y reporteros de nacionalidades distintas. Particularmente aquel día mi labor consistía en espiar al prestidigitador detrás del escenario, pues aparte de contestar preguntas ofrecería una función especial a la prensa, en la que ejecutaría el truco de la desaparición. Él era el único mago capaz de desvanecerse frente al público, y los del periódico pretendían pillar la magia a como diera lugar. "*How to Disappear Completely*".[27]

Comisionado a la tarea, conseguí colarme tras bambalinas y desde ahí fui testigo del mejor acto de aparición que haya presenciado: la reportera de los labios rojos, la de la libreta y las fotografías. La del pelo negro lacio a los hombros. Una de esas mujeres que con sólo verlas, firmarías. Su sencillez glamorosa cautivó mi corazón al instante y su estilo independiente me esclavizó los pensamientos y las pupilas. Las manos comenzaron a sudarme. Y las axilas. Las plantas de los pies y la saliva.

De un salto se paró y alistó la cámara. Con su mano derecha, en plena celeridad, acomodó despacio su cabello.

[27] Radiohead, *Kid A*, "How to Disappear Completely".

—Es uno de los tantos poderes que poseemos, el problema es que la memoria es efímera —afirmó el ilusionista y nos previno para que mantuviéramos los ojos abiertos porque desaparecería—. ¡La esfera de plata es el secreto y los recuerdos la sabiduría! —conjuró con vigor y desapareció enseguida, engalanando el acto con una explosión de chispas.

Del destello apreté los ojos y al abrirlos aprecié una paloma blanca transformarse en papel, que, como una pluma liviana mecida por el aire, cayó suave al suelo. Con discreción lo recogí mientras los demás deslumbrados recuperaban la visión.

Instrucciones para realizar milagros
(O para convertir los deseos en realidad)

1.- Cierre los ojos.
2.- Respire profundo hasta llegar a usted mismo.
3.- Identifique la petición, el anhelo.
4.- Imagínelo.
5.- Siéntalo con el alma y en cada parte del cuerpo hasta que el miedo duerma y el espíritu despierte.
6.- Cuando la sensación lo expanda, visualice a su espíritu en comunión con el Universo; mírelo soltar el deseo en la nada, el campo más fértil de los sueños.
7.- Implore la lluvia divina, el llanto de la voluntad que riega de posibilidades la tierra.
8.- Agradezca al cielo y a la fuerza suprema. Confíe en ellos.
9.- Abra los ojos y mueva los dedos para girar la última llave, la de la acción.

Cumplidas las instrucciones, el mecanismo universal habrá quedado encendido y la maquinaria invisible empezará a trabajar en su pedido.

Advertencia: para que el sistema funcione es indispensable que el deseo provenga del corazón y no de la desesperación o el miedo. Los deseos pueden ser temporales o eternos, siempre y cuando sean sinceros.

—Tú tienes algo que me interesa —dijo ella, robándome el aliento y casi la hoja.

—Y tú también —respondí con ganas de arrebatarle un beso.

—¿Ah, sí, y qué es eso?

—Tu nombre. ¿Cuál es?

—Pauline.

El nombre de una mujer bonita. Su expresión denotaba sorpresa al leer las primeras líneas y ya para la advertencia lucía maravillada. Metió el papel en su bolsa y agradeció el obsequio. Pocos se hubiesen desprendido del papel y menos para que ella lo conservara. Tras la tercera copa de vino que bebimos en el restaurante donde nos sentamos a comer, invitación que aceptó comprometida por mi gesto, fui descubriendo que se trataba de una prestigiada periodista de artes y espectáculos, cuyas notas y entrevistas solían despuntar y causar revuelo, razón por la que los demás *informantes* la celaban y preferían lejos.

— ¡Se esfumó con todo y sombrero! —exclamó en la sobremesa todavía fascinada con la magia y las copas de tinto—. ¿A dónde iría?

—Lo importante es saber a dónde vas tú —contesté y empecé el juego.

—¿Qué a dónde voy? —cuestionó mi pregunta con la voz liviana y la sobriedad disminuida—. Si tú me lo dijeras yo te lo agradecería.

—Ven conmigo —le propuse con los labios rozándole la oreja y las manos acariciándole la rodilla. Y aceptó la invitación al final de la segunda botella de vino.

El juego de la seducción lo aprendí a jugar con Olivia y lo practiqué con otras damas del País de la Fantasía, quienes buscaban caras nuevas y experiencias fugaces. El forastero generalmente lleva la ventaja y con esa credencial a la cama las conducía. El nuevo del pueblo es el objetivo de las chicas.

Temí que cambiara de opinión y con urgencia solicité la cuenta, pagué y presuroso cogí su bolsa porque a ella se le caía. A duras penas mantenía el equilibrio y de plano a unos metros de casa la ayudé a sostenerse. Subimos las escaleras al tercer piso, abrí la puerta del apartamento y le serví un vaso de agua que bebió hasta el siguiente día para aliviarse la resaca de una borrachera que no acabó como yo pretendía. Pauline durmió en la cama, vestida. Y yo enfadado en el sofá.

Desperté, ella dormía y la contemplé por un momento. Indefensa. La resolana del amanecer traspasaba las cortinas; se veía preciosa al descansar. Desprotegida. Parecía sola y triste. Preparé el desayuno, inaugurándome para una mujer en la cocina. Recargué la charola en la cama junto a ella y toqué sus pies por encima de la colcha. Reaccionó con pena y sorprendida, inspeccionándose disimulada, aunque evidente, bajo las cobijas. Para su alivio señalé el sillón arrugado y la manta destendida.

En la intimidad del cuarto platicamos y soltó lo que ni con el alcohol delató la tarde anterior. Hija única, como yo, y huérfana de madre desde niña. Desde entonces sufrió el rechazo de su papá. O mejor dicho la indiferencia, que lastima peor . Él era escritor, el más famoso de entonces. Desde joven vivió para la prensa y exclusivamente hablaba con periodistas, la demás gente no cabía en sus conversaciones. La ambición por la fama lo alejó de su familia, de Pauline, a quien crió una tía, hermana de él.

Rarísima era la oportunidad que tenía de encontrarse con el padre y cuando ella le preguntaba cómo estaba, aquél no respondía y mejor atendía reporteros. Pauline siempre quiso que su papá le hiciera caso, por eso se hizo periodista.

—Pues no te sientas mal —intenté confortarla—. Tú eres periodista por falta de cariño, yo de comida.

—Hay unos a los que el trabajo les da comida y otros a los que les quita el hambre. Yo tuve suerte, si no fuera esto no sé qué sería. Me alimento de él y además es mi vida.

—Yo no estoy seguro que sea la mía, pero de momento es la que tengo —dije y surgió un silencio interior cargado de esclarecimiento, la razón que llega tarde pero a tiempo—. Si no fuera así, no estaríamos aquí comiendo —deduje en voz alta y postergué los cuestionamientos de la pasión que me había sembrado Olivia, pues de momento estaba contento.

—Probablemente todo tenga una razón, incluyendo la inercia y los avatares de la vida.

—Coincido contigo —afirmé convencido—, e imagino que ahora tu padre es feliz. Alcanzó la fama, la meta de su vida.

—La felicidad es relativa. Si fuera una meta todos correrían, y conozco gente que es feliz estando tranquila. Si mi padre es feliz o no, lo ignoro. Hace años no hablo con él y ya tampoco me interesa verlo. Y mucho menos entrevistarlo… Aunque igual duela, las situaciones cambian —concluyó tras una pausa.

Terminamos los platos y la plática y después de ducharse se marchó. Vivía en el extranjero, en un lugar sin nombre, domicilio conocido, a donde las personas llegan sin haber antes ido. Visitaba el País de la Fantasía esporádicamente, cuando debía cubrir conferencias y presentaciones de artistas.

Intercambiamos direcciones y nos escribíamos. No pude resistir demasiado y a la segunda carta le pregunté si de casualidad se le había olvidado algo en mi departamento, porque olía a ella. Su esencia permanecía impregnada en las sábanas, en las toallas y en mi cabeza.

XIV
Un lugar sin nombre, domicilio conocido

—A los amores de esquina los mata una chaqueta —me dijo Olivia celosa y borracha en una mesa de El Lupanar en la que acostumbrábamos charlar y beber antes de juntar los ombligos—. Compruébalo y olvídala —insistió—. Tú necesitas una mujer y no una niña, hacemos mejor las cosas y somos menos conflictivas —sentenció recuperada de la crisis del vacío, gracias al tequila.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunté para que me explicara qué se sentía, porque a mí hacía demasiado que me había sucedido.

—Por supuesto que no, niño. Yo ni beso ni me enamoro. Y seguramente tú tampoco, porque si amaras a una no te enredarías con cinco —aseveró, ignorando que los hombres somos de una, así tengamos ninguna. O cinco.

A los amores de esquina los matará el veneno, pero al mío no lo hería ni el ejército. "*You and Whose Army*?"[28] La cuestión es que estaba inquieto, en el pasado carecí de caricias y en el presente requería de consuelo. Por eso invertía en amor y en toqueteos. Sin embargo, la mayoría de los pen-

[28] Radiohead, *Amnesiac*, "You and Whose Army?"

samientos comencé a dedicarlos a Pauline. Durante el día imaginaba episodios románticos con ella y, por la noche, desde la cama que la cobijó, convencía al subconsciente de invitarla a pasear conmigo a la Tierra de los Sueños.

Sus cartas me provocaban felicidades incontenibles, leía una y ansiaba las que todavía no me había escrito. Sus sobres los lamía para probar su saliva. Me emocionaba tanto recibir noticias suyas que las manos me escurrían. Disfrutaba leerla y, sobre todo, escribirle.

En las letras redescubrí la manifestación libre y la sensación de libertad, y montado en ellas me clavé bajo su superficie. Con mis cartas conquisté y seduje a Pauline. La enamoré, luego supe. Empecé enviándole saludos y proseguí con *cómoamanecistes*. La confianza crecía conforme intercambiábamos misivas, y con los viajes que la traían de vuelta, en los que por fin compartimos sábanas, saliva pura (sin sabor a pegamento) y los demás líquidos suculentos, incluida la champagne que descorché una noche para festejar mi ascenso: corresponsal en jefe de entrevistas del periódico donde comencé de interino. Un éxito rotundo, considerando mis veintipico años y la falta de una carrera.

Legalicé mi estancia en El País de la Fantasía y la oficina me tramitó un pasaporte que atiborré rápido de sellos de naciones extranjeras, repúblicas y villas, condecoración que me convirtió en socio distinguido de la sociedad que por todo competía. Por los sellos, por las cifras, por las casas gigantescas que parecían museos de lo aburridas, por los puestos, los estudios, las mujeres, las historias y las risas. Por absolutamente todo.

Viajé mucho y obtuve acceso a mundos desconocidos, ocultos en las entrañas de la gente.

—La llave del interior de las personas la llevas tú adentro, junto a la tuya —me explicó mi nuevo jefe, apodado desde antaño el Míster, al entregarme la lista de entrevistas, que incluía personajes de las artes y la política, protagonistas de la cultura y la religión, maestros, gobernantes y deportistas—. Ábrete primero si quieres que los demás sean sinceros. Usa las llaves y ve dispuesto; que tus viajes desquiten el sueldo, chamaco. Aprovecha los encuentros e investiga lo que guarda la gente, porque a veces se reservan lo mejor de sí por miedo y terminan por convertir los sueños en secretos. El temor a la crítica es una mordaza. Sé un profesional justo y sincero, permite a los demás confiar en ti y hablarán contigo como le hablan al cielo.

Transité por estaciones de autobuses, ferrocarriles y aeropuertos. Escalé montañas y atravesé desiertos, navegué océanos y recorrí miles de kilómetros en búsqueda de las respuestas de los líderes del Universo.

—Los cuarenta y dos kilómetros más largos son cuarenta y dos centímetros, de la mente al corazón. Quien conquista esa distancia puede considerarse triunfador de la maratón de la vida —declaró en la entrevista el ganador de la medalla olímpica—. No conozco prueba más difícil que recorrer el trayecto que separa al corazón del cerebro, para superarla se requiere entrenamiento y valentía— concluyó el maratonista.

Por las noches reproducía las entrevistas grabadas y meditaba lo que oía. En ocasiones las respuestas contenían vanidad y me dormían, pero hubieron noches que no cerré los ojos de la sabiduría. La verdad bañaba las palabras y yo la

reconocía. Escuché enseñanzas que resonaban en mi interior a la primera y leí verdades que me parecían conocidas. Su familiaridad me permitía presumir que ya las poseía, posiblemente archivadas en una especie de memoria cósmica o en el ADN, un acervo espiritual patrimonio de la evolución.

Retomé el hábito de la lectura en los prolongados viajes de sitio a sitio. Conforme más y más leía fui capaz de distinguir en los libros las frases finas, percibía el arte que emana de la tinta, mezcla de sangre, lágrimas y delirios. Destazaba oraciones y esclarecía su sentido, las releía, las saboreaba y retornaba a lo mío. Por cada párrafo de un libro repasaba dos de mi vida, con los sentimientos a flor de piel. Recreaba escenas, revivía capítulos. Soltaba la rienda a los pensamientos, que galopaban como caballos salvajes en las laderas imaginativas y en las páginas en blanco en las que después de mucho tiempo comencé otra vez a escribirlos.

Al volver de cada viaje, en casa me aguardaba polvo y el buzón semivacío (o lleno, depende de la perspectiva). Los recibos del agua, luz, y una o dos cartas de Pauline solían esbozarme una sonrisa, pues de los primeros pagaba poco y por ella, definitivamente, algo sentía. Deseaba correr a sus brazos, quedarnos dormidos y chocar las rodillas, especialmente cuando leí:

> "Hace meses me lo preguntaste y apenas hoy te contesto. Acabo de darme cuenta que dejé olvidado mi corazón en tu apartamento. ¿Puedo ir por él o me lo traes tú de regreso?…"

Hay frases, instantes, personas, accidentes, sueños, convenios y sucesos que modifican el devenir de la vida. O de la muerte.

En mi caso, la declaración en la carta de Pauline me transportó en un soplo a aquel lugar sin nombre, domicilio conocido, a donde se llega sin necesidad de haber ido. Sin saber cómo o por qué. O por dónde. Sólo llegamos. Y cuando salimos de ahí, es igualmente sin pensar. Y cuando regresamos es *sinquerer*.

Un lugar sin nombre oficial al que popularmente se le conoce como la Tierra de los Suspiros, un estado misterioso en el que las mariposas vuelan libres, salvaguardadas por los enamorados que oxigenan los bosques a suspiros. Es una reserva natural que protege los defectos de los amartelados con el antifaz de la libido, donde la gente se despoja del pudor, los sentimientos y los vestidos. Las personas pasean desnudas, mostrando sus secretos y exhibiendo sus partes íntimas. Los sueños los exponen a la luz de las velas con vino. Del planeta entero es el punto más concurrido, lo pisan viejos, adolescentes, adultos y niños.

En la Tierra de los Suspiros uno es dos y dos es uno, las leyes de la lógica resultan inaplicables. En esta demarcación gobierna cupido, y quienes juzgan lo que ahí acontece, sufren las torturas del raciocinio. Las sentencias del corazón son inapelables.

La lengua oficial es el amor y el himno la canción de la primera cita. La bandera es invisible y los ciudadanos, aquellos que tienen los corazones entrelazados, le rinden honores por convicción propia. Es un territorio libre que condena la esclavitud y donde nadie entra a la fuerza. Las pistolas son armas prohibidas. Y las pantomimas. Los vinculados por la mente, los principios, las tradiciones o los intereses, son deportados tarde o temprano al País de la Fantasía, donde organizan fiestas de disfraces y maquillan las mentiras.

A diferencia de aquel país, en el que los hogares son prisiones, en la Tierra de los Suspiros la gente vive en nidos. Las moradas de este territorio sin límites (pero, eso sí, efímero) si son bien construidas resisten los embates del viento. De lo que deben protegerse es del transcurso de los besos, porque con el tiempo cambian de sabor hasta perderlo. Con un flechazo es imposible sobrevivir toda la vida.

Es por lo anterior que quienes pretenden defender a las mariposas de las plagas mortíferas del hastío, deben trasladarlas al Santuario del Amor, una reserva natural donde las alas reposan y el idilio es genuino. Allá los nidos se transforman en fortalezas y las parejas generalmente procrean niños. Juntos trabajan en solidificar los cimientos para resistir la furia de los huracanes y los siglos, aunque es cierto que hay tempestades y eternidades de las que es preferible huir.

—Eres lo mejor de mí y eso que no eres mío —me recibió Pauline en la puerta y me ayudó a quitar el abrigo—. Te extrañaba, ven conmigo —tomó mi mano que sudaba a cántaros y cerró la casa con seguro.

—Odio que me suden las manos —fue lo primero que se me ocurrió decir y ella sólo me observó y guardó silencio—. Desde la primera vez que te miré, el mundo es distinto —declaré con temblores en el corazón y las piernas—. Te convertiste en mi ilusión. Me gustaste y te apoderaste de mis pensamientos, me guiaste a la comida y me acercaste a un camino. Todas las noches me esfuerzo por soñar contigo.

—Me alegra y simultáneamente temo, quizá sea el pasado o el apego. Desde niña sufro el abandono y estoy acostumbrada al duelo, pero me da miedo sufrir de nuevo y espe-

cialmente que tú me lastimes. O me dejes. Sin ti de soledad me muero. Y mira que he vivido con ella toda la vida.

—La ilusión se intensifica cuando respiro.

—A mí las ilusiones sólo me han servido para desilusionarme. Sin embargo de ellas vivo y sí, al despertar, el primer bostezo que doy es de tu oxígeno, un aire de emoción frío que me congela el estómago y me revive el espíritu. Cuídame esta ilusión y jamás la asfixies.

Su aliento chocaba con el mío y sus senos tiernos rozaban mi alma. Mis manos, que ahora sudaban tibio, las sequé en su cintura. La dureza de sus pezones endurecía lo mío, que deseaba lo de ella. Nuestros labios se besaron y su falda cayó al piso para presumir unas bragas finas que estremecieron mi apetito y el deseo de profanarla. Con el dedo índice dibujé un corazón en su espalda y ella desabotonó mi camisa para calcarme en el pecho el mío. Callados y con el resuello excitado nos sobamos lo profundo y nos metimos al manantial donde confluyen las cascadas sagradas, que al final de la lid se convierten en un río. Nuestros cuerpos desnudos y olorosos se abrazaron en lo más hondo de ese remanso de paz que se llama paraíso.

XV
Los sueños dormidos

Entonces hice el amor. Las ocasiones previas fueron experiencias, pese a que algunas tuvieron lugar en el propio cuerpo de Pauline. Y es que las declaraciones transforman sentimientos y doblegan resistencias, como la fobia al sacrificio.

—Si el compromiso atentara contra la libertad, yo también desistiría —aceptó Pauline cuando regué mis miedos en el colchón—. Ni yo sacrificaría mi individualidad por compartir la vida contigo. Qué extraños son los hombres, se sienten amenazados por las mujeres. Lo peor del caso es que solitos se limitan, porque finalmente cada quien traza sus fronteras.

Su voz me trajo a la mente la de un ermitaño del Tíbet de quien leí anécdotas en un libro de gurús que me obsequió Charlie Boobles y a quien casualmente entrevisté cuando obtuve el nuevo puesto. La filosofía de aquel sabio influía en los cinco continentes entre cientos de miles de sus seguidores que practicaban la espiritualidad por encima de la religión.

—Si vivo encerrado y hablo de libertad es porque la libertad no es cuestión de espacios. La única cárcel de la libertad es la mente —respondió el anacoreta aquella vez en la entrevista a una de mis interrogantes—. Los hombres

somos esclavos de los pensamientos hasta que el coraje nos libra de sus cadenas. La libertad es ser, es un estado de gracia que el hombre alcanza cuando se conoce y se permite. Pero hay que tener paciencia, en alcanzar el conocimiento podemos tardar décadas y en expresarnos demorar vidas.

—Es un poco frustrante que tome tanto tiempo —intervine no muy de acuerdo.

—Parece mucho, pero descuide, cada quien marca sus propios tiempos. La libertad se forja decisión a decisión. Tome usted en cuenta que la única persona capaz de atentar contra nuestra libertad somos nosotros mismos, es uno solo el que se limita, porque ni el rigor de la policía ni la fuerza de los laudos son suficientes para encerrar lo que atesoramos en nuestros adentros. Nada ni nadie es suficiente para hacer a otro menos.

Luego de recordar las palabras del ermitaño volví a pegar mi vientre al de Pauline y le di un beso, agradecí sus palabras y ella cansada recargó su alma en mi pecho. Sobé la piel suave y adormilada de su espalda y jugué con sus cabellos, enredándolos y mordiéndolos, mientras vibraba con el eco de las voces que resonaban en mi lago interior.

—El manto del amor destapa los sueños —fueron las últimas palabras que recordé del viejo tibetano antes de rendirme también al cansancio que provocan los viajes prolongados y el sexo—. En los estados amorosos la luz de la armonía distingue con claridad los auténticos anhelos.

Por la mañana desperté y descubrí a Pauline contemplándome. Llevaba así un largo rato, admitió con una sonrisa amorosa. "No hay nada como descansar en una mirada de amor", pensé y cerré los ojos de nuevo, hasta que un en-

jambre de pendientes al rato me los abrieron. Tenía que editar textos, enviarlos a la redacción para publicarlos, reprogramar citas, correr al banco, subir a un avión, atravesar el cielo y reunirme con un alpinista que recién había conquistado el pico más alto del globo.

—¿Qué te gusta de mí? —cuestioné a Pauline, desorientado y concentrado en el espejo, en los gestos por los que deslizaba el rastrillo—. ¿Por qué yo?

—Tienes la letra bonita —respondió de la cama al lavabo con otra sonrisa—. Me gustan tus cartas, ellas me enamoraron. Y me gusta tu descaro, eres valiente y osado. Me gusta que arriesgas y que vuelas alto.

—No he arriesgado nada —reparé algo jodido—, la vida me ha puesto donde estoy. Soy lo que soy por mera casualidad y no soy quien he soñado. Espero no desilusionarte.

—¿Qué sueñas que despiertas contrariado?

—Mis sueños son tan caros que me cuesta contarlos. Tan elevado es su precio que empobrezco al recordarlos. De hecho, hace tiempo no soñaba, ignoro por qué hoy lo hago. ¿Será que la llama del amor sí enciende la mecha de los sueños apagados?

—¿Cuál es tu sueño imposible, Lukas? —preguntó y quedé callado—. Vamos, dime algo.

—Quiero brillar en los corazones de las personas —confesé avergonzado.

Ya no quería entrevistar, quería ser entrevistado. Se trata de un sentimiento superior a la ambición por las cámaras o los estrados, me refiero a esa pasión de la que la gente habla y que llena los estómagos, los vacíos y los años. Mi sueño era ser escritor.

Las historias que escribí de pequeño las escondí junto con mi diario en el armario del que fue mi cuarto cuando niño, donde igualmente encerré pilas de relatos y torres de cuentos que salían de mí y cuyo origen me era desconocido. En la adolescencia incursioné en el género de las cartas de amor, porque fui tímido pero enamorado, prendado a morir. Desde las ventanas de los autobuses me enamoraba de las que paseaban por las banquetas y en casa les dedicaba hojas con versos y cúmulos de halagos que asimismo resguardaba por aquella época bajo llave.

Acumulé tantas palabras que trabaron la puerta del clóset, así que, con una pala que pesaba más que yo, una noche cavé un hoyo en el jardín de mis padres y sepulté los cuadernos, los poemas, los sueños y la lonchera por la que se burlaban de mí en el colegio.

—Los sueños hay que sembrarlos, no enterrarlos —corrigió Pauline—. Son los anhelos del corazón y por lo tanto mueren hasta que él fallezca. Inclusive, aseguran por ahí que quien no los cumple en esta vida, regresa. Podrás mantenerlos dormidos pero un día despiertan y hay que darles cauce porque de lo contrario bloquean. Hay emociones que los despabilan y, efectivamente, el amor es una. También los accidentes, pero evita ser de los que hacen cosas buenas hasta que algo malo les sucede.

—A nadie le había dicho esto, Pauline.

—Los secretos son los tesoros del alma, supongo que por eso a veces la gente los entierra.

—Precisamente donde sembré los cuadernos, unos días después descubrí una planta que nacía de la tierra. Con los años se convirtió en un frondoso árbol del que pendían ins-

piraciones, unas frutas jugosas y rojizas cuyo sabor refresca la consciencia, la sed de ser. En ese lugar, donde los pájaros trinan y el viento jadea, reconocí la auténtica razón de mi existencia: quiero escribir y vivir de las letras.

—Son fascinantes los lugares que despiertan la pasión por la vida, porque así como hay instantes cuando los deseos se descaran, hay lugares donde se exhiben. La sensación de placer que entonces experimenta el alma es el vivo despertar de los sueños. Lucha por ellos, Lukas, vive de las letras, todo es posible por imposible que parezca.

—Sería arriesgado, carezco de lo mínimo para sustentarlos.

—Tienes corazón y manos, poco más es necesario.

Cogí presuroso la maleta y metí un par de mudas, adapté un texto y pasé en limpio una entrevista. Abordé un taxi y a continuación un avión que hizo escala en el País de la Fantasía, donde me bajé para desmontar la casa y decirle adiós a Olivia. Llamé por teléfono a la oficina para que el mensajero recogiera el trabajo que a mi jefe le urgía y tomé una copa de melancolía en el balcón.

En El Lupanar estrenaban cantante y pianista, unos vivarachos de chaleco y bombín a cuadros que amenizaban el tugurio y a las chicas, que ya cobraban por mover las piernas además de por abrirlas. Bailaban menos graciosas que encimosas con la clientela, que a media madrugada prefería discos de salsa que la música en vivo de los artistas, quienes para aquella esplendorosa hora habían ingerido un litro de tequila.

—Bueno, bueno, ¿ahora cuál quieren oír? —preguntó el vocalista a bocajarro por el micrófono, barriendo la lengua y atropellando a las bailarinas—. ¡¿Qué cuál quieren que to-

quemos, chingaos?! —insistió ante la apatía de las ficheras y los fichitas.

—La dos —respondió uno en burla.

—Esa ya la tocamos, pendejo.

El burlón, que llevaba invertidos tres París de noche y cinco canciones en una de las chicas, se abalanzó al cantante. Éste, bronco de carácter y bravo en las cantinas, le propinó una golpiza. Y como en El Lupanar las peleas resultaban insuficientes para frustrar la noche de los calientes, la pista se llenó de parejas al reventar el mambo las bocinas.

—¿Me concede esta pieza, señorita?

—Te concedo lo que quieras, bebé —me respondió Olivia finalmente emancipada de los usureros del cachondeo, que defendían a capa y espada hasta el último compás de las canciones que pagaban para embarrarle la lujuria en las nalguitas—. Ya cobro por bailar, pero ésta, como es la primera, es cortesía de la casa, papito.

—Tal vez después hasta por dar abrazos te paguen, los das bastante rico. Son reconfortantes y curativos —dije en broma a Olivia, aunque sí absorbían dolores y proporcionaban alivio—. Vengo a despedirme —le anuncié y expliqué las causas de la partida. Amaba a una mujer por la que a las demás renunciaría.

—Mucho bla, bla, bla y poco glu, glu, glu, —interrumpió el vocalista, quien relevado por los discos acechó a Olivia con otro tequila en mano y un boleto para raspar la pista y arrimarle el animal—. Ya se te acabó el veinte, *my friend.* Es mi turno con la chaparrita.

—Ora sí que fue un placer, papito. Vete por la sombrita, ¿sí, mi niño?

—Gracias, Olivia, por la experiencia y la compañía…

—¡Bueno, ya estuvo, *my friend*! Llevamos media pieza perdida —reclamó el tipejo.

—Suerte, bebito y que te… —concluyó, por el borracho interrumpida.

—Hastaelhuevo, *my friend*, y que te vaya bien.

Liquidé la cuenta de los whiskies que bebí en la barra y saldé el pendiente de las despedidas, apagué mi cigarrillo en el suelo y me retiré de El Lupanar, cuyas puertas cerré con un periodo más de mi vida.

XVI
El Reino de la Mente

When there's nowhere else to run
Is there room for one more son?
One more son
If you can hold on
If you can hold on, hold on...[29]

–La cima más alta es la mente —respondió el alpinista en la entrevista—, la mayor cúspide a la que un hombre aspira. Ni el Monte Everest la supera, por eso quien la conquista se convierte en el rey del mundo, en el dueño de su vida. La mente es la cumbre en la que piensa cualquier alpinista y para dominarla se necesitan años de entrenamiento y práctica. Vidas. El Pico de la Mente es el reto por excelencia de los montañistas y es el que justamente da nombre a esta región de cordilleras y valles, El Reino de la Mente.

—Existen doctrinas que sitúan al corazón por encima de la mente, ¿qué opina usted al respecto? —pregunté al escalador.

—En la vida hay discusiones sanas y dilemas sin sentido, el debate que usted menciona es un tema que desconozco a qué categoría pertenece. Lo único que al respecto puedo decirle es que la mente se conquista con el corazón y éste con la razón suprema que prescinde de entendidos. El corazón y la mente por naturaleza son amigos. Y entre amigos la estatura carece de importancia.

[29] The Killers, *Hot Fuss*, "All These Things That I've Done".

—¿A qué se refiere con que son amigos? —insistí en la discusión como típico periodista.

—Mire, mejor apague su grabadora y escúcheme bien —solicitó el alpinista y obedecí—. Hay muchas preguntas a las que uno mismo debe encontrar respuesta, sobre todo a las del espíritu. El día que alcance usted la cima, comprenderá que la mente la puso Dios arriba para inclinarse ante el corazón, para reverenciarlo, porque es gracias a sus agallas que se llega a la cúspide. Verá entonces que no es cuestión de alturas sino de corresponsalías y reposará la cabeza. Sólo allá arriba, donde las hazañas conquistan la cumbre del éxito, es posible confirmar que toda idea que la mente conciba, el corazón es capaz de parirla.

Con el espíritu emocionado y la razón perpleja, sobrevolé en helicóptero el reino. Las palabras de aquel tipo esperanzaron mi alma y los paisajes estremecieron mi cuerpo, las crestas arboladas de las montañas nevadas y abajo las depresiones, las hondonadas y los desiertos.

—Así es esta tierra de subibajas, de hoyos y de clímax —comentó el alpinista—. Hay dos polos, como en todo terreno, el positivo que es la Fe y el negativo que es el Miedo. Los pensamientos son el vehículo de la mente y así como pueden llevarte al norte, de igual forma pueden conducirte al suelo. Por eso es importante escoger con cuidado cuál abordar.

Mientras el piloto dirigía la nave a donde el aventurero señalaba, éste explicó que El Reino de la Mente cuenta con zonas vírgenes y desconocidas, y que la extensión de su territorio es infinita, pues los pensamientos, según decía, son ilimitados y a través de ellos el hombre es capaz de cruzar los océanos y las líneas que dividen las dimensiones.

—Los mundos subterráneos son otros de los destinos del pensamiento —prosiguió el alpinista—, y la gente suele sumergirse en ellos. Es fundamental tener claro que somos lo que pensamos y que llegamos a donde queremos —afirmó, suspendió la plática y se dirigió al aviador—. Vire por favor a su izquierda, tenga precaución con El Cañón del Miedo, es un fenómeno natural misterioso que atrae como un imán y paraliza el movimiento.

—Es inmenso.

—No es conveniente pasar cerca, muchas personas han desaparecido ahí sin dejar rastro —retomó la charla conmigo y apuntó al despeñadero, un barranco impresionante que de verlo perturbaba el sosiego. Generaba angustia—. Es un lugar peligroso, sus paredes detienen el cauce del mismísimo Río de la Vida. Imagínese usted, el curso de agua más poderoso del planeta se estanca en este sitio, del que únicamente lo liberan Los Vientos de la Fe, una corriente de aire tremenda que hace volar los estanques sobre las cuencas, permitiéndoles reanudar el camino al Mar de la Consciencia. Los Vientos de la Fe —puntualizó—, son una fuerza brutal que proviene del Polo Positivo y que impulsan a la humanidad a las veredas de El Destino. Son aires que revitalizan el alma, suspirares que renuevan el espíritu. Es la respiración y los latidos, es el aliento divino que inhalamos y que circula por los pulmones desde el principio de los tiempos. Es el *prana*, la fuerza de la vida. Es la confianza en el cielo, en lo que es, en los dioses y, sobre todo, en uno mismo, porque en el interior reside el universo, el dios al que se reza y la sabiduría.

El sol traspasaba las nubes como si fueran delgadas cortinas y el mensaje del alpinista mi piel. Su mirada, que parecía

ver el otro lado de las cosas, contemplaba un enigmático atardecer lila que combinaba con las jacarandas de las praderas, que pronto se convirtieron en un inagotable valle de ensueño en el que reposaban millones de cabezas.

—Debajo de nosotros se extiende el Valle de la Imaginación —señaló el alpinista—, oasis favorito de pensadores y cementerio de conformistas. Es un paraíso mental, cuna de pensamientos y criadero de fantasías. Es recomendable ir de día de campo, pescar ideas en el lago y marcharse enseguida, porque el Valle de la Imaginación es un lugar de paso y quien ahí se hospeda, peligra. Muchos mueren atascados en las mieles de su limbo. O desangrados por las garras de su encanto. La imaginación es una herramienta vital o un arma suicida —agregó el montañista—. Quien la usa debidamente atrae lo que visualiza, y quien abusa de ella a fabular se resigna. Y, por increíble que parezca, hay personas que prefieren fantasear a materializar lo que imaginan, porque el miedo y la ignorancia les impiden asimilar que con esmero, confianza y un esfuerzo mínimo, la imaginación es la visión anticipada de la vida.

De regreso volamos bajo y callados, el panorama lo permitía. El helicóptero casi tocaba la punta de las montañas y el montañista las admiraba como si fuera la primera vez que las veía. Pero en la cima de cada una permanecían sus huellas y la bandera de la conquista.

—Su mirada habla por sí sola —rompí el silencio para terminar la entrevista—, pero dígame, usted, ¿qué encuentra uno allá arriba?

—Una vista gloriosa de lo que hay abajo, porque por más montañas que se conquisten, la distancia al cielo sigue siendo

la misma. Cuando uno llega a la cima, recuerda cada paso de la cuesta, cada piedra y cada risa. No hay medallas que compitan con el sentimiento de haber disfrutado la subida —respondió y suspiró hondo—. En la cúspide uno descubre el sentido de la vida, incluso comprende que respirar es una maravilla.

Toqué el timbre de mi nueva vida y con una sonrisa abrió la puerta la mujer con la que la compartiría. Le platiqué del viaje al País de la Fantasía, de la casa que desmantelé, de la entrevista y de la paz y la esperanza que el alpinista transmitía.

—Es la parte estupenda de mi trabajo —reconocí a Pauline—. Y el sueldo, claro. Conozco personajes importantes y seres extraordinarios, pero definitivamente visualizo mi futuro en otro lado. Me gusta imaginar que escribo y que la gente me lee, me expando simplemente de pensarlo. Se siente bien decirlo, te lo confesé y te lo repito, quiero brillar en los corazones de los hombres. El problema es que desconozco si mis palabras contienen luz, sólo sé que cuando las atrapo me siento iluminado, favorecido por alguien que las incrusta en el techo donde las busco. Por eso necesito que las leas y me des tu opinión —hice una breve pausa y coloqué en sus manos un cuaderno engargolado especialmente para ella, el cual inmediatamente revisó—. Eres la primera en hojearlo. Es lo más reciente que he escrito, lo demás está sembrado.

Tardó una noche en terminarlo. Apaciguó mi curiosidad en la luz tenue del cuarto en el que por fin empecé a desahogar abiertamente mis sentimientos con la máquina de escribir. Trasnochaba, porque el día lo dedicaba al trabajo, pasaba horas

de la madrugada encerrado, inventando historias, llenando hojas por las dos caras y completando espacios. Navegaba sin remos ni herramientas a la suerte de la inspiración, una marea misteriosa cuyas olas de información bañan de mensajes y revelaciones al que escucha el crujir de la espuma del océano del silencio.

—Lo que escribes es —dijo por fin Pauline con la voz pausada y la expresión sobrecogida—, no sé, asombroso, brillante. Tus palabras, juraría que tienen vida.

—Algunas no son mías. Tampoco sé cómo explicarte, pero podría sospechar que alguien me las dicta.

—Eres un artista y a los artistas la inspiración los transporta más allá de sus mentes para recibir el mensaje de los dioses. Es un privilegio, los griegos lo decían y tú debes saberlo. Conozco muchos escritores, a mi padre entre ellos, y tú eres especial. Tienes talento y ese es el ingrediente extra que se necesita.

—¿No será que me quieres demasiado?

—A lo mejor, pero no es eso.

—Quiero darle un giro a mi vida, estoy cansado de mi trabajo y de leer en los periódicos lo que otros hacen y otros les critican.

—Olvídate de ellos —me interrumpió— y concéntrate en ti. Tú tienes la libertad de actuar en nombre de los designios de tu corazón y de convertir en realidad tus sueños.

—Te doy mi palabra que seré quien imagino y haré lo que deseo, dedicaré el tiempo a lo que me gusta y materializaré lo que con los ojos cerrados veo.

En ese instante, frente a ella, decidí renunciar a mi empleo. Presentaría la dimisión a final de mes para cobrar el

salario completo y sumar algo a los ahorros de mi cuenta bancaria, que calculé alcanzarían para mantenerme un año a un ritmo prudente, en lo que resolvía la fórmula para ganarme el pan escribiendo. Tampoco pretendía abusar de la disposición de la mujer que fomentaba mi pasión literaria, quien amorosamente y con el fruto de su trabajo ofreció sustentar la casa y los paseos con tal de que me enfocara en las letras.

Entretanto seguí con los viajes y las entrevistas. Los días libres dormía en casa, por las noches amaba a Pauline y de madrugada pasaba a máquina lo que en los traslados escribía a tinta. Por las ventanas de los trenes se metía el paisaje de los recuerdos, la infancia, la familia. En los aviones vislumbraba el porvenir y en los barcos las orillas de pueblos tranquilos que desde los balcones ven pasar a los que los miran quedarse.

Y como todo plazo se cumple, el calendario marcó el día 30. El día de la renuncia que acabó por convertirse en el día de la sorpresa. Desperté junto a Pauline, con alegría y nervios y con una noticia que cambiaría mis planes para el resto de mi existencia.

—Tienes que tomar algo, un *antiloquesea* o una píldora que lo desaparezca —recomendé a Pauline con tono de advertencia en cuanto me avisó que probablemente un bebé crecía en su panza—. Debemos eliminar cualquier duda.

—¿A qué te refieres? —preguntó desconcertada, aproximándose a la molestia.

—A que es urgente solucionar el problema.

—¿Cuál problema, Lukas?

—El de las sorpresas. Estoy en un momento crucial, a punto de abandonar el trabajo para dedicarme a escribir.

Coincidirás en que un niño es impensable para mí en esta época…

—Es decepcionante lo que piensas —contestó y lamentó mi propuesta—. Estás equivocado si crees que un hijo es un obstáculo para luchar por lo que sueñas, qué cómodo es echarle la culpa a los demás y frustrarte a sus expensas. Primero yo y ahora tu descendencia, ¿después a quién culparás de poner en riesgo la libertad que temes ejercer?

—¿Por qué arruinarnos el futuro, Pauline?

—"Es lo que dicta es lo corazón y yo no puedo ir contra él, todo el planeta contra mí y yo no puedo ir contra él. Es lo que dicta el corazón y yo no puedo ir contra él, no me abandones tú también. No me abandones tú también, es lo que dicta el corazón…"[30]

—¡Entiéndeme, por favor! Ponte en mi lugar un segundo.

—¡Y tú en el mío! Yo también tengo sueños, igual aspiro a mucho y tampoco estoy preparada para esto. Sin embargo, es la vida. Tal cual. Y la acepto, lo que no significa que renuncie a lo que quiero. Seguiré adelante, y si la sospecha se comprueba, yo me encargaré de quien venga. Si es lo que prefieres, despreocúpate y decide lo que te convenga.

Aquel diálogo quebró nuestras lenguas. Comenzamos a hablar idiomas distintos, dialectos que alejan. Olvidamos el lenguaje del amor y ninguno de los dos nos comprendíamos. La incomunicación nos hacía gritar, explotar y dispararnos ofensas, insultos que hieren de gravedad y matan de tristeza. Rompimos relaciones y yo casi me rasgo las arterias. Perdía fuerza y sólo quería dormir…

[30] Mercromina, *Desde la montaña más alta del mundo*, "Lo que dicta el corazón".

—Tienes un corazón grande, pero la sangre no fluye por tus venas —acusó el del turbante anaranjado y la túnica verde mientras yo me revolcaba en los pensamientos turbios del Cañón del Miedo.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —pregunté sobresaltado por su aparición abrupta y su apariencia excéntrica en algo que parecía ser un sueño.

—Qué rápido olvidas a los que te recuerdan —respondió con un acento enigmático que devolvió a mi memoria el recuerdo de sus barbas ralas y de los collares gruesos de oro que colgaban de su cuello—. Soy Muktán, guardián del Reino de la Mente, tierra de montañas y precipicios. ¿A qué debo esta vez tu presencia?

—Estoy perdido —respondí en todos sentidos.

—Estás en el Cañón del Miedo, la gran muralla que separa los sueños de los trofeos.

—¿Y cómo salimos?

—Abandonando el miedo y buscando la salida, la puerta mágica que transporta del Callejón de las Ilusiones a la Avenida de los Héroes, donde las posibilidades son infinitas.

—Yo no veo ninguna salida, únicamente miro mis sueños retorcerse de agonía.

—Por más que las puertas no se vean, ahí están. Es como las estrellas que brillan, sin nubes o con ellas.

—Está oscuro —contesté sin ver claro.

—¿Qué te asusta?

—Las responsabilidades —respondí refiriéndome a los hijos.

—La principal responsabilidad es uno mismo y ni los hijos ni las tormentas son causas suficientes para abortar la

misión por la que vinimos, ¿o crees que nacimos solamente para reproducirnos? Negativo, estamos aquí para cumplir un objetivo: el sueño de la vida.

—A veces hay que sacrificar los sueños por el pan de cada día.

—Los sacrificios son ritos del pasado, antiguas creencias. En el presente la plenitud está en nuestras manos y en la convicción que posibilita. Existe una ley que atrae lo que la voluntad determina, cree en ti y en lo que te anima y transmite esta información a las generaciones que provengan de tu amor.

—Es probable que una vida nueva dependa de la mía. Lo pienso, porque por increíble que parezca a ratos se me olvida, y la voz de la razón me dice que es un disparate apostar lo seguro por un sueño. ¿De qué va a vivir? ¿Qué le voy a dar de comer, anhelos o tortillas?

—Somos lo que pensamos pero no necesariamente eres lo que piensas —afirmó con un gesto de certeza—, así que sé tú y actúa con entereza. Dale el mejor ejemplo, que es la dicha, para que cuando mueras reciba la mejor herencia, que es la sabiduría. Demuéstrale a tus hijos qué es la felicidad, cuéntales de los sueños, enséñales que es posible vivirlos despierto y repíteselos hasta que sonrían.

XVII
El árbol de la noche triste

La prueba más difícil que enfrenta un hombre en la vida, es la del embarazo. Por lo menos en mi caso.

Con el estómago revuelto y los nervios hechos trizas, sin cruzar palabra acompañé a Pauline al consultorio de la ginecóloga. En la sala de espera las parejas se picaban las mejillas, los hombres sobaban las barrigas de sus mujeres y yo disimulaba detrás de una revista el miedo. Deseaba echar atrás el tiempo y postergar la paternidad. Desde el día de la noticia hasta la fecha de la cita, recé para que nadie habitara el estómago de Pauline.

Pero el fervor de los ruegos no mató la corazonada. Latía a doscientos por minuto y la doctora confirmó que nadaba dentro del vientre, en medio de una tormenta. Un ser aferrado a la vida con sus pequeñas manos, sus diminutos pies y con un largísimo ombligo, que ató a las entrañas igualmente valientes de la mamá.

—El cuerpo está aquí —dijo la obstetra y posó su mano en el abdomen de Pauline—, y el alma viene en camino. Las almas viajan en barco y tardan un poco en ocupar su sitio. ¡Una más en esta desbandada del siglo! —exclamó y nos explicó la razón del grito.

Según ella, el planeta se preparaba desde entonces para un cambio evolutivo, que acorde a sus augurios acontece ahora mismo. Aunque, aclaró, se ha venido gestando hace siglos. El Gran Cambio, como la doctora lo llamó, transportará a la humanidad a una dimensión superior a través de la consciencia, que expandirá el amor en el Universo.

—Todas las almas desean experimentarlo en vida —comentó—, por eso están naciendo tantos niños.

"Demasiados", pensé.

—Se trata de una subida de consciencia de tal magnitud que, en la actualidad, si acaso la alcanzamos con la muerte. Será un fenómeno sobrenatural nunca visto, los astros se alinearán con el cosmos y los cuerpos con los espíritus. ¡Ascenderemos sin morirnos! Por eso todos quieren estar aquí, para ser protagonistas y testigos.

A esas alturas del discurso yo preferí taparme los oídos, aquella mañana hubiera pagado lo que fuera por borrar este capítulo. Supliqué a Dios que quien viniera se quedara en el camino, sin embargo, y por fortuna, él también se tapó los oídos.

Por la creciente responsabilidad, resolví quedarme en el periódico y suspender la misión de mi vida, una resolución habitual de los hombres a lo largo y ancho del mundo: inmolarse en nombre de los hijos cuando es más bien por falta de bravura.

Comuniqué la decisión a Pauline, con quien las cosas andaban mal, y rechazó mi ayuda. Le expliqué que conservaría el empleo para mantener a la criatura y ella se empecinó en que le diera únicamente ejemplo.

—Tu razón suena a la voz del miedo —manifestó con desencanto—. Renuncias a tus sueños cuando es hora de sal-

varlos. ¡Muéstrale a tu hijo de lo que es capaz un hombre con coraje y entusiasmo!

—Millones soñamos y en cambio pocos, muy pocos, ven sus sueños cumplidos —contesté desilusionado, en la debacle.

—Esos pocos creen en sí mismos, el resto, temprano o tarde, se da por vencido. Para triunfar hay que confiar. En las buenas, en las malas y en las peores.

Ella sostuvo su postura y yo la mía. Insistió en criar al venidero niño y repudió el menor ofrecimiento de mi parte si no provenía de una auténtica voluntad de padre amoroso que gasta por cariño. Yo, relegado en un hotel, estaba resignado a asumir la obligación. Continuaría en el periódico y postergaría lo mío, pues mi cabeza descartaba la posibilidad de ser padre y a la vez uno mismo, aunque en el fondo guardaba la esperanza de que todo volviera a la normalidad. Rezaba de noche y a pleno día en la oficina para que un milagro devolviera al bebé a donde los fabrican. Me sentía despiadado y cruel, desgraciado, inhumano y simultáneamente maldecido, con el derecho a reclamar y a ser oído.

Pero ni el bebé desapareció ni yo duré mucho tiempo en la oficina. La vida, que lo que tiene de sabia lo tiene de canija, confronta y pone a prueba a quienes dicen haber descubierto a qué vinieron. Y, si es correcto, difícilmente permite que se aparten de ello. Querías tiempo para escribir, pues aquí lo tienes.

—Lukas, estás despedido, lo siento —me notificó el dueño del periódico una mañana lluviosa que destiñó mi cabello—. La gente ya no se interesa en tus reportajes, hoy en día prefiere noticias de asaltos y de muertos.

—Considéreme uno de ellos —respondí tupido de canas—, quizás mañana aparezca mi nombre en el obituario y la primera plana dedique las ocho columnas a la historia del exempleado que en el baño se colgó del pescuezo.

—Toca madera —propuso con la mano en la cintura mientras yo me mordía los dedos—, no es para tanto.

—¡Tóqueme los huevos, pinche viejo! —denosté al tipo ante la mirada atónita del también despedido Míster, que intentaba calmarme—. ¡Carezco de título, oficio y de un seguro de desempleo! ¡Y para colmo viene un hijo, qué voy a hacer!

—Ese es problema tuyo, no de este viejo pinchurriento —puntualizó y retornó a su privado, donde seleccionaba notas y cables que infundían miedo, *modus operandi* del noventa por ciento de los medios. Controlar y someter.

Desolado abandoné la oficina y de paso a Pauline y al niño que cargaba dentro. Atemorizado, huí a toda velocidad corriendo, atravesé la ciudad por las anchas calles que se angustiaban hasta llegar al aeropuerto y compré un boleto de ida a La Cuna, a donde los que crecemos lloramos por volver cuando un tema de adultos nos disturba el sueño.

Al aterrizar me sentí desalmado. Independientemente de que las almas viajen en tren, en *concorde* o en barco, la sensación nada tenía que ver con medios de transporte. Se trataba del maldito hueco por el que se fuga el alma, el orificio espiritual a través del cual se escapan también la energía, la vitalidad y el ánimo. Malestares de ese tamaño son síntoma de que las cosas están fuera de lugar.

Camino a casa de mis padres la neblina obstruía la visibilidad. Quedé paralizado ante la incertidumbre y con la mo-

ral engarrotada. Me angustiaba la imposibilidad de ver lo que había enfrente, lo que venía, el futuro. Lo que se aproximaba. Apenas veía mis pies, el instante único de cada paso y fue exactamente ahí, en el presente, donde recordé un consejo sabio de mi papá: "Cuando la niebla abrume la vereda, detén el andar y avanza con prudencia, centímetro a centímetro. Si el porvenir pinta borrascoso, concéntrate en el ahora. Aquí los obstáculos se sortean con mayor facilidad y los problemas son menos complicados que si los miras de la lejanía, desde allá las dificultades se magnifican. Paso a paso y segundo a segundo, llegarás al futuro, al lugar donde lo inesperado te espera".

Y así llegué, de manera inesperada, y así me recibieron. Entré al hogar donde crecí y estaba lleno de familia. Y de floreros. Tarjetas con buenos deseos amontonadas en la mesa del comedor y amigos antaños de mis padres ocupando sillas y ceniceros. Me zafé de por lo menos diez abrazos para llegar al cuarto donde papá moría.

—Llegas justo —dijo mi madre sin mirar el reloj—. Estuvimos marcándote y nadie contestó el teléfono, tu padre lleva varios días mal y pregunta por ti todo el tiempo. El carbón de las minas envenena la sangre —concluyó y con una respiración profunda contuvo lágrimas que enlodaron sus ojos somnolientos.

—Sucede lo mismo con el hastío de cualquier empleo —musitó él con esfuerzo cuando lo saludé en la cabeza con un beso—. Las ilusiones podridas contaminan el cuerpo y quien odia lo que hace termina enfermo.

La impresión me quitó el habla y la tristeza el aliento. Me faltaba tanto aire como a él y tantas cosas que decir. Será

que frente a la muerte sólo perdura lo esencial y se desvanecen los miedos idiotas, las preocupaciones banales y los proyectos, o será el sereno, pero lo único que me nació decirle fue que sería abuelo.

Papá comenzó a llorar y Tita, encorvada y ancianita, le secó la cara con un pañuelo.

—Qué ganas de conocerlo —sollozó y miró a mi madre bañado en sentimientos—. Necesitaba una noticia de éstas para irme contento.

—Si resistes podrás arrullarlo y contarle cuentos. Por favor, inténtalo —le supliqué y rogué a Dios por ello.

—No es cuestión de intentos, simplemente es el momento —explicó convencido y con sufrimiento—. La vida es la carretera por la que unos llegan y otros volvemos. Vivimos en constante movimiento, la circulación es la norma suprema del orden cósmico. Y es que todo tiende a un orden lógico, al resultado de tanta vuelta, de tanto mareo, de tanto insomnio, de tanto apretar los puños, de tanta lágrima y tanta melancolía.

Aquella noche, la última que respiramos el mismo oxígeno, resucitamos memorias y con las palas del perdón enterramos disgustos pretéritos. Ofrecí una disculpa especial por el distanciamiento, que si bien no es crimen sí provoca arrepentimiento.

—Es otra norma del Universo —suavizó papá el hecho—, los hijos crecen, parten y se hacen viejos. Es la naturaleza, aunque los padres siempre los miremos pequeños. Es la evolución, la ley natural: la salida del sol y el azul del cielo, los cambios y el amoldamiento, los huracanes y la paz, los códigos y romperlos, la luna y los alumbramientos… La muerte es nacer de nuevo… —hizo otra pausa y cogió aliento—. Por

extraño que parezca, los desastres son descubrimientos y los laberintos resultan ser caminos perfectos.

—Papá, te quiero —alcancé a decirle—. Gracias por tu cariño y por todo lo que me diste.

—Al final todos los puntos del trayecto los une una línea mágica llamada reconocimiento, y si morir es tejerla, entonces estoy muriendo… —deliró encandilado por la resolana de la muerte—. Veo la luz, la claridad de los misterios, el porqué de cada acción y la razón de cada puerto. Es deslumbrante… ahora entiendo.

Enseguida abrió los ojos y pintó un gesto que lo decoloró. Mamá cogió sus manos y lo acompañó hasta un puente de rosas por el que cruzan los que retornan al edén, según la visión que la aproximó al espacio donde me contó que mi padre se fundió con la luz, un sitio probablemente similar al que conocí cuando lo de Luli. La sala estaba acondicionada y lista para el velatorio.

Conforme creces percibes objetos y situaciones que de chico inadvertías. Afuera de la casa, por ejemplo, había un gran árbol al que jamás presté atención sino hasta esa noche. Y adentro, la sabiduría de un hombre que merecía mi respeto por el simple hecho de obsequiarme la vida. Es común y una lástima darse cuenta de algo hasta que lo necesitas. Pero así es y seguramente será.

Salí a respirar y lo hallé solo, azotado por el vendaval. Estreché al viejo sauce, lo veneré y lloré como hacía años no lo hacía. Únicamente nos hacía compañía el otro árbol, el de las inspiraciones. Mis pensamientos se chorrearon con la lluvia y los temores con las cenizas. La muerte es una referencia del tiempo y además un detector de mentiras,

pues cierto es que al dolor de su tortura únicamente subsiste la verdad y lo superficial abdica. Cerca de ella las prioridades son nítidas. Entonces, Pauline y quien jugaba en su vientre fueron clarísimas.

—La muerte abre los ojos —dijo Tita—. Conozco tu mirada, está perdida.

De inmediato solté el árbol y ahora la rodeé con mis brazos a ella. Presentí que también pocas veces después de ésta lo haría.

—El orden cósmico es el caos de mi vida, pero vivir sin ellos es la ruina.

—Desconozco qué suceda, viejito, pero búscala. Se necesitan.

Pasé una semana en el pueblo añorando a papá, ayudando a mamá con los trámites póstumos y haciéndoles compañía. Luego renté un coche y manejé la morriñosa autopista del regreso, esa de los paisajes de pendientes que devuelve a los viajeros donde habitan. De madrugada apagué el radio, entre pueblo y pueblo la señal se interrumpía, abrí la ventana y encendí el penúltimo cigarrillo de la cajetilla. Soplé el humo al cielo y tras años de ausencia, entre cientos de estrellas, reconocí la mía. Brillaba encima de la ciudad en que Pauline dormía.

XVIII
La Ciudad de los Niños

Children wake up
Hold your mistake up
Before they turn the summer into dust…[31]

Tardó Pauline lo que dura el segundo trimestre de la gestación en perdonarme. Al séptimo mes por fin toqué su panza hinchadísima. La acaricié con la precaución y el cuidado que emplea el que por vez primera soba un cetáceo en una excursión marítima.

—¡Acércate bien, ni que fuera una ballena! —exclamó Pauline con un coraje repentino que asustó a la criaturita, quien contorsionándose como artista de circo propinó manotazos y patadas que casi le traspasaban la piel—. ¡Me está rompiendo una costilla! —chilló con las hormonas desquiciadas y la barriga contraída. Y bastaron escasos minutos para que recuperara el tono suave y la delicadeza que la distinguía—. Háblale, Lukas. Es tu hijo, dile que lo quieres. Pega tu boca a mi ombligo.

—Hola… ¿niño? Hola, hola.

—Platícale con ternura, Lukas. Cántale…

Dos fenómenos curiosos son notables en el embarazo: la cronicidad de la bipolaridad femenina y la proliferación de mujeres en cinta. Es increíble percatar la cantidad de féminas en estado que caminan por las calles. ¡Son miles!

[31] Arcade Fire, *Funeral*, "Wake up".

Y las carriolas ni se diga. O es la conciencia que identifica a los iguales, o si no es la estampida de almas que la ginecóloga aducía.

—¡Ya viene, Pauline, ya viene! ¡Puja, dame lo mejor de ti, vamos! —motivaba la doctora en la sala de expulsión a una mujer que se desgarraba hasta los ojos por dar a luz—. ¡Es una niña! —avisó después de siglos.

Mi bebita lloraba sobre el pecho de Pauline, y ella y yo lo mismo, pero de felicidad, no de susto. Nos zambullimos en el pozo de las lágrimas y tocamos con las plantas de los pies lo profundo, el fondo sagrado de la existencia. Nos unían las manos mojadas, una hija y las venas. La doctora la limpió, la arropó y le cubrió la cabecita con un gorro.

Bastó que saliera de las entrañas de su mamá para que entrara en mi corazón. Desbordado por el amor súbito, la admiré y elevé una plegaría, "que siempre viva", besé con delicadeza su oreja y le di en secreto la bienvenida. Imaginé que el primer mensaje que recibiera sería la misma frase que pronunciará al final de su vida.

La subieron a un chequeo de rutina y en un rato breve que transcurrió lento la bajaron saludable al cuarto. Pauline dormía como un ángel cansado y yo aproveché para decirle a Sofía que lo sentía.

—Hija —enfaticé el poderoso vocablo y el significado resonó y vibró como un diapasón en mi espina—. Cielos, es fácil decir la palabra y misterioso asumirla, sobre todo cuando estás acostumbrado a ser hijo y no planeabas ser padre —le confesé con la voz cortada y la culpa crecida—. Por favor perdóname, si hubiera sabido que te iba a amar tanto, nunca habría pedido lo que pedía. Mis planes eran distintos y el

miedo me carcomía. Temía responsabilizarme de mí, imagínate de una hija. Después mamá y yo peleábamos y a veces creíamos que ni nos queríamos —y continué enumerando razones que en nada me justifican—. Ahora estamos seguros de nuestro amor, así que siéntete muy tranquila. Te ruego me perdones, hoy eres la persona más pequeña que conozco y la más importante de mi vida. Sé bienvenida.

Entonces me miró fijamente con sus ojos nobles y antes de cerrarlos me regaló una sonrisa de la que nadie sabe. La contemplé dormir, cada tres horas despertaba de hambre a alaridos, y de nuevo dormía. Entonces le cuidaba la respiración y le revisaba los ruidos.

Independientemente del mal dormir, la llegada de los hijos supone para muchos padres el trastorno de los sueños. Los padres deseamos todo para ellos y, por lo que consideramos su bien, somos capaces inclusive de matar nuestros anhelos, uno de los peores crímenes de la humanidad y un error que muchos cometemos casi por costumbre, por códigos viejos.

Pauline, el ser que mayor confianza ha depositado en mí, se empeñó en que dedicara mi energía a lo mío, a escribir, a transformar la susceptible realidad con cuentos. Yo me negué y decidí buscar un trabajo seguro.

—Es un gesto muy noble de tu parte, aunque bastante absurdo. El día que confíes plenamente en ti el mundo será tuyo —dijo con pena por mí—. Sin embargo, te respeto. Las decisiones esconden un porqué en el presente que suele descubrirse en el futuro, ojalá sea el caso.

Los gastos aumentaban, los ahorros disminuían y el ansiado trabajo no aparecía. Me preocupaba que faltara leche en

casa, ropa o comida. Los recurrentes juguetes comenzaban a aburrirle a la nena y a mí las veinticuatro horas del día, que en vez de destinar a escribir, las dedicaba a preguntarme lo que de nosotros sería. Recorrí íntegros los medios, las oficinas de prensa, las editoriales, los periódicos y las revistas y nadie solicitaba reporteros o cuentistas. ¿Qué más era yo?

Ni el mismísimo Míster logró ayudarme, en su nuevo trabajo no había ninguna vacante disponible y sólo pudo ofrecerme un préstamo a largo plazo y sin intereses que me salvó por unas semanas del agua que me llegaba al cuello.

Una madrugada los nervios me escupieron de la cama y salí todavía a oscuras a la calle a ver si era cierto que a esa hora Dios ayuda. Probé suerte en la sección de avisos de los diarios recién impresos y nada. El panorama era desolador y todo alrededor era desempleo, porque como miras ves y porque afuera es el espejo de adentro. Por ende, las oportunidades continuaban inconscientes y las posibilidades anestesiadas por el miedo.

Caminé desesperado y me alcanzó el mediodía. Al rayo de sol anticipé que tomaría lo primero, la primera oferta, buena o mala, con lo que fuera me conformaría. A escasos metros, en la ventana de una pollería, un cartel decía "Se busca censador de pollos". Yo tampoco sabía lo que significa.

—Es sencillo —explicó el pollero y de un costal cogió de las patas un par de aves con el pescuezo retorcido—, tienes que identificar cuál es macho, cuál hembra y separarlos.

Cada tarde regresaba a casa oliendo a pollo. O a gallina. Según la cantidad de animales inspeccionados la paga correspondía. Rápidamente me convertí en el censador de pollos más veloz de la entidad y recibí propuestas de diversas po-

llerías. Estaba por aceptar una interesante cuando surgió el virus de la gripa. Sí, los pollos del mundo se enfermaron y, de pronto, la venta de su carne estaba prohibida.

Sofía, ajena a cualquier contratiempo, gozaba de la vida. Ella dormía, comía, vomitaba mis camisas, ensuciaba sus pañales y volvía a dormirse a expensas mías. Así es la Ciudad de los Niños, asimismo conocida como La Mancha, y es precisamente en esta localidad de lamparazos en la ropa de los padres, donde los seres humanos comprendemos que lo grande de la vida es lo chico.

Los dos la amamos como a nadie, la cargamos, la alimentamos, la bañamos y la protegimos. Ella, por su parte, vivía segura de que no le fallaríamos. Incluso desconocía el término fallar, el de carencia, injusticia y el de jodidos.

Todavía no hablaba, tenía apenas meses, y daba por hecho que si pedía recibía, porque en su mundo, en su ciudad, reina la seguridad y gobierna la providencia. Divina o paterna, santísima en ambos casos, procura a sus habitantes y les suministra lo que se les ofrece. La confianza que deposita un bebé en la naturaleza se llama entrega, que es ponerse en manos de Dios y de quien abastece la despensa. Ésa inconsciente gracia innata de los niños, que a los adultos nos cuesta reponerla, es la que genera milagros y solventa carencias.

Por supuesto existen realidades adversas, criaturas que sufren y mesas hambrientas. El mundo es una concurrencia de escenas y todo cabe en esta película luminosa y oscura, de terror y comedia. La Tierra tiene dos hemisferios y lo que aquí es abundancia allá es pobreza. Y viceversa. Mas en las ruinas y la riqueza, en los castillos y las coladeras, y en los extremos más opuestos del planeta, los bebés poseen

una coincidencia: la inocencia, esa especie de confianza a la décima potencia.

Los años son los que hurtan esa gracia tan preciada y los que a preocuparnos nos enseñan. Yo particularmente me alarmé con la mentada influenza. La fiebre aviar fue mi quiebra. Vacié la chequera, empeñé promesas y de plano tuve que ayudar al municipio con la limpieza. Diario, antes de que el gallo amaneciera, recogía de las fontanas las monedas que los turistas avientan. Las fuentes de recursos en las plazas públicas son inagotables.

Con el cambio aún húmedo, liquidé el recibo atrasado del agua, el del gas y la cuenta de la tienda. Faltó para la luz pero sobró para que un electricista reconectara los cables y me explicara cómo hacerlo si los de la compañía volvían a cortarla.

—Es muy simple, Sr. Duncan. Mire usted, hay dos cables y cada uno transporta una fuerza, la positiva y la negativa. Separadas son inocuas, el milagro ocurre cuando se juntan. No es que una sea buena y la otra mala, solamente se trata de dos poderes diferentes que de manera conjunta producen la perfección. Es indispensable mantenerlos unidos para conseguir el equilibrio y permitir que fluya la energía por la toma de corriente —concluyó y subió el interruptor.

Mantuve en secreto la procedencia de las finanzas y la revolvencia de los créditos, finalmente Pauline podía hacer poco debido a la crianza y al embarazo nuevo. Sí, esperaba otra vez. Inesperadamente, en efecto. Por consiguiente le evité angustias que reservé para mí y mis manos sudorosas que se desmoronaban de los nervios.

—El electricista tardó demasiado en que la tele sirviera —le comenté con un hueco en el estómago y una sonrisa a me-

dias—. Al rato regreso, voy a trabajar —me despedí y la besé en la boca con la mañana todavía apagada.

—Tranquilo, vamos a estar bien y pronto podrás levantarte a la hora que el sol quema.

—Antes que el despertador suene hay una pregunta que invariablemente me despierta —confesé y encendí la lámpara del buró para que me viera—. Ya me dijiste una vez tú por qué, ¿pero tendrás alguna idea de por qué me escogieron mis hijos?

—Quizá porque también les gustan tus letras —respondió con un tono especial que expandió mi sonrisa de oreja a oreja—. Si es posible elegir, sería mejor que te preguntes por qué las escogiste tú a ellas. Porque déjame decirte que soñé que era niña.

—¿No les da miedo un padre que a penas completa para la renta?

—Asusta más tener uno que te desprecia. Te lo digo por experiencia.

Por el portal de los imprevistos salió papá de este plano y entró mi descendencia. Es la misma puerta por la que la mayoría llega y parte, el umbral a través del cual se abre paso el orden cósmico con el propósito de mover piezas y revelar el motivo de la vida, aunque a primera instancia parezca que su cauce salvaje obstruye futuros y destruye expectativas. Y es que en condiciones extremas la implacable corriente de este río místico derrumba planes y arroya sueños, y es entonces cuando hay que soltarlos para no ahogarse con ellos. Una vez que las aguas retornan a la calma, entonces es tiempo de rescatar los que sobrevivieron.

El contacto con la muerte y la vida orientaba con frecuencia al cielo mi vista. Con la mirada allá fija, preguntaba si había hecho bien las cosas, si los merecía. Esto de la paternidad es una confrontación continua con Dios y, sobre todo, con el espejo. Por las noches, mientras Pauline dormía, recargaba con suavidad mi oreja en su panza y oía. Establecí una comunicación muda con el bebé, como la que un vivo utiliza con los muertos y con aquellos que desde otra dimensión nos escuchan independientemente de que aparentemente callemos.

Al escuchar su vientre reflexionaba y lo comparaba con el cielo. Sigo convencido de que en los embarazos adentro es arriba, debe ser tal la paz en esas aguas que los bebés seguramente poseen un grado superior de consciencia, similar al de los guardianes y los guías. Tengo la sensación de que mientras están ahí poseen sabiduría. Probablemente conozcan las respuestas, sepan quiénes son y a qué vienen. Quizás una vez que ocupen su cuerpo, el primer rayo de luz los ciegue y lo olviden. Y a lo mejor de eso se trata la vida, de recordar.

—Amor, salud y dicha, hija —murmuré en su oído enseguida que cargué a la preciosa bebé que soñó Pauline—. Y toneladas de dinero, que la vida sea bondadosa contigo y que cumplas tus deseos.

Afortunadamente nació en verano, la temporada alta del turismo, y las fuentes además de estar repletas de agua estaban llenas de monedas. Pesqué el dinero suficiente para comprar juguetes y saldar deudas justo antes que instalaran cámaras de seguridad en los zócalos y las plazoletas, lo que otra vez dio al traste con mis menesteres. Pero también por

suerte alcanzó hasta para el traspaso de un negocio, una vidriería, que ahí más o menos nos sacaba de apuros y nos libraba de emergencias.

En mi caso los efectos postparto fueron alucinógenos. El nacimiento de mis hijas distorsionó temporalmente mi visión del mundo y por las avenidas transformaba en bebés a los adultos. La metamorfosis diluía las preocupaciones de sus caras, los celos de sus pupilas y los corajes de sus músculos. Los oficinistas estresados gateaban risueños en pañales y chocaban sus biberones por mero gusto. La prisa estaba prohibida, y los insultos. La gente se saludaba sin conocerse y las embarazadas provocaban tumultos.

De un lugar así de peculiar somos todos oriundos. Es la Ciudad de los Niños, la más natural y auténtica del orbe. Una tierra bendita y espontánea, exenta de artificios y tipos rudos, un sitio extraordinario al que extraordinariamente tienen acceso los maduros, bajo advertencia de portar a la vista el gafete de la sencillez, porque los complicados son personas non gratas en esos rumbos. Y los controladores peor tantito.

Sofía y Galia jugaban encantadas en ese mundo mágico al que entraban con la llave del asombro, donde es normal hablar con animales y que lloren las muñecas. En aquella ciudad en la que la lógica no aplica, es posible que suceda lo que un niño imagina. Yo disfrutaba contemplarlas, saludaban a las plantas, besaban los retratos, trinaban como pájaros y con lengua y paladar galopaban cual caballos. Yo, de repente, me convertía en león. Ellas gritaban de euforia en vez de intimidarse y me mordían suavecito.

Con sus hijos el rey de la selva es un manso gato. Pero cuando otra fiera se les acerca, cuidado. En los parques

pellizqué varios escuincles que le pegaron a las mías y disimuladamente pisé otros cuantos. Si con los conocidos da coraje, más con los extraños. En lo que terminaban de sollozar y explicaban con el moco aguado a sus mamás lo acontecido, de mí no quedaba rastro. Rápido cargaba a mis crías y a comprar un helado. Según Pauline estaba mal que un papá hiciera eso pero yo le decía que ni modo que me cruzara de brazos.

Y me daban ganas de hacerle lo mismo a la multitudinaria manada de primitos grandulones y aprovechados que de repente les salieron a Sofía y a Galia de debajo de las piedras. Ni Pauline ni yo teníamos hermanos y de un día al siguiente nuestras hijas estaban plagadas de primos. Y tías, por supuesto. O vivimos engañados y nuestros padres ocultaron familia, o las amigas de Pauline eran una sarta de viejas ridículas. "¡Besito a tía, besito a tía!", alardeaban cuando veían a las niñas, y Sofía: "No, guácala". Galia todavía no pronunciaba palabra y a cambio las recibía con sendos cachetadones cuando le arrimaban la cara. Sonaban como aplausos, y Sofía: "¡Bravo, bravo!"

Pauline traumada regañaba a las dos y las ex-tías fingían irrelevancia con palpitaciones en la mejilla. Mi madre y Tita gozaban las anécdotas y cada travesura la celebraban como una nueva gracia. Las adoraban, y por grave que fuera la fechoría la festejaban. Las consideraban simpáticas, guapas, precoces, inteligentísimas y mejores que el resto. Superiores, para acabar pronto.

Cada visita mamá llegaba con globos para sus nietas y Tita con serpentinas. Si nosotros íbamos a la casa a la que se mudaron juntas, a media sala la querendona abuela les construía tiendas de campaña con cojines, cobertores y

sillas. Y ahí, en la alfombra, las tres dormían. Tita por la edad prefería su cuarto y Pauline y yo por comodidad el de visitas.

Mamá llegó a querer a Tita como a la madre que perdió de pequeña en el mismo accidente en que falleció su papá. Por su parte, Tita, estoy casi seguro que la prefería a ella que a sus propias hijas, quienes le provocaron muchos dolores de cabeza y bastantes disgustos. Por lo mismo del choque, mamá no alcanzó a tener hermanos y creció cuidada por tías verdaderas (consanguíneas), por lo que igualmente Pauline y ella se hallaron parecidas y forjaron un cariño que sobrepasaba la política.

La última ocasión que abrazamos a Tita fue en el segundo cumpleaños de Galia. Días después mamá nos avisó que había muerto.

—Murió dormida, en un sueño —y nos contó que seguramente lo presentía, pues días previos le confió varias cartas con la instrucción de repartirlas a su deceso.

Querido Lukas:

A estas alturas (rézale a Dios por que esté arriba) ya sabrás por qué omito el lugar y la fecha. A cierta edad el tiempo y las ciudades ya no importan demasiado. Con los años las fechas y los acontecimientos se olvidan y lo único que permanece en la memoria son los asaltos del corazón. Tú me lo robaste a brincos, cuando de chiquito saltabas de alegría de verme.

Es chistoso, los viejos poco a poco le vamos perdiendo el miedo a la muerte y en cambio comenzamos a sentir una

curiosidad indescriptible cuando pensamos en ella. ¿A dónde iremos, viejito?

Cuando leas esta carta yo ya estaré allá, dondequiera que sea. Te digo que no sé dónde, nada más sé que está cerca. Es una costumbre hacerme preguntas de esa clase, quizá debí ahorrarme algunas y disfrutar más la existencia. De todas maneras viví en la ignorancia y sospecho que será hasta el final, si acaso, cuando reciba las respuestas.

Si cuando llegues a anciano tu cerebro es carcomido por las termitas del olvido, simplemente imagina que un día fuiste bebé y luego niño. Por más recuerdos que hayan comido los bichos, la sensación de la infancia volverá y te sentirás tranquilo, porque sólo los bebés y los niños saben la verdad: no hay nada que saber.

Te voy a extrañar, Lukas. Y a tus tres princesas. Si me es posible te las voy a cuidar, especialmente a las niñas cuando anden en bicicleta. Qué susto el de aquella vez, ¿te acuerdas?

Adiós, viejito.
Te quiere,

Tita.

XIX
El Reino de las Casualidades

El negocio alcanzaba para que la libráramos. Sin embargo, mes con mes es cansado rayar la línea. Con mujer y dos hijas llega un momento en que librarla es sufrirla. El ingreso es insuficiente cuando los gustos ascienden a la categoría de lujos. Y para eso no daba la vidriería.

Habíamos colocado bastantes cristales en la zona, en casas que remodelaban y en edificios que construían, en comercios, restaurantes y en cualquier ventana vacía. Yo y los dos chicos que contraté, abordábamos a los arquitectos en las obras y los convencíamos. Buscábamos pedidos por doquier y el día íntegro nos movíamos.

Pero llegó un punto en que la totalidad de las ventanas tenían vidrio y ya únicamente de los accidentes dependíamos. De repente nos generaban trabajo los pájaros atolondrados y los tremendos granizos. Los temblores, los cantantes desafinados y basta, así que con tal de sacar para los gastos, me vi forzado a implementar estrategias de mercado, digamos distintas. Al dúo de achichincles los mandaba a jugar fútbol en plena calle, con la consigna de que hicieran escándalo y chutaran al infinito.

De veinte zambombazos uno tronaba vidrio y al estallido los dos corrían como gatos despavoridos. Actuaban tan

bien que pasaban inadvertidos, la gente juraba que se trataba de galopines futboleros y con una mentada a la distancia los dejaban ir vivos. En *ipso facto* sonaba el teléfono del negocio y yo sobaba mis bolsillos.

La seductora tentación de acumular, luego me convenció además de arrojar piedritas. Disparábamos con resorteras a los cristales desde el follaje seco de los terrenos yermos y con la marca de la alevosía los rompíamos. Las ventas aumentaron significativamente y en casa satisfice inclusive los caprichos.

Planeaba cuidadosamente los ataques y cuando iba a repararlos oía a las personas especular por qué habría sido. Deducían que se trataba de venganzas o de cuentas que debían, cobradas a lo chino. Culpaban a enemigos inocentes y nunca nos descubrieron, excepto la vez que estrellamos los ventanales de la mansión de un nuevo vecino.

—Miren nomás, quién lo diría —ironizó uno de los policías que nos atrapó entre la hierba con las municiones en la manos y las tirachinas—, el de los vidrios es el de la vidriería. El diablo en persona con cara de angelito, cuando la gente se entere te vas a ir al infierno derechito.

Y allá fuimos. Los dos pobres achichincles y yo en calidad de detenidos. En los separos confesé el delito, me declaré culpable y expliqué que ellos solamente habían obedecido. De cualquier forma ya habían vomitado la sopa y estaban libres. Y yo hundido, en una celda húmeda evocando el encierro en la clínica cuando niño, aunque esta vez bien merecido.

Del interrogatorio y el remordimiento me dolía hasta el apellido, sobre todo cuando Pauline asomó por los barrotes

una fotografía de las niñas abrazadas conmigo, risueñas, rubias y con los ojos incorruptibles, bien fijos en los míos. Parecían sentir orgullo y admirarme como a un ídolo.

No parpadeaban, no dejaban de verme, sostenían la mirada con la tenacidad con que contemplan exclusivamente los niños, puesto que mirar fijamente y sin pestañeos no es para ellos un reto, sino un instinto. Con los ojos reciben y transmiten y, sin pensar, simplemente observan, sin emitir juicios.

Mi mujer lloraba afuera y yo adentro. De la vergüenza ni siquiera podía verla, quería que la tierra me tragara o que ella me escupiera. Me sentía fatal y apreté las quijadas y los barrotes de la jaula para evitar que las lágrimas se escabulleran.

—A veces hay que golpearse con las últimas consecuencias —reflexionó Pauline, alzó mi cara y acarició mis manos tensas, que continuaron aferradas a las barras oxidadas de la celda—. Tienes que salir de aquí —imploró y tiró la foto a mis pies—, como sea eres lo más importante para ellas. Y para mí.

—Soy una mierda.

—Sobreponte a esta prueba, tus hijas están en casa y el futuro está allá afuera.

—Esto es un castigo, no una prueba —corregí y me di la media vuelta—. Déjame solo y ve con ellas, este sitio no es para ti.

—¡Las tres te necesitamos, date cuenta! —gritó y se quebró como una presa.

El agua doblegó mi resistencia y lloré con la misma fuerza, desesperado y arrepentido, dispuesto a perder lo que fuera excepto a las tres mujeres por las que nací y por las

que la vida devolvería si en una demostración de amor me la exigieran a cambio. Entonces le pregunté si no estaba desilusionada de tanto que le había fallado, y luego de meditarlo unos instantes respondió que para desilusionarla de a de veras hacía falta otro tanto.

—Lukas, a pesar de los pesares te amo. Y sí, creo en los milagros —añadió cuando le dije que si quería que saliera, rezáramos—, gracias a uno nos conocimos y acá estamos —remembró y de su bolsa cogió y me devolvió el papel del mago.

—¿Sabes? —cerré los ojos y sentí en el alma un deseo gigante del que mis partículas se llenaron—, quisiera desaparecer de aquí y entrar por la puerta de la casa con tres flores y un abrazo.

A la mañana siguiente en el juzgado, Su Señoría golpeó la mesa con el mazo.

—Los juicios son la condena de la humanidad —manifestó en voz alta a los presentes e inmediatamente se dirigió a mí—. Empero, usted hoy se ha salvado, déle las gracias al señor, que levantó los cargos —y señaló con su bolígrafo dorado a un tipo totalmente desconocido para mí, quien se aproximó en cuanto los guardias me zafaron los candados.

—Usted no me conoce, pero estamos a mano. Soy Procopio Franco y gracias a un artículo suyo soy millonario. Soy el hombre más rápido… —asintió e hizo una pausa breve que me fue suficiente para ubicarlo.

Hacía años había publicado en el periódico un reportaje de aquel maratonista que en una entrevista declaró que "los cuarenta y dos kilómetros más largos son cuarenta y dos centímetros, de la mente al pecho". La nota causó revuelo, una expectación sobrenatural en propios y ajenos, pues a

una de mis preguntas el corredor sorpresivamente respondió con un dato curioso y un nombre inédito:

> …
> ¿Quién es el mejor corredor que ha enfrentado? —pregunté al campeón de la maratón, seguro de que nombraría a un keniata o a un sudafricano, o quizás al segundo o al tercer lugar de la maratón olímpica, o a algún atleta famoso y destacado, vamos. Sin embargo, amables lectores, qué sorpresa me he llevado cuando el campeón respondió sin dudar, que el mejor corredor con quien se ha enfrentado es Procopio Franco, a quien por si fuera poco considera el mejor de todos los tiempos.
>
> Mi pregunta, distinguidos amigos, es la misma que la de ustedes, ¿quién diablos es Procopio Franco?

El desconcierto mediático y popular fue bárbaro. Nadie conocía al hombre que el campeón había nombrado. Y todos querían conocerlo. Procopio Franco era un excompañero de colegio del campeón, a quien éste nunca pudo vencer en las competiciones escolares. La radio y las televisoras no tardaron en investigarlo, había abandonado el deporte al terminar la preparatoria y trabajaba de abogado en un despacho de poca monta. De la fama que le hicieron renunció a revisar más contratos y acabó firmando varios, de millones, para anunciar zapatos deportivos y refrescos, entre otros productos y artículos.

—Lo que hizo usted por mí, no tiene precio —agradeció Procopio, quien ahora se dedicaba a los comerciales de tarjetas de crédito—. Gracias a sus palabras soy dueño de una mansión en la ciudad y de una villa en el puerto, gozo de

fama, gusto a las mujeres y tengo dinero. Por supuesto que lo de los vidrios es lo de menos, cualquiera pasa un mal rato y tira piedras al cielo.

Así de curioso es esto, inconscientemente haces hoy algo que mañana te salva el pellejo. Es la ley de los sucesos, una norma que lleva a los seres humanos lejos, centímetro a centímetro, a distancias y lugares insospechados dentro del gigantesco reino de casualidades que es la vida, donde evidentemente las dimensiones existentes no son tres, sino más, al menos seis o siete. La cuestión es que nuestros sentidos no están educados para percibir lo que allí pasa, y es allí, precisamente, donde residen este tipo de milagros.

Horas después, con la libertad escapándoseme por los lagrimales, llegué a casa con tres rosas y un abrazo para mi familia. Al anochecer me quité la ropa en el cuarto y dormí desnudo con Pauline, liberado por la verdad y por los azares de la vida.

XX
La Novelería

Sabedor de lo que era la cárcel y del olor que en las mazmorras se respira, juré portarme bien y no cometer más tonterías, porque por encima del miedo a la muerte muchas veces está el de perder la libertad, que no se limita a la prisión, sino que también abarca el sacrificio de una forma de ser o de un estilo de vida.

Si bien vivía libre, tampoco es que viviera como quería. El requisito fundamental de la libertad es el albedrío, que es la facultad que posee el hombre de decidir y obrar por voluntad propia, y aunque nadie coartaba mis actos, yo mismo me reprimía. No hacía lo que quería, que era vivir de lo que escribía, sino que me había limitado a sobrevivir.

—*Papapi*, ven —me despertó Sofía todavía de madrugada y de un dedo me llevó a su recámara, donde también dormía Galia—. Hay un monstruo abajo de mi cama, *papapi* —así me decía—, cuéntame un cuento para que se vaya.

Hacía tiempo que no inventaba historias y cuando pretendí empezarla permanecí mudo. Mi hija aguardaba mientras yo trastabillaba en el escenario de la imaginación. Me miraba confundida, como sospechando que se trataba de alguien más, que me habían cambiado. Había perdido la práctica y tuve que recurrir al armario en el que guardaba mis

cuadernos oxidados. Al hojearlos sentí el polvo de mi esencia y respiré reconfortado, escogí un cuento que arrulló a Sofía y al terror que yo sentía por el futuro y el fracaso.

—Esos son mis monstruos, nena. Todos le tememos a algo —reconocí cuando ella dormía y el cuento había acabado—. "Por ti voy a buscarme otra vida, porque de la que tenía sólo quedan cenizas y no hay porvenir…"[32] Te doy mi palabra que estaremos bien y volaremos alto. Caminaremos con los pies bien firmes en la tierra, con el privilegio de ser quien verdaderamente somos y de alcanzar lo que soñamos.

Al otro día paseamos por las calles del centro para sacudirnos la tensión y airearnos. Mis hijas tranquilamente comían algodones de la mano de Pauline y yo caminaba impresionado de la cantidad de locales y comercios. Establecimientos de todo tipo, tiendas especializadas en los giros más diversos y oficinas dedicadas a prestar cualquier clase de servicios. Lo que uno imaginara, ahí lo tenía.

Detuve la atención en distintos negocios y en la gente que se ganaba el pan de cada día como podía. Un mundo de personas ofrecían sus conocimientos y expendían su trabajo, así como los pasteleros vendían sus pasteles y las chicas rudas sus costillas. Plomeros, ebanistas, payasos, fruteros, herbolarios, voceadores y caricaturistas ataviaban las banquetas, mientras las avenidas estaban plagadas de negocios y oficinas.

Cerrajerías, boutiques, cines, teatros, despachos de arquitectos, de abogados y contadurías. Talleres de coches,

[32] La habitación roja, *Nuevos tiempos*, "Por ti".

restaurantes, florerías, salones de belleza, agencias de publicidad, consultorios, salas de masaje y lavanderías. Tiendas de discos, de muebles, de antigüedades, casas de apuestas, de bolsa, bancos, escuelas y jugueterías.

Pauline y las niñas entraron a una y yo aproveché para buscar algo de ropa. Estaba decidido a comenzar de nuevo y afortunadamente conservaba un poco de dinero para hacerlo bien vestido. "Como te ven te tratan", solía decir papá cuando se daba el lujo de comprarme trapos en mi infancia. No sabía qué ni cómo lo haría, pero acababa de resolver que lo intentaría, viviría de lo único que realmente sabía hacer: escribir. Y fiel al dicho, determiné hacerlo con telas finas, así que encomendé parte de mi destino al rezo popular y toqué la puerta de una elegante sastrería, en cuya fachada un anuncio ponía "trajes a la medida".

Puesto que nadie abría, pegué mi cara a una de las ventanas, vencí con una mano el reflejo de afuera y conseguí observar adentro a un viejillo con gafas que cuidadosamente deslizaba un casimir en la máquina de coser. Sus ágiles dedos regateaban a la aguja con maestría y esperé a que terminara las puntadas para llamarle otra vez.

—¿A-qué-ho-ra-a-bren? —le pregunté a través del vidrio, vocalizando pronunciadamente por si no me oía.

—Ahorita —respondió el sastre con los alfileres todavía entre los labios y me invitó a pasar—. Esta puerta carece de horarios, la abrimos a cualquier hora, porque quien llega aquí es por una urgencia. Nada es casualidad. Hay quienes de emergencia necesitan ropa de etiqueta para una boda o una titulación y otros que nada más requieren de un traje o una corbata bonita como símbolo de una renovación de su

vida. Los cambios comienzan en los cajones y en la apariencia física.

—Mire, yo busco un…

—Por su mirada —interrumpió—, juraría que usted es de los que busca la transformación. Menos mal que pretende representarla con atuendos, porque hay unos que hasta la cabeza se trasquilan. Existe gente muy valiente en estas latitudes… Póngase cómodo, señor, voy a la bodega por unas telas que mostrarle y unas camisas.

En lo que volvía observé cantidad de trajes colgados en ganchos de madera listos para ser entregados. De la talla más grande a la más chica, lisos, a cuadros, de raya de gis o de ojo de perdiz, cruzados, de dos, tres botones y hasta cuatro para los exagerados. "Hay gustos para todos", pensé. "Y oficios", me contesté yo mismo y enseguida caí en cuenta que en el camino había de todo, cualquier clase de comercios, profesionistas, vendedores ambulantes y tiendas, inclusive bibliotecas y librerías, pero no había ningún negocio donde escribieran novelas a la medida.

—Mire qué calidad y qué hermosura de casimires —comentó don Mario, el sastre, con una sabrosura que endulzaba el gusto a quien fuera, y extendió los tejidos sobre una alta y larga mesa de madera—. ¿Cuál le gusta? —preguntó y me di un tiempo para elegir, aunque en realidad seguía pensando en lo de las novelas.

—Es difícil —comenté tras unos minutos de análisis y de figurar cómo escribiría una historia a la medida.

—Por favor, siéntase libre —respondió don Mario y, sin saberlo, o quizá sabiéndolo, me proporcionó el primer secreto para escribirla. Y prosiguió uno a uno—. De hecho,

la libertad es el elemento principal de un traje a la medida, primero porque el cliente escoge la tela que le gusta y el diseño que lo amerita, y luego por la soltura que le brinda. Vestir un traje así es tan cómodo como caminar desnudo y con autonomía.

—¿Pero y entonces el trabajo del sastre se reduce a medir, cortar y fabricar lo que el cliente le indica?

—¡No, nada de eso! —exclamó don Mario a media risa—. Entre el cuerpo del hombre y el traje surge un diálogo en el que el sastre influye de manera directa. El sastre es un artista y confecciona las prendas para que se adapten a la persona y no a la inversa. Para lograrlo requerimos el dominio del arte y la paciencia, elementos prescindibles en el caso de las piezas fabricadas en serie.

—El sastre es un artista… —repetí la frase en voz alta mirando al techo, con el pulgar en la manzana y los otros cuatro amordazándome el aliento.

—En efecto —aseveró—, y sus obras de arte, como las de cualquier virtuoso, no siguen patrones, medidas estándar o reglas. Son más bien originales y auténticas, desconocen de modelos, arquetipos y sistemas. El buen sastre considera los mínimos detalles y construye un estilo propio que lo hace reconocible en cualquier pasarela.

—Qué placer poder dedicarte a lo que te llena —pensé otra vez en voz alta al percatarme del brillo en sus ojos cuando afilaba las tijeras.

—Amo esta profesión hasta las últimas consecuencias. Es mi libertad y nací para ella. Los dones hacen de las personas lo que verdaderamente somos —afirmó con vehemencia—. Y por cierto, ¿usted a qué se dedica?

—Soy escritor —respondí por vez primera, inseguro pero con certeza.

—¡Te dije! —gritó el sastre dirigiéndose a doña Rosa, la esposa, socia y cajera—. Esa preocupación que denota proviene de las letras —agregó y sonrió—, y es normal, pocos escritores viven de sus novelas. Pero mire usted, estése tranquilo que los milagros son amigos de las proezas. Quien está convencido de lo que hace es muy probable que a los demás convenza.

—Me gusta esta tela —dije y señalé una de color gris oscuro bastante fina.

—¿Qué es lo que quiere, señor, qué es lo que anhela? —cuestionó mientras tomaba mis medidas—. Pida lo que sea que yo me encargaré de ello.

Guardé silencio, una pregunta así cuesta trabajo responderla enseguida. Quería muchas cosas, tenía muchos anhelos y delante de mí un genio que preguntaba mis deseos, aunque en realidad se refería al diseño del traje.

Comencé esa conversación con el espejo y el sastre desplegó alternativas, preguntó y propuso un sinfín de posibilidades y en cada una me veía, hasta que por fin elegí la más atractiva. Un traje recto de tres botones, equilibrado y de solapas cortas, con chaleco, por supuesto de la misma tela, camisa blanca de cuello a la francesa, puños y mancuernillas. Los pantalones sin pinzas. Escogí una corbata azul marino lisa y sugirió que la cambiara porque podrían confundirme con el portero.

—Y no es que tenga nada de malo, pero usted más bien es escritor. Es importante proyectar lo que somos —subrayó y cogió del corbatero otra azul marino pero con pequeñí-

simos elefantes con la trompa parada, unos rosas y unos dorados—. La distinción siempre es importante.

Miré el reloj y era tardísimo. Pauline estaría desesperada. O comprando vestidos. Ella también había decidido retomar lo suyo después de haberle dedicado años completos a las niñas. Sin duda era una de las mejores periodistas y la mejor mamá, una mujer hermosa, con clase y muy comprometida, especialmente con el lunático con quien escogió compartir la vida y las poquísimas pertenencias que teníamos.

Y ahí estaba sentada en la banqueta con las niñas, esperándome las tres, con juguetes, ropa nueva y una sonrisa unísona. Por la cantidad de bolsas, y el precio de mi traje, inferí que apenas sobraría dinero en la cuenta del banco; sin embargo tenía claro que aquella imagen ni por todo el oro la vendía. Las abracé con todas mis fuerzas y miré al cielo: "Quédate tú con todo, con las montañas, el dinero y los océanos, y yo me quedo con esto". Y las abracé de nuevo… "De todas formas en sus ojos reposan los mares y brilla el Sol al desfilar los cielos".

Camino a casa les platiqué la idea de abrir una novelería. Para Sofía y Galia resultó una magnífica idea (qué niño no querría un papá que le escriba cuentos e historias a la medida), y a Pauline le pareció primero una broma y a *posteriori* un disparate, una ocurrencia descabellada en la cual estaba dispuesta a invertir.

Destinó los primeros meses de su sueldo a la renta del local. Yo primero llené el refrigerador y la despensa de la casa y lo que quedó lo utilicé para papelería, dos o tres adornos, una mesa pequeña, un sillón y sillas. Decoramos el sitio con

ingenio y adentro acabó pareciendo una cabaña suiza. Un lugar increíblemente acogedor con una chimenea que emanaba calor de hogar y chispas de luz extrovertida. La sensación en el interior era de que todo se podía.

Afuera, arriba de la puerta, fijamos un letrero que decía:

Novelería

LA LIBERTAD

Historias a la medida

XXI
La parte de en medio

Mi auténtica libertad existió en la tinta. En las hojas dejé el alma plasmada y en ocasiones escurrida. Es un placer, de hecho el más agradable de la lista, hacer lo que a uno le gusta hacer. Es la mayor satisfacción, la que dignifica al hombre y lo motiva. Una victoria para el que lo logra y una osadía para quienes lo atestiguan. Es la dicha pura y simultáneamente una consigna. Si no es para eso, para qué es la vida.

Al principio resultó difícil. Estuve a punto de rendirme. La chequera estaba en ceros y la novelería vacía, pensaba lo peor. Transcurrieron varias semanas para el primer encargo, una eternidad, un día glorioso en que sucedió lo extraordinario, el golpe de suerte con que la reina de las casualidades tocó a mi puerta para devolverme la fe que sin darme cuenta había tirado en el camino.

—Estoy desahuciado —dijo el hombre apachurrado apenas tomó asiento frente a mí—. Los doctores afirman que el final es inminente. Me dan seis meses, con fortuna siete. Si usted es un contador de historias, invente la mía —suplicó con lágrimas en los ojos y la voz arrepentida—. Desperdicié tanto tiempo que lo único que me queda es imaginar.

La ignorancia es uno de los miedos más apabullantes. En mi caso, desde que abrí la novelería, o quizás antes, temía

no saber qué hacer cuando llegara la hora de actuar. Transcurría las jornadas pensando qué haría si alguien entraba y solicitaba mis servicios. Quien fuese, buscaría un experto, un maestro de las letras y no un novicio. "¿Quién confiaría su historia a un estúpido?", me preguntaba recurrentemente con la moral en el piso.

Pero la repentina presencia del recién llegado trajo consigo la mía. Tras escucharlo experimenté una sensación de unidad conmigo mismo y de enaltecimiento a la vida. Si bien la dualidad (la certeza y la inseguridad, la fe y la incredulidad, lo interno y lo externo, la luz y la oscuridad) divide a las personas la mayor parte del día, existen también momentos de iluminación en que los seres fundimos nuestra humanidad con una parte divina. Es ahí donde los hombres atravesamos el portal del entendimiento, un lugar interior en el que reposa la sabiduría.

—¿Qué es lo que quiere, señor, qué es lo necesita? —le pregunté como meses antes me preguntó el dueño de la sastrería—. Pida lo que sea que yo me encargaré de ello.

—Contadas veces expresé lo que sentía y muchas menos hice lo que quería. Fui uno frente al mundo y otro a escondidas. De día andaba de puntas y por las noches de rodillas, siempre aparenté lo que no era, sólo fui sincero con las cobijas. Viví dividido, reprimido por *elquédirán* y preocupado por tonterías —se lamentaba y el llanto lo ablandaba—. Es triste que la muerte tenga que acercarse para que distingamos lo importante de la vida… Disculpe usted, señor novelista —hizo una pausa y se limpió los ojos y la nariz con un pañuelo blanco de tela—, jamás me permití llorar y hoy es mi consciencia la que chilla.

…

—¿Y qué puedo hacer por usted, dígame qué necesita? —cuestionó el curandero de la selva al señor que se moría.

—Inyécteme por favor un remedio que prolongue la vida.

—¿Cree usted en la medicina alternativa? —cuestionó el herbolario y aquél guardó silencio—. ¿Y por qué sí en la palabra de los doctores? Según el diccionario, *desahuciar* es simplemente el dicho de un médico, la opinión de un doctor que considera al enfermo sin esperanza de salvación. ¿Se fija usted? Es una mera consideración subjetiva. Si yo le asegurara que se va a salvar, sería la palabra de él contra la mía. ¿A quién le creería?

—En estas circunstancias creo que ya no le creo a nadie.

—¡Excelente! El primer paso de la sanación es precisamente desapegarse de las opiniones y los paradigmas. La palabra de una persona es incapaz de arrebatarnos la vida, si acaso, las únicas palabras que matan son las propias cuando se enquistan.

—He callado mucho.

—Extirpe las palabras que lo intoxican, permita que los sentimientos atorados fluyan y que las intenciones frustradas hallen la salida. Para sanar el cuerpo hay que aliviar el alma, así que es imprescindible abrirse y dejar salir lo que realmente mortifica.

—Lo que peor me angustia de morir es no haber vivido y que a mi entierro nadie asista.

—¿Quiere tiempo para hacer amigos? —le preguntó el curandero.

—Sobre todo para ser yo mismo, me gustaría saber de lo que me he perdido.

…

Debajo de la rigidez de una cara, invariablemente reside el rostro tierno de un espíritu, la parte inmaterial del hombre que añora querer y ser querido. Casi todas las personas que pagaban para que les escribiera una historia, lo hacían por un motivo parecido: el amor. El amor en su más amplia gama de acepciones, porque cabe mencionar que carece de un significado universal y en cambio hay muchas maneras de definirlo. La primera es a través de uno mismo, queriéndote, respetando tus gustos, haciendo las cosas que deseas, lo que te hace florecer y ser feliz. Es así de sencillo.

...

—Ninguna planta que yo conozca repone la vida —aseguró el de las hierbas—. Lo perdido es del pasado y es inútil lamentarnos. Sin embargo, la existencia es una decisión personal que afortunadamente podemos tomar cualquier día.

—Excepto el de la muerte, que en mi caso se aproxima...

—El primer dolor que trae la noticia de la muerte es el arrepentimiento y para ese sí hay una medicina...

—¡¿Cómo se llama, dónde la venden, cuánto cuesta?! ¡Dígame por favor cómo conseguirla!

—Los que han lastimado a otros y quieren desdecirse la llaman perdón. Los que desean hacer lo que no hicieron, ignoro cómo le digan, lo único que sé es que es invaluable y que no hay recetas para adquirirla. Es un elixir milagroso, la savia del amor que cura las heridas.

—¿Se bebe?

—Y se inspira. Es como el agua que limpia, cambia de estado, se evapora y se respira. Es una poción mágica, la am-

brosía que transporta al hombre atrás en el tiempo para remendar los surcos del presente. Es la salvación de la muerte, la inmortalización de la vida.

…

Me costó bastante trabajo escribirla, la primera historia es tremendamente difícil. Y la segunda más todavía. A la tercera las herramientas aumentan y va surgiendo una disciplina, una especie de técnica autodidacta que agiliza el cauce de la forma más pura de las sabidurías, el conocimiento interno. De lo que nunca hay que presumir es de inspiración, esa, por lo menos en mi caso, sólo llega cuando hay paz y motivos que hacen de la vida una fantasía.

…

—Tengo el corazón oxidado, mi mente lo amedrentó demasiado y ahora está casi detenido.

—Reconcílielos —sugirió el hierbero.

—Soy un hombre complicado, siempre lo he sido. Demasiado formal y rígido, respeto el protocolo desde niño. Jamás reprobé en la escuela y nunca falté al trabajo, de hecho, ahora que lo pienso, rara vez salí antes de que el sol se hubiera metido. Tampoco desobedecí las reglas, ni probé lo prohibido, desde que tengo razón tengo fama de aburrido.

—¿Y qué le duele?

—Sobre todo la soledad, señor mío. Mire que es complicado tener lo que tengo y no tener a nadie para compartirlo. Me acabé quedando solo —se reprochó solito—, quise avisarles a muchas mujeres que sus ojos eran preciosos,

> pero me aterrorizaban los ridículos. Ninguna de las personas que amé supo de mis suspiros, porque, aunque el mundo lo dude, puse hasta de cabeza al santito.
>
> ...

Por supuesto que ahí no terminó la historia, ni la real ni la que le escribí en un libro. Duró un tiempo más y varios capítulos. Poco después que lo conocí, un aneurisma lo llevó de emergencia al hospital. Un tapón de pensamientos le bloqueó la arteria que irriga de sangre al cerebro y perdió la razón. Lo daban por muerto, cayó en coma, despertaba esporádicamente y hablaba lo que parecían ser incoherencias, para inmediatamente retornar a un limbo desconocido para la ciencia, a un estado de catalepsia al que, a decir de los doctores, estaba condenado.

En un fugaz episodio de espabilo, una enfermera madura pero de buen ver, le cogió la mano y le dijo que se fuera tranquilo. Comentan que él se incorporó, la abrazo y le dijo:

—Tus ojos son los más bonitos que hayan visto los míos. Son tan azules como el sentimiento que nace en mí de ti—entonces cerró los suyos, pintó una sonrisa satisfecha y volvió a dormir.

Ella sufrió una taquicardia y el corazón de él, inexplicablemente, comenzó a latir a un ritmo normal, aunque sus ondas cerebrales permanecían en rangos mínimos. Diariamente la enfermera lo checaba y luego de contar los latidos del pecho del hombre que le declamó las palabras más vibrantes que hubiera recibido, juntaba las palmas de sus manos y junto con la mirada las apuntaba al infinito, como solicitando un favor especial.

—El lugar del que tanto se preguntan es una especie de abismo —aseveró ya recuperado cuando le entregué el borrador de la historia—, es un estado de éxtasis continuo que conecta con las entrañas del ser, con los motivos auténticos de la existencia. Ahí, en la profundidad, los pensamientos carecen de peso y en la nada gravitan con armonía entorno al corazón.

—Es difícil imaginar un sitio de tal naturaleza —respondí—. Y más permanecer tanto ahí.

—Usted lo describió a la perfección —me halagó y firmó un cheque por el pago final de la obra—, sus letras son un vehículo a otra dimensión. Gracias por transportarme hasta allí.

—Es un placer, mi libertad es escribir. Es lo que mejor sé hacer y lo que me hace feliz. Para eso nací —reconocí orgulloso y guardé bien el dinero, por el que cada vez me preocupaba menos. Los clientes corrían la voz y con frecuencia llegaban nuevos.

—Fíjese usted, aunque sospecho que las historias son eternas, estaba a punto de pedirle que a la mía le añadiera un proemio y un epílogo —comentó mientras hojeaba el manuscrito—. Quería que en la primera página incluyera una cita mía: "La muerte comienza con la vida". Y en la última, una nota para mi chica: "Nos vemos después". Pero es extraño —reflexionó y cerró el cuaderno—, ya estaba escrito.

FIN.

Desde la primera historia que deletreé, comprendí que el principio y el final invariablemente se escriben antes que la

parte de en medio. La mitad es la que tarda en definirse, la que cambia una y mil veces y concede a los personajes la milagrosa oportunidad de reinventarse.

XXII
El lado oscuro de la Luna[33]

Después de distintas transformaciones y variados empleos, por fin me convertí en escritor de tiempo completo. Sin estudios, y con riesgos, me inventé un oficio, un quehacer diferente a los típicos. Mi nuevo trabajo me apasionaba y, a diferencia del de mi padre, me divertía, así fue que, gracias al apoyo de Pauline y confiando en la bondad del porvenir y en la generosidad de la providencia, a plena calle, a un costado del negocio del barbero, monté el mío, que al lado izquierdo colindaba con una joyería.

En búsqueda de sus sueños y atraídos por un rumor que atribuía poderes de materialización a las palabras que provenían de adentro, la gente empezó a llamar casi a diario a la puerta de La Libertad, la novelería. Solicitaban cuentos, guiones para videos, poemas, historias y biografías. Hasta por discursos y cartas de amor llegué a cobrar. El costo dependía del encargo, habían poemas que terminaba en una hora y libros en los que tardaba más de un año.

La situación económica prosperaba al ritmo que mis hijas crecían. Compramos una casa con jardín y un perro, el sueño de cualquier jefe de familia. Y también nos hicimos de una

[33] Pink Floyd, *The Dark Side of the Moon*.

cama *king-size* a la que cada madrugada, contra la voluntad reacia de Pauline, se infiltraban Galia y Sofía. Se subían de mi lado, claro. Amaba tenerlas cerca, respirar su respiración profunda y acariciar con sutileza las plantas suaves, nuevas y dormidas de sus pies descalzos.

De repente acababa de adormecerlas en las cejas con los labios y entre respiraciones agradecía que estuviéramos ahí, en el colchón de la paz, los cuatro. Lo que uno exhalaba el otro lo inhalaba, compartíamos todo lo que teníamos y lo que soñábamos. Sumergido en ese silencio revelador, supe que la dicha estaba ahí conmigo, exaltada y en reposo. Ningún sentimiento superaría el que acariciaba, ningún placer sería mayor y ningún momento, excepto el de despertar abrazados, se compararía al arrullo. En esa cama, de noche y de mañana, fui feliz. Ahí, sin prisas, pasé los mejores instantes de mi vida.

Con el tiempo me acostumbraba al papel de padre y me parecía más al mío. Para bien y para mal. Con frecuencia detectaba rastros de él en mí. Defectos, virtudes, gestos, reacciones y el perfil. Lo que le critiqué acabo siendo mío. Nunca acabé de acostumbrarme a la nariz, cada que pasaba frente a un espejo me la respingaba disimuladamente con el dedo doblado. Hay cosas que nunca me acomodaron.

También comencé a reconocer rasgos míos en las niñas, facciones del carácter, expresiones y trazos de los sentimientos, semejanzas que sólo esculpen la sangre y el ejemplo. Intenté enseñarles lo mejor y ser bueno, pero un sinnúmero de ocasiones fracasé. Exploté tantas veces frente a ellas que todavía me avergüenzo. Sobre todo quisiera enmendar los errores con los que les amargué momentos. El consuelo que tengo es que no hay padres perfectos. Ni hijos.

Recuerdo que de niño pensaba por qué mi padre enfurecía si derramaba la leche en el sillón o el refresco en el suelo. El lodo en la alfombra significaba problemas y el desorden en la habitación un aspaviento colérico. En circunstancias similares, como un viejo iracundo, regañé a las niñas. Enseguida recordaba que en la infancia prometí jamás ser así y tras una respiración honda les ofrecía una disculpa, les limpiaba alguna lágrima y les daba un beso. Así le hacía mi papá.

Desde que tengo memoria fui soñador y, para mi asombro, a sus cinco y tres años, ellas comenzaban a serlo. "¿Quién no lo es?", me preguntaba repetida y justificadamente, pues no transcurría un día sin que tuviera contacto con por lo menos uno de ellos. Al entrar a la novelería, las personas colgaban el abrigo o la gabardina y se despojaban también de los miedos, del pudor y del color que la vergüenza le saca al rostro cuando se confiesan cosas tan íntimas como los sueños.

—Adentro la gente es transparente —comenté a Pauline en piyama tras una jornada larga de citas—. Es muy impresionante descubrir quién es realmente cada quien y hablar de manera abierta de lo trascendental de la vida: los amores, los anhelos, los miedos, los fracasos, sentimientos, las enmiendas, los dolores y la alegría. *La secreta comunicación*. Me estaba habituando a establecerla sólo contigo y a escondidas.

—No te vayas ahora a acostumbrar a cuchichear con otras —me advirtió con el recelo propio de las señoras—. ¿Van tipas guapas a la novelería?

—Puras gordas y feas —contesté para tranquilizarla. Pero sí iban.

—Seguramente —ironizó—. Ándate con cuidadito, Lukas, nomás que me entere.

Era normal que de repente aparecieran de esas mujeres que te roban la tranquilidad sólo de verlas. De esas a las que es difícil quitarles la vista. Ansías que sus ojos choquen con los tuyos y que comience ese juego sutil que exclusivamente saben jugar las pupilas. Perturbado, inquieto, con ganas de tenerla cerca, de oler su estela. Su aliento.

Mas nada sucedía. Me limitaba a comparar sus fachadas con la de la mía en búsqueda de un defecto, principalmente en el trasero, para conformarme con el que me correspondía. El problema surgía al ubicar unos glúteos perfectos con una cara bonita, unas piernas largas y unas tetas redondas que juraban mantenerse firmes aun si las desvestían. Entonces mi cabeza empezaba a masturbarse y mi cerebro a convertirse en la sala de una orgía.

—¿A poco en la redacción también hay puro feo?

—Lukas, deja de hacerte tonto —contestó Pauline con tono digno—. Y para tu tranquilidad, a ti te consta lo feos que son los periodistas. Aunque, por supuesto, hay sus excepciones —insinuó para darme celos, un ingrediente común en la sazón de las relaciones de pareja—. Pero despreocúpate que contigo tengo.

El vínculo entre ambos era bastante estrecho. El amor que nos teníamos era grande e iba en aumento. Claro que el clima de los amores, como los cielos caribeños, cambia en cualquier momento. Es extremoso y en un instante pasa del esplendor al aguacero y del odio de regreso a los besos. Por lo menos así nos tocó a nosotros.

Si le preguntaran a Pauline diría que soy manso, pero agregaría que también muerdo. Es el único ser frente al que he rabiado como un auténtico perro. Los demás sabrán que me enfado, como cualquiera, pero ella fue testigo de mis transfiguraciones en animal patético.

En los pleitos ella igual sacaba las garras, de malas no era una mujer muy dócil. Sin embargo, con su instinto conciliador marcaba límites de los que yo carecía. Enojado los rebasaba y alcanzaba niveles que los consejeros matrimoniales considerarían prohibidos.

Y es que así como varias veces me aseguró que como yo pocos escribían tan bello, un día me dijo que como yo nadie le había hablado tan feo. Cuando me peleaba con ella me sentía fuera de mí, lejos de mi centro. Despotricaba palabras terribles, ofensas y groserías, insultos fuera del contexto de lo que escribía y de lo que entonces, tras los pleitos, me sentía ajeno.

Indigno es el término correcto. Me preocupaba que luego de los combates Pauline pensara que era un embustero o un hipócrita que simplemente inventaba cuentos, mentiras a la medida. Los mensajes que atrapaba en el silencio al sentarme a escribir, definitivamente nada tenían que ver con los improperios que disparaba a diestra y siniestra en las riñas. Hasta me daba la sensación de que en mí habitaban dos tipos, el malo y el bueno.

Por eso admiro a las personas que son de una pieza. Tampoco es que las envidie, porque yo lo he sido. Pero ellas, que son contadas, son coherentes a cualquier hora del día. Yo, en cambio, suelo ser congruente sólo cuando escribo. Es mi estado perfecto, la dimensión donde soy libre, el don que une a mi cerebro con mi espíritu y que me conecta con lo superior.

Para mí es el todo y la nada, el lugar donde encuentro mi fin y el infinito, una tierra que afortunadamente descubrí y en la que vivo expandido.

En el exterior, fuera de la novelería, donde los conflictos cotidianos y los no tanto amenazan constantemente la serenidad, pocas otras cosas me devolvían a mí. Entre ellas estaban la música o una buena película, las manos reconciliadoras de Pauline y, evidentemente, los abrazos de mis hijas, a quienes honro hasta la muerte por haber conquistado mis dos polos.

—Está bien, Lukas —decía Pauline con empatía a media crisis mía—, la dualidad es una propiedad de la materia y los humanos la sufrimos en carne propia. El mismísimo Universo es una manifestación de contrastes, así que relájate, sé de sobra que no eres malo, aunque a veces te crispes porque vuela la mosca.

Como sea, merece mencionar que estaba contento con mi vida, con Pauline, con mis hijas, con el perro y la novelería. En el pasado lo evité a toda costa pero el futuro me sobrepasó y terminé por ganarme a pulso el título de hombre de familia. "*Family Man*".[34]

Y lo presumía con orgullo y lo ejercía con esmero, paso a paso vencía los retos que enfrenta el jefe de una tribu en un mundo como el nuestro.

Sin duda, el cumplimiento de las obligaciones me provocaba satisfacción. Serán reglas de la naturaleza o cuestiones de biología, pero el hecho es que a los hombres nos gusta dar (con sus salvedades, sin duda), en todo sentido. A mí definitivamente me producía un placer congénito satisfacer las

[34] Brett Ratner, *Family Man* (Estados Unidos, 2000).

necesidades de mi familia, entregarle puntualmente a mi mujer la quincena, apoquinar los gastos de la casa, las colegiaturas, el jardinero, las vacunas, las tarjetas de crédito y un sinfín de etcéteras que si continuara enumerando no acabaría. Me sentía productivo, digamos. Me sentía bien.

Lo que pagaba con mayor entusiasmo eran las vacaciones. Las disfrutábamos al máximo desde el minuto uno de la partida. Cuando las niñas estaban chicas viajamos mucho por carretera y mientras ellas dormían recargadas en las ventanas, Pauline y yo nos las presumíamos. Nos contábamos sus avances, sus gracias y sus travesuras. Sólo mi mujer entendía lo que yo presumía de mis hijas. Y al revés. Nadie más lo entendería como los dos.

Visitábamos las playas cercanas, los bosques y los pueblos que recomendaba la guía verde de turistas. Yo manejaba y Pauline deslizaba el dedo en el mapa de las autopistas. Recorrimos miles de kilómetros y de paisajes que pinté con sentimientos indelebles en mi memoria.

—Ahora nos toca a nosotros comenzar a construirles sus recuerdos —comentó Pauline mientras descendíamos con música de los Beach Boys por una colina que a tramos descubría al mar.

—¡Ahí está, papá! ¡Ahí está! —gritaba Sofía eufórica y lo señalaba para Galia, quien con emoción se esforzaba por distinguirlo del horizonte—. ¡Ya lo vimos, ya lo vimos! —y las tres bajaban las ventanas para asomar las manos y comprobar el calor que me invitaba a encender un cigarrillo.

No obstante que era el mismo, el impaciente camino de ida se convertía, de regreso, en una carretera de pendientes. A ciento veinte kilómetros por hora hacía una lista mental de

los asuntos que debía solucionar al día siguiente, una historia en qué avanzar y muchas entregas, porque tratándose de sueños la gente pierde rápidamente la paciencia.

—Agradezco sinceramente lo que ha hecho por mí —expresó conmovido mi cliente más fantasioso al terminar de leer el libro que narraba las aventuras que prometió protagonizaría. Se trataba de un tipo de unos cuarenta años que desde pequeño tenía la ilusión de viajar al espacio—. En este lugar —dijo refiriéndose a la novelería—, a diferencia de otros lados, me siento con la libertad de expresar lo que guardo. Aquí fue el primer sitio, además de mi cuarto, donde me desnudé para ponerme el traje espacial y el casco.

—Eres todo un astronauta —afirmé y se sintió halagado.

—El atuendo está hecho a mi medida, floto con soltura y con autonomía. Ni siquiera yo hubiera podido escoger tan atinadamente las palabras del protagonista. Ignoro cómo lo hizo, pero muchas gracias por darle vida.

—El secreto es meterse en los personajes para que no estén huecos —y así intentaba hacerlo, en la vida real conmigo y con los personajes en los cuentos. Me internaba con empatía en los papeles y los entendía, los gozaba y los sufría. Entonces, cuando la sangre circulaba por sus venas, mi corazón palpitaba, la pluma eyaculaba y les daba vida.

—Quiero pagarle adicionalmente todos estos años de trabajo con una gran noticia que acabo de recibir —añadió después de liquidar mis honorarios—. Aprobé con la máxima nota los exámenes teóricos y prácticos. Soy, como el protagonista, uno de los que volarán a la Luna en la próxima expedición al espacio…

—¡Eres un afortunado! —interrumpí de la alegría—. ¡Qué maravilla caminar por la Luna que es puro brillo!

—No, señor —me corrigió—. La Luna, por increíble que parezca, tiene un lado oscuro.

—¿En serio? Quién lo diría de la Luna.

—Así es, pero eso no le quita lo bonita.

XXIII
El jefe de la tribu

La misión de todos los hombres es la misma, la felicidad. Aunque, el de la existencia no es un motivo, son varios. Y van cambiando. El tiempo modifica los deseos y el origen de la alegría, conforme te haces viejo las prioridades van siendo distintas. Las razones para existir dependen de las épocas de la vida.

—Mamá, si sigues trayéndoles tal cantidad de globos a estas niñas, un día la casa va a volar con todo y nosotros dentro —bromeé y no tanto con mi madre, que cada visita aparecía con racimos de globos para sus adoradas nietas.

—No le hagas caso, Abi —intervenía Sofía con sus más de diez años—, papá se está haciendo viejo —y reían divertidas las dos escuinclas, la nuera y la famosa Abi a mis expensas.

—Claro que no le hago, que ni crea que las canas le conceden el mando. Yo soy su madre y tengo el pelo blanco, así que se aguanta —sentenciaba—. Y tú, Lukas, ¿que no comprendes que estas princesas son la felicidad de esta anciana? Resígnate, a ti ya te quise de sobra, ahora es el turno de estas nenas.

—Dicen que los nietos son el postre de la vida —la consecuentaba Pauline, le daba por su lado—, ¿verdad, señora?

—Son más que eso, m'ija, son la gula sin el embarazo. Es excesivo lo que sentimos por ellos y poquísimo lo que exigen a cambio. Unos besos, unos helados, dormir a deshoras y los caramelos que de papás negamos. Con eso basta para que nos queramos. Son, definitivamente, el amor menos complicado.

—¡Ay, madre!

—Bueno, tú tranquilo que sí te amo, nada más te vacilo.

Para los hijos es una sensación difícil de externar la que produce el efecto del tiempo en los padres. Los espacios que dividen los encuentros van evidenciando, con una muy peculiar melancolía, el impacto de aquél en sus caras, en la voz, en el andar. Tarde que temprano la fragilidad se reapodera de nuestros cuerpos y el color de los ojos acaba por difuminarse otra vez. La mirada de los viejos es opaca porque se va yendo para adentro, es el reflejo del interior, no de lo que ven.

En cambio, los ojos de mis hijas brillaban intensamente cuando a lo lejos descubrían a su abuela caminar a paso lento atiborrada de globos cada que la invitábamos a la casa. Con velocidad y algarabía corrían para recibirla, y ella, con la consciencia rebosante, las miraba acercarse.

—No se imaginan cuánto las quiero —declaraba con una dulzura entrañable y con una sinceridad tal que por lo menos a mí me hacía calcularlo—. ¡Mis vidas! —y las abrigaba de un abrazo.

Pasaban horas platicando, Sofía y Galia de la escuela y Abi del pasado. La observaban entretenidas y escuchaban con interés los relatos y las anécdotas que repetía, repletas de nombres desconocidos que luego de muchas charlas se volvían familiares.

En cada plática que les escuché con disimulo, distinguí con claridad los motivos que mantenían viva a mamá desde hacía tanto. Primero el hecho de nacer y de que la alimentaron, luego las muñecas y un par de patines, los amigos y posteriormente los enamorados. En su juventud, el entusiasmo por un viaje largo a un país extraño, y allá, en el extranjero, el regreso a la patria. Mi padre, la propuesta de matrimonio, la noticia del embarazo, mi nacimiento, los viajes, sacar la casa a flote, pagar las deudas, sus cursos de cocina, comprar ropitas para las niñas y, para terminar, la simpleza de una comida con los cuatro. Pauline, Sofía, Galia y yo la amábamos.

—Mira de qué tamaño están ya las niñas —me comentó en plena piñata en el cumpleaños número nueve de Galia—. Apenas ayer eran unas bebitas. "*All things grow, all things grow*..."[35]

—Sí, madre, el tiempo avanza rápido. Lo curioso es que yo a veces me sigo sintiendo un niño, es un sentimiento peculiar. "*I Feel Just Like a Child*".[36] Y simultáneamente hago números y caigo en cuenta que con suerte ya solamente viviré una vez más de lo que he vivido.

—Exageras, la mejor etapa de los hombres son los cuarentas. Eres joven, y eso que te sucede se llama esencia —apuntó—. Esa nunca cambia, en el interior siempre seremos los mismos. Y descuida —añadió—, que con los viejos el tiempo se apacigua, a veces tenemos tanto que ya no sabemos qué hacer con él. Por eso nos inventamos rutinas, una serie de

[35] Sufjan Stevens, *Come on Feel the Illinoise*, "Chicago".
[36] Devendra Banhart, *Cripple Crow*, "I Feel Just Like a Child".

actividades que funcionan para que transcurran las horas del día. Así calculo el tiempo hace años, ya no uso reloj.

—¿Estás segura de no acompañarnos? —le pregunté en referencia a un viaje que planeamos al extremo opuesto del mundo, ignorando que ella tenía programada una travesía a un lugar todavía más allá—. Nos gustaría.

—No, no —confirmó con duda—. Es un viaje cansado, son muchas horas de trayecto y yo tengo setenta y cinco años. Váyanse tranquilos, a su ritmo, y diviértanse por mí.

Sin embargo, a medio viaje regresamos por ella.

Caminábamos de turistas por la avenida más larga de la ciudad más grande y poblada del planeta. Un río de gente fluía por la acera y a los que pretendíamos cruzar enfrente nos detenía la luz roja. En la mera esquina un tipo listo vendía globos al por mayor. Fue imposible resistir la tentación, mis hijas, a pesar de que ya estaban grandecitas, amaban los globos gracias a su abuela, así que saqué la cartera y escogí el de elefante para Galia y el de oveja para Sofía.

Del mechón de hilos, el vendedor ubicó y desenredó los de las niñas, pero una brusca ráfaga de viento se los arrebató de entre los dedos antes de amarrárselos en las muñecas. Pese a los saltos que pegamos no los alcanzamos. Los seguíamos con los ojos, ellas impotentes y yo con una extraña sensación.

—Mami, ¿por qué se va mi globo al cielo? —preguntó Galia a Pauline, que igual miraba atenta.

—Porque todas las cosas se van allá un día —respondió espontáneamente, como si no pensara lo que decía—. Los pájaros, los globos, los deseos, las oraciones, las personas… —de pronto se calló por unos instantes y a mí me envolvió un

presentimiento sobrenatural al que le siguió ese silencio que apaga todos los ruidos menos el del corazón— y las serpentinas.

Fuera de mí, y a la vez adentro, cogí de nuevo la billetera y le pagué a aquel hombre el resto del manojo de globos que vendía.

—Todo lo que es nuestro le pertenece al Universo —les dije a las tres con la voz partida y solté uno. Pauline, desconcertada, ante mi insistente mirada asió otro y repartió los demás a Galia y Sofía. Eran muchos y casi no los detenían, así que también liberó el suyo para ayudarlas—. A veces es necesario dejar ir —miré en cuclillas fijamente a las niñas, acaricié sus acaloradas mejillas y con un beso aflojé sus puños para que soltaran los globos que retenían—. Disfrutemos el espectáculo hasta que los perdamos de vista.

Entonces los cientos de globos volaron y por unos segundos los cuatro sonreímos. La gente no entendía. Y el globero menos. Ni Pauline ni nuestras hijas. Y yo dudaba un poco.

Fue una escena extraordinaria. Los que conducían pararon sus coches sin que los semáforos marcaran el alto. Unos abrieron las puertas y bajaron, los demás se asomaron y se cubrieron los ojos de la intensidad del Sol. Los peatones detuvieron sus pasos. Los oficinistas descansaron los portafolios en la calle y los novios se soltaron las manos para aplaudir. Los policías se quitaron las gorras, los hijos pequeños abrazaron las piernas de sus padres y éstos no sabían qué decir. También por las ventanas de los edificios las personas contemplaban maravilladas la ascensión.

A veces es necesario que ocurran cosas fuera de lo común para que las personas miremos arriba. Transcurre demasiado

tiempo entre cada vez que alzamos la cara allá. Quizá si lo hiciéramos con mayor frecuencia, alguna sorpresa nos llevaríamos. Yo alguna vez, una mañana azul, vi extrañas formaciones de esferas plateadas chiquititas. Demasiado inteligentes para tratarse de otra parvada de globos emancipados.

Mamá había muerto. Cuando llegamos al hotel el mensaje nos esperaba en el foco rojo intermitente del teléfono, así que volvimos a casa para despedirla. Entonces vino lo difícil. Sofía y Galia lloraban porque Abi ya no estaba. Y, sobre todo, porque en una caja yacía como dormida, sin posibilidad de despertar.

La contemplé por varios minutos en el féretro y la recordé despierta, sin la hinchazón de los líquidos conservadores que inyectan a los finados, con su voz, su alegría, sus cabellos y sus manos tibias. Y entonces, con todo el amor del mundo, besé su frente y supe que ya sólo era de mármol. Estaba verdaderamente helada.

En los cuatro imperaba la confusión, no nos hallábamos. Nos pasaba de cierta manera lo que a ella: estábamos y al mismo tiempo no. Escuché decir a una tanatóloga de la funeraria que intentaba reconfortar a Pauline, que los deudos suelen acompañar a sus muertos hasta una dimensión distinta, al portal donde las ánimas se desprenden de los apellidos.

Probablemente hablaba del lugar increíble donde fui con Luli de chico, o de ese puente con flores desde el que mamá vio partir a mi padre para siempre. Y como aquél no es un sitio al que se llegue en un respiro, supongo que por eso nos sentimos perdidos un buen rato.

En lo que nuestros cuerpos sufrían el vacío, capaz que nuestros espíritus formaron el cortejo que flanqueó al

de mamá en esa dimensión que nos mantuvo alejados de este plano. Yo me sentía desubicado. Y muy solo. Me resultaba inconcebible la imposibilidad de volver a abrazarnos.

—Ahora eres el jefe de una tribu —recuerdo que me dijo ella cuando nació Sofía—. Cuida a los tuyos, guíalos y enséñales a valorar lo aprendido, porque en esta vida el aprendizaje es lo único que sobrevive a la muerte. El entusiasmo dura un segundo, el dolor un instante, el triunfo un momento y las derrotas, aunque resisten más al tiempo, siempre ceden. En cambio —explicó—, el aprendizaje es con lo único que vivimos todos los días. Es la primera inhalación de un hombre y el expiro último que lo transporta a otra vida.

Así me convertí en el viejo de la familia, en el jefe de la tribu. Y, por supuesto, asumí el papel con el debido desconcierto. Por una parte me sentía responsable y por la otra huérfano. No es que acostumbrara solicitar consejo a mi madre, pero saber que estaba viva me mantenía tranquilo. Y ahora yo la representaba a ella y a todos mis ancestros.

Cuando los padres mueren, los hijos lloramos. Aunque seamos viejos. Y nuestros hijos, es decir sus nietos, sufren sólo de comprobar que somos vulnerables y que como el papel nos rompemos. Es así como los pequeños van haciéndose grandes y terminan por socorrernos. Es el proceso de la transformación, del crecimiento, de la renovación de los linajes, de la sucesión de los patriarcas.

XXIV
"Crimen"[37]

De plano cerré unas semanas la novelería. A la muerte de papá no le dediqué el tiempo que requiere despedir a una persona tan íntima, una de las dos que crearon mi vida, mi cuerpo. Seguramente por ello, en su caso tardé en transpirar el duelo, me costó mucho trabajo reponerme y principalmente el asunto del desapego. Tras su fallecimiento quedé varado un largo rato en los terrenos aledaños al sepelio, y esta vez, con la partida de mamá, evité permanecer en exceso ahí.

Por eso, y porque lo merecía, suspendí cualquier actividad ajena a ella y me entregué de lleno a despedirla para enserio dejarla ir. "¿Qué momento en la vida es más trascendental que la muerte?", pensaba al contemplar sus fotografías.

En ese periodo que tradicionalmente llamamos luto, la consciencia brota a chorros como la fuente de la vida. Las reflexiones acerca de la existencia fluyen como una corriente de agua tibia que desborda el alma por los lagrimales. No es exclusivamente tristeza, es también un homenaje, una veneración que provoca llanto, un recuento de abrazos, la reproducción de las escenas más significativas.

[37] Gustavo Cerati, *Ahí vamos*, "Crimen".

—Frente a la certeza de la muerte, está la incertidumbre de la vida —predicó el cura en la misa—. Por eso, hermanos, para celebrar la muerte hay que festejar la vida. Disfrutemos el presente y descubramos sus maravillas, el mañana es solamente la continuación del hoy y es precisamente aquí donde florecen las posibilidades. Seamos felices y alcancemos la dicha. Que Dios nuestro Señor abra las puertas del reino a su hija.

—Amén —respondió toda la iglesia.

A pesar de que ya no practicaba la religión y aunque persistía el dolor de la muerte, aquel acto de fe me resucitó de cierta manera. "Estando vivos podemos hacer muchas cosas", pensé. "Empezando por realmente ser". Hoy que miro hacia atrás puedo decir que la vida es tan fácil y tan difícil como ser uno mismo.

Todavía no desmontábamos la casa y ya estaba vacía. Por todas partes se sentía su ausencia, cada estancia la extrañaba, los relojes sin cuerda y los que lamentosos latían, la mesa del comedor, los tapetes despeinados, los retratos tristes, el silencio, la cocina. La nostalgia de los álbumes y el polvo de los armarios también nos hicieron llorar.

De los cajones brotaban recuerdos y objetos olvidados. Encontramos llaves que ignorábamos qué cerraduras abrían y distintos papeles con números y claves cuya correspondencia asimismo desconocíamos. Varias veces quise preguntarle a mamá si se trataba de una combinación o un teléfono y otras cuantas me puse en pie de un impulso para ir a que me dijera dónde había guardado cosas que no aparecían. Pero entonces recordaba que mamá estaba igual de desaparecida.

Con cierto susto deseaba que se me apareciera. Forzaba inclusive visiones y alucinaba su silueta fugaz con ropas negras. Luego caía en cuenta que se trataba de mamá y no de un vil fantasma o de un alma en pena y, entonces, con absoluta seguridad y certeza, me invadían ganas de verla. De noche y a solas me sentaba en su cama y la evocaba con los ojos cerrados para que se mostrara ante mí.

Recurrí a técnicas de relajación y a prácticas de meditación que en mi juventud leí en los libros de metafísica y en los de los gurús hindúes que me regaló mi amigo Charlie Boobles. Requería sumergirme en esos estados de paz en los que aseguran que el contacto con uno mismo conduce a la comunicación divina. Por ahí probablemente hallaría a mi madre.

—Buen día —escuché una voz femenina a las puertas de la novelería apenas giré la llave para abrirla—. Pensé que nunca llegaría.

—Falleció mi madre, usted disculpará —respondí irónico y molesto, pensando si la conocía.

—Lo siento, no sabía —contestó muy apenada y la cara comenzó a enrojecérsele—, por favor discúlpeme… No sé qué decir —continuó, hizo una nueva pausa, movió los brazos en un intento porque le salieran las palabras, se rindió y se fue corriendo.

—¡Ey, espera! ¡No te vayas! —grité y la perseguí, sintiéndome terriblemente mal y muy cruel—. ¡Detente!

Y fue hasta que tropezó cuando la alcancé. Una de sus rodillas sangraba y la otra le dolía. Sus anteojos rodaron por el suelo y los cristales se rasparon tanto como las piernas. El

cabello le caía como una cascada por la cara y a través de ésta me veía. Se los hizo por fin de lado con los dedos.

—Le juro que no sabía…

—Perdóname a mí —la callé y me señalé con culpa—, yo no quería… —y como pude la llevé a la novelería. Le costaba trabajo caminar y en las palmas de las manos tenía enterradas piedritas.

Abrí la puerta y dejé sus cosas y las mías en el recibidor. Mojé enseguida una toalla para que se limpiara la tierra. Antes se la pasó por el rostro y luego, disimuladamente, por las axilas. Emanaban un aroma ligeramente agrio pero suculentamente dulce. Un olor a sudor tierno que respiré con placer. Del calor y la carrera tenía bañada la camiseta de tirantes que traía puesta, las marcas del bochorno le llegaban casi a los pechos, que parecían escapársele cada que se curaba las rodillas. En uno de ellos tenía un pequeño lunar que se me antojaba como una chispa de chocolate. Calculé que tendría treinta años, poco más de diez menos que yo.

A solas en el baño, como si se tratara de una flor, olí la toalla húmeda con todas mis fuerzas. Y de todas formas me sequé la cara con ella. Olía a humanidad, a pecado. Hacía tanto que no me penetraba el olor íntimo de una mujer que no fuera la mía, que hasta respiraba con precaución, aunque con ganas de intoxicarme.

No era una mujer precisamente bella, simplemente tenía ese *noséqué* que a los hombres comprometidos nos hostiga. Se llamaba Sara, de piel muy blanca y facciones finas, me atraía. Tenía los cabellos negros y lacios a media cara y venía de lejos, con su boca carnosa y brillosa, como si la retocara con saliva. Quería hacerme una entrevista.

Igual que yo alguna vez, era periodista. Y que Pauline, todavía. Trabajaba en un periódico de una ciudad recóndita de la que nunca escuché antes y en la que, juraba ella, me conocían.

—La gente dice que usted conoce las verdades —me observó fijamente con sus ojos grandes color coca-cola—, y que detesta las mentiras —comentó ya repuesta, hundida en el sofá y con los pies cruzados. Me miraba con una admiración distinta a aquella con la que yo la veía, embelesado por sus muslos y por lo que apenas escondían—. Rumoran que ha descubierto los secretos y que los pensamientos que escribe los materializa.

—¿Qué secretos? —respondí aún distraído—. La palabra es la primera materialización del pensamiento, eso es algo sabido —aclaré—, pero de ahí a que yo las haga realidad es muy distinto. Cada quien escribe su propia historia.

—Pero, vamos, usted es el autor.

—Pero no el protagonista. Yo únicamente redacto los anhelos de mi clientela, sus deseos más íntimos, los que solemos confesarle exclusivamente a Dios antes de dormirnos. Todos los días estamos imaginando lo que nos gustaría ser o haber dicho y, en cambio, nos la pasamos haciendo cosas que nos alejan de nosotros mismos. Si diario nos arriesgáramos nos sorprenderíamos.

—¿Y cuál es su deseo más íntimo?

—Mejor te digo mi fantasía —respondí *quesque* de chiste, con forzada ironía y con una lascivia que me poseía.

—Entonces deje apago la grabadora —prosiguió en tono de broma y con coquetería—. Y usted cierre las cortinas.

Reíamos, callábamos y nos veíamos reiteradamente con alevosía. Otra vez reímos, fingimos con prudencia, esquivamos

las miradas y evadimos el tema por unas líneas. Las manos me sudaban, más que con las buenas películas, y si me levantaba, el pantalón me delataría.

—Hablando en serio, ¿ya empezó la entrevista? —pregunté y reacomodé mi postura.

—No, así que hasta ahora cualquier comentario queda entre nosotros —contestó, rió y se acabó el vaso de agua que le serví—. De hecho, si acepta, yo regresaría en unos días, me gustaría leer más de usted y preparar una muy buena entrevista. Es más, si fuera posible, ¿podría conocer a su esposa y sus hijas? Quiero preguntarles que se siente vivir con un hombre tan especial y lleno de sabiduría…

—¡Uy! —interrumpí para aclarar las cosas—, va a ser difícil. En primer lugar, mi mujer y yo carecemos de títulos. No estamos casados, simplemente siempre hemos estado comprometidos. Y ya respondiendo a tu pregunta, qué te digo, ella es muy celosa de nuestra intimidad. Por otra parte, ojalá yo y mi casa fuéramos una décima parte de lo que imaginas —contesté, no quejándome, porque finalmente mi casa me gustaba y adoraba a mi familia, sino sólo siendo realista—. Lejos de alabarme, a veces me alucinan. Soy un tipo bastante difícil, el típico jefe de familia. No es que sea muy fácil para ellas vivir conmigo, sobre todo para Pauline. Es su nombre —le aclaré anticipándome a su pregunta—. Todo el día le exijo, que la carne esté suave, que planchen bien mis camisas, que el aguacate esté en su punto y que las camas estén perfectamente tendidas.

—Si yo fuera su mujer sería comprensiva. A un hombre como usted hay que procurarle el don y consentirlo.

—Ella es la primera en hacerlo y con todo y eso a veces le falto al respeto. Le he dicho hasta groserías… Hay oca-

siones que me siento un malagradecido, así que si crees que mis libros me hacen distinto, temo decepcionarte, soy igual que todos. O peor. A veces exploto como un demonio.

—La verdad es que lo dudo, ¿a poco sí la luz de esos ojos se transforma en chispas?

—Pues temo desilusionarte pero sí. Exploto con frecuencia y me siento mal con mi mujer y mis hijas, no sabes cuánto me cuesta alcanzar la coherencia entre lo que escribo y el día a día. Odio parecer un hipócrita.

—En el pueblo comentan que es una especie de terapeuta y que este lugar es como una clínica. Hay quienes dicen que les ha curado las heridas del amor y otros aseguran que es capaz de transformar en realidad la tinta.

—Ya te lo dije antes, yo no hago nada. Cada persona es responsable de su existencia y de vivir su vida. Cada quien construye su destino, yo simplemente escribo lo que sus corazones gritan. Si después de confesarme sus sueños a alguno de ellos se le llegan a convertir en realidad, es porque así lo querían, porque los tenían tan claros y fijos en la voluntad que no había alternativa. Pero siempre depende de ellos, no de éste escriba.

Y así era, cada persona que entraba a la novelería escogía su historia, yo simplemente procuraba que se sintieran en casa y que me contaran lo que realmente sentían.

—¿Qué le gustaría ser? ¿A quién ama? ¿Qué lo hace llorar? ¿Por quién daría la vida? Son algunas de las preguntas que la gente debe responder para conocerse a sí misma. Y también es fundamental identificar los objetivos para poder perseguirlos. ¿Qué deseas, qué necesitas? ¿De qué te

arrepientes? ¿Qué te hace feliz, qué es lo más bonito que has sentido? ¿Estás a gusto en tu oficina?

—¿Me está preguntando?

—No, tú te lo preguntas solita, yo sólo te digo que cada quien es dueño de su historia, de sus afirmaciones y negativas. Cuando las personas entran en confianza se atreven a hablar de eso, de lo que es realmente importante y les da sentido. Y es que justo el sentido no es fácil descubrirlo y, por lo mismo, cuando conseguimos verlo, debemos seguirlo con fe y tenacidad, noche y día. Por eso es importante cuestionarse, y eso es justamente algo de lo que hacemos en la novelería.

—Es un sitio muy cálido.

—El olor del incienso y la luz tenue nos apaciguan. Para empezar nos miramos de frente, fijamente y sin hablar, por varios minutos. Luego cerramos los ojos y el silencio nos aproxima, nos vuelve a hacer iguales. Uno —le expliqué el método de presentación cliente-escritor a la periodista—. Entonces hablamos de todo lo que te decía, de los miedos, los deseos, los amores, los recuerdos, los arrepentimientos y las fantasías. De lo que soñamos mientras el Sol está arriba.

—Hasta al espejo es difícil aguantarle la mirada —comentó la chica con un gesto de respeto—. Le confieso, Sr. Duncan, que sí percibo cierta sabiduría.

—Eso a lo que llamas sabiduría, creo que es simplemente apertura. Una ocasión, una persona para la que trabajaba me dijo que la llave del interior de las personas la llevaba yo adentro, y que primero debía abrirme para encontrar la mía si quería que los demás fueran sinceros conmigo. Por aquellas épocas me dedicaba, como tú ahora, a las entrevistas, y mi

labor consistía en desenterrar lo que los entrevistados escondían en su interior por temor a ser descubiertos. Esa era la información realmente valiosa, la demás ya la conocía el resto.

—Pues hoy se dedica un poco a lo mismo, ¿no?

—Nada es casualidad, estoy convencido. El pasado sirve para algo y siempre tiene un propósito, hoy estamos aquí gracias a donde ayer estuvimos. Aquel consejo, el de al hablar abrirnos, es de los más importantes que haya recibido, especialmente porque estoy obligado a reflejar en el papel los sentimientos auténticos y los anhelos más profundos de mi clientela, y éstos únicamente son compartidos a través de una conversación de corazón a corazón. En cambio, si yo plasmara en las hojas sueños que no son, el protagonista correría peligro.

—¿Qué sucedería? —preguntó curiosa.

—Nada.

—¿Cómo que nada si acaba de mencionar que el protagonista correría peligro?

—Y qué peor peligro que ése, que nada ocurra, que la trama de una historia sea el fastidio.

Pauline me abrió la puerta de la casa, lloraba todavía la muerte de mamá abrazada con las niñas. Me recibió con una caricia en la mejilla que por poco me tira la cara de vergüenza. Yo revolcado en malos pensamientos y ellas sufriendo por mi madre. Sus lágrimas me enfriaron el calor como un hielo y sin dudarlo prometí nunca arriesgarlas por nadie.

—¿Cómo vas, guapo? —me preguntó con los ojos tristes y preocupada por mí—. ¿Cómo te sentiste de regreso en la novelería?

—Ahí voy, —contesté apachurrado, aunque con cierta hipocresía, tras una jornada de puñetas mentales con la periodista—, más o menos. Es difícil volver a la rutina.

—Sabes que te queremos y te amamos mucho —y me cobijaron las tres con sus brazos—. Entremos, la comida está servida.

Antes de sentarnos, Pauline me dio un beso tierno en los labios y me enderezó el cuello de la camisa. Esa mujer para la que un día me arreglaba, acabó peinándome las cejas y las patillas. Así sucede si encuentras a la chica de tus sueños, al amor de tu vida. Primero te arreglas para conquistarla y luego ella te cuida.

Pero cuando nos peleábamos o llevábamos mucho tiempo sin caricias, yo pensaba en otras chicas, sobre todo durante la primavera. Me sobraban ganas de levantar el teléfono y llamarle a la periodista para que me entrevistara y, por qué no, para empezar, para que me hiciera una chaqueta de adeveras. Los hombres, solteros, casados, en amasiato o comprometidos, somos animales salvajes en brama recurrente, y acostumbramos dedicar varios pensamientos del día a otras mujeres. Y a ésta yo le brindaba la mayoría. Tenía sus muslos frescos en mi mente, y sus axilas.

Y no hizo falta que le marcara. Un lunes, otra vez sin previa cita, se presentó en la novelería con libreta en mano y pluma.

—¿Soy inoportuna? —preguntó con una de esas sonrisas que aflojan el terreno que de por sí ya está blandito—. ¿Si prefiere regreso otro día?

—Espérame un segundo, termino esta cuartilla y estoy contigo —respondí pensando en huir. Y llevármela conmigo—. ¡Y no me hables de usted! —clamé en tono amigo.

Otra vez olía a calor. Y a peligro. En el aire se respiraba una de esas sensaciones que hieden a prohibido y saben a posible. De la posibilidad sobraba hablar, estaba ahí presente, entre ambos, arrimándonos, haciéndonos transpirar adrenalina cada que fingíamos chocar por accidente las rodillas (las suyas completamente recuperadas), contiguos en el sillón grande de terciopelo color vino en el que solía pintar rayas a contrapelo con la yema del dedo índice.

Ella hojeaba algunos de mis trabajos, poemas y algunos manuscritos, y yo, en lo que le contaba la anécdota de cada historia y el cómo surgió el negocio, con precaución, de reojo y con la barbilla hacia delante, ojeaba por el escote sus senos.

—Los cuentos son los refugios de los sueños, ahí descansan en paz y despiertan cuando los leemos —comenté a la periodista y dirigí la voz a la grabadora que puso sobre la mesa—. Una tarde descubrí que en la calle existían toda clase de tiendas y comercios, todos excepto uno, un local donde la gente pudiera hablar de sus sueños. Así es como después de muchas dudas decidí montar la novelería. Me visualicé escribiendo los sueños de los demás en historias hechas a su medida.

—¡Qué gran idea!

—Al principio no lo parecía. A partir de que la novelería abrió, transcurrieron demasiadas semanas para que entrara el cliente número uno. ¿O meses? No me acuerdo, pero lo que sí recuerdo con claridad es que en ese entonces los que caminaban frente a este sitio pasaban de largo. Muy pocos se asomaban por las ventanas y menos leían el letrero que está fijo arriba de la puerta para explicar de qué trata el negocio.

—¿Y qué sucedió?

—Comprobé que una vez que realizas la primera hazaña, que en mi caso fue escribir los sueños del primer hombre que confió en mí, las demás se tornan más fáciles aunque sean igual de difíciles. Cuando la primera se da, la puerta de las posibilidades se abre para las que siguen.

—¿Y qué sistemas o métodos aplicó para escribirla?

—¿Me creerás que a la fecha lo desconozco? Aunque en el fondo se parece a todos, este no es un oficio como cualquiera, y supongo que ninguno lo es. Sin embargo, si te fijas bien, el que se dedica a lo que ama solamente aprende como Dios le da a entender.

—Pero si a un abogado lo respalda un título para hacer su trabajo, ¿a usted qué?

—Es complicado explicarlo, a mí me sucede algo extraño. Cuando escribo aquí adentro, en La Libertad, se abre una especie de canal que conecta mi corazón con mi cerebro. Es un conducto por el que fluye información que proviene de una fuente cuyo manar me transporta a lo profundo de sus aguas sutiles, donde las palabras gravitan como peces que esperan ser capturados. Creo que es en ese estado donde obtengo el conocimiento, lo que tú llamas sabiduría, y aunque carece de constancias estoy seguro que compite con la que un experto en leyes adquiere con una maestría.

Por su expresión y la atención que me prestaba, pensé que mis palabras no sólo la complacían, sino que la seducían como una mano tersa que con el filo de las uñas te acaricia las costillas. Entretanto, a mí continuaban conquistándome sus curvas, en las que, contraviniendo la norma, frené mis ojos, inconscientemente y sin disimulo.

—¿Le gustan? —preguntó provocativa.

—…mucho —contesté nervioso.

—¿Piensas que son grandes o chicas? —preguntó cínica, cogió mis manos y con ellas las revisó por encima de la ropa.

—Me fascinan —y casi montado en ella se las metí frenéticamente por debajo de la blusa para aferrarlas a esos senos carnosos y duros que tanto había imaginado, diez años más jóvenes, firmes y tentadores que los de Pauline.

—Me excita tu aliento libidinoso —susurró.

—Y a mí tu saliva —y en lo que mi lengua penetraba su boca, la desvestía. Le zafé la blusa y con cada mano le exprimí cada pecho hasta los pezones—. Y me calienta más que no uses ropa íntima.

—Chúpamelas —gimió con la voz ya también turbia y deslizó ahora sus manos con fuerza por mi vientre para entremeterse bajo mi pantalón y sentirme—. Háblame sucio, dime porquerías —me sugirió al oído con la perversión desenfrenada en lo que me oprimía con los calzones todavía puestos, hasta que de mis muslos a mis inglés halló igual un camino subrepticio que la llevó a mi sexo.

Comenzó a tocarme. Atrapó mi pene con una de sus manos, lo apretó primero suave y lento y después, apunto de estrangularlo, lo constriñó con rigor para exprimirle la miel que decía querer. La embarró en sus dedos, se los llevó a la boca y luego los incrustó en la mía—. ¿Te has probado alguna vez? —preguntó entre delirios y bajó la mano de nuevo para repetir el procedimiento.

Con prisa y destreza, como si lo hiciera seguido, me quitó el cinturón con una mano y desabrochó mi pantalón en cuestión de segundos. Me quedé en camisa y calzones, todo

erguido sobre ella, atragantándome de sus pechos desbordados y clavando por instantes la cara en sus calurosas axilas, en las que también me atasqué con éxtasis. Apenas levanté su falda, el olor que encerraban sus piernas subió y jamás conseguí sacarlo de mi nariz. Aún lo percibo. Era muy intenso, tanto que me provocó alguna náusea, mas enseguida me habitué y rápidamente me hice adicto a respirar ahí.

Por fin me desnudó por completo y, de besarnos en la boca con la lengua, pasamos a lamernos los recovecos. Ningún rincón faltó, nos probamos cada centímetro de la piel, todas las texturas, las cuencas, las grietas, los precipicios y las heridas.

—Quien te viera —me hablaba por vez primera de tú—, no lo creería. Con tu cara de serio.

—Me provoca tu cuerpo y que no seas mía, me arrebatas el instinto.

—Una vez que pruebas las mieles prohibidas, las más dulces saben insípidas.

De pie nos tocamos y nos recorrimos, nos amenazamos las hendiduras con las incitantes yemas de los dedos. Y nos mordimos.

—¿Vas a dejar que te haga lo que quiera? —preguntó con una sonrisa desafiante y perturbadora mientras con la zurda me estimulaba de abajo a arriba, con la mirada fija en la mía.

Sudábamos, goteábamos de por doquier. En el piso yacían estrellados los fluidos del preludio, los hilos de la pasión que entretejían un lazo irrompible de lujuria entre los dos. Sin palabras de por medio me midió con los puños, hizo un gesto de aprobación y con antojo se arrodilló en cuatro patas en el suelo de la perfidia. Por entre las piernas observaba

cómo me acercaba y con la mano me acomodó detrás de ella, resbalándome de aquí a allá hasta que la embestí con fuerza y sin mesura por la vagina.

Enseguida que la penetré, Pauline apareció en mi mente. Entonces empujé más rápido y más fuerte para sacudírmela de los pensamientos. Y dio resultado. Sara y yo follamos como animales en brama, calientes, olorosos y sucios, cual dos cerdos en contubernio.

Terminé en su pecho y acabé en su cara. Enseguida, un arrepentimiento corrosivo devoró la calma que habitaba en mí antes de que aquella mujer entrara por la puerta. Inclusive recuerdo que sentí una punzada aguda y helada mero ahí, en el corazón. Sería que, si es cierto como algunos aseguran, en el plano etéreo las mentiras no existen, y el puñal que vilmente le enterré a Pauline me dolía también a mí.

En el espejo del coche descubrí los colmillos de Sara en mi cuello. Por todas partes olía a ella, a su sudor, a su maldito perfume barato y a su sexo. Por suerte cuando llegué a casa, Pauline y las niñas no estaban, así que a la velocidad de un mentiroso me metí a la regadera y me deshice de las fragancias del averno. Lo que resultó inútil lavar fueron los besos ventosos y los mordiscos, por lo que tuve que recurrir al polvo color carne de Pauline. Encogí con la mayor prudencia posible el pescuezo y recé para que el tiempo los borrara junto con el remordimiento.

Para cuando llegaron, la casa ya sólo apestaba a culpa. Y a las rosas arrepentidas que corté del jardín para Pauline.

—¿Estás bien, Lukas? —preguntó preocupada. —¿Sucedió algo? No sé, tu cara, tu semblante está raro, te ves desencajado.

—Será dolido, lo de mamá está muy reciente —le contesté con la primera mentira de una cadena que no terminaría—. O a lo mejor es el cansancio, últimamente tengo bastante trabajo y poca inspiración. Pero aparte de eso no ocurrió nada extraordinario. ¿Qué habría de pasar?

El desliz me tiró de la cama a media noche. Me desperté angustiado, afligido. Elucubré por horas una conversación cerebral que pretendía sostener con Sara para poner fin a lo que no debía significar un inicio. "Para ella fue sólo una aventura, tranquilo", me calmaba pensar que eso había sido y que mi familia estaba segura conmigo. Por la mañana, muy temprano, me arreglé, fui a la novelería y desde ahí le marqué para aclarar las cosas y terminar el capítulo.

XXV
Bye-bye

—"*I don't wanna be your friend, I just wanna be your lover. No matter how it ends, no matter how it starts. Forget about your house of cards, and I'll do mine. Forget about your house of cards, and I'll do mine…*"[38] Solamente quiero ser tu amante, no me interesa ser tu amiga. No importa cómo termine, no importa cómo dio inicio. Olvida tu castillo de naipes y yo olvidaré el mío. Olvida tu castillo de naipes y yo olvidaré el mío —por el teléfono su voz también excitaba mi libido, inclusive en medio del remordimiento—. Vamos de menos a despedirnos —sugirió.

—¿Cómo a despedirnos? —pregunté haciéndome el tonto—. ¿Qué clase de despedida?

—Una inolvidable, para que el simple recuerdo nos satisfaga y resistamos las ganas de levantar la bocina. ¿O qué, piensas que no se me antoja que me llames a escondidas y me digas en secreto que soy tu puta? Si apenas ayer lo hicimos y ya me muero por que te comas otra vez mi vagina.

—¿Te gusta que te diga cosas?

—Me fascina. ¿Y a ti, qué te gustaría que te diga?

[38] Radiohead, *In Rainbows*, "House of Cards".

—Que vas a subirte ahorita al coche para llegar aquí en chinga —le respondí erecto, con la cara caliente, la voz y las piernas temblorosas y las manos mojadas y frías—. Voy a lamerte hasta que gimas.

Y en quince minutos sonó el timbre de la novelería. En cuanto abrí la puerta me besó en la boca y se bajó la falda; no llevaba nada abajo. Me dio la espalda, caminó a mi escritorio y, de pie, en puntillas, reposó ahí el torso y alzó los glúteos.

—¿Cuál es tu fantasía? —me preguntó con la cara embarrada a la mesa mientras con una mano cubría su sexo y con la otra, seductoramente, abría la retaguardia, acariciándose y mostrándome la entrada prohibida—. ¿Quieres meterte por ahí?

—Esta es una despedida, ¿verdad?

—Es una inauguración —contestó con voz de placer mientras me le encajaba atrás.

Esa fue nuestra primera despedida. Todos los amantes suelen tener una, que por lo general no es la última. Caí y caí pese a mis juramentos y promesas silenciosas que empeñaban lo más valioso de mi vida. Se convirtió en un vicio, en adrenalina impura, y cada que acababa repetía con determinación para mis adentros y sumergido en una cruda moral lastimosa, como de jugador empedernido en la ruina, que ahora sí había sido la última.

—"Hagamos de cuenta que no pasó nada, que no hubo mordidas, ni miradas. Hagamos de cuenta que no nos vimos, que no nos acostamos ni nos extrañamos. Hagamos de cuenta que no existimos, que nunca nos conocimos…"[39] —le decía.

[39] San Pascualito Rey, *Sufro, sufro, sufro*, "Nos tragamos".

Pero al día siguiente ya estábamos sentados en el lóbrego bar de amantes del hotel de paso, cede alterna de nuestras porquerías, bebiendo e intercambiando palabras aperitivas y disfrutando del sabor de la astucia de los besos infieles, urgidos de pagarle la cuenta al mesero morboso para subir a las habitaciones adulteras. Ahí follábamos enredados entre las sábanas baratas que casi se rasgaban con las uñas y nos declarábamos la pasión boca a boca con los alientos envinados y pervertidos.

En la cama de fuego el olor a café amargo de sus axilas me despertaba lo obsceno. La fusión de nuestras humanidades producía lumbre, un calor genital que hacía transpirar las ventanas y las bisagras de las puertas. El cuarto era un horno blindado donde la palabra intimidad resultaba insuficiente para describir las peticiones. Y las complacencias.

Así, poco a poco, la contrición degeneró en costumbre. Conforme sumábamos encuentros, a la compunción me hacía inmune, hasta que una tarde en la novelería, sede oficial de nuestros encuentros, Pauline nos descubrió desnudos, insertos, en una posición muy incómoda y podría decirse que sucia.

Sus ojos se tornaron lúgubres, profundamente tristes. Permaneció ahí mismo, paralizada, sin mover un pulmón, incrédula, engañada y pasmada, desengañada. Muerta. Yo tampoco fui capaz de moverme, ni siquiera de disculparme. Quedé adentro de Sara, y Pauline lo veía. Nos recorría con una pena que lloraba como una herida sin sangre por la que ya sólo chorrean restos podridos de vida.

Yo también me morí. Un súbito hervor estomacal calcinó mis tripas y mi corazón y abrumó mi cabeza. Y conforme

Pauline partió, el fuego de la vergüenza se enfrío y dio lugar a una gélida tristeza que me cuarteó el espíritu. Los pensamientos igual se congelaron y el cerebro se me partió en dos, como un sartén barato que sufre cambios bruscos de temperatura.

Estaba jodido. Las llamadas anónimas, los números equivocados, los viajes de trabajo, las llegadas tarde y las demás falacias me explotaron finalmente en la cara. La aventura terminó en una tragedia que arrasó con mi familia y conmigo.

—Perdóname, mi amor, te lo ruego…

—Eres un infeliz —me dijo después de un mes sin hablarme—. Tu amor es esa puta, así que en la vida te atrevas a llamarme así, cerdo de mierda. ¡Cómo no me di cuenta! Tantas llamadas raras, tantas saliditas, viajes, cuentas por pagar y tantas consideraciones tuyas para que saliera de vacaciones con las niñas, ¡qué estúpida!

—¡Por favor, Pauline, escucha! Fue un error, la estupidez más grande, pero no me juzgues por lo que hice, júzgame por lo que soy. Sabes bien que te adoro, lo que ocurrió fue solamente un hecho aislado, un evento… No fue algo enserio…

—¡Qué pendeja soy, qué ciega he sido! ¡Le entregué lo mejor de mí a un hipócrita! —gritaba con el alma desgarrada—. ¡¿No fue enserio, maldito desgraciado?! ¡Entonces explícame qué significa meterle el pito a una puta!

—¡Pauline, entiéndeme! ¡Fue una aventura!…

—¡Ah!, ¿fue una aventura? ¡Ay, entonces tú tranquilo, hombre! ¡Despreocúpate! —respondió irónica y contusa, con razón—. ¡Pero qué ridícula soy, qué incomprensiva!

—Cálmate. Por favor…

—¡Claro! Tú tan razonable seguramente comprenderás que venga de coger con un cabrón de la oficina, ¿verdad? Pero relájate, fue un simple amorío de un par de horas —aclaró con una seriedad que me asustó—. ¿A que no tienes idea por dónde me lo hizo?

—¡Cállate, Pauline!

—Justo por donde a ti te gusta cogerte a la puta, ¿qué te parece? —y yo no sabía qué decir ni tenía derecho de decirlo, pero la duda me deshizo—. Y mira que no lo disfruté, me dio hasta asco sentir adentro al tipo. Pero no imaginas cómo estoy gozando decírtelo.

—¡Ya, por Dios! Te lo suplico… Olvidemos lo que pasó, tú eres mi amor, mi hogar. Te necesito.

—Y yo a ti, Lukas, pero no quiero volver a verte. Así que ahora yo te suplico, llévate tus cosas, no puedo vivir más contigo. Esta vez no sólo me desilusionaste, me traicionaste, defraudaste la confianza que deposité en ti. Fuiste capaz de terminar un amor que en mí era infinito.

—Pauline, por favor —le rogué y lloré como un niño perdido—, dame una oportunidad, jamás te la he pedido. Nunca sucederá de nuevo algo parecido.

—Mira, cada vez que miro un cuchillo me atraviesa la cabeza la idea de enterrártelo. Y prefiero evitarlo, así que hagamos esto lo menos difícil posible, por nuestras hijas y por el amor que un día nos tuvimos. Por favor vete. "Nunca tendrás mi perdón, nunca tendrás mi perdón".[40]

Así destruí mi familia. Una rápida traición a la que me volví adicto nos separó para siempre. Sofía y Galia ignoraban lo

[40] El columpio asesino, *La Gallina*, "Dolores tres pinos"

ocurrido, lo único que Pauline les comentó, por salvaguardar mi imagen, es que teníamos conflictos que nos impedían continuar juntos.

—Papi, es injusto. Si apenas hacía unos días mamá y tú se querían mucho, caminaban de la mano y se besaban en la calle. ¿Por qué así de repente dejaron de quererse?

—No, Sofi, todavía nos queremos, lo haremos hasta la muerte. Pero papá cometió errores, cosas feas que lastimaron a mamá…

—Si te quiere tanto, debería perdonarte.

Ambas culpaban un poco a Pauline y le guardaban cierto rencor, así que tuve que confesarles, con la mayor moderación posible, la verdad. A su edad, o cualquiera otra, debe ser terrible enterarse que papá se olvidó un rato de mamá y besó a otra señora. No estoy convencido de haber hecho bien en decírselos, sus lágrimas inmediatamente me hicieron dudarlo y posteriormente el tortuoso silencio con que castigaron mi delito. Pero lo peor fue que las condené a imaginar perpetuamente la cara de esa mujer.

Juro por Dios santo que la última intención de mi existencia fue causarles daño, a ellas y, por cínico que parezca, a Pauline. Juro que tras el primer encuentro borré el número de Sara de mi agenda; sin embargo, contra mi voluntad, me lo había aprendido. Y si lograba abstenerme de llamarla, ella marcaba mi teléfono encubierta en un silencio aturdidor que encendía mis profanos instintos. Su voz y sus respiraciones me guiaban a donde ella deseaba, a lo más bajo, a lo inaudito. Me adormecía la conciencia y los principios, estaba a su merced como un cordero.

—Sacaste lo peor de mí —le reclamé la vez que ahora sí nos despedimos.

—Tú lo has dicho, yo sólo lo saqué, tú lo llevabas dentro.

—Me robaste la vida.

—Lejos de quitarte algo, te hice un ofrecimiento: mi cuerpo y mi silencio. Si la situación se salió de control es porque manejaste mal las cosas. Tenías que ser cuidadoso, una verdad como la nuestra es confidencial y gracias a tus descuidos la conoció Pauline.

—Si pudiera echar atrás el tiempo…

—Mejor respírame por última vez en la cara para que me penetre la cabeza tu aliento.

Hay días en que valdría más no salir de la cama,
en sólo un minuto vi mi vida cambiar…[41]

[41] Bunbury & Vegas, *El tiempo de las cerezas*, "Días extraños".

XXVI
El amor

Sometimes I think that I know
What love's all about
And when I see the light
I know I'll be all right...[42]

¿Cuántos corazones rotos, cuántos heridos y cuántos traicioneros habitaremos el mundo? De niño juré nunca formar parte del grupo de éstos últimos. Fue un tema que sacudió mi casa, cuando muy niño, y yo no quería repetir la historia. Pocas cosas recuerdo al respecto, porque luego de que mamá descubriera el adulterio que papá negó hasta el hartazgo, del tema nunca se volvió a hablar nada. Por lo menos enfrente de mí. Así se convirtió en uno de esos misterios que es mejor no resolver.

Sin embargo, la sensación de angustia y contradicción que generó aquel angustiante confrontamiento, todavía resurge cuando lo recuerdo. Ese día la imagen de mi padre se vino abajo como un pichón muerto. Como una escopeta, mamá le descargó un par de cachetadas que pegaron en su cabeza mientras él se cubría la cara, no tanto para evitar los golpes sino para que no le viéramos las lágrimas.

¿Cuántos secretos ocultará cada casa, cada cuerpo? ¿Cuántas mentiras vuelan como moscas en círculo encima de uno? ¿Cuántos deseos guarda una boca silenciosa, cuántas mentes se regocijan a plena luz del día en *pensamientos prohibidos*?

[42] Neil Young, *O.S.T. Philadelphia*, "Philadelphia".

¿Cuántas pasiones sólo encarnan de noche? O adentro de un motel, a escondidas.

De pequeño hice demasiados juramentos que de grande acabé por romper. Cuando la piel de Pauline dejó de ser novedosa al tacto de mis dedos, varias veces me prometí abstenerme de introducir cualquier parte mía en otro cuerpo que no fuera el suyo.

Me pregunto si mi madre perdonaría a papá o si sólo se habría resignado. El día de su muerte pensé que sí, porque lo lloraba como nadie. ¿Quien perdona algo así es porque su amor es inmenso? ¿Mayor al de quien no es capaz de hacerlo? Quién sabe. ¿Habrá imaginado mamá todo lo que él hizo a sus espaldas, en otros pechos? Qué lastimosas son por lo general las suposiciones, qué crueles. A lo mejor hasta peores que los hechos, o quizás, en otros casos, nada más una décima parte de ellos.

En ocasiones le recriminé silenciosamente a papá su infamia con gestos y malas caras, como un niño malcriado. Era un tema del que no se hablaba. Súbitamente me ponía de mal humor y simplemente comenzaba a hablarle de manera grosera. Él no entendía por qué, así como yo tampoco comprendía por qué tuvo que buscar afuera lo que en casa tenía para aventar arriba. "Posiblemente porque no buscaba amor", ahora pienso, "sino sólo una cálida cueva en la que refugiarse y descansar unas horas de la rutina".

Me pasó como en la cortísima historia que alguna vez le escribí a un cliente que de niño se enfadó con su padre y que ya más adulto comenzó a comprenderlo. Se la regaló algún cumpleaños como un símbolo de reconocimiento y para reconciliar sus diferencias.

"Esta es la historia de dos hombres: un padre y un hijo. El hijo solía maldecir a su padre cuando éste hacía cosas que a sus ojos parecían incorrectas. "Cómo se atreve a meterse con otras si mi madre es una mujer buena, la mejor del mundo", solía pensar el hijo defraudado. Pero un día el joven se casó y se convirtió también en padre, e hizo abuelo al suyo. Y a los pocos años, fiel a la tradición, se hizo de una casa chica.

El entonces bonachón abuelo se indignó al enterarse que su hijo tenía una amante, temía, sobre todo, que sus nietos sufrieran las consecuencias.

—¡Con esos hijos y esa maravillosa esposa, cómo te atreves! —le reclamaba el viejo—. Los pones en riesgo, luego no llores si los pierdes—. Así, el hijo, que en su infancia condenó su lujuria, terminó por comportarse igual que aquél.

—De qué te quejas, deberías más bien compadecerte. Esto es un mal congénito.

Aunque la situación y las circunstancias eran iguales, al hijo no le parecía tan grave lo suyo, pues si bien le era infiel a su esposa, a su juicio no le era desleal, pues, argumentaba, "jamás he puesto el corazón en juego. Sé a lo que le tiro".

En una comida familiar, tras varios años de exabruptos, padre e hijo se miraron a los ojos y se reconocieron. Eran verdaderamente idénticos. "Salud", se dijeron. "Por la familia".

"Floto en un mar muerto, floto sin dirección, floto sin una dirección…",[43] pensaba al caminar en la más absoluta de las soledades por las calles vacías, al seguir el andar de mis zapatos sucios. Y me preguntaba y me pregunto "¿qué es el

[43] El columpio asesino, *De mi sangre a tus cuchillas*, "Floto".

amor?", porque he oído todo tipo de definiciones acerca del mismo y conocido gente con maneras muy diversas de concebirlo y vivirlo. Una vez conocí a un tipo que de hecho dejó a su esposa y a sus hijos para poder mantenerlos. Estoy seguro que eso es amor. Una madrugada salió de su casa y se marchó *ilegalmente* a un país vecino para convertirse en uno de tantos jornaleros que trabajaban allá las cosechas. Uno de esos personajes que carecen de un lugar fijo, porque cuando terminan de esculcar los árboles y las tierras del Sur, deben enseguida desplazarse a los campos del Norte, que apenas empiezan a parir. Y es que para mandar dinero a casa debía llenar muchas canastas.

Llegaban a pasar hasta dos años sin que el pobre viera a su familia. Sin documentos resultaba difícil y peligroso cruzar la frontera, además de que costaba muy caro hacerlo. Y resistir tanto tiempo sin calor humano es prácticamente imposible, "se vuelve uno loco", me dijo con las comisuras contraídas cuando muchos años atrás lo entrevisté para el periódico en que trabajé. "Nos explotaban tanto que no había tiempo para juegos, así que, además de para dormir, los cuartuchos donde pasábamos las noches simplemente servían para satisfacernos, sin ir más allá. Habían sitios en los que dormíamos tan pegados, que acababas por pegarte a quien dormía junto. Y no siempre era alguien del sexo opuesto", hizo una pausa y respiró profundo. "Los nuevos generalmente se ayudaban solos. Debajo de los cobertores se apreciaba el movimiento presuroso de sus manos urgidas. Yo tardé casi un año en meterme a la cobija de alguien más. Animado por el aguardiente, ya no fui capaz de resistir la soledad".

Aquel hombre que luego de años y años de trabajos pesados, unos días antes de la charla acababa de ser elegido como el líder de los inmigrantes indocumentados en aquel país contiguo, me contó que en sus épocas de jornalero, cuando tenía la oportunidad de regresar a casa por unos días, durante el trayecto procuraba olvidar todo lo ocurrido en la pisca, aunque la conciencia volvía a remorderle cuando por fin abrazaba a su esposa y miraba a los ojos a sus hijos. "Pero dígame usted, señor, ¿qué le hace uno? Como todo animal, tenemos necesidades. Así es el instinto, que es cosa distinta al amor. Aquél es cosa del pito y éste del corazón. Hoy sólo me atrevo a confesárselo porque mi esposa ya murió".

Y si para la distancia geográfica hay paliativos, también para redimir la lejanía emocional existen alternativas, muy distintas, por supuesto, en cada caso. Muchas parejas buscan experiencias nuevas para sobrevivir, para renovarse o para encontrar un acercamiento (o mínimo para hacer la lucha): viajes, hijos, tirarse de un avión con paracaídas o de un alto puente con una resistente liga, casas nuevas, una tarde a la semana dedicada al cine, joyas, retiros espirituales y un gran etcétera en el que se incluyen invitaciones a terceras, y hasta cuartas personas, al lecho conyugal.

Confieso que varias veces me pasó por la cabeza, en mi situación no para fortalecer nuestra relación, sino por caliente. Compartir la cama con dos mujeres es una de las fantasías más recurrentes de un hombre, y que participara Pauline en la mía no me molestaba para nada. Sin embargo, a pesar de la confianza que nos teníamos, jamás me atreví a proponérselo. Es más, nunca lo consideré realmente una

alternativa. Además de que estaba seguro que lo rechazaría, lo que más me preocupaba era que pensará que cohabitaba con un depravado. Imaginaba que a partir de una vil insinuación de esa naturaleza me vería con malos ojos y desconfiaría de mí para siempre.

Me acomodaba más conservar la idea como una simple fantasía, con la que a veces llegaba a masturbarme. Principalmente cuando bebía pensaba esas cosas. Quizá sería la reminiscencia de algunas películas porno que vi, pero no me costaba trabajo imaginar a Pauline moviéndose desnuda, de rodillas, en nuestra cama deshecha, recorriendo con el filo de sus pezones la cara delirante de una joven delgada y rubia, con el pelo púbico depilado. Cuando la invitada finalmente atrapaba los senos de mi mujer con tersura, para a continuación chupárselos, en mi mente yo la acomodaba en cuatro patas y la penetraba primero lento y enseguida rápido, aferrado a sus costillas ante la mirada en éxtasis de Pauline y a un ritmo digno de un actor de largometrajes triple equis.

Pero una noche, luego de leer en una revista un artículo titulado "La llama doble: *swingers* y tríos", soñé que, en lugar de invitada, teníamos invitado. Entonces, quien besaba los pechos tibios de Pauline enfrente de mí sin saciarse, era un hombre. Ella estaba sentada con las piernas abiertas y el sexo al aire en nuestra cama, recargada contra la cabecera con la respiración agitada y los ojos cerrados, mientras él lamía sus senos como se lamen los helados. Conforme la excitaba con la lengua, el deseo de ambos aumentaba de manera desmedida. Con el dedo índice traspasaba los vellos de Pauline y abría incisivamente su vagina. Ya no sólo le

lamía las tetas, sino que se las mamaba con desenfreno como pretendiendo succionarlas. Luego tomaba aire unos instantes y volvía a lamérselas hasta empapárselas, y cada vez que separaba su boca de ellas, hilos de saliva los mantenían conectados. Pauline se los untaba en los pezones (hasta eso parecía excitarla) y abría los ojos para contemplar un poco a la distancia al erecto extraño. Un tipo poco más grande que yo en edad y en el tamaño de su miembro.

Mi mujer era incapaz de quitarle los ojos de encima, o de abajo, mejor sea dicho. Por más que yo intentaba que centrara su atención en mí, ella no le despegaba la vista. Se lo saboreaba con tal antojo que inconscientemente se mordisqueaba los labios. Por su parte, él continuaba la provocación con caricias que se daba a sí mismo en el pene y los testículos, y que lo hacían crecer y ponerse más grueso y duro. Las venas se le saltaban, juré que iban a explotarle. Tras contemplarlo largo, largo rato, Pauline por fin reaccionó y, con un incontenible movimiento, se embarró a él para besarlo con una pasión que nunca había manifestado conmigo. Parecía comérselo. Sus delicadas manos se transformaron en las de una ninfómana compulsiva y comenzó a sacudirle con desesperación el pene, que, tras recostarse y abrirse completamente de piernas, con impaciencia acabó por acomodarse en la entrada de su melosos labios sexuales para que él la penetrara como nadie la había penetrado. Entre incesantes impactos de gozo que multiplicaban sus gemidos, en un colapsado abrir de ojos recordó mi presencia. Hizo un esfuerzo por no volverlos a cerrar y, embriagada de placer por aquel hombre, me dijo: "Ven con nosotros, también hay hueco para ti, lindo".

El coraje me despertó de aquel sueño oscuro, con una erección. Me hervía la sangre y me corroía la humillación. "¡Cabrona, cómo te atreves!", pensé al descubrirla a mi lado plácidamente dormida. Por más que sabía que se trataba de un sueño, me sentía traicionado, más relegado que un estúpido, pero a la vez con cierta curiosidad de preguntarle si se atrevería. Conforme transcurrían los días, inesperadamente mi cabeza repetía la visión, incluso empecé a recurrirla a voluntad cuando le dedicaba tiempo a *los malos pensamientos*. "¿Cómo sería compartir a mi mujer con otro y verlos?", me cuestionaba con morbo y celos. "¿Cabe el amor en una relación así?"

La Llama doble:[44] *swingers* y tríos.

Por Tomás Larregui Castellanos

Para muchos, el erotismo y el amor están peleados. Para otros, se trata de elementos parte de un mismo conjunto, al que también pertenece la libertad, esa máxima del ser humano tan reprimida en la sociedad. La fidelidad es igualmente considerada otro componente fundamental de ese conjunto.

El amor es fiel, pero el erotismo es exclusivamente fiel en cada encuentro; en otras palabras, sólo es fiel consigo mismo. Fidelidad significa "lealtad, observancia de la fe que alguien debe a otra persona",[45] la capacidad de cumplir la promesa del amor. ¿Y acaso el amor se rompe con un deseo?

[44] Octavio Paz, *La llama doble. Amor y erotismo* (México, 1993).

[45] "Fidelidad", *Diccionario de la Lengua Española* (Vigésima segunda edición, Madrid, España, 2005), Real Academia Española.

"El amor por la pareja no sale de nuestra alma si nos metemos en otros cuerpos", afirma el fundador de la Asociación Swingers Unidos (ASU), "son simples acercamientos, la materialización de los deseos más íntimos. Mujeres y hombres somos dados a experimentar, difícilmente nos conformamos con lo que tenemos, pero eso no significa que dejemos de amar. Es sólo que nuestra naturaleza requiere diversidad.

"Mucha gente nos sataniza, somos constantemente criticados por personas que hacen cosas similares pero a escondidas. Esposos que ignoran si a sus esposas les apetece el sexo anal y que mejor recurren a prostitutas o a gente con la que les puede costar muy caro.

"Por contradictorio que parezca, la mayoría de los *swingers* son leales a su pareja, pues no tienen necesidad de engañarla. Hacen las cosas frente a sus ojos, les complace observar que otros satisfagan a sus mujeres y que otras estremezcan a sus hombres y se embadurnen de ellos. Hay matrimonios que gozan acariciar y besar juntos a una o un tercero. Es muy excitante todo lo que puede suceder con el consentimiento, mucho más excitante que lo que se fragua en secreto.

"Se requiere mucha madurez, mucha sinceridad, y resulta indispensable no involucrar los sentimientos, es un requisito no confundirlos con el placer. Esa es precisamente la regla de oro de nuestro código de conducta, que no exista un compromiso sentimental o amoroso, o cualquier nexo con *los compañeros de juego*.

"Se trata nada más de experimentar, de sentir otro cuerpo, otro aliento, otro calor distinto al de la pareja. Si el amor

es auténtico, éste persistirá a pesar del fuego del éxtasis, porque al verdadero amor ni la pasión más candente lo derrite.

Si algo necesita nuestra mente es tiempo para asimilar lo diferente y desconocido. Por qué reducir el amor a una vana intención de abstinencia que se formula en el presente y condiciona innecesariamente un futuro tan distinto al hoy. Más sensato sería vivir el amor en todo su apogeo, con todas sus consecuencias, al rojo vivo. En equipo, dicen los *swingers*. Para quienes lo practican, el intercambio de parejas y los tríos son expresiones sublimes del amor que desechan el egoísmo y fomentan el placer físico del ser querido, a la vez que representan alternativas para el mejoramiento de la vida sexual de los cónyuges, porque cabe mencionar que, según estadísticas, la mayoría de las parejas *swingers* son matrimonios.

Muchas veces se tiene la idea de que las formas de unión tradicionales, como el matrimonio, son aburridas. "Existe la creencia de que el matrimonio es una institución, literalmente, intocable", apunta el líder y representante de la ASU. "Tras la etapa de la fascinación, en las parejas sentimentales exclusivamente cabe, si a caso, *el amor*, pero ya no las fantasías que al principio sirvieron de vínculo. Y sin imaginación el amor suele volverse monótono y aburrido, un paulatino morir. Desafortunadamente, el matrimonio no es una institución libre, y sin auténtica libertad el amor termina por reducirse a una conveniencia social. Hay que combatir esto, hay que reinventarse. Las parejas deben explorar formas nuevas de renovación para no morir y los *swingers* encontramos en el intercambio de

parejas y en la intimidad con terceros una oportunidad para persistir".

REPORTERO: ¿Es éste el amor colectivo?

ASU: Quien lo considere así sería expulsado del círculo *swinger*, pues, como ya le he dicho, el intercambio de parejas prohíbe involucrar los sentimientos. Ahora yo le pregunto a usted, ¿será que el amor colectivo existe?

"El porno no está para hoyos", pensé súbito en mi solitario y triste paseo sin rumbo y puse los pies nuevamente en el presente para que el mortificante dolor se reapoderara de mí. Acababa de perder a Pauline, al amor de mi vida, mis ánimos; mi apetito sexual y mis fantasías estaban hechas polvo, igual que las hojas secas del otoño que las suelas de mis zapatos deshacían a cada pisada.

De pronto, como un árbol despojado de cualquier palabra, quedé sembrado en la acera justo antes de cruzar la calle pese a que la luz para los peatones estaba en verde.

Atónito, contemplé a escasos metros de mí a un hombre de traje y corbata que con unos treinta y pico años, aprovechando la luz roja del semáforo que coordinaba el tránsito de dos amplias avenidas, bajó de su automóvil y comenzó a bailar sin ritmo, pero contagiosamente, sobre el paso de cebra. La música, "Real Love"[46] de los Beatles, salía estridente del coche. Aquel sonriente ser arrítmico bailaba feliz, con más carisma que un artista y con la cara y los brazos extendidos al cielo. Lo bañaban los rayos de sol, estaba lleno de una energía mágica que proyectaba a su alrededor

[46] The Beatles, *Anthology 2*, "Real Love".

y de la que todos los que presenciábamos su maravilloso explayar nos nutríamos. No obstante mi depresión, sentí con claridad una fuerza especial que brotaba de mi núcleo, del centro de mi conciencia.

Sentí el calor vibrante del sol en cada poro, *la luz intensa*, una certeza vital de que por lo menos una vez en nuestra existencia los hombres debemos actuar así, como somos, como queremos, con la más absoluta de las libertades sin pensar en juicios o consecuencias, nada más con la intención de transmitirle nuestra emoción al Universo, porque una manifestación de tal naturaleza también es *amor*, precisamente la clase de amor que lo abarca todo.

"*No need to be afraid, no need to be afraid! It's real love, it's real. Yes it's real love, it's real*!", cantaba eufórico aquel hombre al que desconocía qué le habría sucedido para estar así de feliz. Por la canción y su alegría supuse que estaba enamorado, pero lo dudé un poco cuando a una mujer joven que pasaba a su lado con prisa, sin previo aviso la tomó entre sus brazos y como un actor de cine la besó apasionadamente, como en aquella famosa foto del beso que le propinó un marino a una enfermera con el pretexto de celebrar el fin de la guerra. Luego, todavía se dio el lujo de darle una palmadita en los glúteos a otra mujer, ya mayor, y la remató con un guiño en respuesta a su estupefacción, para finalmente reemprender su camino en su auto negro. Si hubiera llevado sombrero de bombín y bastón, seguro que todos los que lo observaban le habrían aplaudido.

—¡Dios, pero qué falta de respeto! —protestó una monjita en compañía de otras religiosas desde la otra banqueta—. ¡Eso está muy mal, jovencito! —le espetó a lo lejos.

—Depende a los ojos de quien, madre —respondió la sesentona *víctima* de la nalgada y restiró hacia abajo la falda de su traje sastre para reacomodarla y retomar también muy contenta el día.

Por más que nuestra estructura familiar y nuestra forma de vida fuera en buena medida distinta a la del grueso de las familias, yo ya no quería ser diferente en ningún sentido. Sólo quería a mi mujer y a mis hijas, sólo anhelaba que mi relación de pareja con Pauline fuera lo más *normal* posible. Los convencionalismos que tanto criticaba y las tradiciones que tanto eludía, las deseé más que nunca. Hubiera hecho lo que fuera por recuperarla. Tanto que compré un anillo de compromiso, la piedra más grande y pura de la joyería de al lado de la novelería. Parecía una estrella, o Venus visto desde la Tierra con un potente telescopio. Se lo di tres veces y le rogué que se casara conmigo. Pero me lo rechazó las mismas. La cuarta, sin que se percatará, lo guardé en una cajita roja al fondo del primer cajón de su buró y me fui de la casa.

XXVII
Yo

Me instalé temporalmente en un hotel y viví en la desdicha, en la más pura de las tristezas, por no decir de las desgracias. El cuarto frío carecía de pinturas que se comieran el eco de los suspiros. En estancias así de precarias es donde se descubre a quién se añora.

Los domingos sin ellas fueron terribles. Y los lunes y los martes y los demás días. Nunca estuve tan solo, tan roto, tan hundido. Sentía debilidad y me faltaban ánimos para levantarme. Al despertar quería morirme cinco minutos más.

Nada tenía sentido. Únicamente Sofía y Galia me daban un poco de fuerza, pero las veía poco, pues a pesar de que el tiempo corría, seguían bastante enojadas conmigo. Y de amigos y demás familia carecía, así que estaba auténticamente solo, con el alma partida y el corazón hecho añicos.

Ni las paredes de una cárcel me hubieran recriminado tanto como las de esa alcoba deprimida, en la que habitualmente contemplaba el techo durante horas paralíticas en compañía de la silueta de la culpabilidad, que sumía la cama más que la mía. Perdí kilos. Las cuchillas de la infidelidad nos destazaron, deshicieron a la familia, a la que valoré como nunca, ya con las manos vacías y la cara en el piso.

Sentía vergüenza hasta con mamá. Desde allá arriba habrá atestiguado de principio a fin mis cochinos enredos, la deshonra es imposible ocultárselas a los muertos. Frecuentemente la visité, con la cabeza gacha, en el cementerio.

Desde un inicio Pauline fue distinta de la gente que me rodeaba. Me gustaba su físico, su presencia, la destreza en su oficio, su inteligencia y sus detalles. Rápidamente me habitué a ellos y al abrazo en que nos dormíamos después de hacernos el amor. La extrañaba demasiado.

No sabía mucho de ella. ¿Qué estaría haciendo? La ignorancia despiadada y la imaginación casi me mataron. Me he preguntado un millón de veces si se habrá acostado o no con aquel cabrón que supuestamente le mitigó el despecho por el trasero. Tengo la esperanza de que sus glúteos no hayan sido tan vengativos.

Sufría a mansalva al pensar. Y por más que les preguntaba a mis hijas qué hacía su mamá, ellas respondían, probablemente aleccionadas por ella, "nada, trabajando".

Yo por mi parte clausuré la novelería. Si me faltaban ganas para comer, para escribir tenía menos. Ni el viento soplaba ni la inspiración corría en la fosa de la desolación. Jalaba aire con esfuerzo, con respiraciones frígidas que carecían del placer que produce una buena bocanada de oxígeno. En balde me atornillé a mi silla de escribir sin que las palabras fluyeran, el canal de comunicación se había cerrado.

Así que dejé varios encargos pendientes y a otros clientes de plano les devolví su dinero. Afortunadamente, por lo que a ese tema respecta, me mantenía sereno. Había acumulado lo suficiente para que Pauline, las niñas y yo subsistiéramos holgadamente durante un buen rato. Sin

embargo, rechazó cualquier tipo de ayuda; conforme yo bajaba y bajaba, ella en su trabajo ganaba ascensos.

Una mañana en que el sol me derretía el sueño, una repentina, pero irrevocable decisión, me paró de golpe. Empacaría y partiría a *nosabíadónde*. Pero antes me las ingeniería para entrevistar a un afamado escritor que tenía pendiente enfrentar desde hacía tiempo. Así que rápidamente y con una inusual ilusión me levanté de la cama y descolgué el teléfono para marcar el número del Míster.

—¡Qué milagro, Lukas! —exclamó por la bocina cuando reconoció mi voz—. ¡Yo pensé que ya te habías muerto!

—¡Pero qué dice! —le contesté también con afecto—. ¡Si de los dos usted es el viejo, abuelito!

—¡Ay, chamaco, por favor! Sigues tan tonto como siempre.

—Fuera de guasa, me da gusto oírlo.

—Sabes que se te quiere, chamaco. ¿Pero a qué debo el honor?

—Necesito su ayuda, Míster…

—Ándale, ya salió el peine, chamaco interesado.

—Así soy y así me quiere, ¿a poco no?

—A ver, dime ¿qué puede hacer este anciano jubilado por ese exitoso fabricante de historias?

Ese anciano jubilado una vez fue el periodista más buscado. En su época, los artistas y los intelectuales hacían maravillas para que los entrevistara y casi se paraban de manos para quedar bien con él. A sus ochenta años, su opinión aún influenciaba al grueso de los medios, y la columna que todavía publicaba en distintos periódicos conservaba un peso gigantesco. Solamente a él le concedería una entrevista el que se creía el mejor escritor de todos los tiempos.

Convencido del motivo que me movió a pedirle el favor, a los cinco minutos me devolvió la llamada para avisarme que la cita estaba hecha.

—Aceptó. Vamos a verlo en su casa mañana al medio día, a ver si cuando se dé cuenta de qué trata el asunto no nos saca a tiros. En los líos que me metes, pinche chamaco.

—Le debo una, Míster. Y se la agradeceré eternamente.

—Es un gusto servirte.

Pasé la noche en vela imaginando el careo y en punto de las doce del día siguiente tocamos el timbre. Un elegante mayordomo abrió la puerta de lo que parecía, más que una casa, un palacio antiguo. Los pisos de mármol blanco, los candelabros y los techos altos engrandecían el sitio.

—El señor los atenderá en un momento —avisó el mozo de lujo—, ¿les ofrezco un vaso con agua o una copa de vino?

—El Señor está en los cielos —contestó el Míster ante la mirada displicente del mayordomo y mi silencio—. Agua está bien.

Y luego de un momento prolongado apareció el famoso escritor, con traje oscuro, gazné, unas anchas gafas de pasta negra y el pelo blanco engominado para atrás. Su mano no era menos fría que el ambiente.

—No me dijiste que vendrías con alguien —comentó chocante a mi mentor tras saludarnos—. ¿Quién es tu acompañante?

—Mejor dígame a mí quién se cree usted —me adelanté a la respuesta del Míster para asombro del hombre—. Porque se las da de chingón pero en realidad es un hijo de la chingada.

—¡Quién demonios es este idiota que viene a insultarme a mi casa! ¡Sáquenlo de aquí, sáquenlo de mi casa! —y llegó

a todo motor el mayordomo, a quien esquivé y luego tumbé de una patada en la zona blanda.

—Yo se lo voy a decir, usted es el grandísimo cabrón que abandonó a su hija por su obsesión por la fama. Pinche viejo culero…

—¡Basta de insultos y groserías! —gritó furioso y tembloroso del coraje. Y luego de una pausa, respiró profundo, intentó calmarse y apaciguar la situación—. Por el simple hecho de estar en mi casa, y por mi edad, le exijo respeto. Además, ¿qué tiene que ver Pauline en todo esto, por qué está usted realmente aquí?

—Porque usted y yo somos igual de asquerosos. Su hija escogió por hombre a éste que ve, un tipo tan miserable como el que miran mis ojos. Nos unen demasiadas similitudes, nos dedicamos a lo mismo y lastimamos a la misma mujer, la que más nos quiso. No tiene usted la mínima idea de lo que Pauline ha sufrido por su culpa y por la mía.

—¿Qué tiene mi hija?

—Vaya y pregúnteselo a ella, quizás a usted sí lo perdone. Finalmente la sangre es noble y por lo general dispensa.

Cara a cara sentí la necesidad de romperle la nariz. Fue como tenerme de frente y desear golpearme por estúpido. En las palabras que le escupí descargué la ira contra mí mismo, estuve cerca de estrangularlo, pero me compadecí poco a poco hasta casi provocarme lástima. Sentí misericordia, parecía el hombre más solo del mundo. Él, y yo también. Quizás porque los dos éramos escritores, o quizás porque ambos sufríamos.

El Míster me dio una palmada en la espalda y con la vista apuntó a la salida.

—Es hora de retirarnos, Lukas —y el repuesto mayordomo nos encaminó sigiloso a la puerta.

Estábamos a punto de cruzarla cuando me detuve y me cercioré que en la cartera guardaba las fotos de Sofía y Galia. Las saqué, regresé y con el dedo inquisidor toqué en el hombro al padre de Pauline, quien devastado y hundido en su sillón de naftalina, se lamentaba concentrado en el suelo y con las manos en la nuca.

—¿Te faltó reclamarme algo? —alzó la cara con los ojos rojos y húmedos y me cuestionó con la última gota de orgullo escurriéndole por la mejilla.

—Olvidé mostrarle a mis hijas —y deposité las fotos tamaño infantil en la palma de su mano, que estiró cual limosnero—. Son sus nietas.

—¿Cómo se llaman? —alcanzó a preguntar antes de que la voz se le rompiera.

—Pregúnteles igual usted —sugerí con una mueca de compasión—. Vaya aunque sea a conocerlas… Y lléveles caramelos.

Al salir de su casa, las terminaciones secas y puntiagudas de las ramas de un árbol me acariciaron la cabeza. Insólitamente me quebré, me urgía un cariño y consuelo.

—He tocado fondo —sollocé.

—Te equivocas, chamaco. Para abajo es infinito, así que sube el ánimo y reponte pronto —y me abrazó con profunda estima—. Y aunque dependes de ti, cuenta con éste tu amigo y servidor para lo que necesites.

De regreso en el hotel escogí tres mudas completas de ropa y las eché junto con la pasta y el cepillo de dientes en mi polvorienta maleta. El resto de mis atuendos los regalé

al encargado de la limpieza y así, con lo indispensable, salí a la calle de la mano de la incertidumbre a descubrir el destino al que me guiarían mis pasos desconcertados.

El primer impulso de mi corazón fue hablarles a mis hijas desde un teléfono público. Les recordé que las quería como a nadie en el mundo, les encargué un beso para su mamá y les prometí que volvería pronto.

A continuación caminé y caminé. Me fumé el viento hasta que remonté la ciudad. Desconocía el rumbo, simplemente tenía la sensación de que iba para el lado correcto. De pronto, a los costados de la carretera en lugar de banquetas bailaban las espigas de un campo amarillento, en el que las preocupaciones de los hombres no hallaban asiento.

"Hasta dónde voy
Sin saber quién soy,
Hasta a dónde voy
Sin saber.

Vuelvo a oír tu voz,
Siento tu calor.
Vuelvo a oír tu voz,
Vuelvo.

Ahora puedo ver el Sol
Que me está quemando,
Pero me voy,
Pero me voy…"[47]

[47] Cahuenga, *¿Cuál es tu rock? Mi primera caja de música*, Vol. 2 (Varios artistas), "Nada".

Cada vez me rebasaban menos coches, pero eso sí, los pocos que pasaban junto a mí, me sonreían. Dos chicas con el radio a todo volumen en un pequeño y veloz Fiat me gritaron: "¡Siguiendo los latidos tus pies no se van a equivocar!" Supongo que ver a un adulto barbón deambular con maleta por la autovía les produjo una especie de asombro próximo a la alegría. Un sabor así me contagiaban a mí en verano los jóvenes viajeros de mochila.

Más tarde el cansancio me obligó a levantar el dedo pulgar cada que mi espalda escuchaba un motor acercarse. Con la noche encima, retrocedí la mirada hacia el ruido potente de lo que aparentaba ser un autobús. Sus kilométricas luces redondas proyectaban mi enorme y oscura sombra a la distancia, hasta que tras varios pasos alcanzó mi estatura.

El bus paró a mi lado rechinando frenos y yo continué con el dedo pulgar hacia arriba. De pronto sus puertas herméticas se abrieron y el chofer se asomó con su cachucha para preguntarme:

—¿A dónde va?

—No lo sé.

—Súbase, lo acercamos.

Temeroso y simultáneamente agradecido, subí. Los pasajeros me observaban fijamente mientras yo estaba de pie ahí, junto al conductor. Para mi sorpresa, igual que él, todos los que iban dentro tenían un aire a mí. De hecho éramos exageradamente parecidos, podría decir que idénticos.

—Siéntese —sugirió uno de ellos, de facha sospechosa, y señaló un espacio vacío en la tercera fila, delante de él—. Relájese, no muerdo —comentó ofendido por mi dubitación.

—¿Prefiere acá? —me preguntó otro muy amable y quitó su abrigo del asiento contiguo al suyo.

—De ninguna manera, yo le cedo el mío —ofreció otro extremadamente servicial en la última fila.

—¡Cállense todos! —gritó fuera de sí un energúmeno y desenfundó una pistola de dardos—. ¡Los voy a matar a todos, me tiene harto su servilismo!

—¡Cuidado, cuidado, tírense al piso! —chilló el dramático.

—Tranquilos, ese tiene cara de que no les dispara a las moscas ni en legítima defensa —rió uno despreocupado.

—Deténgase, chofer, yo aquí me bajó —avisó en medio de la nada el solitario.

—No, señor —le indicó—, viajamos todos juntos y es imposible separarnos, de lo contrario será difícil que avancemos.

—Sí, pero en breve les voy a rogar que paremos, esta revista de nenas me provocó una erección —notificó el concupiscente—, y aunque sea detrás de los matorrales necesito echar el veneno.

—¡Por favor bajen a ese puerco! —suplicó el persignado.

—¡Ya he dicho que no! —recalcó el del volante—. Somos inalienables y andamos todos juntos, así que comprendámonos y aceptémonos. Seamos misericordiosos inclusive con el perverso, es parte de nosotros.

—"Keep the Car Running"!!![48] —exclamó el entusiasta que miraba las estrellas por la ventana, sonriendo.

—Apaguen la luz, yo sólo tengo ganas de dormir —dijo otro que se notaba muy triste.

[48] Arcade Fire, *Neon Bible*, "Keep the Car Running".

—Aguarden un segundo… —solicitó enternecido un padre amoroso que contemplaba las fotos de sus hijas—. Listo —concluyó, las besó y se las guardó de regreso en la bolsa de la camisa.

Desperté cuando comenzaba a pintarse el cielo de anaranjado y lila. El amanecer traspasó las ventanas y mostró el autobús vacío. Viajábamos yo, otro chofer y un personaje desconocido, completamente distinto a mí. Los demás habían desparecido. Sin embargo, sus similitudes permanecían conmigo, los gestos y las facciones características de cada uno las percibía en mí.

Pese ignorar dónde nos dirigíamos, en el fondo me sentía un poco menos perdido. Y mucho menos cuando escuché el aviso: "Próxima parada: La Cuna. Próxima parada: La Cuna", repitió el sonido del autobús. Y de inmediato reproduje en mi cabeza una advertencia que en la juventud me hizo mi madre antes de partir del pueblo en el que nací, y a la que en su momento no le presté demasiada atención: "Recuerda que lejos es más fácil ser uno, pero acuérdate también que el lejos invariablemente se convierte en cerca, por lo que un hombre podría pasar la vida entera y otras cien recorriendo el planeta para encontrarse. Un día habrás de volver a La Cuna para confrontar al pueblo con el rostro que el tiempo y las enseñanzas te develen. Entonces serás quien verdaderamente eres".

—Disculpa —llamé la atención del otro pasajero, aproximadamente de mi edad—. ¿Oí bien? ¿Próxima parada, La Cuna?

—Así es.

—¡Cielos! —exclamé auténticamente desconcertado.

—¿Qué, es la primera vez que nos visitas?

—No, es que la última fue hace siglos.

—Pues no ha cambiado mucho —comentó sin demasiado orgullo—. Esto sigue siendo un pueblo rascuache, de primer mundo según algunos, pero pueblo al fin y al cabo. Grimaldo Grijalda, mucho gusto.

—Mucho gusto —saludé y traté de recordarlo, pues la cara y el nombre me resultaban familiares.

—¿Y tú eres?

—Ah, sí, lo siento —me disculpe por la distracción y apreté su mano—. Lukas, Lukas Duncan.

—Qué curioso, de chico conocí precisamente en este pueblo a un niño que se llamaba así, y conozco también un escritor con ese nombre. Bueno, no lo conozco personalmente, leí en una revista acerca de sus historias. Y ahora tú eres el tercero, qué extraño, no es un nombre muy común.

—Pues no te asustes pero soy el mismo.

—¡Cómo! ¿El niño, el escritor y éste que está aquí?

—Ese mero…

—Joder, así como el padre, el hijo y el espíritu santo. Tres en uno.

—Y di que es poco, a veces soy mil.

XXVIII
El mundo interno

—Así que tú fuiste uno de los que me hizo la escuela de cuadritos, eh —reclamé en son pacífico al fulano que resultó ser una de las lacras de mi infancia, mientras bebíamos un jaibol en el bar de la estación de autobuses de La Cuna más de cuarenta años después—. Una vez nos humillaste a Luli y a mí en público —recordé con la sensación fresca—. La hiciste llorar y a mí me bañaste con una pintura roja que escurrió por mi cabeza. Ojalá que alguien te las haya cobrado por los dos —bromeé, pero deseé que sí.

—Y con creces —agregó compungido—. En secundaria fue a mí al que agarraron de puerquito. Si te sirve de consuelo, el recreo completo me hacían calzón chino.

—¡Qué felicidad! —reí.

—Y espérate, una vez mi madre llegó al colegio y me vio así, con los calzones clavados en el culo y el resorte atorado en las orejas. Veinte infelices luchaban eufóricos por romperlo y desesperada los dispersó a bolsazos. Pensó que la trusa me ahorcaba, pero en realidad me cercenaba los huevos. Cuando se cercioró que respiraba, me consoló y me solté chillando. A los más fuertes nos rompe un abrazo.

—Dios, qué espectáculo.

—Te imaginarás la fama de niñato…

—¿Y lo de tu esposa fue hace cuánto? —pregunté.

—Nos divorciamos hace más de cuatro años, casi cinco.

—Qué duro golpe —comenté y me sobé el alma.

—Ni tanto, sabía que sucedería desde antes de casarnos.

—¿Sabías qué, que se divorciarían? ¿Y entonces para qué se casaron?

—Bueno, pues porque nos amábamos. Nos peleábamos, nos hartábamos, nos odiábamos y explotábamos, pero nos amábamos. De hecho nos gustábamos tanto que a la fecha cenizas quedan y de repente nos besamos. A veces viajamos con los niños y, pues, tú sabes, aprovechamos.

—Antes me hubiera parecido extraño, probablemente hasta me hubiera asustado. Pero hoy, luego de mi situación, pagaría porque mi mujer entablara aunque fuera una relación así conmigo.

—Las relaciones por lo general se van acoplando y lo que un día considerábamos anormal o inconcebible, acabamos practicándolo. Nos sucede especialmente a los amantes y a los divorciados, practicamos juegos que la gente normal considera censurados. Lo tradicionalmente prohibido lo aceptamos con la mano en la cintura ajena y tenemos la capacidad de adaptarnos a las formas nuevas.

—Apenas hoy empiezo a entender lo que antes no concebía: las vidas distintas a la mía.

Tras décadas de ausencia ese fue mi primer reencuentro con el lugar donde nací. Jamás pensé regresar en las condiciones que volví, imaginaba retornar con Pauline y con mis hijas para mostrarles mis orígenes. Sin embargo, el estado civil cambia con la desfachatez de la hora y las estructuras más sólidas son demolidas, por la catastrófica libídine, en un

acostón o dos. Contrario a mis planes, regresé solo como un perro callejero. "Solo".[49] Y todavía quería morirme.

—Tú tranquilo —me alentaba Grimaldo Grijalda—, lo increíble del asunto es que terminarás reconstruyéndote sobre nuevas arquitecturas. El tiempo es una cura infalible.

—Yo lo que necesito es una medicina.

—El dolor del corazón no lo quita ni una cirugía. "Heart Surgery".[50] Lo único que funciona en estos casos es la paciencia.

—¿También fue una mujer la causa de tu ruptura?

—Serían unas —hizo cuentas en el techo—, catorce o quince. Mi esposa tardó en descubrirme. Aunque lo que realmente nos ahogó fue el cansancio, el engaño únicamente fue la gota que derramó el vaso.

—Quince son demasiadas —sospeché que exageraba.

—Las amantes aparecen como las canas, cuando menos te lo esperas. Y una vez que encuentras la primera, la segunda y la tercera solitas llegan. Y de ahí pal real. Lo complicado es decidir si te las arrancas o no de la cabeza.

—Vaya que lo es —espiré.

—Nadie está a salvo de las tentaciones con pies —agregó.

—¿Y después de ella —pregunté refiriéndome a la exesposa—, te enamoraste de otra?

—Negativo, camarada, *just pleasure* —sonrió—. Yo ya no cojo por amor, me sale mucho más caro que cuando me cobran.

Intercambiamos teléfonos, pagamos la cuenta y cada quien marchó para su respectivo rumbo. Divagué por el

[49] Zoe, *Rocanlover*, "Solo".

[50] Mist, *Bye-Bye*, "Heart Surgery".

pueblo con la pequeña maleta, con la mirada desmayada en el suelo y sin dirección fija. Pero la querencia, sin darme cuenta, me condujo a la casa que me vio nacer, llorar, crecer, sufrir y partir. Estaba carcomida por el abandono, despostillada, con las puertas rotas y los vidrios mordidos.

Averigüé en el catastro y la propiedad pertenecía al pinchurriento gobierno. Luego de negociar la recuperé. Estaba tan dañada como yo y pagué por ella unos cuantos quintos. El olor de la humedad había asfixiado al de la familia, sin embargo la esencia y los recuerdos permanecían intactos en las habitaciones, en la cocina y en los pasillos. Percibí claramente la presencia de mis padres y de Tita, y su consuelo paranormal estremeció mis sentidos.

Sentado a la mesa, en la penumbra, llamé por teléfono a Sofía y a Galia para decirles que las amaba. Les pregunté por Pauline, anhelaba que estuviéramos ahí los cuatro y que reposáramos la comida tirados en el campo mientras les contaba mi historia de niño.

—Nosotros te adoramos, pero, a pesar del tiempo que ha pasado, mamá no olvida el enojo, papito —contestó Sofía triste—. Dice que tú y ella cumplieron un ciclo y que ahora hablan idiomas distintos. Por eso es que ya no se entienden, papi.

En el pequeño jardín, donde domingos de antaño asé carnes con papá, mamá y mi abuela, apareció un mazo con el que, furioso, tiré un muro. A cada golpe me echaba en cara el polvo de los ladrillos y la culpa. Los ojos me ardían. Por más esfuerzos que hacía, no podía dejar de reprocharme la traición con la que destruí a mi familia. Al desplomarse la pared, demolí con idéntica exasperación la segunda. Derruí la casa

completa, ni una varilla permaneció en pie. Sólo yacían restos de lo que había sido. Y algo similar ocurría conmigo.

Encallado ahí, en los escombros del dolor, del arrepentimiento y de la soledad, caí rendido sobre una filosa piedra que marcó con una cicatriz perpetua mi frente. Desperté, ignoro cuántos días después, con la lluvia diluyéndome la costra de sangre, la sed y las reminiscencias de la culpa, que terminé de extirparme con una penitencia digna de un *torton*.

Con las manos desnudas y los pies en carne viva, arrastré el cascajo al basurero, a casi un kilómetro de distancia. Acarreé pesadas piedras y bultos de arrepentimiento hasta el vertedero. Tardé semanas, pero al final el terreno lucía completamente limpio. Contemplándolo a solas, el vacío de Pauline me condujo a otro muy íntimo, a un espacio dentro de mí, carente de materia y lleno de sentimientos. El instante me remontó a un atardecer en la playa, donde la fusión del silencio y el romper de las olas me revelaron alguna vez el significado de la trascendencia: aquello que está más allá del horizonte, de los límites del hombre, de la naturaleza.

Decidí comenzar de nuevo, desde cero. "Volver a comenzar".[51] Y tumbado en la tierra, en una libreta hice una lista de mis errores, de los menores hasta los peores. Expuse todas las heridas, los fracasos, desamores y las mentiras. "He causado tanto dolor que aunque volviera a comenzar no tendría tiempo de reparar", pensé. "Pero con la paciencia del mar esperaré toda una vida a que sane la confianza".

[51] Café Tacvba, *Sino*, "Volver a comenzar".

De inmediato regresé a la ciudad en la que un día nos convertimos en familia, para arreglar ciertos asuntos y para ver a mis hijas, que hacía demasiado tiempo no la pasaban conmigo. Aproveché para echar en el buzón de mi excasa una carta en la que avisaba a Pauline que regresaría a La Cuna.

…

Espero que no tengas problema con que me frecuenten las niñas, sabes de sobra, pero aun así te firmo, que las cuidaré. Nada de dulces en la mañana ni en las madrugadas películas. Les compré literas, ¿crees que las paredes de su recámara queden bien en rosa pastel, o mejor lila?

Yo sé que ahorita tú no quieres ir y menos verme, pero si después se te antoja eres bienvenida. Es más, tú te duermes en la habitación principal y yo en la de visitas.

Un día perdóname, por favor, te lo ruego con el corazón en la mano. Y, si es prudente, te ruego también que recuerdes que te amo,

Lukas.

—Escribiré para su madre la historia más bella que jamás se haya escrito —anuncié a las niñas y les di un beso—. Será tan extraordinaria y alcanzará tanto éxito que la traducirán a todas las lenguas. Quizás así me entienda otra vez.

—Prométenos, papá, que volveremos a estar los cuatro juntos —imploró Galia y a continuación Sofía.

—Se los juro, aunque sea lo último que haga en mi vida.

Volví a La Cuna apenas finiquité los trabajos que habían quedado pendientes de la novelería. Los acabé y los envié a los clientes por mensajería, porque tampoco consideré pru-

dente cerrarle de tajo la puerta al pasado, preferí ordenarlo en la medida de lo posible y ponerlo al día. De lo contrario, pensaba, cualquier ventisca terminaría por abrirla.

Construí mi nuevo hogar en poco más de un año, obviamente sin habitación de visitas, encima del terreno de los Duncan. Una soleada casa blanca de madera con un jardín extremadamente verde, atiborrado en su contorno de flores de colores. En mi recámara metí una cama muy grande y todas las noches rezaba para que aunque fuera una vez reposara ahí junta toda la familia. Se los había jurado a mis hijas.

Atravesé por una prolongada y terrible temporada de sequía imaginativa. A pesar de mis intenciones, sufrí la carencia de la inspiración y me mantuve otros dos años sin escribir un párrafo que valiera literalmente la pena, por lo que me abandoné en buena medida a la lectura, que contribuyó a que saliera poco a poco del abismal bache.

El principal factor de mi letargo poético, por supuesto fue la ausencia de mis musas chiquitas, Galia y Sofía, y de la mayor, el amor de mi existir. Añoraba la presencia de Pauline y el interés y la curiosidad que solía denotar por lo que yo escribía. Y especialmente extrañaba el ruido de las niñas, esas corretizas que se pegaban de pequeñas y de las que yo diariamente huía. Solía quejarme de la bulla y protestaba constantemente por las estampidas que protagonizaban en la casa y a veces en plena novelería. Pero en la soledad de mi nueva vida comprendí que la algarabía es la lengua de los alegres y la eché de menos.

Alguna vez le dije a Pauline, cuando vivíamos bajo el mismo techo, que sin duda los escritores, después de los vagabundos, éramos las personas más solas del mundo, pues

aunque estemos rodeados de gente, incomprensiblemente conservamos la soledad. Ella me respondió que no estuviera tan seguro, porque, argumentó, la mujer de un hombre que disfruta estar solo se siente todavía más sola. Acusaba que las mujeres de los escritores, por lo menos en su caso, la mayoría de las noches se acuestan solas.

Yo sólo deseaba que no estuviera resintiendo la separación como yo, que a punta de golpes distinguí que una cosa es ser solitario y otra estar solo. La soledad cruda duele a los cinco minutos.

Luego de un extenso tiempo ahuyenté la mala racha a soplidos y por fin volví a escribir con la ligereza y el entusiasmo de un principiante, con el peso del éxito descolgado de mi espalda y con menor certidumbre acerca de todo. Sin compromisos.

Decidí entonces empezar una auténtica novela, la historia que tenía pensado dedicar a mi mujer pero que no trataría necesariamente de ella. No más biografías o semblanzas ajenas, esta vez escribiría lo que directamente saliera de mí, lo que me dictara el silencio, el corazón y la consciencia. Y en el pequeño estudio que levanté en la casa, con vista a la naturaleza, alejado de los medios, la reputación y las críticas, comencé a escribirla.

Del árbol de las inspiraciones (que realmente era de ciruelas y que deduzco germinó accidentalmente de un hueso lamido que dejé dentro de la lonchera el día que en mi infancia la enterré junto al bonche de cuentos y escritos) cada noche desprendía una y me la comía frente a la computadora escuchando música, montado en la imaginación y cabalgando a rienda suelta sobre sus lomos en lo que terminó por

convertirse en uno de los periodos más creativos de mi vida. Llenaba y llenaba cuartillas.

En el extremo opuesto al rincón del jardín en el que se erguía el ciruelo, también crecía todavía el árbol de la noche triste. Fue lo único que sobrevivió de la casa y de aquellos años. A sus pies, en mis ratos libres y cuando requería un respiro, me echaba a leer. En las páginas de los libros que le daban razón a mi espíritu, aprendí a cultivar otro recurso de inspiración. Recuperé gran cantidad de títulos y compré otros cuantos cuyos mensajes conseguían apaciguar mi mente y entusiasmar mi corazón.

Luego de horas solía rendirme al pasar de las páginas, y una tarde, con la cabeza recargada en las protuberancias de la raíz del melancólico árbol, caí en un sueño tan profundo como el centro de la Tierra. El calor era sofocante a pesar de que el sol no pega en las cavernas. Y desperté ahí, en la misma cepa pero cientos de metros bajo la superficie, entre antorchas que menguaban la penumbra, con el sudor escurriéndome por la nariz como el agua por las estalactitas.

—¡¿Dónde estoy?! —grité con mucho susto.

—¡¿Dónde estoy?! ¿Dónde estoy? Dónde estoy… —respondió el eco.

—¡¿Quién está ahí?!

—¡¿Quién está ahí!? ¿Quién está ahí? Quién está ahí…

La reverberación de las voces me producía miedo, así que preferí callarme y comencé a hablar sin abrir la boca. La mayoría de las veces, si solapaba demasiado mis pensamientos negativos, terminaban por conducirme allá, al pánico, a la velocidad de la luz.

"Auxilio! ¡Que alguien me ayude!", pensaba con angustia. "¡Por favor, ayuda!".

—¿Quién está ahí? —súbitamente escuché una voz diferente a la del eco, que retumbó por toda la gruta—. ¿Quién está ahí? Quién está ahí… —y apenas se diluyó el sonido apareció por un camino sinuoso de rocas un personaje estrafalario y bastante sobrenatural.

—¿Quién es usted? —pregunté temeroso—. ¿Qué hace aquí?

—¡Caramba, qué mala memoria! —exclamó jubiloso con sus gafas oscuras en plena oscuridad—. De milagro recuerdas tu nombre, Lukas —respondió con su característica personalidad enigmática, que entonces identifiqué, aquel hombre de turbante anaranjado y collares de oro que surgía por tercera vez en mis sueños, casualmente cuando de nuevo atravesaba un momento trascendental y complicado de entender.

Aparentaba la misma edad que cuando lo conocí y yo en cambio no disimulaba mis cinco décadas.

—Ya te recuerdo…

—Ah, la mente es la memoria, el océano de los recuerdos —interrumpió—, y la fuente de la que emanan los pensamientos. Te sugiero que te cuides de ellos, son alfombras mágicas que, o las aprendes a manejar o a pleno vuelo amenazan con tirarte al suelo sin paracaídas.

—¿Dígame por favor dónde estoy? —clamé de rodillas y me colgué de su túnica.

—Despreocúpate, hombre, cualquier lugar es aquí y cualquier momento es ahora.

—Pero contésteme, ¿esto es un sueño o el subsuelo?

—Lo es todo y más allá de eso, es el mundo interno, un estado más profundo que los sueños.

—Yo únicamente estaba leyendo y…

—Hay palabras que transportan a otras dimensiones, a estas alturas deberías saberlo.

—¿Alturas? —cuestioné—. ¿Que no es el subsuelo?

—Deja de preguntarte tanto y evita que los pensamientos del miedo te expulsen de este sitio tan maravilloso. Reposa como si durmieras, este es el único lugar donde teniendo los ojos cerrados puedes mantenerlos abiertos.

—Además de tierra, piedras y soledad creo que hay poco que ver.

—Te equivocas, aquí adentro hay mucho que descubrir, este es el gran vacío que soporta cuanto existe —afirmó convencido y se agachó para recoger un puñado de tierra que esparció en mis manos y entre la que distinguí intensos brillos—. Aquí, además de diamantes y perlas azules, encontrarás los sentimientos más sublimes.

—Son preciosos —comenté acerca de los diamantes—, y los acerqué al fulgor de los hachones para admirarlos mejor.

—Y a la luz del sol brillan como chispas eternas.

—Pues tendré que subir a comprobarlo a la superficie, porque aquí abajo está difícil.

—Sería un error, aquí es posible. A cada mundo interno le corresponde un sol del que brota calor y luz. En el centro de los cuerpos, humanos o celestes, invariablemente reside uno. En el caso de las personas es el corazón y su flama es imperecedera, y por lo que respecta a los planetas basta con que traspases estas paredes para que me creas.

Observé con detenimiento los muros de la cueva y corrí desesperado al sendero por el que apareció el guardián del Reino de la Mente, sin embargo conducía a ningún lugar.

Mientras más pensaba cómo salir de ahí, más difícil me resultaba concebir la idea y hallar la salida.

—Evita pensar, Lukas —recomendó con su voz tranquila, como si tratara con un niño—. Imagina. Usa la mente en tu beneficio, aprovéchala, es infinita. Hay ocasiones para pensar y hay situaciones para valerse de la fantasía. Si llegaste aquí en un suspiro, resulta coherente que escapes por la misma vía. Visualiza lo que hay detrás de estas paredes, siente el aire, las ráfagas que te despeinan, el sol en tu piel y el pasto fresco en el que te recuestas —y colocó sus manos sobre mi frente, casi tapándome los ojos—. Y ahora, infringe la materia por los agujeros invisibles.

A los pocos instantes abrí los ojos en un esplendoroso valle rodeado de colosales montañas nevadas en las puntas, a las que, en efecto, fundía un sol en apogeo. Los riachuelos del deshielo descendían presurosos por las escarpadas brechas y con la fricción terminaban convertidos en un sosegado lago de aguas termales.

—Todo lo que vemos afuera es un reflejo de lo que llevamos dentro —afirmó y miró con sus extravagantes gafas al cielo—. El exterior es una simple muestra de lo que contenemos.

—La gente busca muchas cosas fuera cuando hay tantísimo que descubrir adentro —agregó un ser gigante que salió de mi interior atravesándome el pecho—. Yo soy tú y tú eres yo. Y juntos somos el Universo —me saludó y se introdujo otra vez por la abertura, provocándome latidos contundentes en el corazón y una sensación de supremacía extrema.

—Usted tiene poderes mágicos —sorprendido imputé los hechos a Muktán, el guardián de los terrenos del pensamiento.

—Todos los tenemos —aseguró mientras yo escuchaba un vehemente zumbido—, especialmente cuando la imaginación vibra en el corazón. Es la manera de distinguir los deseos que son auténticos. Basta entonces con la entrega, la fe y el empeño para que se cumplan. Así es la ley del Universo, confabula en favor de lo que es cierto, aun en contra del mundo entero.

—Me quema el pecho —reconocí sin molestia y pasé por ahí las palmas de mis manos—, como si brotará de ahí una energía.

—El corazón es un sol interno del que emanan llamas, por eso así lo pintan. Y su luz transita por las demás puertas etéreas del cuerpo, que dan entrada y salida a la energía.

—Cada vez late más fuerte —advertí con cierto nerviosismo, atolondrado asimismo por el incesante zumbido que según Muktán provenía del Universo y que significa la unidad con lo supremo, *Om, Om, Om…*

Y con el cielo casi anochecido desperté en el jardín, atacado por los mosquitos y con una taquicardia bárbara. Tardé un buen rato en recuperar la supuesta congruencia, salí de aquel sueño regenerador con tal ligereza que inferí que mi espíritu permanecía dormido. A pesar de sentirme descansado, y con la extraña sensación de haber hallado algo que según yo nunca había perdido, me faltaban fuerzas y sentí la necesidad de quedarme así, tendido.

Con los ojos cerrados me concentré para absorber energía de la tierra, como recomendaban algunos excéntricos libros de esotería, y procuré dormir de nuevo para regresar a aquel mágico sitio a preguntarle ciertas cosas al dichoso

Muktán. Pero fue imposible por el zumbar de los moscos y mejor corrí a la computadora a describir aquel misterioso pasaje.

…You've got to look at life the way it oughta be
Looking at the stars from underneath the tree
There's a world inside and a world out there
With that on tv you just don't care

They've got violence, wars and killing too
All shrunk down in a two-foot tube
But out there the world is a beautiful place
With mountains, lakes and the human race

And this is where I wanna be
And this is what I wanna do…[52]

[52] New Order, *Waiting for the Sirens Call*, "Krafty".

XXIX
Las crisis

—Qué sueño tan raro —comentó Grimaldo Grijalda cuando se lo conté—. ¿Pues qué fumaste?

—Ni un cigarro.

—Ver tanta televisión también hace daño. Las televisoras son nocivas, difunden imágenes perturbadoras y te ciegan de tus objetivos. Confunden, trastornan la realidad para controlarnos y convertirnos en sus súbitos.

—La visión que tuve nada tiene que ver con televisores o cigarrillos. Más que una alucinación, fue un sueño muy lúcido. Me he empeñado en vano en volver ahí para preguntarle varias dudas a aquel extraño hombre.

—Ya te pareces a una con la que me acosté una noche y resultó que hablaba dormida. Balbuceaba cosas extrañísimas, incluso palabras como de otras lenguas. Al despertar aseguró que con frecuencia recibía mensajes en las conversaciones que entablaba con los que aparecían en sus sueños, en los que con cierta conciencia buscaba soluciones y pistas.

—Sospecho que almacenamos cierta información que permanece dormida y tal vez por eso sólo tenemos acceso a ella a través de los sueños, gracias al subconsciente y a ciertos personajes que la despabilan.

—Te sugiero que descanses, toma unas vacaciones, Lukas. O visita a un médico y que te recete unas medicinas. Qué raras cosas dices, amigo.

Hacía siglos que esa palabra no perforaba mis oídos. Amigo. Sin embargo, aún me sobraban dedos de la mano para contarlos. Tenía muchísimos conocidos y probablemente más contactos que un banquero, pero si a Grimaldo Grijalda le sumamos a Luli y al Míster, continúan quedándome dedos para contarlos.

Hablábamos con frecuencia y de repente nos íbamos de juerga, en su directorio telefónico sí sobraban amigas. Si bien estaba arrepentidísimo, tampoco me propuse vestir santos. Al cabo de los años mantuve relaciones esporádicas con distintas mujeres que terminaban por recordarme a Pauline, aunque también es cierto que igual me ayudaban a olvidarla un rato.

A la que más cariño le cogí fue a una casada. Una treintañera insatisfecha de glúteos extraordinarios. Al acabar de follar no teníamos que abrazarnos y mucho menos decirnos "te amo", de hecho, cada quien, en su correspondiente lado de la cama, prendía su propio cigarro. Aventábamos el humo al techo y platicábamos, a veces de su esposo y a veces de Pauline o de las demás tragedias de nuestras vidas. A los hijos, salvo contadas excepciones, los manteníamos fuera de nuestras conversaciones. Además de dos hombres, y alguna vez dudé si más bien éramos tres, ella tenía dos hombrecitos. Nunca los conocí en persona, nada más en foto, pues casi siempre nos citábamos a las horas del kinder, o por las noches si el fulano estaba de viaje, muy probablemente con otra.

Me gustaba de ella el riesgo y lo cínica; le excitaba besarme en la vía pública (y ya en privado en la púbica). El tipo la reprimía y a ella simplemente le encantaba bullir como leche caliente en olla. Yo le había perdido el miedo a los apañones desde el día que me enteré que Pauline, quien apuntalaba su carrera en la cima, salía oficialmente con un infeliz de nombre Annon. No tenía más razones para esconderme, y esta mujer, que gozaba de lo prohibido, conseguía contagiarme del gusto por exhibirnos para de ahí ir a encerrarnos a una habitación, apartados del mundo.

Sexualmente nos acoplamos a la perfección. Por lo regular los dos terminábamos y, si el horario lo permitía, sin empacho repetíamos la operación. Sólo si teníamos prisa el primero en venirse ganaba. Así jugábamos. Congenié con ella en la cama como con ninguna y, si la memoria me es fiel, la única vez que discutimos fue por una postura. Era una mujer muy libre a pesar de que se quejaba de sus ataduras.

Pero como todas las amantes que tuve, terminó por aburrirme.

—Es normal, despreocúpate. Lukas —me alentaba Grimaldo Grijalda—. A los hombres se nos caen los ánimos conforme a ellas se les caen los senos. No es tu culpa, es de la lactancia y de la ley de gravedad. Y de los años, por supuesto.

—No es eso, es que estoy insatisfecho.

—Pues sí, te he dicho mil veces que contrates una puta. Esas sí que lo saben hacer, dominan su oficio.

—No son ellas, soy yo.

—Entonces cómprate unas píldoras para la erección…

—¡Tampoco es eso, no todo en esta vida versa sobre el pito!

—Si Freud te oyera…

Sentía una especie de vacío de origen desconocido que ni siquiera correspondía a la ausencia de Pauline, a quien luego de siete años de que comencé a escribirla, le envié a la puerta de su casa la novela que le dediqué a ella sola de principio a fin. Junto al cuaderno engargolado, que nadie había leído, le hice llegar también un ramo de flores y la última carta de amor.

Ni el rotundo éxito del libro, que al igual que los siguientes fue traducido a más lenguas de cuya existencia yo sabía, rellenó el hueco emocional que por años me aquejó. No es que llorara todos los días, es que me faltaba algo. Y por más mujeres que seducía, por más triunfos que cosechaba y por más dinero que acumulaba en el banco, ese agujero emocional continuaba empobreciendo mi ánimo.

Según mis hijas lo mío era una crisis existencial.

—¿Pero que no esas les tocan a ustedes? —les cuestioné, a una en las postrimerías de la adolescencia y a la otra de veinte—. ¿Cómo un hombre de cincuentaypico años va a sufrir una cosa de esas?

—Las crisis existenciales carecen de edad —contestó Sofía—. De hecho, el riesgo de perderse aumenta conforme uno crece, pues acumular años propicia que olvidemos lo que originalmente somos.

Cada que platicaba con ellas me remontaba a las primeras conversaciones que sostuvimos, cuando les explicaba sus millones de porqués y les respondía con dibujos sus preguntas. Me observaban maravilladas, confiadas en que poseía la verdad absoluta. Recuerdo que en las respuestas intentaba sacar lo mejor de mí y ser sencillo, pues las complicaciones

para los niños resultan inauditas. Desde chicas fueron dulces y muy curiosas, y si de plano ignoraba qué contestarles mejor me las comía a besos.

—Bueno, hijitas, ustedes váyanse a dormir que es tarde. Mañana será otro día, mañana amaneceré mejor.

—Medita un poco qué te hace falta —sugirió Galia—, qué necesitas. Ésta, como la mayoría de las incógnitas, debe conducirte a algún sitio. Una crisis es una oportunidad de redescubrirnos, aunque la víctima no se dé momentáneamente cuenta.

—Para los que sólo somos testigos la situación es más clara —agregó Sofía—. Haznos caso.

—Qué rápido se hicieron grandes, niñas. Apenas ayer eran unas bebés que pintaban con plumones indelebles los sillones, y miren ahora, hasta me dan clases de filosofía.

—Es sólo una opinión, quién podría enseñarle algo a este gran escritor —bromeó con adulación.

—Una ocasión, hace no mucho, un reportero me preguntó qué consideraba lo mejor que había hecho. Tardé en contestar y concluí que todavía no lo sabía, para responder esa pregunta debía sentarme a pensar una noche completa y a reconsiderarlo todo un día. Luego pensé que quizás la novela que escribí para su madre, o la siguiente, que atrapa al que la abre, según la crítica.

—A mí la que me encanta es la nueva —agregó Galia.

—Gracias, hija, pero lo mejor que he hecho nada tiene que ver con libros o reconocimientos. Tampoco con obras de caridad o con dinero, aunque sí con la materia, porque las personas, además de espíritu, somos de carne y hueso. Pero bueno, lo que quería decirles es que ustedes dos son lo

mejor que he hecho en la vida. Nada tendría sentido sin mis dos amores.

—Papi, exageras —me abrazó Sofía con sentimiento.

—Verás que no el día que me des un nieto. La familia es el regalo supremo, inclusive superior al de los talentos. Ni siquiera el valiente que los explota y triunfa gracias a ellos, siente la misma gloria que un padre que carga a sus hijos con esfuerzo.

Tomó poco tiempo, exactamente dos años, en constatarlo. Un día, inesperadamente, al menos para mí, se mudó al departamento de su tal novio. De la mudanza sabían propios y extraños, todos excepto su madre y yo. Con melancolía y el sentimiento aflorado, caí en cuenta que los padres somos los primeros en saber que los hijos vienen, y los últimos en enterarnos que se van.

Unos meses después de que se mudó me invitaron a cenar a su departamento para darme la noticia. Por un reflejo natural, besé su panza y me limpié el llanto.

Y si de sorpresas hablamos, la que sobrepasó cualquiera fue la de Galia. Con un par de semanas de diferencia, y varias más de gestación que Sofía, nos informó que también estaba esperando. La embarazó un tipo que del susto cruzó el océano. El temor hizo presa asimismo de Galia, que a la par de los estudios, recién había encontrado un trabajo.

—¡Justo ahora que me contrataron! ¡Tanto que me costó conseguirlo! ¡¿Qué voy a hacer, cómo voy a alimentarlo?! ¡El cobarde ése me ha abandonado!

—Dudo que sea cobardía, debe estar muy asustado —traté de tranquilizarla y de ser empático, aunque en mi cabeza

maldecía al desgraciado. "Hijo de puta", pensaba—. Sabes que a tu mamá y a mí nos ocurrió exactamente lo mismo con Sofía, entendemos que son situaciones muy difíciles. Yo tardé un buen rato en asimilarlo.

—Papá, por favor, es distinto —reviró llorando.

—Es igualito, Galia. Confía. La vida cuida del que se compromete a soportar la vida de otro, te lo digo yo. Créeme.

—¡¿Y mi carrera qué?! ¡Esto no es lo que yo tenía planeado!

—Ni lo que tu madre o yo o ese mengano, pero el destino suele arrebatarnos el control de las manos. A veces no obtenemos lo que deseamos y a veces recibimos lo que menos queríamos. De repente sucede así, "*You can't always get what you want. You can't always get what you want. You can't always get what you want, but if you try sometimes, well you might find, you get what you need…*",[53] y hay que descubrir la razón. La frase es tediosa, mas es cierta, las cosas pasan por algo.

Pauline también estaba aterrada y la verdad es que yo otro tanto, pero alguien tenía que disimularlo. Galia sabía que si requería ayuda la obtendría de mí, sin limitaciones y de inmediato. Se lo di a entender y sólo me abstuve de ofrecérsela de manera expresa por demanda de su madre, con quien conversé por vez primera luego de la separación, dada la trascendencia, literal, del asunto de nuestra hija. Sus creencias dictaban que los hijos debían valerse por sí mismos para aprender a sobrevivir solos.

Pero el día que el regordete de Froilán nació, Pauline tardó un segundo en desdecirse y Galia en amarlo.

[53] The Rolling Stones, *Let it Bleed*, "You Can't Always Get What You Want".

—Nada les faltará ni al bebé ni a ti, hija —le dijo su madre con el niño cobijado entre sus brazos—. Cuenta con nosotros, si no para qué es la familia.

—Háblenle cerca, deséenle lo mejor al oído —imploró Galia conmovida, transformada de un día a otro en mamá—. Papá me platicó que eso hizo cuando Sofía y yo nacimos.

—Me gusta pensar que el primer mensaje que recibes es probablemente el que pronunciarás al último —les expliqué mi teoría mientras aprovechaba mi turno para cargarlo. Preferí hablarle en silencio, mientras su mirada fija, una de esas pocas que te acompañan durante toda la vida, me hizo florecer—. ¿Será que quienes no saben mirar a los ojos es porque de bebés no fueron contemplados? —pregunté emocionado.

—Sé tú, sé feliz, Froilán —le susurró Pauline y me lo arrebató con sumo cuidado, seguro pensando que era un embustero—. Qué Dios te procure, chiquito.

Unas semanas después nació la hija de Sofía, y así, en un pestañeo y por partida doble, me convertí en abuelo. Mi nieto y mi nieta resanaban temporalmente mi vacío. Si transcurría demasiado sin estrecharlos, el pecho se me volvía a hundir y el estómago a contraer. Exclusivamente la escritura y los momentos con ellos y con mis hijas me hacían sentir vivo.

Por obvias razones ya rara vez visitaban La Cuna. Y a su viejo. La casa sufría de soledad y a veces las maderas crujían aletargadas por el silencio. Los quejidos de las vigas me provocaban sobresaltos cuando tecleaba concentrado en la computadora, inspirado por la ternura que desparramaba el gordo y la dulzura de la chiquita.

Tras horas de escribir, finalmente la ausencia de movimiento me empujaba a dar un paseo solitario al pueblo. Del ruido del aburrimiento que tanto disfruto, surgía la voz de mis anhelos, que ansiosa me convencía de salir a comprar un boleto de avión para ir a abrazar, a la ciudad de siempre, a los míos. Allá, en sus respectivos hogares, continuaban viviendo mis hijas. Y Pauline también, con el del nombre de culo.

Galia le dio su merecido al que acabó por convertirse en su marido, y antes de perdonarlo lo hizo sufrir mucho. Demasiado diría yo. El cabrón me recordaba en exceso a mí y terminé queriéndolo inclusive más que a mi otro yerno, con quien Sofía procreó cinco hijos.

Una de las ocasiones que las visité, para variar con la maleta a reventar de ropa y regalos, casualmente caminé por la calle en la que se ubicaba la sastrería de don Mario, el hombre que confeccionó el traje que simbolizó uno de los principales cambios de mi vida, cuando en aquel entonces su negocio me dio la idea abrir la novelería.

Por mera curiosidad decidí buscar el local, aunque dudé que existiera todavía. Al mirar la fachada me percaté que permanecía igualita y dudé de nuevo. Pensé que el sastre sería otro, un hijo de don Mario, o probablemente un nieto. Pero otra vez me equivoqué.

Como la primera ocasión, pegué mi cara a la ventana, vencí con las manos el reflejo de afuera y conseguí observar adentro. A pesar del tiempo se veía idéntico.

—¡Rosa! ¡Adivina quién es! —gritó a su mujer, quien en cambio lucía muy viejita—. ¡Es el escritor, el novelista! —le avisó como si me recordaran de ayer—. ¡Qué gusto, señor, qué famoso se ha vuelto! ¡Qué bueno que creyó en usted!

—Muchas gracias —contesté halagado y rojo. Introvertido.

—Y dígame, ¿cómo puedo ayudarlo esta vez?

—Pues realmente no lo sé, pasaba por aquí y simplemente me asomé.

—¡Qué va, no lo creo! Quien se asoma es porque algo busca. ¿Viene a arreglarse algo o a hacerse un traje nuevo?

—Ya que lo dice, fíjese que llevo tiempo sintiéndome incómodo con mis atuendos, quizá sea el corte o los patrones de la moda, pero de sólo divisar por las mañanas el clóset me molesto.

—¿Y será la ropa lo que realmente le molesta? Con la experiencia he notado que la clientela es dada a achacarle sus sentimientos a los vestidos, cuando el origen es más bien interno.

—Mire, siendo sincero, de frente al espejo creo que los pantalones se me ven ridículos, son exageradamente bombachos. Sin embargo, lo que en el fondo me preocupa es que luego de un rato de observarme me desconozco, quizás debería ajustarles el corte o de plano cambiar de estilo, considerar nuevas alternativas para reflejarme auténticamente como soy.

—Lo suyo es más bien una cuestión de fondo, usted lo ha dicho. Es algo que va más allá de las costuras, así que en este caso en específico me es imposible ayudarlo. Debería meditar con calma las cosas y explorar lo que lo tiene azorado. Siempre es sano y clarificador apartarse una temporada de lo cotidiano.

—Meditar es una palabra que últimamente escucho en todas partes, conozco gente que viaja a India para aprender cómo se hace. ¿Y si voy allá? ¿Usted qué opina?

—Mi señor, no se confunda. Yo sólo soy un sastre, nunca he viajado lejos —aclaró con prudencia—. Lo único que pue-

do decirle de aquel país, con conocimiento de causa, es que sus telas son tan buenas como las nuestras. Aquí llega mucha gente a buscarlas y cuando les muestro lo maravillosas que son las nacionales, se sorprenden. Si le soy franco, yo creo que en todos los sitios es lo mismo y creo que no es necesario ir a la India para llegar a donde pretende. Hay lugares que visitar que no están edificados sobre la tierra.

—No comprendo…

—Medítelo.

Simultáneamente, informaban los medios, al mundo y a la humanidad completa la azotaba una crisis, social en ciertas latitudes y económica a lo ancho de la superficie. De magnitudes estratosféricas, inédita, subrayaban alarmistas. Por las avenidas los voceadores gritaban a pulmón batiente los aterradores encabezados de los periódicos y provocaban miedo en los conductores, que escuchaban lo mismo en la radio. El pánico amenazaba por doquier. Por los televisores hasta a las casas se metía, y la gente, atemorizada y sin darse cuenta, lo esparcía.

El tema predominaba en cualquier conversación y hasta las putas en las esquinas lo resentían. Y mientras el grueso de la población era presa de las noticias, a media crisis financiera los medios se enriquecían como nunca. Entre más escalofriantes los titulares de los diarios, más ejemplares vendían.

Afortunadamente, también en mi caso el dinero fluía. Mes con mes, puntualmente, mis novelas arrojaban cuantiosas regalías. Supongo que en el planeta sobrevivía una cierta cantidad de abundancia y de ciudadanos que consumían, aunque los noticieros difundieran exclusivamente la carestía.

Rompí records de ventas gracias a los que tampoco padecían *problemas de liquidez* y ascendí vertiginosamente a la cúspide de las listas.

Además retomé las historias a la medida. Gracias a la fama que me brindaron mis libros, recibí ofertas seductoras para escribir biografías de excéntricos y de personajes dispuestos a desembolsar cantidades importantes por materializar, de menos con letras, sus fantasías. Los aventureros ofrecían asimismo dineros a cambio de que narrara en el papel sus travesías. Los casos los seleccionaba luego de entrevistar a los interesados y exclusivamente escogía aquellos en los que el protagonista tuviera altas posibilidades de convertirse en un allegado de quienes lo leyeran. Ya me podía dar el lujo de escoger.

En La Cuna y los suburbios, una de las regiones con menos lectores en el mundo, fue en el último lugar donde se enteraron de mis triunfos. Viví casi en el anonimato el tiempo suficiente para reconciliarme con el lugar, hasta que el rumor de mi oficio y de los idiomas en los que se leían mis libros llegó a oídos de los pobladores de mi tierra natal. Entonces sí que fui asediado. La gente que en el pasado me expulsó, de nuevo me perseguía, pero para que les estrechara la mano.

Mi entrada en los restaurantes y mi caminar por las calles suscitaba cuchicheos. Confieso que cada que ocurría se me henchía el pecho y recordaba automáticamente las palabras de mi madre, quien predijo que un día habría de regresar ahí con un rostro nuevo. Y a pesar de mi crisis, de mi vacío emocional, me sentía de cierta manera satisfecho.

XXX
El túnel ("Into the Galaxy")[54]

El placer del reconocimiento lo interrumpió la Navidad que *celebré* solo. Ese año Sofía festejó con la familia de su esposo y Galia viajó con el suyo a la playa para que su retoño conociera el mar y la arena. Ni el también solitario, mi amigo Grimaldo Grijalda, estuvo disponible, ni nadie con quien me interesara partir el pavo o hacer un brindis. Y es que en esa época del año hasta los convenencieros están ocupados. ¿De qué le sirve tanta adulación a un hombre por la calle, si en la vida real nadie lo necesita?

Sumido en la tristeza comencé a sumirme más y más, hasta que terminé por hundirme en la desolación, que parece no tener fondo. Pensé que sería infinita, aunque ya de mañana me percaté que la marejada me había arrastrado a un sitio recóndito, en el que desperté, sólo con restos de una resaca de lágrimas saladas, conmovido. Únicamente me tenía a mí mismo.

La conclusión en principio me resultó fatalista, pero al meditarla se expandió en mí una sensación de alegría. Ahí adentro, en la intimidad de mi yo, donde la tristeza me

54 Midnight Juggernauts, *Dystopia*, "Into the Galaxy".

arrojó, descubrí que residía la verdad, la mía, y comprendí que debía descender a mis cavidades internas para hallarme.

—Voy a ir a El Corazón —avisé con entusiasmo y precipitación a Grimaldo Grijalda apenas regresó de sus vacaciones—. Tengo un amigo que vive allá. Hace muchos años, la última vez que nos topamos, me dijo que en esa villa poseía un refugio tranquilo, ideal para reposar y gozar la vida. Me sugirió que fuera cuando necesitara encontrarme y, ¿sabes algo?, me siento perdido. Si me tengo sólo a mí, comprenderás que me necesito.

—Diablos, te sigues drogando. Mínimo rólala, Lukas. ¿Qué rollo contigo?

—Rollos existenciales, mi amigo…

—Déjate eso, lo preocupante es el camino. ¿Acaso no has escuchado las anécdotas que rondan el sendero que conduce a El Corazón?

—¡¿Tú conoces ese lugar?! ¡¿Por qué no me habías dicho?!

—No lo conozco, pero he oído. Dicen las malas lenguas que hay gente que nunca llega, pues aparentemente la ruta es más difícil que cruzar a pie un profundo río. Y fíjate tú, los pocos que lo logran aseguran que en aquellas tierras hay nada, que únicamente existe un espectacular vacío.

Entrado en el tema acudí a varias agencias de viaje y aunque en la mayoría igual habían escuchado del sitio, ninguna conocía su ubicación precisa. En una de mis visitas a la ciudad de mis hijas, en la que inusualmente me hospedé con Galia, le pregunté a mi yerno, quien de más joven fue un trotamundos, pero tampoco me dio razón.

—Papi, luego platican, ¿sí? Son casi son las ocho de la mañana y a este escuincle se le va a hacer tarde para el colegio

—y mi nieto, todo risueño, corría desnudo por toda la casa para que lo persiguiéramos.

—¡Hija, resígnate! —exclamé riendo—. Nosotros somos de los que desde temprano se les hace tarde. ¿O qué, ya olvidaste a tu madre apurándonos a los tres para ir al kinder? Nos encantaba quedarnos acurrucados en la cama y recargar las cabezas, ¿te acuerdas?

—Sí, qué épocas aquellas. Y por cierto, hablando del tiempo, qué diferentes son hoy las escuelas, este gordo acaba de entrar a preprimaria y ya suma y resta.

—Dudo que sean las escuelas. A mi parecer, las nuevas generaciones se encargan de renovar el pensamiento. Y la consciencia.

Convencí a Galia y a mi yerno para que me permitieran ir a dejar al colegio al gordito. De regreso me desvié a la sastrería de don Mario, tenía curiosidad de ahondar en el tema de los lugares invisibles, aquellos que mencionó en nuestra última conversación y que, según dijo, no estaban edificados necesariamente sobre la tierra. Quizás El Corazón era uno de esos.

—Es tarde, señor —me informó doña Rosa, la esposa—. Se ha ido.

—¿Vuelve o ya hasta mañana lo encuentro?

—Ni mañana, señor, ni luego —y los ojos se le aguadaron—. Se nos adelantó.

La viejecita rompió en llanto y yo la estreché como si la conociera de antaño. Me acongojé como si debiera dolerme y ella me abrazó como quien solamente conserva de su familia el árbol. Parecía tan abandonada a la suerte de Dios que pensé que la había olvidado.

—Estoy buscando El Corazón —le comenté cuando nos calmamos—, y quería preguntarle a don Mario si sabía dónde queda. Hace poco él me habló de lugares que no están construidos sobre la tierra, así que supuse que podría orientarme.

—Ah, El Corazón —asintió con un gesto evocativo—, qué maravilloso sitio. Yo fui ahí precisamente de la mano de mi marido.

—¿Y recuerda cómo llegar? Necesito saber dónde queda.

—Mire, usted, es difícil explicarlo, pero cada quién posee su propia forma de hallarlo. Le digo que a mí me llevó mi esposo y, por el contrario, entiendo que otros lo encuentran gracias a la soledad. A unos los conduce el dolor o el sufrimiento y a unos inclusive una pieza de música. La felicidad también es un conducto, y los *hippies* dicen que las yerbas. El Corazón es un paraje multidimensional.

—¿Pero cuenta con un mapa o de menos con algún dato?

—Lo único que sé es que para llegar allá hay que abrir varios portales —y del cajón de la caja registradora cogió un hermoso llavero de oro, con una larga y gruesa cadena brillante, sin llaves—. Por favor —hizo una pausa y lo depositó en mis manos—, consérvelo, pertenecía a Mario. Conociéndolo, seguro se lo hubiera regalado. Luego, luego se identificaba con los buscadores. Y despreocúpese —aclaró ante mi visible desconcierto, con una frase similar a una que había antes escuchado—, la llave la tiene usted guardada dentro.

—Aprecio profundamente el obsequio, doña Rosa, es un honor para mí. Él nunca imaginó su influencia en mis quehaceres, me hubiera gustado agradecérselo —y tras descifrar el acertijo de los lugares invisibles, me despedí y partí.

Ahora debía encontrar el laberinto, el camino que me guiaría al centro del Universo, a la galaxia interna, a mí. Investigué en libros y consulté con expertos, mas ninguno coincidía en la manera de arribar a aquel lugar, así que seguí el consejo de la mujer de don Mario y opté por trazar mi propia ruta, con la certeza de que únicamente llegaría siguiendo lo que me gusta, porque en varias ocasiones había escuchado que la felicidad es una brújula.

Así que comencé a visitar con mayor frecuencia a mis hijas y a pasear con mis nietos, sobrepasando en ocasiones la prudencia que todo suegro le termina adeudando a sus yernos. En casa pasaba las mañanas pegado a la computadora y por las tardes leía, echado a los pies del árbol de la noche triste, que en un nuevo episodio de profundo ensueño me transportó al bosque donde hacía tanto tiempo vi por última vez a Charlie Boobles.

En la rotunda oscuridad de la noche, hombres y mujeres yacían atascados en el fango. Otros fallecían agorzomados por el miedo. Los que conseguían librarse de sus tentáculos andaban sigilosos entre la maleza y protegían sus rostros del follaje con las manos y la entereza. Prestaban atención, como si escucharan en silencio un consejo, avanzaban para salvarse y de cuando en cuando levantaban caídos que sucumbían con desesperación en la tierra.

—¡Tranquilo! —gritó dirigiéndose definitivamente a mí una voz interna—. ¡Tranquilo, ten paciencia! Detente y contempla, la penumbra dura apenas un momento, es cuestión de aclimatarse a ella. Espera y comenzarás a distinguir la luz. Es como el motivo de las cosas, que tarda en aparecer a la vista.

Acaté la sugerencia y detuve, excepto el de los pulmones, mis movimientos. Guardé el suficiente silencio y medio recuperé lo sereno.

—¡Ahora sacude las ramas, hay que despertar a las luciérnagas! —continuó la voz sabia y advirtió que sólo con claridad resolvería los problemas—. Tienes que atravesar el bosque hasta llegar al túnel, conforme avances requerirás más luz.

Obedecí de nuevo y entonces los bichos, aún azonzados, sobrevolaron el rededor y lo iluminaron cual tenues velas.

—Ahora deshazte de las expectativas. Y de los miedos. Para hallar El Corazón debes viajar ligero, exclusivamente así llegaremos a donde queremos. Y finalmente recuerda: cada quien, solo o acompañado, debe transitar su propia senda.

Entonces me alcé, abracé con todas mis fuerzas el árbol de la noche triste y proseguí decidido. Con la intención de encontrarme, fija en el entrecejo, comencé a escudriñar entre la maleza de mi mente la salida. Apenas se aclaró el panorama, determiné que cruzaría la espesura del bosque y el túnel. Quizás al otro lado me aguardaba la dicha.

—Es muy arriesgado, Lukas —insistió Grimaldo Grijalda—. En varias charlas que he escuchado, el famoso túnel ha salido a cuento. Dicen que la luz que se percibe al otro lado, es en realidad un tren que arrolla a los que intentan recorrerlo. Además, recuerda que el gobierno acaba de cercar La Cuna, las entradas y las salidas están vigiladas y quien desafíe a la policía amanecerá muerto. La situación es complicada, la mentada crisis ha hecho mella y las autoridades argumentan que restringiendo el acceso a los foráneos protegerán al pueblo.

—Mentira, nos tienen prisioneros. Jamás les cederé mi poder de nuevo. Y precisamente, si deseo liberarme, tendré que atravesar el túnel. Y si es necesario me dejaré caer por los agujeros. Presiento que en el fondo está escondida la llave redentora.

—Qué llave redentora ni que la chingada. Es una locura —reiteró—, más para un par de abuelos.

—¿Qué, piensas acompañarme?

—Pero tampoco te creas mucho —respingó con un falso orgullo—, la verdad es que desde hace años la ciudad me queda chica, ya soy grande para ella, ya no la disfruto. Me estruja así como a los bebés a los nueve meses los aprieta el útero.

—Mira que los humanos somos valientes, desde entonces andamos cruzando túneles. A través de cada uno evolucionamos, hasta que nos toca cruzar el de la muerte para retornar a la vida.

—Cálmate, Buda —bromeó—, que te oyera Jesucristo… Pero bueno, basta de risas, voy contigo.

—¿Seguro?

—Estoy cansado de mantenerme erguido y mirar al cielo, suplicándole que algo acontezca. Estoy harto, este lugar es como una sala de espera. ¿Te confieso lo que hice la otra vez, del ocio…? Me drogué.

—¡Qué! ¡¿Tú, semejante vejestorio?!

—Sí, señor, me drogué. En un bar del país fronterizo de las fantasías, con la chica esa buena que te platiqué que me estoy tirando —confesó como el casanova que efectivamente era, porque de fanfarrón apenas tendría uno o dos pelos—. Tomábamos la copa, bastante ebrios, rodeados de otros re-

meros sin barco y de mujeres con el corazón roto que atestaban el antro. De repente ella extrajo de su bolsa un par de pastillas casi redondas que sin dudar nos tragamos. De antemano sabíamos que esa pequeña porción de cielo podía tornarse en infierno a los dos tragos de saliva. Pero estábamos dispuestos a jugarnos nuestra fortuna a una sola carta.

—¿Y?

—Al cabo de los minutos las caras empezaron a derretirse igual que una vela expuesta al fuego. Los movimientos se hacían eternos y los pensamientos cada vez más y más rápidos. Se podían oír los corazones latiendo al unísono, contoneándose al ritmo del chamán. No estaba en una jodida discoteca, sino dentro de una novela de Bukowski. Podía coger con las manos puñados y puñados de sexo. Se podía masticar. Cielo e infierno, golpeando las puertas de la percepción. Rápido, efectivo y efímero. Follar con las estrellas no debe ser muy diferente.

—¿Y cómo terminaron?

—Follando… ¿Por qué me miras así?, así acabamos. Y enseguida le imploré al Espíritu Santo que la expulsara de mi cama rápido, mi olfato empezaba a vomitarla y confieso que al final me incomodó la culpa. Ya a solas le di varias vueltas al tema, aunque saqué pocas conclusiones. La principal de todas es que no necesitamos alterar nuestra realidad con pinceladas químicas. La consciencia puede ser tan psicotrópica como el mismísimo LSD. Sin imaginación, sin cultura y sin conocimiento eres una presa fácil, muy fácil. El sistema lo sabe, y es implacable.

Y sin maletas partimos. También sin demasiados problemas burlamos los retenes de La Cuna y nos dirigimos

al bosque donde tiempo atrás encontré a Charlie Boobles. Deduje, confiando igual en mi última visión, que desde ahí sería más fácil encontrar la vereda que nos conduciría al centro, donde, según recordé que dijo, se encontraba El Corazón. Pero las nubes decaídas con trabajos libraban el suelo y nos obstruían la visibilidad.

Ríos de personas sorteábamos infinidad de peligros en la espesura del bosque y serpenteábamos con extrema dificultad sus empinados cerros, a los que de repente despedazaban las avalanchas del miedo. Unos iban y otros retornaban, chocábamos en *contrario sensu*. Unos ascendían por los montes inevitables y entretanto otros emprendían cansados el regreso. Algunos escarbamos en la mente y removimos cantidad de pensamientos, hasta que cada uno a solas se atrevía a arrojarse por sus propios vacíos, por los toboganes emocionales que deslizan a las personas a su mundo interno, decididos a averiguar lo que sucedía allá adentro, en lo íntimo.

De vuelta en la superficie me reencontraba con Grimaldo Grijalda y juntos combatíamos a las bestias del apego y a los monstruos comunes, para volver a sumergirnos cada uno en sus abismos y posteriormente, según nosotros, continuar avanzando por el terreno fangoso. Empero, retrocedíamos. Tras una perenne caminata nos percatamos que estábamos parados en el comienzo, perdidos, y que los demonios a los que aparentemente habíamos dado muerte, sobrevivían. Siempre es escalofriante explorar cuevas profundas o andar por terrenos peligrosos y desconocidos. Es ahí, en la inseguridad, donde solemos descubrir el lugar en el que nos sentimos más seguros y protegidos, el

refugio donde realmente quisiéramos estar. El lugar que llamamos *casa*.

En el mismo punto, igual de extraviados, un grupo de personas discutía.

—¡"Vamos caminando mal, vamos caminando hacia atrás…"![55] —gritó uno desesperado y dimitió a la lucha—. Van tres vueltas, estoy exhausto, me rindo —y resignado se tiró en el pasto mojado y dirigió su mirada al firmamento—. Que Dios nos bendiga.

—Relájate —le contestó una jovencita con sabiduría—. La vida no es una carrera. "*Oh you'd be surprise how we race, while our lives, erased*…"[56] En las carreras uno siempre va hacia adelante, en la vida no. La vida se conforma de avances y retrocesos.

—Es una forma de crecer, el estiramiento —añadió un contorsionista—. Pero yo ya tampoco puedo —y con frustración se echó junto al primero, que escudriñaba las estrellas que la neblina escondía.

—Confiemos —expresó con desenvolvimiento y soltura una señora de mirada invitadora—, soltemos las expectativas, convivamos con los miedos y con las criaturas que nos hostigan. Somos uno, estamos juntos, nada nos sucederá. ¡Y esos dos señores que escuchan detrás de los arbustos! —interrumpió con un tono ahora mandón y nos señaló a Grimaldo Grijalda y a mí—, ¡únanse al grupo! —y nos acercamos, a los sesenta años, como dos niños reprendidos.

[55] Jumbo, *Gran panorámico*, "Caminando hacia atrás"

[56] The Secret Machines, *Now Here is Nowhere*, "Nowhere Again".

—Pese a lo que parece —opinó un hombre ligero—, es un buen indicio. Es fundamental volver a los inicios, donde las cosas son sencillas.

—Inhalen —y ejemplificó con profundidad la forma de hacerlo un maestro de ejercicios aeróbicos—. Exhalen —y dejó escapar con lentitud el aire que contuvo por unos segundos—. Inhalen… exhalen. En efecto, somos uno, y lo que uno expira el otro lo respira. Inhalen… exhalen… ¡Uno!… ¡Dos! Aguarden, se sentirán tranquilos.

—Sintámonos también acompañados de nuestros ancestros —expresó una mujer que se parecía a la tanatóloga que se nos acercó en el velorio de mamá. Podría haber sido ella, no estaba seguro—, perciban en el aire su aliento que no desvanecerán ni las ventiscas ni los siglos.

—Inhalen… exhalen… Es un espacio espléndido el que existe entre la inspiración y la exhalación. Inhalen… exhalen —continuó el profesor en lo que yo, después de muchos años que no lo hacía, contemplé también recostado en la tierra húmeda allá arriba.

Sorprendentemente, los soplidos de todos comenzaron a disipar la densa bruma. Y allá, en las alturas, entre miles de estrellas que empezaron a brillar, reconocí la mía. La distinguí por el centelleo, porque latía con la cadencia de mi pecho, a la par de mi pulso. De pronto la noche se plagó de pequeñas luces que embellecían el firmamento y las luciérnagas revolotearon alrededor de la Luna.

Lloré de una emoción rotunda, de amor más que de alegría, del sentimiento más poderoso y profundo. La energía me recorrió cuerpo y alma, y junto con las lágrimas brotaron muchos recuerdos, en especial el del sentido de la vida.

Qué fácil es olvidar que la unidad con uno mismo es la armonía, que ser quien eres es la dicha suprema y que la verdad es la coherencia entre lo que crees y lo que opinas.

"Síguela, confía", resonó la voz interior mientras mi estrella se movía. "Es imposible equivocarse si los latidos te encaminan", concluyó y me despedí de Grimaldo Grijalda, mi amigo.

—Anda, Lukas, apúrate. Yo subiré a ese monte a ver si desde ahí ubico la mía, me es difícil de esta perspectiva. Y despreocúpate —concluyó cuando nos abrazó la melancolía—, con seguridad nuestras rutas serán como dos líneas paralelas, condenadas a juntarse en algún punto del infinito.

Anduve congruente y recto, admiraba el paisaje y seguía el desplazar de mi estrella. Tras algunos kilómetros de reflexión, para mi beneplácito hallé el túnel, de cuya entrada colgaba un letrero:

La puerta ha sido abierta. Si vuelve a cerrarse use su llave.

ESTE ES EL TÚNEL MÁS LARGO DEL MUNDO

Son los cuarenta y dos centímetros de La Mente a El Corazón.

El trayecto comenzó hace eones de tiempo; ésta es sólo la desembocadura.

XXXI
El Corazón

Analicé detenidamente el pasaje desde el acceso. Con cuidado me asomé y observé que, en efecto, se percibía una luz vibrante y tímida al otro extremo. Comprobé, de regreso afuera, que no se trataba de mi estrella, la cual permanecía encendida sobre mí en ángulo recto. Me guardé entonces en el bolsillo del pantalón el llavero de oro, que pendía de la cadena que llevaba ceñida a la cintura. Lo sobé, como a un amuleto, y retomé el paso con algo de miedo, aunque simultáneamente con una sensación mágica de confianza profunda.

La longitud del túnel decrecía a cada zancada y conforme me aproximaba a la salida el fulgor intensificaba su brillo. Del resplandor tuve que cerrar un instante los ojos y quedé ciego por unos segundos, deslumbrado, contuso. Sin embargo, el temor cedía y como un equilibrista caminé metido en mí sobre la cuerda floja, con los ojos vendados y con la extraña certeza de que llegaría a un lugar seguro.

Qué sorpresa me llevé cuando descubrí que la luz al final del túnel no era la de un tren sino que se trataba del reflejo que proyectaba un espejo de la Luna. Estaba incrustado en el tronco del primero de los árboles que flanqueaban por derecha e izquierda el inicio de la vereda que nacía enseguida

de la boca del pasadizo. Con tinta negra indeleble y con trazos desaliñados, difícilmente legibles, en la cara del espejo se alcanzaba a leer:

"Entre amigos el reencuentro es una certidumbre."

Apenas salí del conducto y respiré en aquella maravillosa atmósfera, mi estrella se fundió con los millones de estrellas del firmamento. La unión provocó un fugaz destello que iluminó el paisaje y a todos los que salíamos de nuestros respectivos túneles, a las afueras de la pacífica villa de El Corazón, donde al final los diversos caminos convergían.

Después, la noche convertida en el espacio infinito se apagó por completo como si hubieran bajado un *switch*, y las luces que antes titilaban en el cielo ahora centelleaban en el pecho de cada uno de los peregrinos. Las llamas de los seres se encendían como antorchas que alumbraban la senda que conducía al mero centro, por la que avanzaba en procesión el multitudinario éxodo de mujeres y hombres, provenientes de distintas arterias del planeta.

—¿De dónde viene tanta gente? —preguntó al aire un caballero conmovido que marchaba junto a mí—. "*All the lonely people, where do they all come from? All the lonely people, where do they all belong…?*"[57]

—No todos venimos solos —le respondí—, algunos viajan de la mano de otros.

—La luz —continuó refiriéndose al palpitar fluorescente de los corazones, incluidos el suyo y el mío—, es divina.

[57] The Beatles, *Revolver*, "Eleanor Rigby".

—La luz emana de la transparencia —nos explicó uno de los guías que cuidaban la fila de viajeros a la orilla del camino—. El brillo de una persona depende de su claridad, de la congruencia y la sinceridad consigo. Pero continúen avanzando, por favor —y retomó su labor—, en el pueblo podrán platicar, el centro de El Corazón está lleno de cafés, música y armonía.

La energía que irradiaba aquella escena, y especialmente el hecho de formar parte de ella, de ese peregrinar de almas en busca del amor puro que reside exclusivamente dentro de uno, me hizo comprender que los humanos estamos interconectados a través del corazón, de ese órgano misterioso que mueve los cuerpos y las almas de todas las mujeres y los hombres del mundo.

El retumbar de unos tambores, al parecer provenientes del núcleo de la villa y sobre los que unas voces lejanas entonaban los gloriosos cantos del "Hoppipolla",[58] estremecieron mis sentidos. Al aproximarnos se acentuaba el golpeteo y resonaba con una fuerza galopante en mi espíritu, motivándome como a un auténtico guerrero, valeroso y aguerrido. Sin embargo, a pesar de que continuaban sonando intensamente, una vez que ingresamos triunfantes al pueblo, no los veíamos.

—Estoy de acuerdo —coincidió uno de los habitantes de El Corazón, con quien conviví por unas horas luego de que le pregunté por Charlie Boobles—, el amor nos conecta. Y además, ¿sabe usted algo?, los corazones son circuitos que nos conectan asimismo con el Universo, tanto en el plano

[58] Sigur Rós, *Takk*…, "Hoppipolla".

individual como en el colectivo. Por eso quien tiene las puertas de El Corazón abiertas y entra en este remanso sagrado, es proclive a que sus deseos sean satisfechos. Las leyes universales son generosas con las peticiones que provienen de un corazón que está en sintonía con el amor. Aunque, ¿sabe usted otra cosa? —agregó con un tono amable—, quien llega aquí ya no desea mucho más.

—Es lo que Charlie decía, pero en aquel entonces yo era muy niño y no comprendía demasiado.

—La sabiduría de su amigo rebasaba los límites de la vista, su ceguera traspasaba el velo de los ojos. Fue un maestro para mí y para muchos de los que hoy habitamos estos terrenos. Nos enseñó mucho de las verdades ocultas, que, pese a lo complejas que parecen, resuenan en el interior con lógica cuando son develadas por un buen gurú.

—Estaba seguro que nos reencontraríamos, lo presentí en las proximidades del pueblo. Quería darle las gracias y un abrazo.

—A pesar de que en El Corazón es posible escapar del tiempo, nunca he conocido a nadie que haya burlado a la muerte. Charlie falleció de viejo hace varios años…

Fue durante mi estancia en aquel recóndito paraje, que me enteré que Charlie Boobles perdió la vista desatornillándose los ojos cuando de joven se los empotró a un desdichado cuya percepción de su entorno desde pequeño era negativa. "Lo que miras es una ilusión óptica", comentan que le dijo. "Ponte estos ojos y verás cómo cambia la perspectiva". Y el hombre abrió sus nuevos ojos y confirmó que observaba lo mismo, pero diferente. Los colores sustituyeron lo negro, la apreciación mejoró y los detalles surgieron.

"Cuando estás enojado todos parecen molestos, cuando te roban a todos acusas de rateros y cuando estás triste crees que nadie puede estar contento o siquiera brindarte consuelo. Ahora, cada que recibas un regalo inesperado, querrás compartirlo con quienes carezcan de ello. La óptica es circunstancial y siempre hay que usarla a favor nuestro."

Los tambores, lejos de ceder, continuaban *in crescendo*, sin importar que me tapara los oídos. Y por más que los buscaba no aparecían. "En El Corazón a veces se escuchan cosas que no se dicen, se aprecian cosas que no se ven y la gente se toca sin palparse", pensé enfebrecido por el ritmo. "Muchas veces tanto la música como los ruidos provienen de adentro, afuera no existen".

En El Corazón el día rayaba a las seis, y cada mañana representaba un auténtico nuevo amanecer. Se practicaba la costumbre de levantarse con el pie derecho y de agradecer la nueva oportunidad de vivir al apoyar el izquierdo. Los adultos, sin disimulo, se estiraban como los niños cuando despertaban y cuando tenían sueño. Se respiraba un aire de libertad absoluta y de congruencia. Y un sol grande brillaba intenso en el cielo.

A las siete de la tarde, hora del crepúsculo, emplazados por las campanas los residentes del lugar se congregaban en la plaza principal, a la que rodeaban prados verdes y coloridos arbustos. El motivo de las concentraciones era solicitarle bendiciones al Universo. Las madres de familia pedían por los hijos y los hombres por el sustento, las familias por la paz de las mentes y la del mundo entero. Bendecían a la tierra y a los que la cosechaban, a los mares, los muertos, a los que vivían todavía dentro de sus madres y a ellas. A las

aves, que en los árboles trinaban, las bendecían los ancianos, y también al viento. A los caminos, a la naturaleza, a los antepasados y al silencio.

Luego de una pausa, Lupa bendijo a cada uno. Grandes y chicos admiraban su integridad y cordura. Era una mujer sabia y de una sola pieza, su alma era la más vieja de la villa y sus buenos consejos y la admiración de los pobladores la convirtieron en su custodia a la muerte de Charlie Boobles.

—Bienvenido seas, Lukas Duncan, que el Universo te colme de bendiciones y de gente con quien compartirlas —me susurró al oído con una voz entre dialectal y antigua, y luego reposó las palmas de sus manos en mi coronilla—. Haz de éste tu hogar —y las bajó ahora a mi pecho, donde las sostuvo por unos segundos—, y vive expandido.

—Mucho gusto —la saludé con la sensación de que ya nos conocíamos—. Y que los dioses también te bendigan, Lupa —e invoqué a las fuerzas de la naturaleza para que la auspiciaran, contagiado de un efervescente sentimiento salvaje cuyo origen desconocía.

—Apunta en esta maderita lo que ha dejado de comulgar contigo… Lo que ya no quieres en tu vida, escríbelo —indicó ante mi duda y, luego de que anoté, proseguimos—. Échala a la hoguera —y señaló al centro de la plaza, a donde las personas se dirigían para arrojar los desechos de su voluntad al fuego—, para que las llamas la consuman —y con siete campanadas concluyó el rito.

El Corazón se convirtió rápido en mi casa y con mis propias manos construí en sus campos sublimes una. Aunque, como decía Lupa, el hogar siempre se lleva en el pecho, yo digo que para percatarse hay que haberse mudado diez veces

por lo menos. Sin muros o bardas, dormía profundo; la calma y la seguridad reinaban en la zona, la reconexión estaba restablecida.

Gozaba de una vista tan formidable que con sólo divisarla se me ensanchaba el espíritu, al asomarme por mis ventanas me invadía ese estado de éxtasis al que algunos denominan *infinito*. El alma se me expandía y el corazón me latía extrovertido. Ni las montañas, ni los océanos, que por más que los bauticen con múltiples nombres simplemente son uno, ni la contemplación de la estrellas o del horizonte me hacían sentir así, lleno de nada, pleno, tranquilo.

El planeta completo se veía desde El Corazón y su localización estratégica permitía observar las cosas desde otra perspectiva. Del segundo piso de mi casa, desde mi alcoba, todas las noches incluso distinguía muy a lo lejos los fuegos artificiales del País de la Fantasía. Con el telescopio de la distancia percibía con claridad lo que allá acontecía.

Las amas de casa derrochaban en idioteces y sus esposos en citas con otras chicas. Las fiestas abundaban por aquella región y los cadeneros de las discotecas aprovechaban para vender caro el derecho de admisión que según ellos les correspondía. Muy suntuosos y poco serenos, los asistentes se maquillaban y se empolvaban la nariz para lucir bien en las fotografías, porque a quienes pecaban de discretos los excluían de las revistas.

A diario, un mosquerío de aeronaves aturdidas sobrevolaba El País de la Fantasía. Muchos turistas lo frecuentaban, pero principalmente sus ciudadanos viajaban a sus protectorados y a las islas aledañas para alejarse todavía un poco más de sí. A los que no les alcanzaba para viajar com-

praban metanfetaminas, y los más pobres sencillamente dormían y dormían y dormían.

A diferencia de El Corazón, que se llena de momentos y no de regalos, el consumismo resultaba arrollador en el País de la Fantasía. Allá las compras suplían las carencias y absolutamente todo tenía un precio. Se pagaba por lo que fuera, hasta por deshacerse de lo que ya no se quería. Inclusive se compraba gente. Y las personas se vendían.

—El pilar del amor es la fidelidad y el amor nace justamente de lo que te hace feliz. Sé fiel a tu felicidad, Lukas —me dijo Lupa un día que partí a la ciudad donde vivían mis hijas. Extrañaba a la familia, especialmente a los nietos.

—Es una lección que aprendí a trancazos. Serle infiel a la mujer de mi vida me hizo infeliz.

—No hablo específicamente de lealtad entre parejas, me refiero más bien a ti. Dignifica tus sentimientos, respeta tu verdad, cumple lo que viniste a hacer aquí. La experiencia suprema del amor es permitirse ser y permitirles a los demás, en lo que dependa de nosotros, que sean felices.

—Regresaré pronto, Lupa.

—Si actúas con amor, donde sea que estés permanecerás en El Corazón. Sólo ten cuidado de las fuerzas magnéticas, especialmente de las de El País de la Fantasía, porque por más que nos sintamos inmunes a ellas, son muy seductivas. Mantente en ti, en tu núcleo, a pesar de las tentaciones y de la atracción del exterior.

XXXII
Los cambios

Luego de varias horas de camino, precisamente crucé por el País de la Fantasía. En la avenida principal, a la entrada de un lujoso hotel, dos preciosas y parlanchinas mujeres invitaban a su cuarto a otra que deambulaba por ahí con la mirada perdida.

—Venga, linda, subamos al *penthouse* —le propuso la rubia y contorneó con sus brazos su cintura—, la vista es espectacular y tenemos piscina. Ven a remojarte con nosotras, lo necesitas.

—Al agua, patos —añadió cachonda la amiga, mordiéndose con suavidad las uñas.

—¡Al agua, putas! —corrigió un borracho con fajos de dinero desbordándosele por los bolsillos. Según presumía, acababa de pegarle seco al ocho en el casino—. ¡Las tres y yo por mil libras!… Y es más, doscientas extras e invitamos al viejito —y se dirigió el gilipollas a un servidor, sacándome bruscamente de mi estado de testigo—. ¿O ya no le funciona, abuelito?

—Pregúntale a tu abuelita, pendejito.

Reemprendí entonces el paso, respiré profundo y ya acostado en un hotel en el que paré a descansar en el pueblo contiguo, con los ojos cerrados y la luz apagada, reí al evocar

lo ocurrido. "Con más juventud y menos conciencia, después de rajarle la nariz al teporocho, seguro que me las tiro. A las tres".

Al día siguiente, tras un viaje prolongado, toqué muy cansado la puerta de la casa de Sofía, quien de inmediato le avisó a Galia por el celular que por fin había aparecido. De milagro no me agarró a telefonazos.

—¡Pero qué te sucede papá, ya no eres un niño! ¿¡Por qué te desapareces sin avisar, dónde andabas metido!?

—¡Tranquilízate! ¡Como dices, ya no soy un niño! Soy bastante mayor, tanto que hay idiotas en la calle que me llamaban abuelito. ¿Acaso debo darles santo y seña de mis pasos?

—¡Mínimo una llamadita, coño! ¡Te buscamos en la Cruz Roja, y hasta en la morgue, carajo!

—¡Por favor cálmate, Sofía! ¡Y no me carajees que soy tu padre! Hice un viaje, por dios santo, fui a El Corazón…

—Con razón le preguntabas tanto a Galia si sabían dónde quedaba, pero me queda claro que lo averiguaste. Discúlpame, papá, ¡pero qué diablos fuiste a hacer allí sin avisarnos!

—"Viajé para perder el miedo a dejarme caer. Para volver, para volver a ver…"[59] Me hacía falta contemplar las cosas desde otra perspectiva… Perdón si las asusté.

Con paciencia aguardé a que las dos se apaciguaran para contarles mi experiencia y las inimaginables maravillas que descubrí en El Corazón, donde el tiempo transcurre a una velocidad distinta que en las montañas mismas, pues a veces se paraliza y a veces vuela.

[59] Siddhartha, *Why You*, "Volver a ver".

Para entonces, Galia estaba a punto de parir al segundo de sus hijos, y Sofía esperaba nada menos y nada más que gemelos, sus cuarto y quinto, con el tercero de apenas tres meses.

—Es increíble lo que allá sucede, preciosas, tanto que me resulta imposible describirlo. Vayan pronto y comprenderán lo que les digo.

—¿Pero cómo es, papito? —insistió Sofía abochornada, con la panza enorme—. ¿Hace calor o hace frío? ¡No dices nada!

—El Corazón es algo así como la embajada del infinito, supongo que quien pone ahí un pie, es capaz de imaginar de qué trata el más allá. Y respecto al clima, qué puedo decirte, en sus cielos brilla un sol radiante, sobre todo cuando amenaza el frío.

—¿Y cómo llegas? —inquirió Galia—, ¿en avión o en coche?

—Casi podría asegurarte que ningún medio de transporte llega a ese sitio, son los momentos los que nos llevan a El Corazón. Aquellos instantes que nos confirman cuáles son realmente las cosas trascendentales de la vida, a esos hay que subirnos.

—¿Y qué crees tú que sea lo trascendental de la vida?

—Ustedes dos, sus esposos y sus hijos.

—Papi…

—¿Por qué lloras, hija?

—Nada, son las hormonas, ando muy susceptible en estos días.

—Que cumplan sus sueños, hijas, los que vibran en su pecho y les producen felicidad cuando los imaginan. El corazón es un detector de verdades, y los sueños que autentifique

son la misión de su vida, reconózcanlos y visualícenlos… Que el Universo las bendiga a ustedes y a sus familias.

—Qué bonito hablas, papá. No porque antes hablaras feo, pero te escucho, no sé, distinto, como si fueras otra persona.

—Intento ser el que habita dentro, Galia. Me reencontré en aquella villa.

Durante mi estancia en El Corazón, resulta también que una terrible epidemia se propagó por prácticamente todas las latitudes. Las incansables noticias acerca de la famosa crisis, la inseguridad, la falta de liquidez, los despidos masivos y los discursos virulentos, acabaron por enfermar a millones de personas a lo ancho y largo del mundo. Diariamente morían miles, quebraban negocios, empresas, bancos y matrimonios. Para medir las magnitudes de la hecatombe, basta decir que las pandemias del miedo y la preocupación exterminaron multitudes. Muertos vivientes.

De la noche a la mañana sorpresivamente cambió el mundo. En un abrir y cerrar de ojos cayeron líderes, monarquías, imperios y emporios que aparentaban ser indisolubles. Caducaron fórmulas, principios, creencias religiosas y modelos económicos, muchos gobiernos se declararon en quiebra mientras hombres y mujeres amanecían colgados de la soga para salvarse de la bancarrota, de las culpas y de otros *males incurables* que tras constantes y continuos bombardeos de información negativa no era de extrañar que sucedieran. Las legendarias bandas de rock cancelaron sus giras ante la falta de público y prestigiosas marcas rescindieron su patrocinio a los equipos de futbol. La vorágine parecía arrasar con el planeta.

Sin embargo, por las calles todavía se veía algún loco sonreír con sus audífonos.

Muchos optaron por mejor apagar las noticias para protegerse del ponzoñoso ruido y yo por mi parte les aconsejé a mis hijas y mis yernos que por fin hicieran lo mismo. El miedo es contagioso, así que es conveniente no prestarle oídos. Por supuesto que es mentira que la aversión desaparezca tapándose el rostro con una venda, mas cada quien decide lo que entra a su cabeza y a lo que dedica su raciocinio.

Y como todo lo que entra tiene que salir, hay que ser selectivos. Es importante tener en mente que en la construcción de las realidades, la primera piedra es por lo general un pensamiento.

Por eso es que solía evitar noticieros y telenovelas, que son la misma mierda, y me dedicaba a lo mío. Comencé a escribir un nuevo libro, una novela que trata de lo oculto, de los mensajes que revela el silencio y de la ciencia de lo absurdo, del conjunto de conocimientos subrepticios que atentan contra la coherencia.

Desde que abrí la novelería, habitualmente cargué una libreta conmigo. En ella solía anotar las palabras y las frases que conseguían penetrar mis oídos para escurrirse como espermatozoides hasta mi corazón por mi sentido auditivo. Los sentimientos y las emociones que fecundaban en mí, las traducía y las apuntaba en el cuadernillo, así como cualquier imagen o suceso del día que llenara mi ser de vida o que dotara mi existencia de sentido. Esos apuntes nunca supieron que servirían para que escribiera mi mejor libro, el que la crítica consideró mi obra maestra.

Cada una de sus páginas la escribí expandido, en estados de amor, de introspección, de inspiración y dicha, en instantes prolíficos. Al acabar una película emotiva, o a mitad de un libro que merecía añadirse a mi lista de favoritos, me surgían ideas, mensajes, diálogos para mis personajes, tramas, cavilaciones y soluciones a sus conflictos. Cualquier reflexión que se apoderó de mí, acabó plasmada en las hojas a las que tardé casi un lustro en ponerles fin.

Es curioso cómo de repente, apenas sintonizas con el corazón y persigues sus latidos, la vida, como por arte de magia, se sincroniza con tus designios. Tanto que, lo que ocurre a tu alrededor, juras que está ahí coincidiendo en ese preciso momento para ti solo. Las cintas que proyectaban en el cine, los libros, los espectaculares y los anuncios exteriores, hasta las leyendas escritas con el dedo en los cristales mugrosos de los vehículos. Absolutamente todo guardaba una correspondencia con mi libro.

Parte de la novela la escribí en la nueva casa a la que me mudé en la misma ciudad que mis hijas (la misma donde nacieron) y parte en El Corazón, a donde Lupa y la práctica me enseñaron a trasladarme con los ojos cerrados en unos cuantos respiros. La constancia me ayudó a descubrir un atajo a mi templo sagrado, a la pacífica guarida en la que residía mi gran ser.

Mi nuevo hogar era igualmente acogedor, predominaba un ambiente de sosiego y armonía, excepto cuando, liderados por Froilán, me visitaban las nietas y los nietos y dejaban todo patas arriba.

Si bien con ellos el silencio de la casa mutaba en barullo, jugar juntos me parecía un regalo divino. Les construí

un cuarto de juegos, pero preferían brincar en la king size que compré desde La Cuna con la esperanza de un día recostarme en ella, aunque fuese para una siesta corta, con Pauline y mis hijas.

Cualquier cambio, ya sea de casa, de mujer, de trabajo o de forma de vida, implica una renovación, un reinventarse, una construcción de nuevas costumbres y rutinas, y conforme yo me adaptaba al vecindario y a los nuevos ruidos, el mundo intentaba acostumbrarse a su propia transformación.

Presencié cómo el cambio pasó de ser una excepción entre dos etapas de estabilidad, a ser una constante que afectó inclusive al clima. Un ciclo culminaba y otro daba inicio, de las nevadas pasábamos al sobrecalentamiento y, entretanto, en plena crisis, la depreciación de las acciones bursátiles y el menoscabo del dinero, provocaron que mucha gente apreciara el valor real de la vida.

—Los verdaderos valores —comenté a Froilán, quien empezaba a denotar cierto interés por los avatares de la supervivencia, que es radicalmente distinta a subsistir a merced del destino—, son los que nos permiten sentirnos genuinamente ricos. Y la mayor fortuna es compartir esa riqueza con los seres queridos. La familia y los amigos son un tesoro, cuídalo.

—Ay, papito, que filosófico andas —intervino Galia.

—De pequeños aprendemos a hablar, de grandes a callarnos y de viejos a no callarnos. Con la edad te acordarás de mí, hija, y encontrarás que lo trascendental de la existencia lo asimilamos de niños, que de adultos aprendemos cosas poco menos que estúpidas y que la vejez, por suerte, nos deseduca.

¿Sabes que de chiquitita, lo primero que llegabas a decirle a un extraño era que Sofía era tu hermana? Yo, hecho un adulto, me enorgullecía, y quería agregar que nuestra familia era la más bonita. Pero la prudencia me lo impedía. Hoy ya sabes que me la vivo presumiendo a todos ustedes.

Los únicos conocimientos que mantuve intactos desde niño tienen que ver con los astros. Siempre supe, sin cuestionarlo, que el Sol nunca duerme, que la Luna despierta de noche, que las diminutas estrellas son más grandes que nuestro enorme planeta, que el mar cae del cielo y que éste, de noche, es infinito.

En el transcurso de mi existir aprendí bastantes cosas de modo empírico. Y recibí también enseñanzas de cualquier clase de personas, pobres, ricos, letrados, incultos, ancianos, niños, mujeres, hombres, oficinistas, empresarios, ignorantes, sabios y vagabundos.

Pero los que más sabiduría me transmitieron fueron los maestros que me hallaron transitando por las avenidas mundanas en los momentos cruciales de mi existencia. La mayoría coincidieron en que la grandeza radica en las cosas sencillas. Puntualmente aparecieron en mi camino, en distintos puntos, en el momento exacto, con las palabras precisas; unos con la voluntad y otros sin la consigna (pero con la gracia) de despertar en mí ese algo que se llama consciencia.

—Adquirir consciencia es conocerse —dijo una vez Lupa al final de una de las congregaciones en la plancha del zócalo de El Corazón—, reconocerse el rostro con la luz apagada, distinguir la voz propia que tenue emana de la ausencia del sonido. La sabiduría está contenida en el interior de cada

uno. Ahí, en lo profundo, yacen mensajes, claves y respuestas a las eternas incógnitas de cualquier individuo.

Con la edad comencé a creer en lo invisible y a comprender lo inexplicable, poco a poco vacié mis sentidos de lógica y entendí cuestiones que a simple oída carecían de sentido. Escuchándolo desde el interior, en ocasiones comprendí inclusive el silencio. Los secretos que me reveló su murmullo los escribí también con tinta de saliva en el libro, cuyo éxito superó el de la novela que dediqué a Pauline.

Una mañana que desperté temprano para desayunar antes de una entrevista, por debajo de la puerta se deslizó un sobre que chocó con mis pantuflas. Supuse que sería una promoción bancaria o un estado de cuenta, porque contadas personas, además de los del fisco, conocían mi domicilio luego de que me mudé de La Cuna.

Boca Ratón, Florida, a 21 de diciembre del 2012.

Entrañable Lukas:

Aquí es donde a mí me condujo el camino. Florida es un lugar de paz donde muchos cascarrabias seniles vivimos en el retiro. La dirección de mi casa, que es la tuya, la encuentras en el remitente, al reverso del sobre. Sobra decir que cuando gustes, eres bienvenido.

Olvídate del tráfico o de los asaltantes, por acá únicamente hay que tener precaución del clima y los cocodrilos. Los huracanes no son poca cosa, pero si te soy franco, debo confesarte que los disfruto. Cuando las alarmas de emergencia suenan, simplemente bajo al sótano y entro al refugio. Por ley, todas las casas tienen uno.

Mientras azotan pienso muchas cosas, cosas más trascendentales que las que surgen en el interior de las personas con una vil lluviecita. Su fuerza es lo suficientemente poderosa para arrancarme la verdad de los intestinos. Cada vez que las paredes amenazan con caerme encima, juro que si sobrevivo tendré el valor de presentarme a un *casting* para una película. Eres al primero a quien se lo confieso y probablemente al último: desde niño quise ser artista.

Antier sufrí el más reciente susto, categoría cinco. La gente asegura que cada verano la fuerza con que pegan es más intensa y lo atribuyen al mentado cambio climático que ya me tiene aburrido. Yo lo único que sé es que cualquier cambio es una máquina de preguntas.

Bueno, por ahora me despido, se me hace tarde para mi cita. El *casting* es en una hora, para la tercera saga de *Cocoon*.[60] Papeles de la tercera edad son a los que por evidentes causas aspiro. Ya ni modo.

Te escribiré pronto, después de seis años de que nos despedimos, sólo quería que supieras que aún vivo. Quién te diría que el maldito que te manchó el cabello de rojo en la escuela, terminaría considerándote su mejor amigo. Así de drásticos son a veces los cambios en la vida.

Un abrazo,

Grimaldo Grijalda.

P.D. Si te vuelves a cambiar de casa, avísame, me costó bastante trabajo averiguar tu domicilio.

[60] Ron Howard, *Cocoon* (Estados Unidos, 1985).

XXXIII
La consciencia

Mis siguientes libros vivieron a la sombra de la novela. Los críticos la tomaron como la referencia directa para calificar mis subsecuentes obras, que ya más bien fueron pocas. Las exhaustivas comparaciones las tacharon de mediocres y sólo una fue considerada buena. Yo sabía que nunca crearía un trabajo mejor y, lejos de preocuparme, me enorgullecía. A veces, la resignación es una decisión sensata que nos ayuda a vivir tranquilos.

El colofón de mis días procuré vivirlo en la franja alta del electrocardiograma. Menos picos bruscos, pero, eso sí, el mismo nervio. Continuaban entusiasmándome las letras, los premios, las aventuras y las mujeres, aunque éstas ya sólo me deleitaran el cerebro.

Por las mañanas la vejez me acosaba desnuda en el espejo, aunque el tipo que me miraba al afeitarme me iba resultando familiar. De medio lado nos sonreíamos. "Quizás necesite algunos retoques", pensaba mientras me quitaba con una toalla caliente la espuma. "Pero quién es perfecto".

En mis pláticas y conferencias la agilidad de mis palabras disminuía y perdía ritmo, pero percibí, gracias a los ojos de la edad, que pese a que los discursos sean pausados y lineales, la velocidad puede ser la misma. O incluso mayor. Por eso,

en la última parte del recorrido, preferí pasear a correr. Se ven más cosas y se llega también a todos los sitios, pero con menos fatiga.

Con ampolletas de vitaminas calmé los achaques y la amenaza de los reumas. Las inyecciones de consciencia sirvieron para asumirme tal como soy, un kamikaze sentimental afiliado a las causas perdidas, un vagabundo de la cuarta dimensión enemigo de su geografía.

A lo mejor por eso reprobé en la escuela esa asignatura, siempre quise moverme. Nunca me sentí del todo arraigado a ninguno de los lugares donde viví. Tal vez la inestabilidad y el vértigo fueron mi propia definición de estabilidad, pues las ansias de desplazarme sólo cedieron en la etapa final, cuando viví cerca de mis nietos.

Ellos fueron el ancla de este viejo marinero, pero justo cuando yo me detuve, en ellos encarnó la pasión por el movimiento. El ADN de Froilán, para preocupación de sus padres, contenía cargas hereditarias como las mías y a temprana edad se proclamó como el nuevo intenso de la familia. Hecho todavía un adolescente, sin permiso de nadie, se escapó con una compañera de la preparatoria a la Conchinchina.

Meses previos al viaje, con la voz grave de un adulto y el corazón todavía tan impetuoso como el de un niño, me confesó que le gustaba. Y poco antes de que partieran, que la quería. Yo lo tomé a la ligera, como un juego de niños, cuya intensidad olvidé con los años. También me avisó que escaparían, pero tampoco le creí, y lejos de detenerlo le amplié las alas que le había injertado la niña. Hasta le regalé un poco de dinero, creí que máximo acabarían en un hotel de paso en los suburbios.

Sus padres casi me retiraron eternamente el habla cuando se enteraron que yo estaba enterado, tuve que informarlos para que no pensaran que lo habían secuestrado. Por suerte regresó rápido y al cabo de unos meses me perdonaron. A solas con Froilán en mi casa le pedí incontable número de ocasiones que por favor me repitiera la anécdota. A cada una reía más.

Pero su sirena varada se le fue como la primavera, de pronto y dejando su aroma tras cerrar la puerta, así que de reír pasamos a llorar. Me pesaba que sufriera, porque así como su gloria era mi gloria, su dolor me lastimaba. Cómo explicarle a un joven entusiasta que una relación de cero a cien kilómetros por hora en apenas unos segundos, dura igual que la sonrisa de un jubilado.

—Para tu tranquilidad, me atrevo a jurarte que te sobrepondrás. El tiempo es el mejor aliado de los heridos. Lo que temo informarte es que es posible que te rompan el corazón otras mil veces, cientos de ellas sin que esté en tus manos impedirlo. Lo que sí depende de ti es que no te lo hagan añicos, nunca permitas que te pisoteen o que te humillen, si alguna persona te desprecia, aunque te duela, evítala. Es nuestra responsabilidad cuidarnos, rodearnos de gente cuya presencia nos genere armonía.

Otro disgusto que tuve años después con Galia y con mi yerno, fue cuando, con el ánimo de calmarlo, le consiguieron un trabajo como pasante en un grupo financiero. Froilán aceptó de buena gana el empleo, pues lo desconocido es por lo general atractivo, y más con un buen sueldo. La paga no estaba nada mal para un joven inexperto, pero yo le veía en los ojos que su curiosidad por la vida no la satisfarían de ninguna

manera los números. Él, a leguas se notaba, era otro explorador, otro de los castigados con un exceso de sensibilidad.

Sin embargo, cada quien debe andar por su propia ruta y desenmascarar las seductoras fantasías, los espejismos, ese engañoso reflejo distorsionado que proyecta el espejo de uno. Y por fortuna lo hizo. Casi hecho un licenciado en economía, con un salario, prestaciones y bonos que muchos envidiarían, una tarde, con el valor y la edad suficiente para volar y, sobre todo, para mandar a todos a hacer lo correspondiente, decidió darse de baja de la carrera, renunciar al trabajo y subirse a un tren con destino desconocido.

Por lo reciente del enfado y por un error que le toma tiempo reconocer a los padres, se negaron a acompañarlo a la estación de ferrocarriles para desearle suerte y despedirlo. Y como me consideraban el principal conspirador intelectual, me amenazaron de tampoco ir o consentirlo. Pero yo ya también estaba lo bastante grande como para mandarlos a volar.

—Siento algo de culpa, abuelo —me confesó en el andén, mordisqueando el boleto multidestinos.

—Es normal, así nos sucede a los pasajeros de trenes descarrilados. Por más fuertes que seamos y por más seguros que estemos de nuestros caminos, siempre cuesta trabajo decepcionar a nuestros padres y desviarnos de la ruta que trazaron en sus mentes para nosotros, sus hijitos. Pero nada más tú sabes por dónde ir para encontrarte.

—Papá me echa en cara que tenía todo para ser un gran banquero.

—La grandeza sólo está en la dicha, y los dichosos son los que contra viento y marea se dedican a lo suyo. Despreocú-

pate por el tema económico, si vences el miedo y te entregas a lo que sea que te llene, serás rico en dinero y espíritu, casi te lo aseguro. Hay muchos dichos populares falsos y muy pocos valientes dispuestos a contradecirlos, sé el héroe, el protagonista de tu historia, vívela y escribe tu libro, no permitas que las hojas hayan quedado en blanco cuando sea la hora de partir… Al parecer tu papá borró de su mente que de joven soñaba con ser un músico.

—En la oficina también piensan que enloquecí, me ofrecieron un ascenso y los mandé por un tubo.

—¡Bah, jodidos! —mascullé—, las opiniones gratuitas que la gente dispara en contra de uno, son menos que baratas. Ningún ascenso en esa oficina te pondría a tu altura.

—¿Pero crees que pintando cuadros podré darme lujos?

—Sé que si te dedicas a las finanzas derrocharás tus cuentas en comprar ilusiones que sólo sustituirán temporalmente a tus anhelos. Pero tarde o temprano el alma te desgarraría la piel para recordarte quién eres.

—Estoy asustado, abuelo. ¿A cuál tren subo?

—Sólo tus elecciones te conducirán a tu felicidad, te aconsejo que tomes las que más te acerquen ahí.

—Es complicado…

—Todo es como lo quieras ver, así que en lugar de autoboicotearte te recomiendo que te consideres digno de que te suceda algo extraordinario en la vida.

—Quisiera ser viejo para ser así de sabio.

—Hijo, la sabiduría es una cuestión de consciencia, no de años. Existen viejos bastante estúpidos.

—Recientemente he oído mucho acerca de la conciencia, sin embargo su significado no me queda claro.

—Es la capacidad milagrosa de reconocernos a nosotros mismos. Eso es la consciencia, eres tú, es lo que eres. Es una energía reconfortante que nos alinea con el espíritu.

—Qué difícil es a veces entender esto del existir.

—A mí alguien me lo explicó de un modo sencillo: "La existencia se resume en dos palabras: sé tú." Es tan fácil y tan difícil como eso, y quien lo logra descubre el poder más grandioso del Universo: la magia.

—Gracias por los consejos, abuelo. Ahora sólo espero no perderme.

—Siguiéndote, Froilán, llegarás a donde quieras, porque tu camino es el que te lleva a ti —inmediatamente cogí del bolso de mi saco de pana color mostaza la cadena de oro con el llavero de don Mario, el sastre, y se lo di—. También escuché alguna vez que la llave para abrir todas las puertas la lleva uno adentro. Sigue a esa voz que únicamente tú escuchas y haz del contentamiento y la consciencia tu brújula. Así, sin lugar a dudas, cumplirás tu misión.

De última hora optó por viajar en carretera. En la estación de trenes nos despedimos, nos abrazamos, él se dio la media vuelta y comenzó a caminar hacia su destino como un púgil sin sombra. Yo permanecí de pie, cuidándole las espaldas y contemplándolo meditativo desde el mismo sitio en el que minutos antes conversábamos de cuestiones trascendentales. Paso a paso desaparecía de mi horizonte, mas todavía lo distinguía de la multitud por su brío.

—¡Froilán, la verdad no cambia por más que alguien importante opine lo contrario! ¡Sólo tú sabes cuál es la tuya! —grité con el resto de mi energía, con la esperanza de que, aunque fuera su subconsciente, me escuchara.

Cuando estuve cierto que ya no lo veía, despacio y con cuidado emprendí a pie el retorno a mi casa, cantando en mi cabeza una canción de mi juventud:

"Qué cínica que es
Esta gente,
No te preguntes por qué,
Dales la espalda nomás.
No pierdas tiempo ya
Sé tú mismo, ajá,
Acércate ahora
Y verás la luz.

No dejes que esta
Gente te hunda,
Sólo diles goodbye *adiós ahí se ven.*

No te compliques
Ahora ja-ja-jálate al reven
La vida no es más que lo que tú inventes.
No te amargues
Ahora ja-ja-jálate al reven
La vida no es más que lo que tú inventes…"[61]

En la invernal calle oscura arremetía el frío, así que detuve el paso y me puse mi abrigo, me soné mi nariz y luego cubrí con mi bufanda la mitad de mi cara, casi hasta mis ojos. Al abrir mi puerta, la calefacción me los irritó un

[61] Los Fancy Free, *Nevergreens Vol. 1*, "Ja ja ja".

poco. Los tallé, entré y pensé que después de ver tantos pendejos en la calle, es una bendición llegar a casa. Oriné, me lavé mis manos, acomodé a los pies del perchero mis zapatos y me puse cómodo. Escogí mi piyama de franela a cuadros y mis pantuflas acolchonadas. Encendí mi aparato de música a un volumen muy bajo, husmeé mi refrigerador y, en mis propios dominios, en mi propio sillón, mientras sopeaba mis galletas de chispas de chocolate en mi vaso de leche, me sentí todo un forajido sentimental, un traficante de emociones.

"Sospecho que Froilán y yo coincidiremos en El Corazón algún día. Ojalá, para tomarnos un café en el centro, sordos al llanto de los que demandan una vida mejor y mudos ante los que disparan opiniones gratuitas", pensé y apagué la luz.

XXXIV
Los héroes y la familia

Sabes que vas bien si tu vida conserva cierta emoción. A pesar de que yo ya no tenía mayor reto que el de resolver los crucigramas de los domingos, mis días transcurrían en armonía. El mismo periódico que desafiaba la destreza de mi mente cuando me sentaba al sol para resolver los vetustos acertijos, me causó una refrescante ilusión al ofrecerme una columna.

Por increíble que suene me propusieron escribir notas positivas. Sí, es cierto, por fin un diario había decidido censurar la tinta roja y las noticias amarillas. De pronto, muchos habitantes del planeta se hartaron del contenido fatalista de los medios y demandaron artículos que mostraran el lado amable de la vida. Muchas personas renunciaron asimismo a leer acerca de las estupideces de los estúpidos (entiéndase de los *socialités* y los políticos) y prefirieron dedicarse a lo suyo.

En consecuencia, el propósito de mi colaboración consistía en atraer nuevos lectores, así que consideré oportuno publicar las historias de los héroes anónimos que mantienen el equilibrio de este circo llamado mundo, porque aunque por lo general escuchemos de lo deprimente y lo malo, por alguna parte lo inspirador y lo bueno se oculta. Cuánto habrá por ahí de positivo, que es posible contrarrestar las fuerzas negativas.

Gigante salva a dos delfines

Con uno de sus larguísimos brazos, Bao Xishun, el hombre más alto del mundo, salvó la vida de una pareja de delfines del Acuario de Fushum, cuyos estómagos estaban obstruidos por piezas de plástico que tragaron del borde de la piscina.

Con el constante empeoramiento de los cetáceos, los veterinarios consideraron extraer mediante una cirugía los materiales que ingirieron, pero resultaba una tarea sumamente riesgosa y difícil, pues los objetos eran duros y de proporciones considerables y los intestinos de *Hai Hai* y *Le Le* se contraían drásticamente cada que intentaban sacarlos con los instrumentos quirúrgicos.

El jefe de los médicos zootecnistas supuso en voz alta que un brazo humano podría salvarlos, pero concluyó que la idea era tonta, pues los brazos de las personas miden alrededor de un metro en el más exagerado de los casos, longitud insuficiente para alcanzar los indigeribles plásticos.

Sin embargo, al escuchar tal sugerencia, Gao Guoyin, el empleado que alimenta a diario a los delfines, a las focas y a los lobos marinos del parque acuático, comentó que había escuchado sobre Bao Xishun, el hombre más alto del planeta, que habitaba en una región vecina y cuyos brazos, decían, parecían garrochas.

Entonces, todos se dieron a la tarea de buscar al gigante, quien al enterarse de la emergencia acudió rápido al auxilio de los odontocetos que requerían su inmediata ayuda.

Una decena de hombres sujetaron a los delfines y abrieron sus mandíbulas para que Bao introdujera su mano derecha por sus hocicos, alcanzando, gracias a lo largo de

su brazo, una profundidad suficiente para explorar los estómagos de ambos animales.

Tras algunos minutos de trabajo, finalmente la mano del enorme hombre extrajo los objetos. Antes de ponerse en pie, Bao Xishun acarició en el entrecejo a los dos delfines, que ahora emitían sonidos de agradecimiento.

El gigante no cobró ningún dinero por su asistencia, "curar a los delfines era el único propósito", señaló. En señal de gratitud y reconocimiento, los propietarios del acuario le otorgaron a Bao una membresía, garantizándole la entrada vitalicia a él y su familia sin costo alguno.

Un par de días después del procedimiento, el imponente hombre de 2.37 metros de altura, visitó a *Hai Hai* y *Le Le* para conocer su estado, y éstos, casi recuperados, lo recibieron aplaudiendo con las aletas y cantando. "Me dijeron cosas hermosas", resumió el gigante emocionado.[62]

Uno de los sectores más rígidos de *la crítica especializada* se ensañó con mis escritos, pues aparte de que el éxito ajeno pocas veces es objeto de elogios, mi estilo chocaba con ellos.

Pero nada comparable a lo que despotricaron todos, ahí sí todos, cuando la editorial que publicaba mis novelas anunció que en los próximos meses lanzaría mi más reciente libro, un diccionario de términos y definiciones para resolver crucigramas. Lo consideraban una burla, mi desprestigio.

[62] Adaptación basada en hechos reales.
Información original obtenida en: *http://www. elmundo.es/elmundo/2006/12/15/ciencia/1166173178.html*

Tras una prolongada deliberación, el consejo editorial había aprobado publicarlo, pese a las descalificaciones de algunos consejeros. Finalmente, si no me lo editaban ellos lo iba a hacer yo, así que la codicia los convenció de lanzarlo al mercado por aquello de la remota posibilidad de las altas ventas, posibilidad que, en este caso en particular, yo mismo mantenía descartada.

No esperaba una retribución importante por regalías, pues simplemente lo consideraba una herramienta quizás útil para mis contemporáneos, quienes, además de ser aficionados al pasatiempo de llenar con letras los huecos, en el retiro solemos descubrir nuevos significados.

Yo pesqué uno muy singular el día que Froilán me llamó por teléfono para participarme que me convertiría en bisabuelo. Principalmente me desconcertó el hecho de que Galia, mi hija menor, sería abuela. Una noticia de esa naturaleza me situaba en la categoría de los viejos más viejos.

La campeona más grande del mundo

La edad es un obstáculo que a muchas abuelas les gusta brincar. Este es el caso de doña Chayito, quien a sus noventa y cinco años retiene sus títulos como campeona de los 100, 200 y 400 metros planos en el Mundial de Atletismo para veteranos, en el que acaba de coronarse como la gran triunfadora de la justa.

Pero lo increíble de esta historia radica en que su protagonista apenas comenzó a participar en competencias hace quince años, cuando tenía *sólo* ochenta. La velocidad con

que esta viejecita, vendedora de periódicos, repartía los diarios a los automovilistas en el semáforo en que trabajaba desde niña, propició que un representante de talentos deportivos que conducía con frecuencia por ahí, fijara su mira en ella.

Después de que una mañana completa se estacionó en la esquina del eje vial a observarla correr aprisa de coche en coche para ganarse unos centavos, convencido por su intuición se bajó y la llamó para proponerle que se inscribiera a una carrera de mil quinientos metros planos para adultos. Entonces, Chayito Iglesias guardó un rato silencio y terminó sonriendo. Nunca antes alguien, además del devenir, le había propuesto un desafío. Y lo aceptó, incluso contra la prohibición de sus hijos.

Cuenta doña Chayo que sólo un nieto secundó su imprudencia y la acompañó para atestiguar cómo dejaba atrás competidores hasta alzarse con la primera de sus victorias. Ahora es normal que desde las gradas su familia completa y los espectadores la apoyen mientras ella acelera las piernas para romper los viejos records.

Chayito ha competido en más de treinta países y ha ganado más de cien preseas. "Si alguna vez no traigo nada, una cosa que compruebe que yo he ido, mejor me quedo un tiempo por allá de la vergüenza".[63]

A pesar de la edad, la verdad es que la nueva buena me hizo sentir lleno de entusiasmo, como el que experimentan los

[63] Adaptación basada en hechos reales.
Información original obtenida en: *www.el-universal. com.mx/notas/573460.html*

que acaban de completar una larga carrera y beben agua al otro lado de la meta, exhaustos y complacidos. Sólo que el trofeo era mi familia.

Como por arte de magia me contenté con Galia y mi yerno. Fue como si el anuncio de la venida de aquella alma inocente nos hubiera remontado al origen de todo esto: el amor. Allá nos transportamos cada que había nacido un miembro nuevo. La reconexión solía rebasar cualquier conflicto y la felicidad predominar sobre cualquier tontera.

Por mi parte, continué frecuentando El Corazón. Eso me daba mucha paz, tanta como el contemplar a la distancia a mis hijas o como visitar a mis padres en su tumba. Ahí, frente a ellos, siempre me sentí niño. Aun hecho un anciano, en aquel floreado cementerio, muy en el fondo, a la vez que me sentía grande, me sentía pequeño. Al cerrar los ojos retornaban sus miradas, sus besos y sus cariños. Siempre les pedía que intercedieran por todos nosotros, por nuestra tribu.

Recuerdo bien que una mañana en la que todavía no estaba yo tan viejo, Regina mi nieta más chica, con la naturalidad de una niña de tres años, trastabilló lo que se supone diría en el micrófono para el público en pleno festival del kínder. Apabullada por la expectación de los padres de familia (y la de uno que otro abuelo) y por la mirada también ansiosa de Paula, su traviesa hermana y también alumna del colegio, musitó a un volumen inaudible lo que por semanas ensayó a pulmón batiente conmigo en casa y con su maestra en la escuela.

La dicción lineal, introvertida y temblorosa de una nena en apuros, no ayudó a que los asistentes distinguieran lo

que decía conforme me miraba a los ojos con nervios: "Lo más importante que tenemos es la familia".

Pensaron que Regina había olvidado su línea. Y yo, que claramente leí el mensaje entre sus labios, pensé que muchas veces quienes lo olvidamos somos los adultos. A partir de entonces trato de recordar esa invaluable frase en medio de cualquier episodio.

—No he vendido un solo cuadro, el hospital va a cobrar muy caro y necesito comprar una cuna —sonaba Froilán preocupado por el teléfono a unos meses de que naciera su hijo—. Creo que fui un idiota, los ahorros se me agotan. ¿Crees que me acepten de regreso en la oficina?

—Según me acuerdo, tu mujer se enamoró de tus pinturas.

—Sí, pero ganaba más detrás de un escritorio.

—A mí me sucedió lo mismo. Y conozco otras historias de gente que asumió riesgos.

El Viajero

Es hora de zafarnos las ataduras y gritar a los siete vientos quiénes somos. Ahora es el tiempo de cambiar, de romper los paradigmas y tumbar las estructuras, luego sería tarde. La puntualidad con que brotan los auténticos anhelos es precisa y, cuando se alcanza la edad suficiente para buscarlos, es riesgoso postergarlos.

Hoy es momento de vencer las creencias que nos cercan y las tradiciones que nos confinan. Infrinjamos los dichos populares, esta es la única oportunidad para demostrarnos que

somos vehementes, que la pasión nos desborda cuando nos dedicamos a lo que nos embelese, porque es sólo con los sentidos cautivados cuando nos percatamos que los designios del corazón, por imposibles que parezcan, están en nuestras manos. Exclusivamente de nosotros dependen.

A los ocho años, cuando empezó a hojear el Atlas que le regaló su madre, Emilio Scotto decidió que recorrería el mundo. Hasta los veintinueve años ignoró cómo; el día que cumplió treinta partió de su casa en motocicleta con unos cuantos ahorros y regreso una década después, con casi 750,000 kilómetros y dos vueltas al planeta.

Previamente, cuando comenzó a tener sueños, quiso ser astronauta, pero cuando vio en la televisión que el Apolo 11 se posaba en la Luna, sintió que le habían robado algo y lloró. "Ustedes tienen la Luna", se dijo y miró celoso a los que bajaron de la nave. "Yo tendré el mundo".

Transcurrían los años y Emilio aseguraba que conocería todos los países del mapamundi, pero nadie le creía o le prestaba atención. Sin embargo, él se veía caminando a los pies de las montañas de África, montando un elefante en India y navegando el Amazonas rodeado de tribus indígenas: "Lo visualizaba y lo sentía, hay que creer para ver".

El día que cumplió veintinueve se fijó un plazo de un año para ir en busca de su sueño, convencido de que si no luchaba por conseguirlo, aun en contra de las circunstancias, nunca lograría ser feliz. "Los eventos se acercan cuando les pones fecha", asegura. Y tiene razón, en su cumpleaños número treinta partió.

Aquel día que abandonó todo, excepto a él, cuando a bordo de su motocicleta dejó su pueblo y su entorno atrás, sabía

que nada volvería a ser igual. Estaba cambiando su destino, determinado y convencido, aferrado a su anhelo como un tesoro que nadie podía quitarle. Lo que los demás opinarán daba igual, nada importaba tanto.

"Minutos antes de irme, me vi reflejado en el vidrio de una ventana, alcé mi mano y me despedí. En el fondo sabía que ya nunca volvería a ver a ese Emilio Scotto del reflejo. Comenzaba una nueva vida, llena de cambios, sin posibilidad de retorno".

Afortunadamente, Emilio cargó consigo algo fundamental que logró preservar por algunos años y que lo llevó a convertir su sueño en realidad: la inocencia del niño que soñaba con viajar. "La inocencia es el desconocimiento de lo imposible, y creer que cualquier cosa se puede es el principio para conseguirla".

El propósito de la travesía en moto no era solamente atravesar países o sumar kilómetros. Como suele suceder con las proezas más memorables y dignas, la aventura de Emilio Scotto llevaba una intención bien fija: descubrirse a sí mismo conforme descubriera el mundo. Cada trayecto de su viaje era un paso a su futuro.

Como todo aventurero, durante su viaje enfrentó complicaciones y situaciones muy difíciles, estuvo a punto de abandonarlo todo, de darse por vencido. Pero, narra, "entonces aparecía esa fuerza, esa energía cargada de emociones indescriptibles que empujaban mis pensamientos a producir una fuerza positiva que me ayudaba a salir de los aprietos, o a manifestarse en una emoción tan grande que al final encontraba una vibración igual, y con eso vislumbraba la solución y partía guiado hacia otra nueva aventura. Fue como si el Universo me absorbiera".

Para Emilio resulta evidente que existe una ley sobrenatural que soporta a todo aquél que de corazón se compromete con su verdad, y para activarla, explica, es necesario enfocar nuestra presencia en el presente y despreocuparnos del futuro. Así dice que se solventa el porvenir.

"Para llegar lejos hay que concentrar la atención en el camino y desviarse lo menos posible. Cada día, cada kilómetro que avances en tu vida, descubrirás esa fuerza maravillosa que te llevará más y más lejos, a lugares remotos que has soñado desde tu niñez y hasta alcanzarte a ti.

"Un día que conducía eufórico y a toda velocidad por una carretera vacía, asumí que la verdadera libertad consiste en la emancipación del espíritu. Ahora cuando recuerdo que me llevo dentro, surge una confianza que aumenta al aceptar que dependo exclusivamente de mí, porque ni siquiera las estrellas determinan el destino.

"Confiar en ti mismo es lo más sagrado que tienes y nadie puede desapoderarte de eso. Nunca bajes los brazos. Sé un guerrero. Los sueños desacomodan el orden de la lógica, lucha por ellos y exprésalos. Ya que los tienes claros y les dedicas tiempo es importante difundirlos de alguna forma, con sus respectivas reservas, por supuesto".

Antes de comenzar la travesía, Emilio temía lo que sería de él en el futuro. Pensaba en los riesgos y en el complicado transcurrir de los días. A pesar de que lo deseaba tanto, el panorama lucía abrumador. Sin embargo, finalmente descubrió que lo más difícil de su viaje fue dar el primer paso, el que nos atornilla al suelo.

"El primer minuto de mis diez años de viaje a través de doscientos setenta y nueve países, fue el de mayor miedo.

> Una vez roto el témpano el agua fluyó como un torrente, y sólo seguí la corriente. Cuando llegué de regreso a casa, después de haber recorrido casi 750,000 kilómetros sobre mi moto, supe por fin lo más importante de todo: cuánto me faltaba todavía por conocer. Suele decirse que si quieres conocer la verdad sobre alguien, debes encontrar su sueño y seguirle el rastro hacia atrás. Mi rastro está ahí, marcado en algún camino, y lo que mostrará será que no fue heroísmo, sino un poco de locura y mucha suerte.
>
> "Pero en mis huellas también hay grabado un mensaje: Todos estamos en busca de algo, pero lo más importante de todo es el amor. Sin amor no importa lo que encontremos".
>
> Emilio Scotto decidió ponerle fin a su viaje cuando pensó que la satisfacción humana no se halla en el futuro.[64]

Días antes de la fecha tentativa del alumbramiento, como *Los Burrón* nos subimos la familia completa a un avión para acompañarlos y dizque socorrerlos. Pobres, aunque nos hospedamos en un hotel, tenían caras de invadidos, sobre todo ella.

Ya que pasó todo, Froilán y su esposa, los futuros héroes del precioso bebé que dormía súpito en una amplia y cómoda cuna, nos despidieron con una sonrisa. Podrían nunca hacer una demostración de fuerza, desistir de cualquier proeza o simplemente no pensar en osadías, y aquella bondadosa criatura por siempre los admiraría.

[64] Adaptación basada en hechos reales.
Información original obtenida de: *http://www.webmotosclasicas.com.ar/2009/02/emilio-scotto-marco-polo-en-moto.html*

—¡Cuélga los cuadros en tu cuarto, abuelo! —sugirió Froilán ya que cerramos la puerta del taxi para dirigirnos al aeropuerto, pues en un par de días presentaría en una conferencia de prensa mi nuevo libro.

Pero preferí colgar uno en el comedor y en la sala el más grande y colorido. Ahí, a un lado de la ventana, me senté un rato y contemplé con un jaibol el jardín.

We can be heroes just for one day.
We can be us, just for one day…[65]

[65] David Bowie, *Heroes*, "Heroes".

XXXV
"Crónica de una muerte anunciada"[66]

Gracias a Dios, esa mañana al abrir los ojos me sentía satisfecho. No de comer, sino de haber vivido. La sensación era esa, la de haberla hecho. Amanecí muy cansado pero desperté contento. Y es que a veces uno está cansado por la frustración o la tristeza, pero yo estaba cansado simplemente por viejo. Hay días en que uno está mal y solamente desea morir, ese día afortunadamente no era mi caso. Yo nada más necesitaba descansar, sólo era eso.

Con todo y mi edad y el lento andar de mis torpes piernas, los medios aguardaban con curiosidad mi conferencia. La prensa y los críticos cuestionaban qué hacía yo, un afamado autor, escribiendo cosas tan triviales como un diccionario para resolver crucigramas, y abarrotaron el auditorio del piso cien, el último del moderno edificio, para oír de mi propia boca las respuestas.

Paso a pasito, libre de instrumentos o caridad ajena, llegué al elevador. Caminaba despacio pero solo, otra vez gracias a Dios. De pronto, a punto de entrar, un colorado y carnoso mocoso desafió las órdenes de su histérica madre

[66] Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada* (Colombia, 1981).

y se coló salvajemente entre mis piernas. Con las manos embarradas de chocolate y la cara llena de insolencia, oprimió el botón de *cerrarpuerta* y la dejó afuera. Yo de milagro, y de un ridículo brinco, me salvé de que me cercenara la crisma y la estructura ósea.

Ya adentro alcance a jalarle una patilla al pequeño cabrón, quien posteriormente apretó todos y cada uno de los botones del moderno ascensor, desatando una persecución abordo. Para mi desesperación, el glotón imberbe, inmune al dolor de la estirada de patilla, se me escapaba y reía. Del coraje me temblaba la mandíbula. Y las piernas. Y mi furia se agravaba a cada piso en que parábamos por sus fechorías.

—¡Yo quiero un abuelo así! —exclamó una de las ejecutivas que presenció el *show* al abrirse las puertas en una de tantas escalas que ocasionó el chocolatoso pingüino, quien por fin huyó por ahí del piso cincuenta.

Exhausto y hecho un energúmeno, ante la mirada atónita de los espectadores, inmediatamente aproveché para acomodarme los cabellos, el saco y la camisa. Sentí que algunos me reconocían, sin embargo ninguno se acercó, supongo por lo desconcertados que los dejó la escena.

Me quedé solo a la altura del piso noventa. Aproveché y revisé dientes y fosas nasales. Centraba mi corbata y miraba atento al marcador del ascensor que anunciaba el piso 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103... "Ah qué raro, no puede ser", pensé. "Si este edificio es de cien pisos, no hay más. ¿Qué está pasando? ¿Qué está sucediendo…?"

Y fue en ese pensar que aquel recuerdo olvidado de mi niñez, regresó nítido y se apoderó de mi mente: intercambié papeles con el regordete, ahora yo hecho él, con menos

carnes y golosinas, pero el mismo niño malcriado que exacerbaba a un pobre anciano que subía cansado por el ascensor a la cita más importante con la vida: la muerte.

A ese recuerdo inmediatamente se le encadenaron todas estas memorias, los capítulos y los momentos más trascendentales, crudos y felices de mi existencia, esa famosa película que dicen se proyecta antes del fin.

En un cerrar de ojos recorrí los instantes más estremecedores, impactantes y cruciales de mi vida: mi infancia, los cariños de mi familia, los amigos invisibles y mi primer beso, por supuesto con Luli. Las desventuras de mi adolescencia solitaria, los viajes, las putas, el amor, las proezas, el miedo y los entierros. La carencia, mis hijas, las letras, la prosperidad, las lágrimas, el dolor, el éxito, la consciencia y las demás brechas que conformaron mi destino, ese camino interminable que siguiendo las señales del corazón conduce a la dicha.

Al abrir los ojos conmovidos, humedecidos igual que mis manos por la emoción que me produjeron las imágenes de la cinta, le respondí a aquel hombre gigante, fuerte y transparente, de edad incalculable que me recibió más allá del piso cien:

—"Hoy es un día perfecto…"[67]

—¿De verdad crees que exista un día perfecto para morir? —me cuestionó y me despertó alguna duda—. La muerte desentierra muchas preguntas, mi muy querido Lukas.

—A lo mejor más que días perfectos para morir, existen citas, ¿no?

[67] La Habitación Roja, *Radio*, "Un día perfecto".

—Pues, según la lista —contestó y buscó con el dedo índice en las hojas—, hoy no es la tuya. Mira —señaló mi nombre igual que la vez que nos conocimos cuando niño y nuevamente me mostró la fecha que me correspondía, que no era ésta—. Este es sólo un aviso, pues eres de los afortunados que no morirán repentinamente. Tú tendrás el privilegio de morir lento.

—¿Lento? ¿Cómo que lento? —reaccioné tremendamente desconcertado—. ¿De qué me habla?

—Seguro lo olvidaste, pero escogiste la enfermedad de los huesos.

—¡No puede ser, eso no es cierto! —grité enojado y con angustia por el consecuente sufrimiento—. ¡Yo no elegiría eso para mí!

—Tienes todo el derecho de dudarlo, aunque es cierto.

—¡Pero qué descaro tiene usted que dice ser tan bueno! ¡Esa maldita enfermedad qué va a ser un privilegio! —protesté furioso y fuera de mí—. Yo prefiero morir de un infarto o en un accidente aéreo, de niño vi morir a una amiga que padecía la enfermedad de los huesos y es una desgracia, el más cruel de los tormentos. Nunca vi a nadie llorar tanto de dolor… Es un mal que invade y corroe el espíritu mientras carcome el cuerpo, y después de hacerte revolcar del dolor te acaba rompiendo el esqueleto. ¡Los que lo sufren acaban petrificados!

—Y, por irónico que parezca, generan mucho movimiento. Son cientos de almas a su alrededor las que rezan y en las que se crea la conciencia de entregarse a los momentos, porque ¿recuerdas, Lukas, que eso es la vida, los momentos? Cada instante. Cada acontecimiento. ¿Los viviste o no

de lleno? Esa es la pregunta final y, como verás, no tiene relación alguna con el tiempo, ¿por qué sabes una cosa? Para morir no hay un día perfecto.

Permanecí callado, pensaba en la pregunta y postergaba la respuesta.

"Algunos sí, unos no y otros menos", hice mentalmente el recuento.

—Mentiría si le digo que siempre estuve dispuesto.

—Tampoco es tan grave —me consoló el Señor del Cielo—. De hecho son pocos los que están facultados para presumir de ello, se requiere mucha práctica, mucha experiencia, muchas vidas y un constante esfuerzo.

—¡Dios mío, va a ser terrible! —lloré acordándome de la enfermedad de los huesos y me tiré al suelo todavía dentro del ascensor—. ¡Qué dolor, qué sufrimiento me espera!

—¡Espérate, Lukas, no te adelantes, vive el momento! —me regañó y me acercó un pañuelo—. Acuérdate que cuando miras a futuro lo haces con un lente de aumento, sobre todo si se trata de preocupaciones.

—No puedo evitarlo…

—Si tienes ánimo y fe ni siquiera una enfermedad que invada tu cuerpo será capaz de tomar posesión de tu espíritu. En la vida es indispensable que seamos positivos —y reposó con sutileza sus manos tibias en mi rostro frío, transmitiéndome una luz que recorrió mis venas, iluminó mis huesos y me fue dejando dormido—. Piensa por qué es esto, siéntelo y solicítale ayuda a tu propio espíritu —alcancé a escuchar.

Desperté, afirman que varias horas después, postrado en la cama de un hospital con un catéter inserto en la muñeca

izquierda. El suero goteaba lentamente, a la velocidad que yo recuperaba el sentido. Cuando el elevador abrió sus puertas en el piso cien, dicen que un individuo me descubrió adentro tendido, con la boca abierta y mis apuntes para la conferencia esparcidos. Entonces gritó por ayuda y los encargados de la vigilancia del edificio llamaron una ambulancia que me trasladó con urgencia al sanatorio.

—¿Ya saben qué tengo o se los digo? —les pregunté con la voz mareada a mis hijas apenas las reconocí junto a mí.

—Descansa, papito —respondió Sofía y sobó mis labios cariñosamente con las yemas de sus dedos para que guardara silencio—. Tú despreocúpate, los médicos se van a encargar de eso.

—Pinches doctores culeros, me dan miedo —logré decir para vergüenza de ambas con todo y los dedos de Sofía callándome—. Todos son ojetes.

—Papá, por favor —intentó callarme ahora Galia—, ¡te están oyendo! —exclamó con la voz baja, entre dientes.

—Los odio, me enferman —mascullé yo también.

Un par de días después los resultados de los análisis estuvieron listos. Como suele sucedernos a los viejos que nos encuentran graves, fui el último al que enteraron de lo que me ocurría y, aunque ya lo sabía, conservaba la esperanza de que aquella revelación hubiera sido sólo una pesadilla.

—Por sus caras no es nada bueno —les dije a mis niñas adultas y entristecidas—. Por favor, díganmelo sin rodeos.

—Es pronto para saber a ciencia cierta, papi —contestó Sofía—. Hay que practicar otros estudios y tal vez consultar opiniones distintas.

—En lo que me reste de tiempo olvídense de la ciencia, de los sinvergüenzas doctores y mejor hablemos de lo que se avecina. ¿Cuál es el diagnóstico?

El cáncer estaba propagado por toda la estructura ósea, los huesos presentaban amplias manchas negras en las radiografías y existían signos que hacían sospechar que la enfermedad estuviera diseminada también en otros órganos vitales, incluido el hígado y otras partes típicas a las que ataca el mal.

Quizás dos o tres meses de vida.

—¿Se retira, señor? —preguntó a mi paso el guardia de vigilancia del hospital.

—Eso dice este pase de salida.

XXXVI
Los sedantes y las medicinas

Estoy seguro que ni si quiera los que se quieren ir al cielo se quieren morir. Empezando por los *afortunados* que recibimos anticipadamente la noticia. Me mantuve reacio a ella lo suficiente para creer que la vencería, hasta que un severo dolor en las piernas me desengañó al mandarme a la cama un par de días. Enredado en los lánguidos cobertores, a oscuras, comprendí que ni siquiera la luz sanadora del corazón me salvaría, pues aunque es posible escapar momentáneamente del tiempo, resulta imposible burlar a sus homicidas.

Había llegado la hora de aprovechar el tiempo que me quedaba para agradecer el que ya había consumido, para abrazar a los que me amaban y para pedir perdón a los que había ofendido.

Si el pronóstico eran dos o tres meses de vida, supuestamente me restaría sólo uno. Sin embargo, los malestares me los atenuaba el reposo y tarde o temprano desaparecían. Así, muy dignamente, acabé durando cinco.

Los doctores, informados de mis peripecias por mis hijas, se asombraban a cada recuperación y no entendían cómo me mantenía en pie. Mucho menos que caminara. Les resultaba, además de irresponsable, incomprensible, por no

decir insólito (porque esa palabra ellos no la usan) que con un bastón y unos huesos apolillados continuara desplazándome por la calle de mi casa para comprar mangos y bolillos. Sofía y Galia me tenían prohibido ir (al) más allá, por cerca que estuviera de rebasar esa circunscripción a la que solemos temer tanto los vivos.

Pero un domingo que encontré las llaves del coche que Galia me había escondido, decidí ir más lejos para terminar de reconciliarme con la vida. Algo tan importante no suele conseguirse a la vuelta de la esquina, como los mangos o los bolillos, así que necesitaba un vehículo de cuatro ruedas para trasportarme allá. Y como en camiones nunca me gustó subirme, decidí conducir pese a las restricciones de la familia.

Antes me arreglé con esmero, como hacía mucho no lo hacía. Del clóset saqué mi traje de lujo, uno azul oscuro de raya de gis, una corbata plateada lisa, un cinturón negro de cocodrilo y mis bostonianos favoritos. Los boleé hasta que conseguí reflejarme en ellos y luego me paré frente al espejo para comprobar algo que en los zapatos no se distinguía con claridad. Mi mirada estaba opaca, lívida. Se estaba yendo para adentro y llamaba la atención de lo descolorida. Lo tomé como un presagio de que el fin ahora sí estaba próximo.

Manejé con mucho cuidado. Cruzando la segunda avenida reconocí que Sofía y Galia tenían razón en prohibírmelo, pues inclusive se me dificultaba espejear. Al girar el cuello surgía la sensación de que tronaría con cualquier movimiento ligeramente brusco. Igual noté que mis pies comenzaban a padecer una especie de artritis que los ponía duros, y el pedaleo del acelerador al freno me resultó un ejercicio doloroso que me tomaba más tiempo del requerido.

No obstante, continué avanzando, descapotado por supuesto, a una velocidad lenta, con la brisa pegándome en la cara y la corbata suelta. "Es la última vez", pensé y lo disfruté como si fuera la primera, con el sonido a todo volumen, mis lentes de sol y cantando con todas mis fuerzas:

"On our way, today!
Day after day
We try hard
We crawl far
On our way, today!
Day after day…"[68]

Con trabajos bajé del coche, con las piernas entumidas y los brazos adoloridos. En la cintura sentía una punzada por lo duro de los asientos de piel. Y por el cáncer, claro, que prácticamente me la había desmoronado. La garganta la tenía dormida de tanto cantar. Y cómo no, si se trataba de nuestra canción, de la pieza que nos apropiamos, la que bailamos con la luz apagada, pegados y desvestidos, ya cansados y satisfechos la primera noche que nos compartimos. Era la sinfonía que servía para contentarnos si habíamos discutido, una de esas tonadas que apenas la escuchas la memorizas y que cuando estás mal te pone lo mejor posible.

Estaba muy nervioso, pero después de meditarlo, en lo que me fumaba un cigarrillo a unos metros de su puerta, concluí que casi era demasiado tarde para arrepentirme. Así que, con todo y el hueco en el estómago, toqué el timbre.

[68] The Poliphonic Spree, *The Fragile Army*, "Section 26 (We Crawl)"

Imaginé que escucharía su voz por el interfono, empero, para mi sobresalto, abrió la puerta el marido, quien estiró la mano para saludarme.

—¿Cómo sigues? —cuestionó amable, sorprendido de verme pero seguro de sí mismo, quizás con una pizca de la compasión que contagia un enfermo de mis magnitudes. Yo le devolví el saludo, completamente desconcertado ante el cuadro, frente a frente con el tipo que acabó apropiándose de la que un día, por tantos años, fue la dueña de mi mundo.

—Ahí voy —respondí resignado, sin demasiado rencor. Después de todo no me la robó, la perdí por estúpido—. Gracias por preguntar, Annon.

Enseguida salió Pauline con su pelo blanco, bien conservada pero ya también a paso lento, ligeramente encorvada en vez de con curvas. Apenas me descubrió ahí, en la entrada de su casa, quedó pasmada. Muda. Sería por la impresión de verme en su territorio, junto a su viejo, o probablemente por mi semblante, que ese día amaneció medio descompuesto.

Con elegancia recuperó el control de la situación, aunque todavía con la sorpresa en las facciones, y le guiñó un ojo a aquél para que nos diera permiso. Él, calmado, se disculpó y nos dejó solos.

—¿Cómo estás, Lukas? —me preguntó consternada, con un acento de ternura y un gesto sincero de preocupación—. ¿Qué haces aquí? —y me acarició por primera vez la cara desde hacía siglos con sus manos de conmiseración y seda.

—Lo mismo se cuestionan los doctores, según sus diagnósticos a estas horas debería ser un cadáver. Ya los conoces cómo son.

—Te ves bien, tienes buen color. Pero ¿qué haces en mi casa?, es a lo que me refiero.

—Pauline… —pronuncié su nombre con solemnidad y jalé aire con una prolongada respiración—, vengo a pedirte perdón.

Y con el tiempo detenido, envueltos en un silencio de paz, nuestras miradas profundas procrearon una sincera conciliación. Poco a poco nos internamos el uno en el otro hasta sumergirnos en el pozo del alivio, del que comenzaron a escurrir lágrimas de sanación.

—Sé que ha pasado mucho tiempo —continué— y que las últimas veces me dijiste que no, pero por suerte en la vida existe la posibilidad infinita de pedirlo hasta que deje de latir el corazón. Sólo quiero que sepas que desde aquel día estoy arrepentido y avergonzado, y que a partir de entonces tengo en el pecho un dolor. Es el pendiente más grande que cargo —callé, cogí sus manos y volví a implorárselo—. "*Please forgive me, I never meant to hurt you. Please forgive me, I never meant to hurt you. Please forgive me, I never meant to hurt you…*"[69] Perdón.

—Si estuviera en mis manos yo también te quitaría todos los dolores —respondió con lágrimas en los ojos y me abrazó—. Te agradezco profundamente que hayas venido, desde que me enteré quise llamarte pero me faltó valor. Gracias al cielo estás aquí y en este momento, en este sitio, te perdono con todo mi amor.

Los dos chillamos como novios reconciliados, con la salvedad de que ella tenía esposo y ochenta y cinco años, tres menos que yo. A ambos nos desbordaron los sollozos y el consuelo de la clemencia humana.

[69] The Chemical Brothers (con The Flaming Lips), *Singles 93-03*, "The Golden Path".

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Nunca estuve mejor, estar sin ti ha sido una eternidad.

—Vamos a dar una vuelta en tu coche —propuso y sonrió—, como en los viejos tiempos —y entró a avisarle a Annon.

—Maneja tú —y le entregué el llavero—, yo ya no puedo… Pero si estás de acuerdo me encargaré del estéreo.

Y a toda velocidad, por el sendero de la alegría, camino a un parque, cantamos juntos a todo volumen la canción:

"On our way, today!
Day after day
We try hard
We crawl far
On our way, today!
Day after day

I know that it's better, when we stick together
Our love is alive
Through ups and downs of facing each other
Together we're better
Together we'll find

We try
To crawl
(Better together)
To live
To know
(Better together!)…"[70]

[70] Ibid. p. 337.

En una de las bancas de madera del boscoso parque en el que paramos, bajo la sombra húmeda de los árboles frondosos y a una centena de metros del barullo de los columpios, con el desempacho que le aflora a las personas de nuestra edad, le pregunté si realmente vengó mi engañó con el oficinista cuando el desencuentro.

—Creo que lo justo es que permanezcas con la duda —contestó de buen humor y después permaneció seria—. O si de plano te aflige tanto, pues piensa que no —y sonrió nuevamente con frescura para mantenerme con la interrogante que me acompañó al cementerio.

—Es simple curiosidad, lo trascendental era pedirte perdón. En el desenlace de la travesía siempre hay alguien con quien disculparse, personas a las que agradecerles y seres a los que comunicarles que nos permitieron experimentar el amor. Transmitírselos de viva voz es la sensación más grande, el sentimiento redentor, aunque es, asimismo, complicado, porque hay que conservarlos y decírselos a más tardar en el momento del adiós.

—Tú vida ha sido maravillosa, al final mucha gente querrá un espacio a tu alrededor.

—Como todas pudo ser mejor. Cometí errores que la marcaron y la traición fue el peor, pagué caro el pecado y padecí la expiación, tanto que la indulgencia la recibí apenas hoy. Pero sí, fui feliz, y si volviera a nacer volvería a ser quien soy. Y si allá arriba me dieran la posibilidad de regresar más adelante a la Tierra, les pediría que me manden a la misma ciudad donde vayas tú. Ahí yo me encargaría de encontrarte, de cuidarte y de recordarte que eres la mejor. Nunca te lastimaré de nuevo, te lo juro por Dios.

Al regresar a casa, Sofía y Galia casi me matan antes de tiempo. Llevaban buscándome el día completo, desde la mañana que salí llamaron por teléfono a la casa y multiplicaron su preocupación cuando advirtieron que además de mí estaba también desaparecido el antiguo Ford. Me salvó que su madre fuera el motivo de tan osado atrevimiento y sobre todo que ella viniera detrás del timón.

De hecho, cuando aparcamos, disimuladamente sonrieron y con discreción se secaron unas lágrimas de compasión. Pauline y yo, al mirarlas a la distancia, nos volteamos también a ver y coincidimos en una exhalación y una sonrisa muda, de esas de satisfacción que los padres departen a escondidas luego de contemplar con dicha a sus hijas juntas.

—Papá, a nosotras nos vas a provocar un infarto y a mamá vas a causarle un problema con Annon. Ahórranos por favor estos sustos, la próxima avísanos y te acompaña cualquiera de las dos.

—Olvídenlo, muñecas, la cosa perdería sabor.

A la mañana siguiente el trabajo que me costó levantarme fue extremo. El ajetreo y las emociones del día previo me calaron los huesos, así que comencé a tomar unas pastillas que ya no solté. Me hacían sentir bien, aunque me adormecían. Me las recetó un amigo médico, porque médicos amigos no tenía. Lo conocí muchos años atrás cuando me pidió que le hiciera una historia a la medida, y dominaba, sin resentimiento, que desconfiaba de cualquier doctor.

Los acabé de mandar al diablo desde el día que me informaron el nombre de la enfermedad y su propagación. Me opuse a la cirugía, a los tratamientos y a la sugerencia de

monitorear la *evolución* del mal con inútiles estudios y radiografías al por mayor.

—¿Por qué joden si no creen en los milagros y la enfermedad se expandió? —Lo cuestioné en buen plan—. Soy un cliente perfecto, intentan convencerme para prolongarme la vida y cobrármela hasta el último aliento. Yo voy a morir en paz, en casa y completo, así sea con los huesos rotos.

—Mira, Lukas —respondió sereno—, tú tomaste una determinación muy respetable, que de hecho secundo, y eso es ahora lo importante. De lo demás despreocúpate. Yo sólo quiero comentarte algo —y bajó el volumen a pesar de que estábamos solos y con la puerta cerrada—, en casos parecidos al tuyo, si al final el sufrimiento es muy agudo, hay personas que prefieren dormir para evitar el dolor. Yo tengo acceso a un medicamento que…

—¿Que duerme a los enfermos como perros? —interrumpí francamente asustado al percibir la crudeza de la muerte más cerca que nunca.

—Por horrible y mítica que parezca, es una situación muy común —replicó con la misma voz prudente—. Es un dilema que está mucho más próximo de lo que parece.

—¿Y en qué consiste, es veneno?

—Es un sedante que se inyecta en el suero y, poco a poco, conforme gotea, te apaga hasta dejarte dormido. Según la dosis es cuestión de horas o días.

—Tendría que pensarlo, doctor, me agarras desprevenido —le respondí con la frialdad digna de un moribundo—. Si los dolores se vuelven realmente insoportables lo considero y te aviso.

Preferí ni siquiera meditar la opción sólo que en serio se volviera necesario y rezaba con devoción para que Dios me librara de un final tan funesto y doloroso. En la medida de lo posible permanecí optimista y concentrado en el ahora, con eso de que en el presente las cosas duelen menos. Lo que sí es que me guarecí en casa la mayor parte del tiempo para repostar la energía que perdía cada vez con menores esfuerzos.

Ya sólo viajaba a El Corazón, eso me hacía muy bien, y de plano los paseos a la manzana los reemplacé por rondines a la sala, el comedor y el cuarto de juegos, una habitación plagada de juguetes y memorias, de la que al final, como lo marca la ley de la evolución, tomó posesión mi bisnieto.

Ejercitaba también la mente resolviendo crucigramas con mi súper diccionario y el resto del cuerpo con ejercicios de estiramiento cuando alcanzaba los suéteres de los entrepaños altos del ropero. Es difícil convertirse en viejo, sin embargo, como decía mamá, hay un consuelo que a nuestra edad alivia: la presencia y el cariño de la familia. Al contemplarla y atestiguar cómo crecía, yo milagrosamente rejuvenecía, aunque fuera por unos minutos.

A diario recibía la visita de mis hijas y frecuentemente la de mis yernos. Los nietos iban los fines de semana, los que estaban casados con sus parejas, y Froilán, cuando viajaba a la ciudad, con todo y heredero. Fue el único bisnieto que conocí, lucía tan frágil y perfecto el día que nació, envuelto entre mantas, como una hoja en blanco, como un lienzo sin el menor trazo, listo para dibujarse.

Recuerdo cuando lo cargué en la maternidad esa vez que viajamos como *Los Burrón*. Su pequeña humanidad me hizo

sentir grandísimo, y al regresárselo a su mamá, tremendamente viejo. El humo del puro que encendí aquel día afuera de la clínica materna, subió al cielo como un señuelo. "Aquí estoy, vengan por mí. Eché ya bastantes raíces y cumplí. La misión que me encomendaron está concluida", pensé en ese entonces con una voz fantasiosa que sonaba distinta a la mía. "Probablemente falte algo todavía", me contesté también yo mismo, pero con otra voz. Me gustaba jugar a preguntarme y responderme con mis distintas voces.

—Falta que siembre el árbol —le dije un sábado en la mesa a toda la familia reunida y provoqué su silencio—. Sí, no me miren así, engendré dos hijas y escribí muchos libros. Únicamente me queda por hacer lo que se supone que debí hacer primero, lo más sencillo, plantar un árbol —y ninguno reaccionaba ante el confrontamiento—. ¡Quiten esas caras, vamos, me estoy muriendo! ¡Y tampoco es tan grave, tranquilos! Es sólo hora de dejarnos de cuentos y de dejar de hablar tonterías, porque a pesar de que no es grave sí es serio y principalmente trascendental lo que se avecina. ¡¿No quieren preguntarme?! ¡¿No les da curiosidad saber si tengo miedo o si conservo algún pendiente que pueda retenerme en esta vida?! Se me acaba el tiempo, enfrentémoslo y aprovechemos para hablar ahora que todavía conservo energía.

—Papá —dijo Galia—, olvidas el árbol de las inspiraciones del que tanto nos decías.

—Era de ciruelas y yo no lo sembré, fue un accidente, algo involuntario. Nació de un hueso abandonado —y les platiqué la anécdota de la lonchera que enterré de niño en casa de mis padres junto con mis cuentos—. Por eso no

cuenta, hay que sembrarlo. La intención es indispensable en este plano.

—Pues si así lo consideramos, entonces habrás igualmente de concebir un nuevo hijo, porque según entiendo nosotras provenimos de malos cálculos —respingó de buen humor Sofía.

—¡Fueron hechas con amor! —me defendí de la misma manera y con patadas de ahogado—. A diferencia del árbol.

—La intención es fundamental, lo tenemos claro. Pero lo hecho, hecho está, señor —agregó el esposo de Galia.

—¿A dónde quieres llegar, abuelo? —preguntó Froilán.

—Al punto donde nos abramos…

—Me refiero a tu muerte, abuelo, no al rumbo de tu conversación. ¿A dónde te gustaría llegar cuando mueras?

—Buena pregunta, comenzamos bien, hijo —hice un silencio que aproveché para estrechar con los ojos durante algunos segundos a cada miembro de mi familia—. Siendo sincero, les confieso que preferiría permanecer con ustedes. Además del temor que sí siento, dudo que exista un lugar, incluso en el cielo, que me haga más feliz que aquí. Por celestial y divino que sea arriba, si es que allá me toca ir, el amor que yo conozco, que es el que proviene de ustedes y el que generan en mí, es irremplazable. Y nadie, ni siquiera unos ángeles, lo podrían sustituir. Y, encima, me preocupa una cosa —añadí literalmente preocupado—, ¿creen que a donde vaya me permitan escribir?

—Estoy seguro que a donde sea que te dirijas te habrán leído, y casi te aseguraría que te van a aplaudir. Yo, en su lugar, montaría una obra de teatro de lo que no alcanzaste a escribir. Y a tu entrada proyectaría una película de las fan-

tasías que revoloteaban en tu cabeza al conducir. A lo mejor hasta un guión tendrán preparado con los diálogos que sostenías en tu mente, los que aparentemente nadie oía.

—Lo que creo e imagino es que mis papás y Tita, mi abuela, adondequiera que sea, me van a ir a recibir. Últimamente los veo con frecuencia al dormir, especialmente a mamá, quien cada vez que emerge en mis sueños me comparte un secreto que no consigo oír.

—¿Abi? Qué raro. ¿Qué querrá decir? —preguntó Sofía, quien desde joven manifestó un interés especial por lo sobrenatural y lo extraordinario—. Papi, intenta leerle los labios.

—Cada que la sueño y comienza a decantar el secreto, presto atención al máximo. Pero habla muy bajo. Sin embargo, interpreto un mensaje, y es justo de lo que en esta mesa platicamos: hay que hablar de la muerte en voz alta, es una de esas oportunidades que si desperdicias jamás regresa a tus manos. Quien sufre esa pena, sobre todo quien se queda, se acaba lamentando. Es importante hacerle frente, encararla, especialmente si tuvo la amabilidad de avisarnos. Tenemos mucho qué decirnos antes de añorarnos, ¿o ustedes están listos para mi partida? —cuestioné y nadie respondió o levantó la mano—. A pesar del miedo y la incertidumbre, por mi parte considero que estoy casi preparado… —y guardé un último silencio, lo suficientemente prolongado para colmar los pulmones de oxígeno y contener el llanto—. Nada más me resta agradecerles y decirles que los amo… —y se me quebró la voz—. Son las mejores hijas, los mejores yernos, los nietos más queridos y el bisnieto más adorado. Cuando alguna vez pensé que quizás

un día me convertiría en papá, nunca imaginé que a mis hijas las amaría tanto. Y antes de que ellas reposaran por vez primera a mis nietos en mis brazos, jamás creí que sería capaz de admirar tanto a un ser humano por el simple hecho de contemplarlo. Gracias por su cariño y por su amor, por sus consuelos. Gracias por preocuparse por mí y acompañarme siempre, sobre todo en estos difíciles momentos. Los quiero con toda mi alma…

Y nos fundimos la familia íntegra en un emocionado y melancólico abrazo, con el sentimiento triste de que pronto sería imposible tocarnos. Dejaríamos de vernos para siempre, por lo menos con las mismas caras. Del pequeño al grande lloramos, chocamos fraternalmente las cabezas y las frentes, invadidos por la nostalgia prematura de una despedida eterna que con gran velocidad se aproximaba.

—Aprovecho para informarles que recién dispuse mi testamento. Es bastante justo, así que les ruego respeten mi voluntad y bajo ningún motivo discutan. Cuiden lo que les corresponda y adminístrenlo. Si son prudentes —me dirigí a Sofía y a Galia—, alcanzará para los hijos de los hijos de sus hijos… Pero lo que les imploro que transmitan de generación en generación, es la confianza en los sueños, asegúrenle a los suyos que si se entregan a ellos muy probablemente gozarán la fortuna de vivirlos, que sin lugar a dudas es la mayor de las dichas. Ese es un auténtico legado, la mejor de las herencias.

Más tarde, con el cielo muy débil, casi oscuro, con la ayuda de mis nietos caminé hacia la cama más flaco que de costumbre. Mis piernas estaban endebles y los puntiagudos huesos de mi esqueleto a punto de partirse. Los dolores

empeoraron a tal grado que las caricias de las sábanas resultaban una tortura.

—Buena noche, familia —me despedí en mi piyama de franela y le pedí a Galia que me pasara del buró el frasco de los millonarios analgésicos—. Este es un buen sedante —les dije muy solemne y me lo pasé con un trago de agua—, pero las verdaderas medicinas de un moribundo son el amor, el perdón y el agradecimiento.

XXXVII
La despedida

Para la siguiente semana, en el mismo edificio moderno, tenía agendada la conferencia de prensa que meses atrás postergamos por el desvanecimiento. Mi agente recomendó que convocáramos a los medios dado el enfado de la editorial por la falta de promoción y las bajas ventas del diccionario.

Por supuesto que a raíz del desmayo el tema del *marketing* pasó a segundo plano, o tercero, pues mientras más se acerca uno al cielo, las cosas cambian de tamaño. Las cuestiones trascendentales engordan como elefantes y las preocupaciones estúpidas parecen pulgas. Sólo acepté por agradecimiento a la constante difusión que los medios hicieron de mis trabajos en el pasado, a pesar de las molestias, de la dificultad para trasladarme y del cansancio.

Pero de cualquier forma y de nueva cuenta el evento no se llevó a cabo. Días previos, cuando intentaba incorporarme de la cama, mi clavícula se fracturó al apoyar el peso de mi cuerpo en el antebrazo. Por poco y el hueso traspasaba la piel justo debajo del hombro, resaltaba en el lado derecho como una varilla. El dolor, entonces sí, se magnificó en suplicio.

La enfermera que recién habíamos contratado, en paquete con una cama hospitalaria que decidimos montar en

la sala de estar en vez de en mi apeñuscado cuarto, le avisó de inmediato por teléfono a Galia, a Sofía y a mi amigo el doctor, quien les ganó por unos minutos. Apenas entró, le rogué que me inyectara. No el veneno, sino morfina.

—Sin miedo, doctor —lo animé en cuanto me ensartó la jeringa—. Échale a fondo.

—Te vas a sentir bien en unos minutos, Lukas —y me administró cuidadosamente el líquido.

—Sólo hazme un favor, doc, mantenme relajado con esta onda —y reí mordiéndome los labios, sin que el efecto diera todavía inicio—, pero lo otro tíralo. Quiero morir si acaso adormilado, con el menor dolor posible, pero no inconsciente o perdidamente dormido. Es un paso vital —reí de nuevo—, necesito estar consciente de a dónde voy para no atorarme en el limbo.

—Así será, Lukas. Esto calmará el dolor —aseguró y zafó el pincho—, y te conservará lo suficientemente lúcido.

—Qué placersote da esa agujita, amigo.

Con el dolor sometido le marqué a mi agente y le expliqué lo ocurrido.

—Sí, estoy bastante mal y es de plano imposible que me mueva a ningún sitio. Es más, temo, te soy sincero, que no volveré a poner un pie afuera de la casa —reconocí acongojado—. Por favor cancela definitivamente la conferencia y cita mañana por la tarde en mi casa al periodista más reconocido. Es imposible invitar aquí a todos pero sí quiero cerrar aunque sea representativamente el ciclo —y mis hijas a señas luchaban por impedirlo, creían que debía ahorrar energía en lugar de gastarla con desconocidos—. Invita también a un lector y al más severo crítico, al que despotricó sin

piedad contra el diccionario, el fulano que ni lo considera libro, ¿te acuerdas?

Al rato, cuando ni siquiera llegaban todavía los convocados, la noticia de mi estado ya también se había difundido. En la televisión los noticieros divulgaban que el mal estaba propagado y que me encontraba sumamente grave. En la radio, a manera de homenaje, leían versos y cuentos por mí escritos.

No obstante que mucha gente de la ciudad desconocía mi cara (siempre preferí no ser tan público), la mayoría ubicaba por lo menos mi nombre y apellido, y muchos seguidores, junto con diversos medios, montaron un campamento en el perímetro de mi casa y lo iluminaron con cirios. Un final similar escribí para un personaje parecido a mí en uno de mis libros, quien murió lleno de gente a pesar de que en la vida tuvo poquísimos amigos.

La tarde del día siguiente recibí en mi habitación al periodista, al lector y al crítico.

—Te ves amarillo —me comentó el periodista, un peculiar y antaño conocido que tenía fama de ser exageradamente objetivo.

—Es el color cenizo del cáncer —y me observé en un espejo de mano que la enfermera dejó a mi alcance—. O quizás tengas razón y sea el amarillo del disfuncionamiento hepático. Estoy mal por todas partes.

—Lo lamento. Muchísimo —manifestó sorpresivamente el crítico con un semblante sincero y realmente compungido—. Carezco de palabras para transmitirte mis sentimientos.

—En mi diccionario hallarás quince mil términos para hacerlo —y sonreímos al unísono—. Las palabras son flechas

poderosas capaces de perforar la armadura de los hombres, y quien las dispara es responsable del tiro. Por eso es importante conocer las diversas acepciones y entender los distintos sentidos. Una palabra encierra tantos significados que por ello es importante distinguirlos. Al lanzarlas es fundamental comprender lo que decimos, porque la intención con que se disparan puede anclarse en el corazón de quien la recibe o remachar en su hígado.

—¿Puedo fotografiarte? —me preguntó el periodista.

—No seas cruel, deja aunque sea me peino.

—Yo, por la gratitud que le tengo, me atreví a escribirle una breve historia —comentó el lector—. Usted escribió un sinfín en las que me identifiqué demasiado con el protagonista y conforme las leía pensaba que habían sido escritas para mí. Generó en mí un gran sentimiento que aligera mi existencia y motiva a mi espíritu. Disfruté de principio a fin sus historias, y ahora es mi turno —enfatizó y me entregó cinco cuartillas—. Con todo mi respeto, de corazón, le deseo que tenga una muerte digna.

Lo que aquel individuo deletreó en esas hojas, resultó ser, sin lugar a dudas, la muerte más esplendida que cualquiera desearía. Una muerte a la medida. Las hojas omitían las circunstancias y la causa que acabaría con la vida del personaje, y tampoco especificaban si sufría. El hecho es que, suprimiendo igualmente datos de tiempo, moría. Tal vez en cuestión de años, en un pestañeo o en menos de un día, pues la agonía de las personas en algunos casos dura segundos y en otros toda una vida. Así, sin mayor información que la que embelesa a las almas, el hombre fenecía. Con una sonrisa.

Y similares a esa, enseguida empecé a recibir decenas de historias que a mi muerte aludían. La gente llamaba constantemente a la puerta para entregar relatos apoteóticos de mi despedida, que, sin excepción, acontecía en entornos de paz y entre gente que elevaba plegarias por mi descanso y la paz de mi familia.

Sofía subió con una canasta repleta de sobres, cuyo contenido reavivó el cauce de mis lágrimas y alivianó, aún más, el temor que padecía.

—Con que mi final sea como cualquiera de los finales que estas historias auguran, me doy por bien servido —comenté al periodista, al lector y al crítico luego de que hice una pausa para leer cuatro de las muchas historias que recibía—. Son tantas que seguro alguna estará en lo correcto. Espero.

—Es increíble la cantidad de concepciones que existen acerca de la muerte y las semejanzas que simultáneamente las vinculan —dijo el lector cuando terminé de leer en alto una de las cartas después de la suya—. Es un honor que me haya invitado a compartir estos momentos, que sirven además para reconfirmarme que la muerte es el mayor de los enigmas, un misterio que cada uno resolverá a solas.

—El honor es mío —respondí—, ustedes tres representan a la gente que consagró mi trabajo. De mi parte, dale por favor las gracias a mis lectores, especialmente por retribuirme con regalos como éstos —y con esfuerzos acaricié las cuartillas que me obsequió y que reposaban dobladas sobre las sábanas—. Me quedan muchas por leer —y con la mirada señalé la canasta con los sobres que Sofía y Galia para mí abrían—, tendré que darme prisa.

—Salió la foto muy buena —y nos la enseñó el periodista—. La publicaré a la brevedad con un cable de prensa. La gente conservará una excelente imagen tuya.

—Te convoqué para manifestarte también mi gratitud por la cobertura y la divulgación de mis historias y para que de igual manera la extiendas a las demás televisoras, radios, periódicos y revistas. Quise asimismo que estuvieras presente para que conocieras de primera la mano la verdad, luego los medios pintan todo más jodido. Ordénales por favor a tus diseñadores que no me retoquen, ni para bien ni para mal, transmite exactamente lo que en este cuarto viste, lo que oíste y lo que hayas sentido. Es importante sensibilizar a la gente para que aprovechen cada respiro, pues siempre la existencia está más próxima del final que del inicio. Hace unos meses que nos vimos no lo hubieras creído. Y yo menos.

—Lucías sano, con brillo.

—Y por lo que respecta al diccionario —me dirigí ya muy fatigado al crítico—, además de las acepciones, que son esenciales, fue un simple capricho. ¿Para qué estamos en la vida si no es para cumplirlos? —y me observó asombrado, sin el semblante de reproche que caracteriza a los críticos—. En efecto es lo más trivial que he escrito y lo hice porque últimamente una de mis mayores distracciones es resolver crucigramas en el periódico los domingos. Las cosas y las prioridades cambian, es así de sencillo.

—¿Me regalaría un autógrafo? —y sostuvo para mi firma el ejemplar que previamente le envió mi editorial para su juicio—. Y si no es mucha molestia, una dedicatoria para mi hijo.

En la exhausta noche, absorto en el hechizo de las historias de mi muerte, que una por una me leyó Sofía, Galia irrumpió conmovida en el cuarto y encendió la televisión que hacía años yo no prendía.

—¡Mira, papá, mira! —y señaló la pantalla. Los canales de noticias proyectaban imágenes de los que acampaban afuera, en los linderos del jardín. Algunos protegían del viento la flama de las velas que sostenían y otros portaban mantas con mensajes de aliento que enseñaban impetuosos a camarógrafos y periodistas

—¿Teledinamia? —preguntó Sofía refiriéndose a una pancarta que portaba un grupo de jóvenes a los que enfocó la cámara de la televisora que veíamos—. Es lo que pone esa cartulina, ¿qué significa?

—*Teledinamia* es la acción de transmitir fuerza a distancia… Y vaya que lo consiguen… —y la susceptibilidad me traicionó de nueva cuenta y se me derramó a cántaros el llanto, emocionado por ese y otros mensajes que resaltaron a cuadro, compuestos de vocablos singulares y poco comunes, como los de mi diccionario.

XXXVIII
"La muerte de un trompetista"[71]

Estoy postrado en la cama. Llevo así, en la antesala de la agonía, tres días. Qué bueno que la instalamos en esta estancia y no en mi cuarto. Aquí, casualmente, del muro que tengo de frente cuelgan las fotografías de toda mi familia. Me miran fijamente, consternados por mi inminente partida, como no queriendo que me vaya.

Transcurren las horas y no me queda nada más que pestañear. Lo hago conscientemente. Mientras mis ojos permanecen abiertos, contemplo con nostalgia la pared y los rostros de cada uno de ellos. Qué pared tan feliz, qué recuerdos, cuántas sonrisas. Los brazos de todos me detienen.

Soy un auténtico afortunado, enserio. He sufrido una milésima parte de lo que pronosticaron los médicos. Cabrones. Sólo si me muevo, entonces sí siento peor que si me fuera a morir. Juraría que ahora que enderezaron el respaldo de la cama se me ha roto la columna. Un fulminante calambre me electrifica como un rayo de la médula a los dedos de los pies. Seguro tengo algún hueso partido, además de la clavícula.

Es por fin el epílogo, el desenlace que todavía la semana pasada parecía tan lejano. Siempre luce así, distante, pero sus últimas zan-

[71] El columpio asesino, *El Columpio Asesino*, "La muerte de un trompetista".

cadas son largas como las vías de un tren expreso. La muerte, por lenta que a veces camine, siempre acaba ganándole la carrera a cualquiera. Hasta los más ágiles y escurridizos sucumben ante ella.

—Qué grandioso adiós, Sofi…

—Estás empapado y frío, papito, el colchón parece un charco helado. ¿Qué tienes, papá? Papá, tranquilo, por favor, tranquilo.

—Dame… la mano, muñequita… ¿Ya viene Galia?

—Está en camino.

—Ya sólo falta… un poquito…

—Vas a estar bien, papá, cálmate, te lo ruego. Respira profundo. Quédate conmigo, papá. ¿Me escuchas?

—Hoy cantan… hasta los niños…

—¿Quién, papi? ¿Cuáles niños?

—Afuera. Por… la ventana… Asómate. Míralos.

—Sí, hay mucha gente, papito.

Hay un millar de respiraciones entre la vida y la muerte en las que el tiempo es incierto, como el porvenir y la existencia misma. A cada cerrar de ojos, se abren, una por una, las distintas puertas que crucé desde antes de aprender a caminar, hasta el día de hoy, el último día.

De la primera surge mi madre, con su figura resplandeciente e íntima. Su abrazo y el brillo incandescente de su contorno me cubren del frío. Estoy bien. Del mismo portal sale papá y del siguiente Tita. Los tres me cobijan, como cuando era el niño que aparece por la tercera puerta.

Se aproxima. Estoy junto a mí. Sus manos inocentes frotan las mías, y luego, con dulzura, surca con sus dedos mi cabello.

Somos el mismo, años atrás y años después, con las miradas idénticas y fijas, con los ojos intactos. Sin reticencia nos contemplamos, yo falleciendo y él observándome morir, y con una mueca de aprobación nos reconocemos y convivimos.

"Con que es a ti al que me la pasé buscando toda la vida, eh".

—Nunca nos separamos, siempre estuve contigo.

—¡Papá, ya estoy aquí! ¡Papá, papá, háblanos!

—…

—Lleva unos minutos así. Se queja con la mirada perdida en el infinito, como si traspasara el techo.

—El ojo izquierdo, Sofía, míralo. Seguro le llora de dolor. ¿Por qué le quitaron el suero con la medicina? ¡Debe dolerle horrible!

—Él lo exigió en la noche, señora, antes de dormir. Si demoraba más me amenazó con que él solo se lo arrancaría. Enseguida llamé al doctor para preguntarle y después de que platicó con don Lukas me respondió que sí.

—Lu-li…

—¡Algo dijo!

—¡Papá, estamos junto a ti! ¿Qué necesitas?

—Casi no tiene pulso.

"Cómo aguantaste este calvario tan niña?"

—¿Qué está viendo, por qué abre tanto los ojos?

—Lu…

—¿Qué dice? ¿Estará alucinando?

—¿Nos escuchas, papito? ¿Dónde estás? Dinos qué necesitas.

—Se están afilando sus facciones, Sofía. Y sin la dentadura se le hunden peor las mejillas. Que triste, es el fin.

—Despide un olor muy fuerte. Como a cáncer, a muerte, ¿hueles?

—Hay que remojarle los labios con un algodón mojado, lleva dos días sin casi ingerir líquidos.

—Mejor intente que beba un poco del jugo de naranja, señora Sofía, está recién exprimido. Acérqueselo y déle con el popote un chorrito.

Es una fina línea la que separa a los vivos de los muertos. Y con un poco de azúcar y unas palmadas en la cara, los moribundos podemos saltar de la dimensión desconocida de vuelta aquí. Y al despertar, a veces es más sorprendente la aparición de un viejo conocido que la de un muerto.

—¿A qué… hora re-gresé?

—No has ido a ningún lugar, papá. Has estado con nosotras todo el tiempo.

—Cierren por-favor… las cortinas… me des-lumbra demasiado… la luz, los reflejos…

—Es el anillo que nunca te acepté. Hoy decidí ponérmelo.

—¿Quién es, hija?… Casi no… veo.

—Es mamá, papito.

—¿Es… un milagro?… ¿O es-toy ya muer-to?

—Me avisó Galia por teléfono y quise acompañarlos. Pero no quiero llorar.

—Siéntate junto a él, Ma. Con cuidado.

—Quiero darte un abrazo, Lukas.

—Dámelo…con tu mano. Y… pásennos dos… pañuelos.

—Me duele el corazón, un poco menos que a ti los huesos.

—Te amamos, papá.

—¿Qué vamos a hacer sin ti, papito?

—No lloren, guapas… Estoy… mejor que nunca… Les… prometí que… volve-ríamos a estar los cuatro jun-tos… aunque fuera… lo último que hiciera en la vida. Y le pedí a Dios, con… fervor, que fuera… en… una cama, como amanecen las… nuevas familias.

—Míranos, estamos otra vez los cuatro juntos, Lukas.

—Sí … aunque en… una cama muy… chiquita… Yo… te-nía un… col-chón muy… grande para es-ta oca-sión.

—¿Nos aguantará? Falta que nos caigamos.

—Sí, no se preocupe, señora Sofía.

—Yo tam-bién las… amo… mis… tres mujeres.

—Me gusta cuando ríes y lloras de emoción al mismo tiempo, papito.

—Es el… sueño más her-moso de… mi vida…

Lo bueno de morirse con tiempo es no sólo lo que tú alcanzas a hacer por los demás, sino lo que a ellos les nace hacer para despedirte; es increíble la cantidad de retribuciones que puedes recibir. La noticia de la muerte provoca muchas reacciones en los futuros deudos, infinidad de sentimientos en los amigos y oleadas de inspiración en las personas que por la razón que sea te admiran. Es una bendición, y una sagrada ironía, que la muerte sea el último momento de dicha de la vida.

Contra mi voluntad y lo que me resta de fuerzas, los ojos se me han apagado. Mis párpados combatieron largos días. Sin embargo, para mi propio asombro, con los ojos cerrados continúo viendo. Desde Pauline hasta mi bisnieto me rodean, siento sus manos acariciar mi frente y escucho sus voces hechas ecos, mientras desde el último umbral, Charlie Boobles,

con Muktán y Lupa a sus costados, me deslumbra con un espejo.

—¡Está entrando en otra crisis! Sujétele la cabeza, señora Galia. Voy por alcohol para que regrese en sí.

—¡Es demasiado, déjenlo ir!

—A lo mejor está preocupado por nosotras…

—Nuestras hijas van a estar bien, Lukas. Entre las tres nos cuidaremos, despreocúpate. Todos te vamos a extrañar pero en nuestros corazones permanecerá tu compañía. Sigue la luz, Lukas, vete tranquilo.

—Y nuestras familias cuidarán también de nosotras, papito.

—Todos estamos aquí, abuelo. Todos estamos contigo.

—…

— Algo quiere decir.

—Lukas, ¿qué pasa?, te oímos, ¿qué quieres decir?

—… Ma-mi…

—Hijo, ya estás aquí.

—Dios mío, dijo mamá, ¿cierto?

—Debe estarla viendo.

—Dame la mano, camina conmigo. Pronto reconocerás la paz de este sitio, ya hemos estado aquí.

—Pa…

—Déjame abrazarte de nuevo, Lukas. Todos estamos muy orgullosos de ti.

—¡Deben ser ellos, Dios mío, Abi y su papá! Lo están recibiendo.

—Báñate en el esplendor, Lukas, estira los brazos y alza la cara. Respira la luz.

—Te sorprenderás de todas las maravillas que encontrarás por aquí.

"Con ustedes es suficiente. Lo único es que extrañaré a la familia, admiren lo que hemos construido. Hasta un bisnieto tengo, mírenlo. Y por lo que creo alcanzar a ver en la panza de mi nieta, sospecho que viene el segundo".

—Ahora apreciarás lo invisible y comprenderás lo desconocido. Estás a punto de dar el salto.

—Todo está bien, calma, hijo.

Estoy listo. Estoy satisfecho. Una dócil asfixia me duerme. Me dejo vencer y floto, como la primera hoja derrotada del otoño. Ya no me duele nada, ya no siento más que los cariños de mi familia. Su consuelo. Están todos, ninguno falta. Están de pie alrededor de la cama, de mi lecho de muerte, cogidos de las manos y cantando para mí. Hoy es un día perfecto para morir, digan lo que digan.

—Límpienle la nariz, ¿por qué le sale ese líquido amarillo?

—Es del hígado, señora Sofía. Se está yendo.

—¿Me oyes, papi? ¿Verdad que nos escuchas?

"Fuerte y claro, hijita".

—Eres el mejor, desde que tengo memoria lo has sido. Qué bendición que personas como tú pasen por este mundo, siempre con tu presencia total hasta en el más breve saludo. Te vamos a extrañar mucho.

—… "Síganme cantando, hija"…

La música es un túnel que conecta con lo íntimo. Desde el vientre de mi madre la escuché por vez primera y desde que tuve razón, y

dinero, compré discos. Omití resaltarlo, o comunicarlo en demasía; sin embargo mi historia siempre estuvo colmada de música. Es la vibración que estimula mis sentimientos y relaja mis sentidos, el sonido que me apaga, me enciende, me pone eufórico y me da alivio. Me ayuda a salir de mí mismo, en este preciso momento.

La música es el túnel que me transporta lejos.

—¿Escuchas, viejito?

"Sí, es el trompetista…"

—Y el sonido del infinito. La gente allá afuera lo acompaña como una sinfonía de notas sostenidas, sin ritmo. Cada quien emite desde lo profundo su propio tono. Y es en honor a ti, viejito.

"Parece un zumbido colectivo".

—El trompetista contagia en los demás unas ganas especiales de vivir la vida. Quien logra hacer cantar cien voces o quien enciende cien corazones, puede considerarse un trompetista. Observa allá afuera los cirios, esas flamas son los corazones, las chispas divinas que con un poco de tu ayuda se han encendido.

—¡Aspírenle las flemas, se está ahogando!

—Sumando conversaciones hay hombres comunes y corrientes que alcanzan esa cifra. Para ser un trompetista no es necesario ser un artista.

"La música es apoteótica".

—Como tus letras para muchos lo han sido. Los que te leyeron están contagiados de las emociones que imprimiste en los libros. La consciencia de tus personajes despertó la de ellos y están aquí para agradecértelo. Simplemente desean lo mejor para ti.

"Hay mucha gente…".

—Los soplidos de un trompetista son capaces de mover al mundo.

Los cantos de mi familia se mezclan con las trompetas del jardín. A cada segundo escucho más. Me estoy yendo y la gente continúa llegando. Son en verdad muchos, de abajo, de arriba, quizás varios cientos. Sostienen la voz desde el estómago y la modulan con el pecho, la vibración que emiten es un estremecedor concierto. Y ahora están aplaudiendo. Siempre deseé una muerte así para mí, la mía, la que yo invento.

—…

Para unos es el final. Para otros un nuevo comienzo. Para mí la muerte es la reunión del tiempo, la frontera que comparten el pasado, el presente y el futuro. Es un instante multiplicado en infinidad de sitios, de épocas, de historias y de sucesos. Estoy aquí y allá, oigo a Pauline, a mis hijas, a mis nietos y a mis yernos. A la vez hablo con mis padres y con Tita, mientras Luli me mira de niño. Entretanto, don Mario, el sastre, siempre resplandeciente, me arregla el nudo de la corbata y plancha las arrugas de mi camisa con sus dedos tibios. Y conforme sucede lo demás, estoy también allá afuera, escucho de cerca a los que cantan animados por los de las trompetas. Me infiltro asimismo en los sueños de Grimaldo Grijalda, mi amigo, y, en lo que nos despedimos, aparezco en la mente de una antigua amante, cuando por la calle la penetra la fragancia de otro tipo que olía a mí.

—Dame la mano, hijo, afuera se aprecia todavía mejor.

"¿Qué hora es, mamá?"

—Es "La hora del tiempo".[72]

"No me duele nada".

—La muerte sólo duele cuando te abre los ojos sin remedio, cuando ya nada puedes hacer.

—¡Vengan todos, está agonizando! ¡Se está muriendo! ¡Apúrense!

—"… pero me faltó decirles algo".

—¿Alguna combinación? ¿O una chequera escondida?

—"… más que eso. Es un secreto, una clave para facilitarles la vida".

—¿Qué pasa, abue, necesitas algo?

—Vete tranquilo, abuelito.

—…

—Es una reacción normal, Lukas. Es un reflejo de los que nos vamos. Ahora entendemos que las complicaciones de la vida son las simplezas malhabidas. Es tan fácil ser feliz… Todos hemos luchado por resistir un poco más solamente para decírselos.

—"… los ayudaría mucho escucharlo".

—Hijo, la vida reserva sus confidencias para cada quien.

—Mueve la boca, parece que intenta hablar.

—¿Quieres decirnos algo, papi?

—…

—Ya sólo son los reflejos involuntarios del cuerpo, señora Galia.

—Cada quien interpreta lo que necesita.

[72] Ibid. p. 25.

—Probablemente sea un secreto como el que Abi le decía en sus sueños acerca de la muerte en estos últimos días.

—Sí, pero de la vida, ¿verdad, papito?

—¿Quieres que hablemos en alto de la vida, abuelo?

Sin ningún gesto aparente, mi rostro interno esboza una gran sonrisa. Con un soponcio impostergable, doy un lento bocado de aire, como otras veces que la digestión y las tardes me adormecían. Impulsados por la última reserva de energía, ahora los ojos se me han abierto de par en par. Ya no son las ventanas de mi alma, sino la puerta de salida.

…And the doors are open now as the bells are ringing out
Cause the man of the hour is taking his final bow
Goodbye for now.[73]

[73] Pearl Jam, *O.S.T. Big Fish*, "Man of the Hour".

" Y un día volveré a nacer…"[74]

[74] Niños mutantes, *El Sol de invierno*, "Ítaca".

FJ. Koloffon

Nació el 16 de enero de 1976 en la ciudad de México. Abogado de papel, publicista de oficio y escritor de corazón, pasión que mantuvo en el anonimato hasta el 2005, año en que se descubre (en una cena de familia de la que ésta salió conociéndolo un poco menos) con su ópera prima, *El Astronauta Terrestre*, la cual publica de manera independiente con una buena recepción por parte de *lectores desubicados y necios* que, al igual que él, sufren de amores platónicos, de alergia al empleo y del mal del salmón (nadar contra la corriente).

Abandonó el deporte el día de su matrimonio pero actualmente corre la maratón de la vida.

CONTACTA AL AUTOR

Página web: www.fjkoloffon.com
Facebook: www.facebook.com/FJ.Koloffon
Twitter: @FJKoloffon

CONTACTA La Novelería

Página web: www.lanoveleria.com
En facebook busca: La Novelería
Twitter: @LaNoveleria

Este libro acabó de escribirse
en julio de 2011
en la ciudad de México.

Inesperadamente, un día que parecía ser como cualquiera, Lukas Duncan se da cuenta que está a punto de morir.

Aquí empieza el recuento de los momentos más trascendentales y significativos de su existencia, esa película de recuerdos que muchos aseguran se proyecta en el interior de las personas antes de su muerte.

Luego de vivir una infancia solitaria en La Cuna, Lukas emprende en su juventud una travesía que lo llevará a encontrarse al final consigo, no sin antes atravesar por los parajes más maravillosos y los terrenos más difíciles que existen a lo largo del imprevisible camino de El Destino.

Nuestro protagonista pondrá fin a su viaje sólo cuando comprenda que la satisfacción humana no se halla en el futuro ni en algún sitio en concreto, porque quizá se localiza en lugares insospechados, en aquellos que no están edificados sobre la tierra, o en esos instantes fugaces que hacen que valga la pena vivir.

La vida cualquier día te mata. Y la muerte, con un solo cariño, cualquier día te revive.

Desde Caifanes hasta Monocordio, El Trompetista es una novela musicalizada a través de citas que el lector descubrirá al transcurrir de los capítulos, y de referencias que también incluyen a grupos como Pink Floyd, Queen, New Order, Radiohead, Arcade Fire, Gustavo Cerati, Café Tacvba, entre otros. Esta segunda obra de F.J. Koloffon incluye nuevamente un *soundtrack*, ahora integrado con canciones de algunas de las bandas más representativas de la escena alternativa de México, España, Chile, Holanda y Estados Unidos.

ISBN 978-607954513-0
9 786079 545130

Sonidos Urbanos
PRODUCCIONES